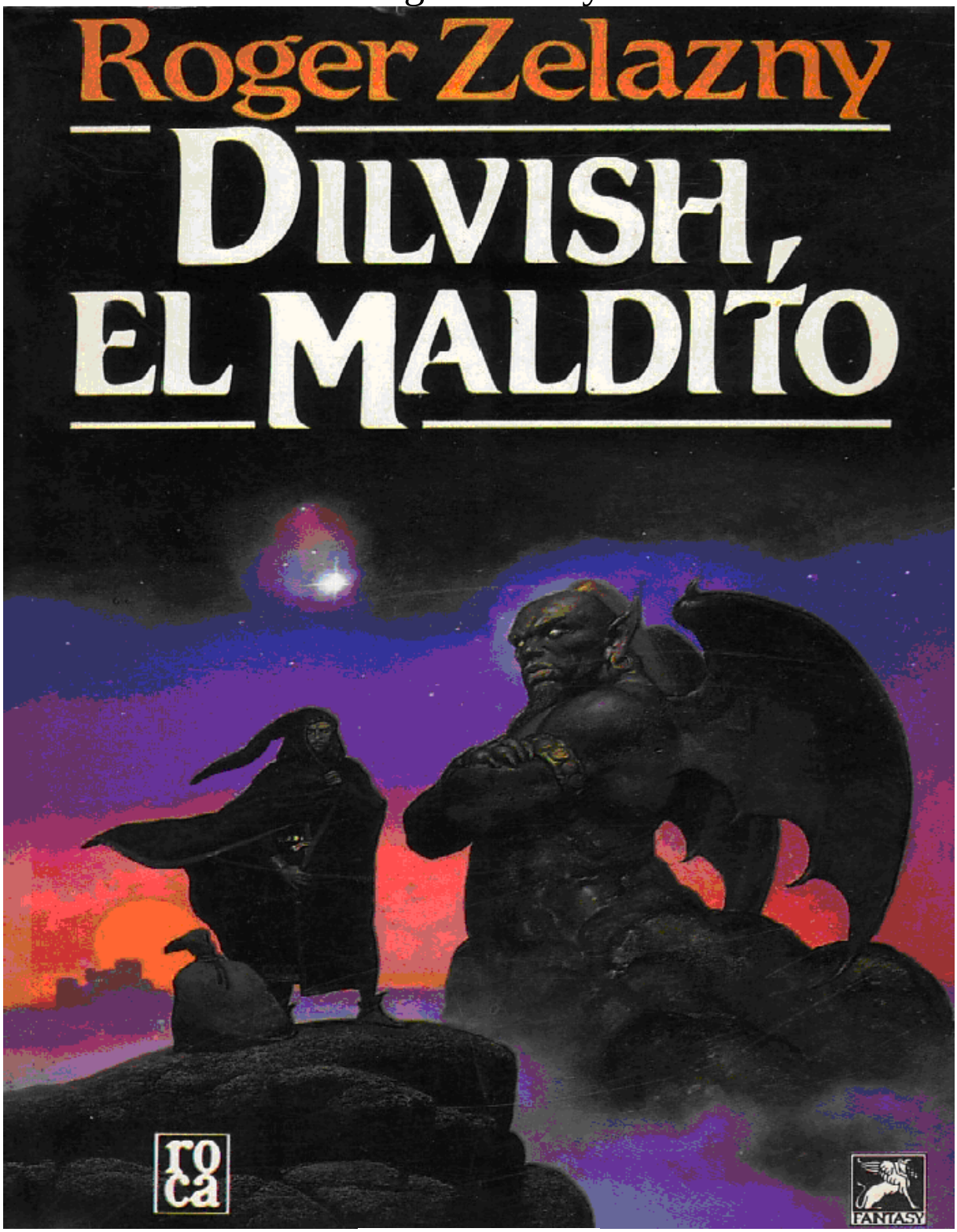
Dilvish, el Maldito
Roger Zelazny




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# *Travesía a Dilfar*

*A Joe Sanders*

Cuando Dilvish el Maldito salió de Portaroy, trataron de detenerle en Qaran, luego en Tugado y de nuevo en Maestar, Mycar y Bildesh. Cuatro jinetes le aguardaron en la ruta de Dilfar; y cuando el primero flaqueó, el siguiente le sustituyó con un caballo fresco. Pero ninguno pudo sostener el paso de Black, el caballo hecho de acero. Se rumoreaba que el Coronel del Oriente había trocado parte de su alma por el caballo.

Un día y una noche había cabalgado, para adelantar a los ejércitos en pleno avance de Lylish, Coronel del Occidente, porque sus hombres yacían rígidos y vestidos en los ondulados campos de Portaroy.

Al ver que era el último hombre en pie en el lugar de la matanza, Dilvish llamó junto a él a Black, se acomodó en la silla que era una parte de él mismo y le ordenó huir. Los relucientes cascos de Black le llevaron a través de una línea de lanceros; las lanzas se apartaron igual que trigo y resonaron cuando las metálicas puntas tropezaron con su piel de medianoche.

- ¡A Dilfar! -gritó, y Black se desvió en ángulo recto y le condujo hasta la faz de un peñasco donde sólo las cabras podían subir.

Al pasar cerca de Qaran, Black volvió la cabeza.

-Gran Coronel del Oriente-le dijo-, han minado el aire y el aire que hay bajo el aire con las estrellas de la muerte.

- ¿Podrás pasar? -preguntó Dilvish.

-Si vamos por la ruta de las postas -dijo Black-, es posible que lo consiga.

-Entonces apresurémonos a intentarlo.

Los menudos ojos plateados, que miraban desde el espacio debajo del espacio y contenían las motas infernales de polvo estelar parpadearon y rielaron cuando Black se alanzó adelante.

Entraron en la senda.

Ya en la senda de las postas, el primer jinete salió de detrás de una roca y ordenó a Dilvish que se detuviera. Su montura era un enorme caballo bayo con jaeces.

-Ten las riendas, Coronel del Oriente -dijo-. Tus hombres han muerto. La ruta que te espera está sembrada de muerte y flanqueada por los hombres de Lylish...

Pero Dilvish pasó velozmente junto a él sin responder, y el caballero azuzó con sus espuelas al bayo y le siguió.

Le siguió toda la mañana, por la ruta de Tugado, hasta que el bayo, que estaba cubierto de sudor, se derrumbó y lanzó al jinete contra las rocas.

En Tugado, Dilvish encontró el camino obstruido por el jinete del garañón rojo como la sangre, que le lanzó un dardo con una ballesta.

Black se empinó y el dardo rebotó en su pecho. Sus ollares se hincharon y brotó de ellos un sonido como el grito de un gran pájaro. El garañón rojo como la sangre saltó apartándose de la senda y se metió en el campo.

Black se lanzó hacia adelante, y el otro jinete dio media vuelta y le siguió.

El caballero les dio caza hasta que el sol llegó a lo alto del cielo, y entonces el caballo rojo cayó convertido en un montón de jadeos. Dilvish continuó.

En Maestar, el camino estaba atajado en el paso de Resht.

Un muro de troncos llenaba la estrecha senda hasta dos veces la altura de un hombre.

-Por encima -dijo Dilvish, y Black describió un arco en el aire, igual que un negro arco iris, para saltar la fortificación.

Por delante, al final del paso, el jinete de la yegua blanca aguardaba.

Black relinchó de nuevo, pero la yegua permaneció firme.

La luz se reflejó en los espejos de los cascos de acero de Black, y su pelada piel era casi azulada con la brillante luz del mediodía. No frenó su paso, y el jinete de la yegua, al ver que el caballo era completamente metálico, se apartó del paso y sacó la espada.

Dilvish sacó su arma de debajo de la capa y paró un golpe a la cabeza al pasar junto al otro jinete. Luego el caballero le siguió y le gritó:

- ¡Aunque hayas pasado las estrellas de la muerte y saltado esta barrera, nunca llegarás a Dilfar! ¡Ten las riendas! ¡Montas un espíritu menos que ha tomado la forma de un caballo, pero te detendremos en Mycar, o en Bildesh... o antes!

Pero el Coronel del Oriente no replicó, y Black siguió conduciéndole con largas y fáciles zancadas.

- ¡Cabalgas en una montura que nunca se cansa! -gritó el jinete-. ¡Pero no te servirá de nada contra otras brujerías! ¡Entrégame tu espada!

Dilvish se echó a reír, y su capa fue un ala al viento.

Antes de que el día diera paso a la noche, también la yegua cayó, y Dilvish se encontraba en las cercanías de Mycar.

Black se detuvo de pronto al acercarse al río llamado Kethe.
Dilvish se aferró al cuello del caballo para no salir despedido.

-No está el puente -dijo Black- y yo no puedo nadar.

- ¿Puedes saltarlo?

-No lo sé, mi coronel. Es muy ancho. Si no consigo saltarlo, jamás volveremos a salir a la superficie. El Kethe se introduce mucho a la tierra.

Y en ese momento los emboscados salieron de pronto de los árboles, algunos a caballo y otros a pie. Los soldados de a pie llevaban picas.

-Inténtalo -dijo Dilvish.

Black se puso al galope de inmediato, más rápido que cualquier caballo, y el mundo dio vueltas y cayó alrededor de Dilvish, aferrado a su montura con las rodillas y sus grandes manos llenas de cicatrices. El caballo relinchó al lanzarse al aire.

Al tocar la otra orilla, los cascos de Black se hundieron un palmo en la roca y Dilvish se tambaleó en la silla. El jinete siguió montado, pese a todo, y Black liberó sus cascos.

Al mirar a la otra orilla, Dilvish vio a los atacantes inmóviles, mirándole fijamente. Luego contemplaron el Kethe y alzaron de nuevo la mirada hacia Dilvish y Black.

En marcha una vez más, el jinete del garañón moteado apareció detrás de Black.

- ¡Aunque hayas reventado tres caballos -gritó-, te detendremos entre este punto y Bildesh! ¡Ríndete!

Luego Dilvish y Black estuvieron muy por delante de él, y lo dejaron atrás.

-Creen que eres un demonio, montura mía -Dijo Dilvish.
El caballo contuvo la risa.

-Quizá sería mejor que lo fuera.

Y cabalgaron hasta que el sol desapareció del cielo y por fin el caballo moteado se derrumbó y el jinete maldijo a Dilvish y a Black, y ellos siguieron adelante.
Los árboles empezaron a caer en Bildesh.

- ¡Trampas! -gritó Dilvish.

Pero Black ya estaba interpretando su danza de prevención y avance. Se detuvo, se encabritó; y brincó apoyándose en las patas traseras y saltó sobre un tronco caído. Se detuvo de nuevo y repitió la maniobra. Luego cayeron dos árboles al mismo tiempo, a ambos lados de la senda, y Black de echó hacia atrás y volvió a saltar por encima de los dos.

Dos profundas zanjas tuvo que saltar más tarde, y salvar una andanada de flechas que resonaron al rebotar en sus costados. Un dardo hirió en el muslo a Dilvish.

El quinto jinete arremetió contra ellos. Del color de oro de nueva acuñación era su caballo, llamado Ocaso, y el jinete era tan sólo un joven de escaso peso, elegido al parecer para

prolongar la persecución tanto como fuera preciso. Blandía una mortífera lanza que golpeó el cuerpo de Black sin desviarlo. Ocaso siguió galopando en pos de Dilvish.

- ¡Largo tiempo ha que admiro al Coronel del Oriente, y por ello no deseo verlo muerto! -gritó el jinete-. ¡Te ruego que te rindas! ¡Serás tratado con la suma cortesía que merece tu rango!

Dilvish se rió y replicó:

- ¡No amigo mío! ¡Mejor morir que rendirme a Lylish! ¡Adelante, Black!

Y Black redobló su paso y el joven quedó muy detrás y se inclinó sobre el cuello de Ocaso y les persiguió. Llevaba una espada al cinto, pero en ningún momento tuvo oportunidad de usarla. Aunque estuvo galopando la noche entera, más tiempo y más distancia que los anteriores perseguidores, también Ocaso se derrumbó cuando el este empezaba a palidecer.

Allí, tratando de levantarse, el joven prorrumpió en gritos.

- ¡Aunque hayas escapado de mí, caerás ante Lance!

Y al rato Dilvish, llamado el Maldito, cabalgaba solitario por las montañas de Dilfar, portando un mensaje para aquella ciudad. Y a pesar de que montaba al caballo de acero, llamado Black, temía igualmente un encuentro con Lance el de la Armadura Invencible antes de haber entregado el mensaje.

Al bajar la última senda, su camino estaba bloqueado una vez más, por un hombre acorazado a lomos de un caballo acorazado. El caballero dominaba por completo la senda, y aunque llevaba visera, Dilvish dedujo por los emblemas que se trataba de Lance, la Mano Derecha del Coronel del Occidente.

- ¡Detente y ten las riendas, Dilvish! -gritó-. ¡No puedes pasar estando yo aquí!

Lance permaneció inmóvil como una estatua.

Dilvish detuvo a Black y aguardó.

-Te ordeno rendirte ahora.

-No -dijo Dilvish.

-Entonces, tendré que matarte.

Dilvish sacó su espada.

El otro jinete se echó a reír.

- ¿No sabes que mi armadura es indestructible?

-No -dijo Dilvish.

-Muy bien, pues -dijo Lance, y pareció reír entre dientes-. Estamos solos aquí, tienes mi palabra. Desmonta. Yo lo haré al mismo tiempo. Cuando pruebes que es inútil, podrás seguir vivo. Serás mi prisionero.

Desmontaron.

-Estás herido -dijo Lance.

Dilvish arremetió contra el cuello del otro sin replicar, esperando reventar la juntura. Pero la armadura resistió y no quedó en el metal ni siquiera un rasguño tras el potente golpe capaz de hacer decapitado a otro hombre.

-Ahora debes reconocer que es imposible romper mi armadura. Fue forjada por las mismas Salamandras y sumergida en la sangre de diez vírgenes...

Dilvish arremetió contra la cabeza de Lance y, tras la réplica de éste, describió un lento círculo hacia la izquierda, de tal modo que su rival quedó de espaldas al caballo de acero, llamado Black.

- ¡Ahora, Black! -gritó Dilvish.

Y Black se alzó sobre sus patas traseras y cayó, atacando a Lance con los cascos delanteros.

El hombre llamado Lance se volvió con rapidez y recibió un golpe en el pecho. Cayó.

Dos relucientes huellas de casco quedaron impresas en su peto.

-Tenía razón -Dijo Dilvish-. Es indestructible.

Lance gimió de nuevo.

-...Y podría matarte ahora, metiendo la hoja por la ranura de tu visera. Pero no lo haré, porque no te he vencido justamente. Cuando te recobres, informa a Lylish que Dilfar estará preparada para recibirle. Sería mejor que retrocediera.

-Tendré un saco para tu cabeza cuando tomemos la ciudad -dijo Lance.

-Te mataré en la llanura delante de la ciudad -replicó Dilvish, y montó de nuevo a Black y descendió por la senda, dejando a Lance en el suelo.

-Cuando os enfrentéis -le dijo Black mientras se alejaban-, golpea las marcas de mis cascos. La armadura cederá en ese punto.

Al llegar a la ciudad, Dilvish recorrió las calles en dirección al palacio sin hablar con la gente que se apiñaba alrededor.

Entró en el palacio y se anunció.

-Soy Dilvish, Coronel del Oriente -dijo-, estoy aquí para informar que Portaroy ha caído y está en manos de Lylish. Los ejércitos del Coronel del Occidente avanzan en esta dirección y estarán aquí dentro de dos días. Apresúrate a armarte. Dilfar no debe caer.

-Que suenen pues las trompetas -ordenó el rey, levantándose de su trono- y que se congreguen los guerreros. Debemos prepararnos para la batalla.

Y mientras sonaban las trompetas, Dilvish bebió un vaso del magnífico vino tinto de Dilfar. Y mientras le traían comida y hogazas de pan, se maravilló una vez más de la fuerza de la armadura de Lance, y comprendió que debería poner a prueba de nuevo la invulnerabilidad de aquella coraza.

# *La canción de Thelinde*

A través del atardecer, al otro lado de la montaña, bajo una luna enorme y dorada, Thelinde estaba cantando.

En e elevado salón brujesco de Caer Devash, circundado por completo de pinos y reflejado muy por debajo de las rocas en el plateado río denominado Denesh, Mildin oyó la voz de su hija y las palabras del canto:

<< Los hombre del Oeste son fuertes, los hombres del Oeste
son valientes, pero Dilvish el Maldito regresó e hizo de su
sangre fríos torrentes.
Mientras lo perseguían de Portaroy
a Dilfar, en la zona oriental,
Dilvish montaba una criatura traída del infierno:
un negro y metálico animal.
No lograron herir ni detener a su montura,
el caballo que los hombres llaman Black,
porque el coronel adquirió enorme sabiduría
con la maldición de Jelerak...>>

Mildin se estremeció, cogió su reluciente capa de bruja (ella era Dama del Aquelarre) y tras echársela a la espalda y atársela al cuello con la ahumada Piedra de la Luna, se transformó en un pájaro gris plateado, atravesó la ventana y sobrevoló el Denesh.

Cruzó la montaña donde estaba Thelinde, con la mirada fija en el sur, y se posó en la rama más baja de un árbol cercano.

-Hija mía -dijo con su garganta de pájaro-, deja de cantar.

- ¡Madre! ¿Qué ocurre? -preguntó Thelinde-. ¿Por qué vienes en forma ligera? -Y sus ojos eran de un color profundo, porque seguían el cambio de la luna, y su cabello era el plateado fuego de las brujas del norte. Tenía diecisiete años y era cimbreña, y le encantaba cantar.

-Has cantado un nombre que no debe pronunciarse, ni siquiera aquí, en la fortaleza de nuestro hogar -dijo Mildin-. ¿Donde aprendiste esa canción?

-La cantaba una criatura de la cueva -respondió Thelinde-, donde el río llamado Medianoche forma un estanque al pasar bajo tierra.

- ¿Qué era esa criatura de la cueva?

-Ya se ha ido -replicó Thelinde-. Era un viajero oscuro, de la especie de las ranas, creo, que descansaba allí camino del Consejo de los Animales.

- ¿Te explicó el significado de esa canción? -preguntó la madre.

-No, dijo que es muy reciente, sobre las guerras en el sur y en el este.

-Eso es cierto -dijo Mildin-, y la rana no teme cantarla, porque es de la especie oscura y no tiene ninguna importancia para el poderoso. Pero tú, Thelinde, tú debes ser más precavida.

Todos los que tienen poder, a menos que sean muy temerarios, temen mencionar ese nombre que empieza con <<J>>.

- ¿Por qué?

La forma gris plateada revoloteó hasta el suelo. Luego la madre apareció junto a su hija, alta y pálida a la luz de la luna; su cabello estaba recogido y retorcido en lo alto de su cabeza formando corona del aquelarre, como así se denominaba.

-Ven conmigo ahora dentro de mi capa e iremos al Estanque de la Diosa, mientras los dedos de la luna tocan su superficie -dijo Mildin-, y verás algo de lo que has cantado.

Fueron montaña abajo hasta el lugar donde el riachuelo, que nace en lo alto en primavera, cruza el estanque con apenas un escarceo. Mildin se arrodilló junto al agua en silencio e, inclinada hacia adelante, respiró sobre la superficie. Luego llamó a Thelinde junto a ella y ambas miraron hacia abajo.

-Observa ahora la imagen de la luna reflejada en el agua -dijo a su hija-. Observa atentamente. Escucha...

>>Hace mucho tiempo, casi antes de que empezáramos a medir el paso del tiempo, hubo una Casa que fue anulada de la dignidad del Oriente, porque varias generaciones se habían unido por matrimonio con la especie de los elfos. Los elfos son altos y es hermoso observarlos, rápidos de pensamiento y acción, y aunque su raza es mucho más antigua, el hombre no reconoce en general la dignidad elfa. Una pena... El último hombre de esta Casa especial, privado de tierras y títulos, volvió su mano hacia numerosas ocupaciones, del mar a las montañas, y finalmente entró en la soldadesca, durante las primeras guerras con el Occidente, hace varios siglos. Luego se distinguió en la gran Batalla de Portaroy, librando esa ciudad de las manos de sus enemigos, y por eso lo llamaron Dilvish el Libertados. ¡Mira! ¡La imagen se aclara! Es la entrada de Dilvish en Portaroy...

Y Thelinde observó el estanque, donde se había formado una imagen.

Alto era él, y más moreno que la raza de los elfos, con unos ojos que reían y relucían reflejando el orgullo del triunfo. Montaba un garañón pardo, y su armadura, aunque mellada y arañada, brillaba a pesar de todo con el sol matutino. Cabalgaba al frente de sus tropas, y los habitantes de Portaroy permanecían a los lados de la senda y lanzaban vítores, y las mujeres echaban flores ante el jinete. Cuando llegó por fin a la fuente de la plaza, Dilvish desmontó y bebió el vino de la victoria. A continuación los Ancianos pronunciaron discursos de agradecimiento y se celebró un gran banquete al aire libre en honor a los libertadores.

-Parece ser un buen hombre -dijo Thelinde-. Pero... ¡qué espada tan grande lleva!... ¡Le llega hasta las botas!

-Sí, un arma para dos manos llamada Libertadora aquel día. Y sus botas, como observarás, son del cuero verde de los elfos, que los hombres no pueden comprar, aunque a veces se ofrecen como presente, como muestra de favor por parte de los Grandes... Y se dice que esas botas no dejan huellas. Es una pena que al cabo de una semana del festín que ves desplegado, la Libertadora quedara destrozada y Dilvish dejara de estar entre los vivos.

- ¡Pero el *todavía* vive!

-Sí... vive otra vez.

Hubo una turbulencia en el estanque, y brotó otra imagen.

Una oscura ladera... Un hombre, con capa y capucha, en el interior de un círculo tenuemente brillante... Una joven atada a un altar de piedra... Un cuchillo en la mano derecha del hombre, un bastón en la otra...

Mildin notó que los dedos de su hija aferraban su hombro.

- ¡Madre! ¿Quién es él?

-Es el Ser que jamás debes nombrar.

- ¿Qué va a hacer?

-Una cosa siniestra que requiere la sangre vital de una virgen. Él ha aguardado una eternidad a que las estrellas ocuparan las posiciones precisas para este rito. Ha hecho un largo viaje para llegar a ese antiguo altar de las montañas de Portaroy, el lugar donde debe realizarse el acto.

<<Fíjate en las criaturas que danzan alrededor del círculo... Murciélagos, fantasmas y fuegos fatuos... ¡Sólo ansían una gota! Pero no tocarán el círculo.>>

-Naturalmente que no...

-Ahora, mientras las llamas de ese brasero se elevan y las estrellas adoptan la posición correcta, él se dispone a matar a la virgen...

- ¡No puedo mirar!

- *¡Mira!*

-Es el libertados, Dilvish, que se acerca.

-Sí. Siguiendo el hábito de los Grandes, él apenas duerme. Ha salido a tomar el aire en las montañas de Portaroy, ataviado con su traje de batalla tal como la gente espera de los libertadores.

-Ha visto a Je... ¡Ha visto el círculo! ¡Se aproxima!

-Sí, y cruza el círculo. Siendo de Sangre Grande, él sabe que es diez veces más inmune a la magia que un hombre. Pero no sabe de quién es el círculo que ha cruzado. A pesar de todo, eso no lo mata. Pero está debilitado... ¡Fíjate cómo se tambalea! Tal es el poder de ese Ser.

<<Golpea al mago con su mano, lo tira al suelo y vuelca el brasero. Se vuelve para soltar a la muchacha...>>

En el interior del estanque, la sombra que era el mago se alzó del suelo. Su rostro era invisible debido a la capucha, pero había levantado el bastón. De pronto pareció crecer enormemente, y su bastón se alargó y retorció igual que una serpiente. Estiró el brazo y tocó a la joven, con la punta de la vara.

Thelinde chilló.

Ante sus ojos, la virgen estaba envejeciendo. Aparecieron arrugas en su cara y su cabello se volvió cano. Su piel se tiñó de amarillo y todos sus huesos sobresalieron bajo ella.

Por fin la joven dejó de respirar, pero el encantamiento no cesó. La criatura del altar se marchitó y un polvo fino, igual que humo, se alzó en la piedra.

Había un esqueleto en el altar.

Dilvish atacó al mago, con la espada Libertadora en alto.

Pero al descargar el golpe, el Siniestro tocó el arma con el bastón y la espada se hizo añicos y cayó al suelo. Dilvish dio un paso hacia el mago.

De nuevo el bastón se movió suavemente, y una aureola de fuego danzó alrededor de la silueta del Libertador. Al cabo de un rato el fuego se apagó. Pero a pesar de todo, Dilvish estaba allí, inmóvil.

La imagen desapareció.

- ¿Qué ha pasado?

-El Siniestro -dijo Mildin- le castigó con una terrible maldición, contra la cual ni siquiera la Sangre Grande servía. Mira.

El día dominaba la ladera. El esqueleto yacía en el altar. El mago se había ido. Dilvish se hallaba solo, todo el mármol al sol, cubierto de rocío matutino, y su mano derecha seguía alzada, a punto de golpear a un enemigo.

Más tarde llegó un grupo de niños y miraron fijamente la estatua durante largo tiempo. Después volvieron corriendo a la ciudad para dar la noticia. Los Ancianos de Portaroy subieron a las montañas y, considerando la estatua como un presente de los numerosos desconocidos que tenían por amigos de su libertador, la bajaron en un carro hasta la ciudad y la colocaron en la plaza, junto a la fuente.

- ¡El lo transformó en piedra!

-Sí, y permaneció en la plaza más de dos siglos, su propio monumento, con el puño alzado contra los enemigos de la ciudad que había liberado. Nadie sabía qué se había hecho de él, pero sus amigos humanos envejecieron y murieron, y la estatua perduró.

-...Y él durmió convertido en piedra.

-No, el Siniestro no maldice con tanta amabilidad. Mientras su cuerpo permanecía rígido, con atavío de batalla, su espíritu fue desterrado al pozo más profundo del Infierno que el Siniestro pudo disponer.

-Oh...

-...Y tal vez el efecto del encantamiento fuera ése, o quizá la Sangre Grande prevaleció en un momento de necesidad, o bien algún poderoso aliado de Dilvish supo la verdad y logró finalmente liberarlo. Nadie lo sabe. Pero un día, hace poco, mientras Lylish, Coronel del Occidente, barría el territorio, todos los hombres de Portaroy se reunieron en la plaza para preparar la defensa de la ciudad.

La luna se había desplazado lentamente hacia el borde del estanque. Bajo ella surgió otra imagen.

Los hombres de Portaroy estaban armándose y haciendo ejercicios en la plaza. Eran muy pocos, pero parecían dispuestos a vender sus vidas al precio más costoso. Muchos miraron la estatua del Libertados aquella mañana, como si recordaran una leyenda. Luego, mientras el sol la envolvía en color, la estatua se movió...

Durante un cuarto de hora, despacio y con obvio esfuerzo, los brazos cambiaron de posición. Toda la muchedumbre de la plaza observó, paralizada en esos momentos. Por fin Dilvish bajó del pedestal y bebió en la fuente.

La gente le rodeó entonces, y él se volvió hacia los de Portaroy.

- ¡Sus ojos, madre! ¡Han cambiado!

-Después de lo que ha visto con los ojos de su espíritu, ¿es extraño que los ojos externos lo reflejen?

La imagen desapareció. La luna se alejó flotando.

-...Y en alguna parte consiguió un caballo que no era tal, sino un animal de acero parecido a un caballo.

Por un instante apareció una figura oscura y al galope en el interior del estanque.

-Ése es Black, su montura. Dilvish lo llevó a la batalla, y aunque también luchó largo rato a pie, lo sacó de allí mucho después: fue el único superviviente. En las semanas anteriores a la batalla había entrenado bien a sus hombres, pero éstos eran muy pocos. Sus soldados le llamaron Coronel del Oriente, el título opuesto al ostenta lord Lylish. Todos cayeron, a pesar de todo, excepto él, pero señores y ancianos de otras ciudades del este de han alzado en armas y también ellos reconocen el rango de Dilvish. Este mismo día, me han dicho, Dilvish estaba ente los muros de Dilfar y venció a Lance, el de la armadura Invencible, en singular combate. Pero la luna está bajando ya y el agua se oscurece...

-Pero ¿y el nombre? ¡Por qué no debo mencionar el nombre de Jelerak?

Nada más pronunciarlo, hubo una especie de murmullo, como de enormes y secas alas batiendo el aire en lo alto, y la luna quedó oscurecida por una nube, y una oscura silueta se reflejó en las profundidades del estanque.

Mildin metió a su hija en la capa de bruja.

El susurro se hizo más fuerte y una tenue niebla brotó alrededor de las dos mujeres.

Mildin hizo la Señal de la Luna y se puso a hablar en voz baja.

-Vuelve a ti... En Nombre del Aquelarre, del que yo soy Señora, te ordeno regresar. Vuelve al lugar de donde viniste. No deseamos tus siniestras alas en Caer Devash.

Hubo una corriente descendente de aire, y un liso e inexpresivo rostro quedó suspendido sobre las dos mujeres, recogido entre amplias alas de murciélago. Sus garras relucían tenue, rojamente, como metal recién calentado en la forja.

El murciélago voló alrededor de Mildin y Thelinde, y la primera apretó más la capa y alzó una mano.

-Por la Luna, nuestra Madre, en todos sus disfraces, te ordeno marchar. ¡Ahora! ¡En este instante! ¡Aléjate de Caer Devash!

El murciélago se posó en el suelo junto a ellas, pero la capa de Mildin cobró brillo y la Piedra de la Luna destelló cual lechosa llama. El monstruo se apartó de la luz, volvió a la niebla.

Entonces apareció una brecha en la nube y un dardo de luz lunar pasó a través del hueco. Un rayo de luna tocó a la criatura, que chilló una vez, como un hombre atormentado, y se lanzó al aire en dirección suroeste.

Thelinde alzó la mirada hacia el semblante de su madre, que de pronto parecía muy afligido, más viejo...

- ¿Qué era eso? -preguntó Thelinde.

-Era un siervo del Siniestro. Traté de advertirte, de la forma más gráfica posible, de su poder. Su nombre se ha usado durante tanto tiempo para conjurar y dominar a espíritus malignos y criaturas siniestras que se ha convertido en un Nombre de Poder. Sus siervos vuelan para localizar al que lo pronuncia, en cuanto oyen pronunciarlo, por miedo de que haya sido él mismo y se encolerice por su tardanza. Pero también se rumorea que si su nombre es pronunciado con frecuencia por una persona, él se entera y condena a esa persona. En cualquier caso, no es prudente ir por ahí cantando esas canciones.

-Yo no lo haré, nunca. ¿Cómo puede ser tan fuerte un mago?

-Él es tan viejo como las montañas. En tiempos fue un mago benigno y cayó en hábitos siniestros, cosa que lo hace particularmente malicioso. Como sabes, raramente cambian para bien. Y ahora se le tiene como uno de los tres magos más poderosos, tal vez el *más* poderoso de todos los magos de todos los reinos de todas las tierras. Él sigue vivo y es muy fuerte, aunque la historia que has visto ocurrió hace siglos. Pero ni siquiera él está libre de problemas...

- ¿Cómo es eso? -preguntó la hija de la bruja.

-Porque Dilvish vive otra vez, y creo que está un poco enfadado.

La luna salió de detrás de la nube, era enorme, se había transformado en oro en bruto durante su ausencia.

Mildin y su hija se dirigieron en ese momento montaña arriba, hacia Caer Decash y el anillo de pinos, muy por encima del Denesh, el río de plata.

# *Las campanas de Shoredan*

Ningún ser viviente habitaba en el territorio de Rahoringhast.

Desde una era antes de esta era estaba el muerto dominio vacío de sonido, aparte del restallar de los truenos y el *espit-espit-espit* de las gotas de lluvia al rebotar en la piedra de los edificios y en las rocas. Las torres de la Ciudadela de Rahoring seguían en pie; el gran arco, al que le habían arrancado las puertas, continuaba abierto, como una boca paralizada en un aullido de dolor y sorpresa de muerte; el campo que rodeaba el lugar se asemeja al estéril paisaje de la luna.

El jinete siguió el Camino de los Ejércitos, que terminaba en el arco de entrada y se adentraba en la Ciudadela. Tras él quedaba una sinuosa senda que descendía y descendía y retrocedía hacia el sur y hacia el oeste. Atravesaba frígidas siluetas de niebla matutina que se aferraban, entumecidas, al oscuro terreno lleno de agujeros, igual que escuadrones de gigantescas sanguijuelas. La senda se curvaba en torno a las viejas torres, que seguían en pie únicamente en virtud de los encantamientos que pasaban sobre ellas desde tiempos pasados. Negras e impresionantes, muy elevadas y perfiladas en la claridad de una pesadilla, las torres y la Ciudadela eran las últimas prolongaciones visibles del carácter de su fallecido constructor: Hohorga, Rey del Mundo.

El jinete, el jinete de las botas verdes que no dejaba huellas al andar, debió sentir parte del sinistro poder que aún quedaba en el lugar, porque se detuvo y permaneció en silencio, contemplando largo rato las rotas puertas y las altas almenas. Luego dijo una palabra a la negra criatura parecida a un caballo que era su montura, y avanzó lentamente.

Al acercarse, vio que algo se movía en las sombras del arco de entrada.

El sabía que ningún ser viviente habitaba en el territorio de Rahoringhast...

La batalla había ido bien, teniendo en cuenta el número de defensores.

El primer día, los emisarios de Lylish se acercaron a los muros de Dilfar, solicitaron parlamento, pidieron la rendición de la ciudad y obtuvieron una negativa. Siguió una breve tregua para permitir el combate entre Lance, el Segundo de Lylish, y Dilvish, llamado el Maldito, Coronel del Oriente, Libertador de Portaroy, vástago de la Casa Elfa de Selar y de la Casa Humana eliminada.

La lid duró menos de un cuarto de hora, hasta que Dilvish, cuya herida en la pierna provocó su caída, arremetió con la punta de su espada son dejar de protegerse con el escudo. La armadura de Lance, considerada invencible, cedió entonces, porque el arma de Dilvish golpeó uno de los dos dibujos del peto, los que tenían forma de hendidas marcas de casco. Los soldados murmuraron que esas marcas no estaban allí anteriormente e intentaron hacer prisionero al coronel. Pero el caballo de Dilvish, que permanecía apartado cual estatua de acero, fue en su auxilio de nuevo y lo condujo a la seguridad de la ciudad.

El asalto se inició entonces, pero los defensores estaban preparados y defendieron bien los muros. Dilfar estaba perfectamente fortificada y provista. Combatiendo en posición de fuerza, los defensores lanzaron enorme destrucción sobre los hombres de Occidente.

Al cabo de cuatro horas, el ejército de Lylish se retiró con los enormes arietes que no había podido usar. Los soldados del Occidente iniciaron la construcción de plataformas de asalto mientras aguardaban la llegada de catapultas de Bildesh.

En los muros de Dilfar, en lo alto del Torreón de las Águilas, dos hombres observaban.

-No irá bien, lord Dilvish -dijo el rey, que se llamaba Malacar el Poderoso, aunque su estatura era escasa y sus años abundantes-. Si completan las torres que caminan y traen catapultas, nos atacarán desde lejos. No podemos defendernos de eso. Luego las torres se pondrán en marcha, cuando estemos debilitados tras el bombardeo.

-Es cierto -dijo Dilvish.

-Dilfar no debe caer.

-No.

-Hemos pedido refuerzos, pero se hallan a muchas leguas de distancia. Nadie está preparado para el asalto de lord Lylish, y pasará mucho tiempo antes de que se reúnan tropas suficientes y acudan a la batalla.

-Eso también es cierto, y por entonces podría ser demasiado tarde.

-Afirman algunos que sois el mismo lord Dilvish que liberó Portaroy hace largo tiempo.

-Soy ese Dilvish.

-Si es así, aquel Dilvish era de la Casa de Selar de la Espada Invencible.

-Sí.

-También es cierto, pues, lo que se dice de la Casa de Selar y de las campanas de Shoredan en Rahoringhast?

Malacar desvió la mirada mientras lo preguntaba.

-Eso no lo sé -dijo Dilvish-. Jamás he intentado despertar a las legiones malditas de Shoredan. Mi abuela me explicó que sólo dos veces en todas las épocas del Tiempo se ha hecho eso. También lo he leído en los Libros Verdes del Tiempo del alcázar de Mirata. Pero no *lo sé.*

-Sólo a un miembro de la Casa de Selar responderán las campanas. De lo contrario oscilan sin hacer ruido, se dice.

-Eso se dice.

-Rahoringhast se halla lejos, al norte y al este, y penoso es el camino. Pero con una montura como la vuestra se puede hacer el recorrido, conseguir que suenen las campanas, convocar a las legiones malditas. Se dice que esas legiones acompañarán a la batalla a un miembro de Selar.

-Cierto, también yo he pensado en ello.

- ¿Podéis intentarlo?

-Sí, señor. Esta noche. Ya estoy preparado.

-Arrodillaos pues y recibid mi bendición, Dilvish de Selar.
Supe que erais él en cuanto os vi en el campo ante esos muros.

Y Dilvish se arrodilló y recibió la bendición de Malacar, llamado el poderoso, Señor del Dominio Oriental, cuyo reino abarcaba Dilfar, Bildesh, Maestar, Mycar, Portaroy, Princeaton y Poind.

El camino era difícil, pero el transcurso de leguas y horas se asemejaba al movimiento de las nubes. La puerta occidental de Dilfar tenía en la parte interior una salida más pequeña, una puerta que permitía el paso de un hombre, claveteada y con ranuras para disparar flechas.

Cual postigo al viento, esa puerta se abrió y se cerró. Agazapado, a lomos de un fragmento de la noche, el coronel cruzó la abertura y corrió por la llanura, entrando un instante en los lindes del campamento enemigo.

Hubo un grito mientras Dilvish pasaba, y resonaron armas en la oscuridad.

Brotaron chispas de desherrados de acero.

- ¡Toda la velocidad a tu disposición, Black, mi montura!

Cruzó el lugar del campamento y se alejó antes de que la primera flecha estuviera dispuesta en su arco.

En lo alto de la colina, hacia el este, una pequeña hoguera tremolaba al viento. Estandartes, montados en altos palos, aleteaban en la noche; estaba demasiado oscuro para que Dilvish leyera los emblemas, pero sabía que se hallaban entre las tiendas de Lylish, Coronel del Occidente.

Dilvish pronunció las palabras en el lenguaje de los malditos, y al pronunciarlas los ojos de su montura brillaron como ascuas en la noche. La pequeña hoguera de la cumbre de la colina, una gran fronda de llamas, se alzó hasta la altura de cuatro hombres. Pero no alcanzó la tienda. Y después no hubo ninguna hoguera, sólo las brasas de todos los leños consumidos en un instante.

Dilvish siguió cabalgando, y los cascos de Black produjeron iluminación en la ladera.

Persiguieron a Dilvish solamente un rato. Después el coronel se alejó solitario.

Toda esa noche cabalgó cruzando parajes de roca. Siluetas se alzaron y cayeron ante él, igual que tambaleantes gigantes sorprendidos en plena borrachera. Dilvish se notó lanzado, en innumerables ocasiones, por vacuo aire, y al mirar hacia abajo en tales momentos, sólo vio vacuo aire.

Con la mañana llegó la nivelación del camino, y el distante borde de la Llanura Oriental quedó primero ante Dilvish, luego bajo él. Comenzó a dolerle la pierna debajo de la ropa, pero él había vivido en las Casas de Dolor diez veces más que las vidas de los hombres, y apartó la sensación de sus pensamientos.

Cuando el sol se alzó sobre el irregular horizonte a su espalda, Dilvish hizo un alto para comer y beber, para estirar las piernas.

Luego vio en el cielo las siluetas de nueve palomas negras que debían circundar el mundo eternamente, sin posarse jamás, para ver todas las cosas del mar y la tierra pasando sobre ellas.

-Un augurio -dijo Dilvish-. ¿Es un buen augurio?

-No lo sé -replicó la criatura de acero.

-Entonces apresurémonos a saberlo.

Dilvish montó de nuevo.

Durante cuatro días atravesó la llanura, hasta que las onduladas hierbas amarillas y verdes quedaron atrás y el terreno se extendió arenoso ante el jinete.

Los vientos del desierto le hirieron los ojos. Dispuso su pañuelo a modo de embozo, pero no pudo frenar la totalidad del asalto. Para toser y escupir tenía que bajar el pañuelo, y la arena penetraba nuevamente. Parpadeó y sintió arder su cara, y maldijo, pero ningún hechizo conocido podía dejar el desierto entero como un tapiz amarillo, liso y sin arrugas bajo él. Black era un viento contrapuesto, y los vientos del territorio se apresuraron a combatir su paso.

El tercer día en el desierto, un loco ser voló invisible y disparatado detrás de Dilvish. Ni siquiera Black logró dejarlo atrás, y la criatura hizo caso omiso de las más inmundas imprecaciones en mabrahoring, el lenguaje de demonios y malditos.

Al día siguiente, más criaturas se unieron a la primera. No cruzaron el círculo protector donde Dilvish reposaba, pero llenaron de chillidos sus sueños -fragmentos sin sentido en una decena de idiomas- y perturbaron su descanso.

El jinete los dejó atrás al dejar el desierto. Los dejó atrás al entrar al territorio de piedra, rebordes, guijos, oscuros estanques y siniestras aberturas en la tierra donde brotaban los vahos de los infiernos.

Dilvish había llegado a la frontera de Rahoringhast.

Un territorio húmedo y gris, por todas partes.

Había niebla en algunos puntos, y el agua rezumaba de las rocas, surgía del suelo.

No había árboles, arbustos, flores, hierba... Ningún pájaro cantaba, ningún insecto zumbaba... Ningún ser viviente habitaba en el territorio de Rahoringhast.

Dilvish siguió cabalgando y atravesó las quebradas fauces de la ciudad.

El interior era sombras y ruina.

El jinete prosiguió por la Senda de los Ejércitos.

En silencio estaba Rahoringhast, una ciudad de los muertos.

Él lo percibió, no como el silencio de la nada, sino como el silencio de una paralizada presencia.

Sólo las hendidas patas de acero sonaban en la ciudad.

No había ecos.

Sonido... Nada. Sonido... Nada. Sonido...

Fue como si algo invisible se desplazara para absorber cualquier evidencia de vida en cuanto se manifestaba inmediatamente el ruido.

Rojo era el palacio, igual que ladrillos recién sacados del horno y enrojecidos por el temple de su fabricación. Pero los muros eran uniformes. Ninguna juntura, ninguna división en la capa de rojo. Una construcción sólida, imponderable, de amplia base, y con sus trece torres alcanzaba más altura que cualquier edificio visto por Dilvish, aunque él había morado en el mismo torreón de Mirata, donde los señores de la Ilusión dominaban, retorciendo el espacio a su voluntad.

Dilvish desmontó y contempló la enorme escalera que se alzaba ante él.

-Nos orientaremos dentro de eso.

Black inclinó la cabeza y tocó el primer escalón con su casco. Brotó fuego de la piedra. El caballo de acero retiró la pata y el humo formó rizos en ella. No quedó señal d}en la escalera indicativa del punto de contacto.

-Temo no poder entrar en este lugar y conservar mi forma -afirmó Black-. Como mínimo, mi forma.

- ¿Qué te lo impide?

- ¿Un antiguo encantamiento para defender este lugar del asalto de cualquiera como yo.

- ¿Puede deshacerse?

-No por ninguna criatura que ande en este mundo o vuele sobre él o se retuerza bajo él, o yo soy un caballo. Aunque un día los mares suban y cubran la tierra, este lugar existirá en el fondo. Fue arrancado del Caos por el Orden en los tiempos en que estas normas dominaban el territorio pelado, al otro lado de las montañas. Quienquiera que fuera el causante, fue uno de los Primeros, y poderoso incluso desde el punto de vista del Poderoso.

-En ese caso debo continuar solo.

-Tal vez no. Se acerca ahora mismo al que será mejor que aguardes y escuches.

Dilvish aguardó, y un solitario jinete salió de una distante calle y avanzó hacia los recién llegados.

-Saludos -dijo el jinete con la mano derecha levantada, abierta.

-Saludos. -Dilvish hizo el mismo gesto.

El jinete desmontó. Su vestimenta era de color violeta oscuro, la capucha echada hacia atrás, la capa tapándole por completo. No llevaba armas visibles.

-¿Qué hacéis aquí ante la ciudadela de Rahoring? -preguntó.

-Qué hacéis vos preguntándome, sacerdote de Babrigore? -dijo Dilvish, y no apremiantemente.

-Paso el tiempo de una luna en este lugar de muerte, para extenderme en los hábitos del mal. Es para prepararme como superior de mi templo.

-Sois joven para ser rector de un templo.

El sacerdote se encogió de hombros y sonrió.

-Pocos vienen a Rahoringhast -observó.

-No es muy extraño -replicó Dilvish-. Confío en no quedarme mucho tiempo.

- ¿Pensabas entrar en este... lugar? -El sacerdote señaló el palacio.

-Pensaba, y pienso.

El hombre era media cabeza más bajo que Dilvish, y era imposible conjeturar su silueta bajo la ropa que lucía. Sus ojos eran azules y su tez morena. Un lunar en su párpado izquierdo danzaba cuando pestañeaba.

-Permitidme rogaros que reconsideréis esta acción -dijo-. Sería imprudente entrar en este edificio.

- ¿Por qué?

-Se dice que el interior continúa vigilado por los antiguos guardianes de su señor.

- ¿Habéis estado dentro alguna vez?

-Sí.

- ¿Os causó molestia algún antiguo guardián?

-No, pero al ser sacerdote de Babrigore me hallo bajo la protección de... de... Jelerak.

Dilvish escupió.

-Ojalá le arranquen la carne de los huesos y conserve la vida.

El sacerdote bajó los ojos.

-Aunque él luchó contra la criatura que habitaba en este lugar -Dilvish -, después se volvió tan inmundo como ella.

-Muchos de sus actos son igual que manchas en la tierra -repuso el sacerdote-, pero él no fue siempre así. Era un auténtico mago que opuso sus poderes a los del Siniestro, en una época en que el mundo era joven. No estaba bastante capacitado. Cayó. El Maléfico lo usó como siervo. Durante siglos soportó ese cautiverio, hasta que la esclavitud lo transformó tal como debía ser. También alcanzó la gloria con métodos siniestros. Pero después, cuando Selar el de la Espada Invencible compró la vida de Hohorga con la suya, Jel... él cayó como si estuviera muerto y así permaneció durante una semana. Próximo al delirio, al despertar, recurrió a un contraencantamiento en un último acto de revocación: liberar a las legiones malditas de Shoredan. Lo probó. Lo hizo. Permaneció en esta misma escalera durante dos días y dos noches, hasta que la sangre se mezcló con el sudor de su frente, pero no consiguió romper el influjo de Hohorga. Aun estando muerto, la siniestra fuerza era tremenda para él. Luego vagó enloquecido por el territorio, hasta que fue recogido y atendido por los sacerdotes de Babrigore. Después volvió a los hábitos que había aprendido, pero siempre ha demostrado una amable disposición hacia la orden que lo atendió. Jamás nos ha pedido nada. Nos ha enviado alimentos en tiempos de hambre. No habléis mal de él en mi presencia.

Dilvish escupió de nuevo.

-Ojalá se pudra en la oscuridad de las oscuridades por los siglos de los siglos y ojalá su nombre sea maldito por siempre.

El sacerdote apartó la mirada del repentino fulgor en los ojos de Dilvish.

- ¿Qué pretendéis hacer en Rahoring? -preguntó por fin.

-Entrar... y hacer algo.

-Si debéis hacerlo, os acompañaré. Tal vez mi protección se extienda también a vos.

-No he solicitado vuestra protección, sacerdote.

-No es preciso solicitarla.

-Perfectamente. Venid conmigo en ese caso.

Empezó a subir la escalera.

- ¿Qué es eso que montáis? -Inquirió el sacerdote mientras señalaba hacia atrás-. Igual que un caballo por su forma, pero ahora es una estatua.

Dilvish se echó a reír.

-También yo sé algo de los métodos siniestros, pero mis relaciones son particulares.

-Ningún hombre puede tener relaciones especiales con lo siniestro.

-Podéis decir eso a un morador de las Casas de la Llanura, sacerdote. A una estatua. ¡A alguien que pertenezca totalmente a la raza de los hombres! Pero no a mí.

- ¿Cómo os llamáis?

-Dilvish. ¿Y vos?

-Korel. No os hablaré más de lo siniestro, Dilvish, pero a pesar de todo entraré con vos a Rahoring.

-En ese caso no sigáis hablando. -Dilvish se volvió y continuó subiendo.

Korel le siguió.

A medio camino, la luz que les rodeaba empezó a apagarse. Dilvish miró hacia atrás. Sólo pudo ver la escalera que bajaba y bajaba. No había nada en el mundo aparte de escalones. Un paso más arriba, y la oscuridad aumentó.

- ¿Ocurrió eso cuando entrasteis aquí la última vez?

-preguntó Dilvish.

-No -dijo Korel.

Llegaron a lo alto de la escalera y vieron el nebuloso portal.
Por entonces parecía como si la noche cubriera la tierra.

Entraron.

Un sonido, como de música, llegaba de muy lejos, y en el interior había una luz fluctuante. Dilvish puso la mano en el pomo de su espada.

-No os servirá de nada -musitó el sacerdote.

Recorrieron el pasadizo y llegaron por fin a una vacía sala.
Varios braseros vertían llamas en los elevados huecos de las paredes. El techo se perdía en la penumbra y el humo.

Cruzaron esa sala hasta el punto donde una amplia escalera conducía a una llamarada de luz y sonido.

Korel miró atrás.

-Empieza con la luz -dijo el sacerdote-, toda esta novedad. -Señaló-. El pasillo exterior sólo contenía escombros y... polvo...

- ¿Y cuál es el problema aparte de eso? -Dilvish volvió también la cabeza.

Sólo una hilera de pisadas recorría el polvo hacia la sala.
Dilvish se echó a reír.

-Camino con suavidad -dijo.

Korel le contempló. Luego parpadeó y su lunar se agitó sobre el ojo.

-Cuando entré aquí anteriormente -dijo el sacerdote-, no había sonidos, ninguna antorcha. Todo estaba vacío y silencioso, destrozado. ¿Sabéis qué ocurre?

-Sí -repuso Dilvish-, porque lo leí en los Libros Verdes del Tiempo y en el torreón de Mirata. Debéis saber, oh sacerdote de Babrigore, que en la sala superior los fantasmas juegan a ser fantasmas. Debéis saber, igualmente, que Hohorga muere una y otra vez mientras yo estoy aquí dentro.

Al pronunciar el nombre de Hohorga, se oyó un fuerte grito en la elevada sala. Dilvish corrió escaleras de arriba, con el sacerdote detrás.

De entre los muros de Rahoring brotaba un potente gemido.

Se detuvieron al final de la escalera, Dilvish como una estatua, con la espada medio desenvainada, Korel con las manos metidas en las mangas, rezando según la norma de su orden.

Los restos de un gran festín se hallaban dispersos por toda la sala. La luz procedía de arriba, de unos globos de colores que daban vueltas como planetas bajo la gran pintura celeste del abovedado techo. El trono que ocupaba el estrado junto a la pared más alejada estaba vacío. Ese trono era demasiado grande para que alguien de la época lo ocupara. Las paredes estaban totalmente cubiertas de antiguos emblemas, muy extraños, sobre losas de mármol donde alternaban el blanco y el anaranjado. En las columnas de la pared había gemas del tamaño de puños cerrados, de ardiente amarillo y esmeralda, infrarrubí y ultra azul que despedían un ígneo brillo, transparente e iluminador hasta los escalones del trono. El pabellón del trono era amplio y de oro blanco, trabajado a la manera de sirenas y arpías, delfines y serpientes con cabeza de cabra; estaba sostenido por dragones alados, grifos y pegasos sentados y erguidos. Pertenecía al ser que agonizaba en el suelo.

Con forma de hombre, aunque media vez más alto, Hohorga yacía en las baldosas de su palacio y sus intestinos llenaban su regazo. Lo atendían tres miembros de su guardia, mientras el resto se ocupaba del asesino. Se decía en los Libros del Tiempo que Hohorga el Maléfico era indescifrable. Dilvish comprobó que ello era cierto y falso al mismo tiempo.

Hohorga era hermoso y noble de facciones; pero tan cegadoramente hermoso era que todos los ojos se apartaban de aquel semblante arrugado entonces por el dolor. Un tenue halo azulado decrecía alrededor de sus hombros. Incluso con el dolor de la muerte Hohorga era tan frío y perfecto como una piedra hermosa tallada, dispuesta sobre el cojín verdirrojo de su sangre; la suya era la hipnótica perfección de una serpiente multicolor. Se dice que los ojos no tienen expresión propia, y que nadie puede meter la mano en un barril de ojos y separar los de

un hombre encolerizado o los de un ser querido. Los ojos de Hohorga eran los de un dios arruinado: infinitamente tristes, tan altivos como un océano de leones.

Una sola mirada y Dilvish comprobó ese detalle, aunque no logró adivinar el color de los ojos.

Hohorga era de la sangre del primero.

Los guardias habían arrinconado al asesino. Él combatía, al parecer con las manos vacías, pero parando y asestando golpes como si aferrara una espada. Cuando su mano se movía, había heridas.

El asesino esgrimía la única arma capaz de herir al Rey del Mundo, que no toleraba armas en su presencia, salvo a su guardia.

Llevaba la Espada Invisible.

Era Selar, primero de la casa elfa de ese nombre, finado gran señor de Dilvish, que en ese momento gritó su nombre.

Dilvish sacó la espada y cruzó corriendo la sala. Arremetió contra los atacantes, pero su hoja los atravesó como si fueran de humo.

Superaron la posición de guardia de Selar. Un potente golpe lanzó despedido algo invisible que resonó en la sala. Luego despedazaron al vencido, poco a poco, a Selar de Shoredan, mientras Dilvish lloraba y observaba.

Y entonces habló Hohorga, con una voz firme aunque suave, sin inflexión, igual que el constante batido de la marea o cascos de caballos.

-He sobrevivido al que presumía de haberme vencido, como debe ser. Sabed que está escrito que jamás ojo alguno vería la espada capaz de herirme. Los poderes tienen sus bromas. Mucho de lo que he hecho permanecerá siempre así, Oh hijos de los Hombres, Elfos y Salamandras. Me llevo de este mundo, al silencio, mucho más de lo que sabéis. Habéis vencido a lo que era más grande que vosotros mismos, pero no os orgullezcáis. Eso ha dejado de importarme. Nada me importa. Mis maldiciones para vosotros.

Aquellos ojos se cerraron y hubo el estampido del trueno.

Dilvish y Korel estaban solos en las ensombrecidas ruinas de una gran sala.

- ¿Por qué apareció  hoy esto? -preguntó el sacerdote.

- Cuando uno de la sangre de Selar entra aquí -dijo Dilvish-, la escena vuelve a realizarse.

- ¿Para qué habéis venido aquí, Dilvish, hijo de Selar?

-Para tocar las campanas de Shoredan.

-Imposible.

-Si debo salvar Dilfar y liberar de nuevo Portaroy, ha de hacerse.

<<Voy a buscar las campanas ahora mismo.>>

Atravesó la casi negrura de noche sin estrellas, porque sus ojos no eran los ojos de los hombres, y estaba acostumbrado a mucha oscuridad.

Oyó que el sacerdote le seguía.

Pasaron por detrás de la destrozada mole del trono del señor de la Tierra. De haber habido suficiente luz, habrían visto que los puntos oscuros del suelo se convertían en manchas, luego adoptaban el tono tostado de la arena y un color verdirrojo de sangre al acercarse Dilvish, para esfumarse de nuevo al alejarse.

Detrás del estrado estaba la puerta de la torre central. Fevera Mirata, Reina de la Ilusión, había mostrado una vez esta sala a Dilvish en un espejo del tamaño de seis jinetes en línea, un espejo bordeado por un marco de atrompetados narcisos de oro que ocultaron sus cabezas hasta que no hubo más reflejo que el de ellos mismos.

Dilvish abrió la puerta y se detuvo. Ondulante el humo le envolvió. Sufrió un ataque de tos, pero se mantuvo en guardia.

- ¡Es el Guardián de las Campanas! -exclamó Korel-. ¡Que Jelarak nos libre!

- ¡Maldito Jelarak! -dijo Dilvish-. Me basto para librarme.

Pero al hablar, la nube formó un remolino y dando vueltas se transformó en una reluciente torre que guardaba la entrada, iluminaba el trono y los puntos próximos. Dos ojos rojos centelleaban en el humo.

Dilvish pasó su espada una y otra vez a través de la nube, sin encontrar resistencia.

-Si continúas incorpóreo, pasaré a través de ti -anunció Dilvish-. Si adoptas una forma, te haré pedazos. Elige -y dijo todo ello en Mabrahoring, el lenguaje que se habla en el Infierno.

-Libertador, Libertador, Libertador -silbó la nube-, mi predilecto, Dilvish, criaturilla de garfios y cadenas. ¿No conoces a tu amo? ¿Tan corta es tu memoria?

Y la nube se deshizo y se convirtió en una criatura con cabeza de ave, las patas traseras de un león y dos serpientes brotando de los hombros que se retorcían y reaparecían en la alta cresta de llameantes plumas.

- ¡Cal-den!

-Sí, tu antiguo atormentador, hombre Elfo. Te he echado de menos, pocos abandonan mis cuidados. Era hora de que volvieras.

-Esta vez -dijo Dilvish- no estoy encadenado ni desarmado, y nos encontramos en mi mundo. -Y arremetió con su espada, arrancando la cabeza de serpiente del hombro izquierdo de Cal-den.

Un penetrante chillido de pájaro llenó la sala y Cal-den atacó.

Dilvish le golpeó el pecho, pero la hoja rebotó y sólo dejó un minúsculo corte del que fluyó un claro licor.

Cal-den lanzó a Dilvish contra el estrado, agarró la espada con su negra zarpa, la partió y levantó el otro brazo para derribarle. Dilvish atacó con lo que quedaba del arma, veinte centímetros de mellada hoja.

La punta alcanzó a Cal-den bajo la quijada, penetró y quedó allí, con la empuñadura arrancada de la mano de Dilvish mientras el torturador agitaba la cabeza y rugía.

Después Dilvish fue cogido por la cintura, de tal forma que sus huesos se afligieron y crujieron. Se sintió levantado en el aire, y la serpiente desgarró su oreja y las garras pincharon sus costados. El rostro de Cal-den se alzó hacia la víctima, con la empuñadura de la espada igual que una barba de acero.

Acto seguido lanzó a Dilvish al otro lado del estrado, como si quisiera aplastarlo contra las baldosas del suelo.

Pero el portador de las verdes botas de la Tierra Elfa no podía ser lanzado al suelo o caer de otra forma que no fuera de pie.

Dilvish se recobró, pero el choque de la caída le produjo dolor en la herida del muslo. Su pierna cedió, de modo que tuvo que apoyarse en una mano.

Cal-den saltó sobre él y le golpeó dolorosamente en la cabeza y los hombros. Desde alguna parte, Korel lanzó una piedra que alcanzó la cresta del demonio.

Dilvish retrocedió tambaleante, hasta que su mano topó con un objeto entre los escombros, un objeto que hacía sangrar.

Una espada.

Dilvish asió el puño y lo alzó del suelo asestando un golpe de costado que alcanzó a Cal-den en la espalda, dejándolo paralizado en un aullido capaz de reventar los tímpanos a cualquiera que lo oyera. Brotó humo de la herida.

Dilvish se levantó y vio que no tenía nada en la mano.

Entonces supo que la espada de su antepasado, el arma que ojo alguno podía ver, le había llegado de entre las ruinas, donde había permanecido siglos, para ayudarle como vástago de la Casa de Selar en ese momento de apuro.

Dilvish la dirigió hacia el pecho de Cal-den.

-Conejo mío, estás desarmado y sin embargo me has herido -dijo la criatura-. Ahora volveremos a las Casas del Dolor.

Ambos se lanzaron hacia adelante.

-Siempre lo supe -dijo Cal-den- que mi pequeño Dilvish era un poco especial -y cayó al suelo con enorme estrépito y el humo brotó de su cuerpo.

Dilvish puso el pie en el cadáver y arrancó la espada, perfilada por humeante licor.

-A ti, Selar, te debo esta victoria -dijo, y alzó un trozo de humeante nada a modo de saludo. Después envainó la espada.

Korel estaba junto a él. Vio que la criatura que estaba a sus pies se esfumaba como ascuas y hielo, dejando un hedor sumamente repugnante.

Dilvish condujo de nuevo al sacerdote a la puerta de la torre y ambos entraron, Korel siempre junto al Maldito.

El roto tirador estaba a los pies de Dilvish. Se convirtió en polvo en cuanto lo tocó con la punta del pie.

-Se dice -explicó Korel- que el tirador de las campanas se rompió en las manos del último que lo usó, hace media eternidad.

Alzó los ojos, y sólo había oscuridad en lo alto.

-Las legiones de Shoredan partieron para asaltar la ciudadela de Rahoring -dijo el sacerdote, como si leyera en un viejo pergamino- y la noticia de su movimiento no tardó en llegar al Rey del Mundo, que realizó un encantamiento con tres campanas fundidas en Shoredan. Al tañer estas campanas, una gran niebla surgió en el territorio y envolvió las columnas de marchantes y jinetes. La niebla se dispersó con el segundo tañido de las campanas, y el territorio apareció vacío de tropas. Más tarde, dijo Merde, Mago Rojo del Sur, escribió que estos marchantes y jinetes todavía avanzan en alguna parte, atravesando regiones de eterna niebla. <<Si estas campanas vuelven a ser tocadas por una mano de la misma Casa del ejecutor del encantamiento, esas legiones saldrán de la niebla para servirle durante algún tiempo en batalla. Pero cuando hayan cumplido, desaparecerán de nuevo en lo parajes de lobreguez, donde continuarán su marcha en un Rahoringhast que ya no existe. ¿Es posible liberarlas para que descansen? No lo sabemos. Alguien más poderoso que yo lo ha probado y ha fracasado.>>

Dilvish inclinó la cabeza un momento y después palpó las paredes. No eran como las exteriores. Estaban formadas por bloques del mismo material, y entre dichosos bloques había exiguas grietas para proporcionar punto de apoyo a los dedos.

Dilvish dio un salto e inició el ascenso. Las blandas botas verdes encontraron soportes en cualquier lugar que tocaban.

El ambiente era caluroso y viciado. Rociadas de polvo caían sobre Dilvish en cuanto levantaba el brazo por encima de la cabeza.

Continuó subiendo, hasta contar cien movimientos, y se rompió las uñas de las manos. Luego se aferró a la pared como una lagartija, para descansar, y notó los dolores de su último combate, ardientes como soles en su interior.

Dilvish respiró el fétido aire y la cabeza le dio vueltas. Pensó en la Portaroy que había liberado en otra época, hacía mucho tiempo, la ciudad amistosa, el lugar donde le habían festejado, el territorio que le había necesitado con tanta fuerza como para librarle de las Casas del Dolor y romper la presa de piedra que agobiaba su cuerpo. Y pensó en la Portaroy en manos del Coronel del Occidente, y pensó en Dilfar que se resistía a Lylish, capaz de llevarse por delante los bastiones de Oriente.

Dilvish siguió subiendo.

Su cabeza tocó el borde metálico de una campana.

Se puso encima, apoyándose en los travesaños que acababa de ver.

Había tres campanas suspendidas de un mismo eje.

Dilvish apoyó la espalda en la pared y se agarró de los travesaños para poner los pies en la campana central.

Empujó, poniendo en tensión las piernas.

El eje protestó, crujió al frotar sus puntos de apoyo.

Pero la campana se movió, despacio. No retrocedió, empero, si no que permaneció en la misma posición después del empujón.

Tras lanzar una maldición, Dilvish cruzó trabajosamente los travesaños hasta el lado opuesto del campanario.

Movió el eje, y éste dio una vuelta y quedó fijo. Pero todas las campanas se desplazaron con el eje.

Nueve veces más pasó de un lado a otro, en la oscuridad, para empujar las campanas.

Por fin los movimientos fueron más suaves.

Poco a poco las campanas fueron retrocediendo al dejar de hacer fuerza con las piernas. Dilvish dio otro empujón y las campanas retrocedieron de nuevo. Siguió empujando, sin cesar.

Hubo un ligero ruido en una de las campanas cuando el badajo tocó el metal. Luego otro. Y por fin una campana sonó.

Dilvish dio patadas cada vez más fuertes, y las campanas oscilaron libremente y llenaron la torre con un repiqueteo que hizo vibrar las raíces de los dientes del Maldito e inundaron de dolor sus oídos. Una tormenta de polvo cayó sobre él y los ojos se le llenaron de lágrimas. Tosió y cerró los párpados. Esperó a que las campanas se pararan.

Creyó oír a muchísima distancia el tenue sonido de un cuerno.

Inició el descenso.

-Lord Dilvish -dijo Korel en cuanto el Maldito llegó al suelo-, he oído sonido de cuernos.

-Sí -dijo Dilvish.

-Llevo conmigo una bota de vino. Bebed.

Dilvish se limpió los labios, escupió y dio tres generosos tragos.

-Gracias, sacerdote. Salgamos de aquí.

Atravesaron la sala de nuevo y bajaron las escaleras interiores. La sala menos espaciosa carecía de iluminación en ese momento y estaba en ruinas. Salieron, sin que Dilvish dejara huellas indicativas de adónde había ido. Y mientras bajaban los escalones la oscuridad abandonó a la pareja.

A través del grisáceo día que se aferraba al suelo, Dilvish contempló la Senda de los Ejércitos. Una intensa niebla llenaba el ambiente hasta mucho más allá de los destrozados portalones, y de la niebla brotaban las notas del cuerno y el ruido de movimiento de tropas. Dilvish casi distinguió los perfiles de las columnas de marchantes y jinetes, moviéndose sin cesar pero sin avanzar.

-Mis tropas me aguardan -dijo Dilvish en la escalera-. Gracias, Korel, por acompañarme.

-Gracias a vos, lord Dilvish. Vine a este lugar para investigar los métodos del mal. Me habéis mostrado muchas cosas que debo meditar.

Bajaron los últimos escalones. Dilvish se quitó el polvo de su ropa y montó a Black.

-Una cosa más, Korel, sacerdote de Babrigore -dijo-. Si alguna vez os encontráis con vuestro protector, que os proporcionará mucho más mal para vuestras meditaciones que el que habéis visto aquí, decidle que en cuanto todas las batallas hayan sido libradas, su estatua vendrá para matarlo.

El lunar se agitó cuando Korel parpadeó ante Dilvish.

-Recordad -replicó- que él llevó en tiempos un manto de luz.

Dilvish se echó a reír, y los ojos de su montura relucieron rojamente en la penumbra.

- ¡Mirad! -dijo mientras señalaba-. ¡Ahí está vuestra señal de bondad y la luz de él!

Nueve palomas negras daban vueltas en el cielo.

Korel bajó la cabeza y no respondió.

-Me voy ahora para ponerme al frente de mis legiones.

Black se encabritó sobre sus cascos de acero y rió al mismo tiempo que su jinete.

Y se fueron, por la Senda de los Ejércitos, dejando tras de ellos en las sombras a la Ciudadela de Rahoring y al sacerdote de Babrigore.

# *Un caballero para Merytha*

Al cruzar el paso, Dilvish oyó el chillido de una mujer.

El grito reverberó en los alrededores y se apagó. Luego quedó únicamente el sonido de los cascos de acero en el camino.

Dilvish se detuvo y atisbó en el crepúsculo.

-Black, ¿De dónde ha salido ese grito? -preguntó.

-No sé la dirección -replicó el caballo de acero a cuyos lomos cabalgaba Dilvish-. En esas montañas, los ruidos parecen provenir de todas partes.

Dilvish volvió la cabeza y observó la senda que había seguido.

Mucho más abajo, en la llanura, el ejército maldito había establecido su campamento. Dilvish, que dormía muy poco, se había adelantado para explorar el camino de las montañas. La última vez que había pasado por allí, en dirección a Rahoringhast, era de noche y apenas había visto la senda.

Los ojos de Black brillaron tenuemente.

-La oscuridad aumenta -dijo- y es inútil continuar. El camino apenas puede verse a partir de este punto. Quizá fuera mejor regresar al campamento, para escuchar viejos relatos de tus deudos sobre épocas más jóvenes de la tierra.

-Muy bien... -dijo Dilvish, y mientras pronunciaba estas palabras oyó de nuevo el chillido.

- ¡Por ahí! -dijo, señalando hacia la izquierda-. ¡El grito procede de ahí, senda arriba!

-Sí -dijo Black-, estamos muy cerca de las fronteras de Rahoringhast, por lo que una situación como ésta es más sospechosa que en condiciones normales. Te aconsejo que no prestes atención a ese grito.

-Una mujer que chilla en la montaña y por la noche... ¿y no responder? ¡Vamos, Black! Eso viola las leyes de mi raza. ¡Adelante!

Black emitió un sonido como el grito de caza de un gran pájaro y se lanzó hacia adelante. Al otro lado del paso salió de la senda y subió una empinada ladera.

En lo alto había el parpadeo de una luz.

-Es un castillo -dijo Black- y hay una mujer en las almenas, vestida de blanco.

Dilvish contempló el lugar.

Las nubes se separaron y la luna vertió luz sobre el edificio.

Enorme, y en algunos puntos decadente, la construcción casi parecía formar parte de la montaña. Oscura, aparte de la tenue luz que brotaba por la abierta puerta del patio interior. Vieja...

Llegaron a los muros del castillo y Dilvish gritó:

- ¡Señora! ¿Habéis gritado vos?

La mujer miró hacia abajo.

- ¡Sí! -dijo-. ¡Oh, sí, buen viajero! ¡He sido yo!

- ¿Qué os inquieta, señora?

-He gritado porque os oí pasar. Hay un dragón en el patio... y temo por mi vida.

- ¿Habéis dicho <<dragón>>?

-Sí, buen caballero. Bajó del cielo hace cuatro días y ha hecho del patio su nuevo hogar. Estoy prisionera a causa de ello. No puedo pasar por ahí...

-Veré qué puede hacerse al respecto -dijo Dilvish.

Sacó la espada invisible.

-Oh, buen caballero...

- ¡Cruza la puerta, Black!

-No me gusta esto -murmuró Black mientras entraba ruidosamente en el patio.

Dilvish miró alrededor.

Una antorcha llameaba en un rincón del patio. Las sombras danzaban por todas partes. Por lo demás no había nada.

-No veo dragón alguno -dijo Black.

-Y yo no huelo el almizcle de los reptiles.

- ¡Aquí, dragón! -dijo Black-. ¡Aquí, dragón! ¡Sal, dragón!

Dieron la vuelta al patio y observaron las arcadas.

-Ningún dragón -observó Black.

-No.

-Una pena. Debes despedirte del placer.

Al pasar junto al último arco, la mujer gritó en el interior.

-Al parecer se ha ido, buen caballero.

Dilvish envainó la espada de Selar y desmontó. Black se convirtió en una estatua de acero mientras su jinete se aproximaba resueltamente al corredor. Allí estaba la mujer, y Dilvish sonrió e hizo una reverencia.

-Vuestro dragón parece haber huido -observó.

Y luego la miró.

Tenía el cabello negro y suelto, y le caía muy por debajo de los hombros. Era alta, y sus ojos eran del color del humo de leña. Danzaban rubíes en los lóbulos de sus orejas, su barbilla era fina y la mantenía erguida. Su cuello tenía el color de la leche, y Dilvish lo recorrió con la mirada hasta las inclinaciones donde los pechos se adaptaban al aparato corpiño.

-Eso parece -repuso ella-. Me llamo Merytha.

-Y yo Dilvish.

-Sois un valiente, Dilvish... enfrentarse a un dragón con las manos vacías...

-Tal vez -dijo él-. Puesto que el dragón se ha ido ya...

-Volverá para buscarme, me temo -replicó la mujer-, ya que soy la última persona que hay en estos muros.

- ¿Sola aquí? ¿En qué situación os halláis?

-Mis parientes regresarán mañana. Han hecho un largo viaje. Os lo ruego, atended a vuestro caballo y cenad en mi compañía, porque estoy sola y tengo miedo. -Se lamió los labios formando una sonrisa.

-Perfectamente -contestó Dilvish, y volvió al patio.

Puso la mano en el cuello de Black y notó que éste se movía.

-Black, no todo es normal en este lugar -afirmó-, y quiero averiguar más detalles. Cenaré con la dama.

-Cuidado -musitó Black- con lo que comes y bebes. No me gusta este lugar.

-Mi buen Black -dijo Dilvish, y volvió con Merytha al corredor.

Ella había cogido una antorcha encendida en alguna parte, y se la dio.

-Mis habitaciones están al principio de las escaleras -dijo.

Dilvish la siguió en la penumbra. Había telarañas en los rincones y polvo en un amplio tapiz que describía una gran batalla. Dilvish creyó oír la precipitada fuga de las ratas en la maleza y un tenue olor a seca putrefacción llegó a sus ventanas nasales.

Llegaron a un rellano y Merytha abrió de par en par la puerta que estaba ante los dos.

La sala estaba iluminada por numerosas velas. Estaba aseada y era cálida, y un aroma a sándalo flotaba en el ambiente. Había oscuras pieles de animal en el suelo, y un magnífico tapiz colgado en la pared. Dos rendijas en las ventanas dejaban entrar la brisa nocturna y

permitían atisbas las estrellas, y había un estrecho umbral que conducía a la almena en la que Merytha había gritado.

Dilvish entró en la sala, y al hacerlo vio que en el rincón de la izquierda había un nicho con un hogar y dos troncos ardiendo sin llama. La cena estaba dispuesta en una mesa, delante del hogar. La verdura aún humeaba junto a la carne, y el pan tenía una apariencia fresca y blanda. Dilvish vio también una transparente jarra de vino. En otro rincón de la habitación había una enorme endoselada, con largas colgaduras de trencilla dorada en los pilares, seda color naranja muy tirante en el punto donde estaba vuelto el cubrecama y una hilera de almohadones del mismo color en la cabecera.

-Sentaos y refrescaos, Dilvish -dijo Merytha.

- ¿Cenaréis conmigo?

-Ya he cenado.

Dilvish probó un trozo de carne. No tenía objeción alguna. Sorbió vino. Era fuerte y seco.

-Muy bueno -dijo-. ¿Cómo ha podido prepararse esta cena, y continuar caliente?

Ella sonrió.

-Yo la preparé, quizá previendo esto. ¿No os quitaréis el cinto de la espada en mi mesa?

-Sí -replicó Dilvish-. Disculpadme.

Y soltó la hebilla y puso el cinto junto a él.

-No llevas espada en la funda. ¿Por qué?

-La mía se rompió en batalla.

-A pesar de todo debisteis ganar el combate, o de lo contrario no estaríais aquí.

-Vencí -dijo Dilvish.

-Os tengo por bravo guerrero, señor.

Dilvish sonrió.

-La dama me hará perder la cabeza con esta charla.

Merytha se echó a reír.

- ¿Puedo tocar música para vos?

-Eso sería muy agradable.

Merytha cogió un instrumento de cuerda distinto a todos los que había visto Dilvish. Se puso a tocarlo para acompañarse:

Caen algunas gotitas de lluvia
y el viento sopla esta noche, mi amor;
rogué que vinieras a verme,
para aliviar mi dolor.

Ahora deseo que el viento no cese nunca,
ni los relámpagos en el temporal,
porque has venido al anochecer
en carne y sangre terrenal.

Por favor quédate en la amena noche,
verdes botas en tus pies,
Oh caballero que no lleva espada,
para con dulces besos cerrar mis ojos después.

Desearé que el viento no cese nunca,
ni los relámpagos en el temporal,
que puedas quedarte tras el anochecer,
en carne y sangre terrenal.

Rogué que vinieras a verme
cuando la luz del día menguaba,
para abrazarme mientras caían gotitas de lluvia

y el viento de la noche soplaba.

Dilvish siguió comiendo y bebiendo vino, observando a la mujer mientras tocaba. Los dedos de ella apenas tocaban las cuerdas y su voz era suave y clara.

-Encantador -dijo Dilvish.

-Gracias, Dilvish -y Merytha le cantó otra tonada.

Dilvish terminó de cenar y continuó sorbiendo vino hasta que no hubo más esperándole en la jarra.

Merytha dejó de cantar y puso a un lado el instrumento.

-Temo estar sola aquí -dijo- hasta que vuelvan mis parientes. ¿Queréis quedaros conmigo esta noche?

-Sólo hay una respuesta que yo soy capaz de dar.

Merytha se levantó y se acercó junto a él, y le tocó la mejilla con las puntas de los dedos. Dilvish sonrió y le tocó la barbilla.

-Sois en parte de la raza elfa -dijo ella.

-Cierto, lo soy.

-Dilvish, Dilvish, Dilvish... -dijo ella-. El nombre me parece familiar... ¡Sí! Tenéis el mismo nombre que el héroe de *La balada de Portaroy*.

-Cierto.

-Una canción muy bonita. Quizás os la cante -dijo Merytha-. Más tarde.

-No -repuso Dilvish-, no es una de mis favoritas.

Después acercó la cara de la mujer a la suya y la besó en los labios.

-El fuego se está apagando.

-Sí -dijo él.

-La habitación se enfriará.

-Cierto.

-Pues quitaos vuestras botas verdes, porque es agradable verlas pero serán un engorro en la cama.

Dilvish se quitó las botas, se levantó y cogió en brazos a Merytha.

- ¿Cómo os hicisteis esos cortes en la mejilla?

-Mi rival me golpeó en la cabeza.

-Tal parecía que tuviera garras.

-Así era.

- ¿Un animal?

-No.

-Besaré las heridas -dijo ella- para que no os piquen.

Los labios de Merytha se posaron en su mejilla. Dilvish la estrechó, y ella suspiró.

-Sois fuerte... -dijo, y el fuego estaba apagándose. Al cabo de un rato, se apagó.

¿Cuánto tiempo había dormido? Dilvish no lo sabía.

Escuchó ruido de madera astillada, y una voz gritó en la noche.

Dilvish sacudió la cabeza y contempló los abiertos ojos de Merytha.

Sintió un extraño calor en su cuello. Lo tocó y su mano se mojó.

Dilvish sacudió de nuevo la cabeza.

-Por favor no te enojes -dijo Merytha-. Recuerda que te he alimentado, que te he dado placer...

-Vampira... -musitó Dilvish.

-No tomaría tu sangre vital, Dilvish. Sólo un sorbo, un sorbo era lo único que necesitaba.

Hubo otro golpe en la puerta, similar al de un ariete.

Dilvish se incorporó poco a poco y se agarró la cabeza con ambas manos.

-Vaya sorbo -dijo-. Creo que hay alguien en la puerta.

-Es mi esposo -replicó ella-. Lord Morin.

- ¿Eh? No creo que hayamos sido presentados...

-Pensé que él dormiría esta noche, como tantas otras noches pasadas. Se alimentó bien hace una semana y quedó saciado. Pero es igual que el tigre de los mares. Tu sangre le llama.

-Mi posición me parece un poco embarazosa, Merytha -observó Dilvish-. Huésped de un caballero vampiro al que acabo de hacer cornudo... No sé qué se dice en estas ocasiones.

-No hay nada que decir -replicó ella-. Le odio. Él me convirtió en lo que soy. Lo único que lamento es que haya despertado. Pretende matarte.

Dilvish se frotó los ojos y buscó sus botas.

- ¿Qué harás, Dilvish?

-Disculparme, y defenderme.

Tres nuevos golpes aflojaron las bisagras de la puerta.

- ¡Déjame entrar, Merytha! -dijo una profunda voz desde fuera.

-Ojalá le mates y te quedes conmigo.

-Vampira -dijo Dilvish.

-Ojalá fueras mi señor -repuso ella-. Sería buena contigo. Lamento que él haya despertado... No quiero que mueras. ¡Oh, mátale por mí! ¡Quédate aquí y ámame! Habrías podido acuchillarlo, si no se hubiera despertado... No soy una de esas que quieren tu sangre en los relatos. ¡Es buena, tan buena tu sangre! ¡Y caliente! La saboreo... ¡Oh, mátale! ¡Ámame!

La puerta se derrumbó, y en la penumbra Dilvish vio una silueta en un rincón.

Dos ojos amarillos parpadeaban encima de una barba en forma de espada, y el resto de la cara era oscuridad. Morin era tan alto como Dilvish y tenía una espada enorme. Llevaba un hacha corta en la mano derecha.

Dilvish le lanzó la jarra del vino y una silla.

La jarra no alcanzó su objetivo, y el hacha partió la silla.

Dilvish desenvainó la espada de Selar y se puso en guardia.

Morin se precipitó hacia él y chilló cuando la punta de la invisible espada entró en su hombro.

- ¿Qué magia es ésta? -gritó, cogiendo el hacha con la mano izquierda.

-Mis excusas, buen caballero -dijo Dilvish- por abusar de la hospitalidad en vuestra casa. Desconocía que la dama estaba casada.

Morin gruñó y blandió el hacha. Dilvish retrocedió y le hizo una herida en el brazo izquierdo.

-Mi sangre no podéis tenerla -afirmó-. Pero repito mis excusas.

- ¡Necio! -chilló Morin.

Dilvish paró otro golpe de hacha. Hacia el este, el cielo empezaba a iluminarse. Merytha lloraba en silencio.

Morin se abalanzó sobre él y le apretó el brazo al costado. Dilvish lo cogió por la muñeca y ambos lucharon.

Morin bajó el hacha y golpeó en la cara a Dilvish. Éste cayó de espaldas y se golpeó la cabeza en la pared.

Mientras el otro se lanzaba hacia él, Dilvish levantó la punta de la espada.

Morin lanzó un grito y se derrumbó, agarrándose el estómago con las manos.

Dilvish arrancó la espada y contempló al hombre que jadeaba.

-No sabéis lo que habéis hecho -dijo Morin.

Merytha corrió hacia su esposo, y éste la apartó de un empujón.

- ¡Sacádmela de encima! -dijo-. ¡No consintáis que beba mi sangre!

- ¿Qué pretendéis decir?

-No sabía quién era ella cuando la desposé -repuso Morin-. Y cuando lo supe, seguí amándola a pesar de todo. Hacerle daño no era propio de mí. Mis siervos me abandonaron y mi castillo se deterioró, pero yo no podía hacer lo que había que hacer. En vez de eso he sido el carcelero de ella. Os perdono, Botas Elfas, porque ella os ha engañado. Yo estaba narcotizado... Parecéis un hombre fuerte, habéis demostrado serlo... Espero que tengáis la fuerza suficiente para hacerlo.

Dilvish apartó los ojos de la escena y miró a Merytha, que estaba con la espalda apoyada en un pilar de la cama.

-Me has mentido -dijo-. ¡Vampira!

-Lo has conseguido -replicó ella-. ¡Le has matado! ¡Mi carcelero ha muerto!

-Sí.

- ¿Te quedarás conmigo ahora?

-No -dijo Dilvish.

-Debes hacerlo -contestó ella-. Te deseo.

-Eso -dijo Dilvish- lo creo.

-No, no de esa forma. No, deseo que seas mi señor. Toda mi vida he deseado un hombre con tu fuerza y tus extraños ojos -dijo ella-, <<en carne y sangre terrenal>>. ¿No he sido buena contigo?

-He matado a este hombre por tu culpa. Ojalá no lo hubiera hecho.

Merytha se protegió los ojos.

- ¡Por favor, quédate! -exclamó-. Mi vida estaría vacía si tú no... Debo retirarme en seguida, a un lugar oscuro y silencioso. ¡Por favor! -Estaba respirando con dificultad-. Por favor, dime que estarás aquí cuando despierte la próxima noche.

Dilvish meneó la cabeza, lentamente.

La habitación iba iluminándose.

Los claros ojos de Merytha se abrieron mucho bajo su protectora mano.

- ¿No pretenderás -dijo-, no pretenderás hacerme daño, verdad?

De nuevo Dilvish meneó la cabeza.

-Ya he hecho bastante daño esta noche. Debo irme, Merytha. Sólo existe un remedio para tu estado, y yo no puedo administrártelo. Adiós.

-No te vayas -dijo ella-. Cantaré para ti. Prepararé magníficas comidas. Te amaré. Sólo deseo un sorbito, de vez en cuando...

-Vampira -dijo él.

Oyó los pasos de Merytha, que iba detrás de él por la escalera.

Un día gris amanecía cuando Dilvish salió al patio y apoyó la mano en el cuello de Black.

Escuchó el jadeo de ella al montar.

-No te vayas... -dijo Merytha-. Te amo.

El sol salía cuando Dilvish avanzó hacia las abiertas puertas.

Oyó el chillido de ella.

No volvió la cabeza.

# *Los parajes de Aache*

En su viaje por los Países del Norte, Dilvish el Maldito recorrió un día un tortuoso camino en un valle cubierto de pinos bajos. Su gran montura negra parecía incansable, pero llegó un momento en que Dilvish se detuvo para sacar provisiones y preparar una comida. Sus verdes botas no produjeron sonido alguno sobre las agujas de los pinos cuando extendió su capa y puso encima la comida.

-Alguien se acerca.

-Gracias.

Dilvish preparó su espada y empezó a comer de pie. Al poco, un barbudo hombretón que montaba un garañón roano dobló un recodo y aflojó el paso.

- ¡Eh! ¡Viajero! -llamó el desconocido-. ¿Puedo acompañarte?

-Puedes.

El hombretón se detuvo y desmontó. Al acercarse, sonrió.

-Rogis es mi nombre -dijo-. ¿Y el tuyo?

-Dilvish.

- ¿Has viajado mucho?

-Sí, desde el sudeste.

- ¿También haces una peregrinación al santuario?

- ¿Qué santuario?

-El de la diosa Aache, en lo alto de esa colina. -Señaló camino arriba.

-No, ni siquiera conocía su existencia. ¿Cuál es su virtud?

-La diosa puede absolver de asesinato a cualquier hombre.

- ¿Sí? ¿Y haces la peregrinación por este motivo?

-Sí. La he hecho a menudo.

- ¿Vienes de muy lejos?

-No, vivo en la carretera. Eso hace la vida mucho más fácil.

-Creo que empiezo a entender.

-Perfecto. Si eres tan amable de pasarme tu bolsa, evitarás a la diosa el trabajo de una nueva absolución.

-Ven y cógela -dijo Dilvish, y sonrió.

Rogis entrecerró los ojos.

-No muchos hombres me han dicho eso.

-Y quizá yo sea el último.

Hum. Spu más corpulento que tú.

-Lo he notado.

-Estás haciendo difíciles las cosas. ¿Querrías mostrarme si llevas suficientes monedas para que valga la pena nuestro esfuerzo?

-Creo que no.

- ¿Y qué te parecería esto? Partimos tu dinero, y ninguno de los dos se arriesga a que corra la sangre.

-No.

Rogis suspiró.

-Ahora la situación es violenta. Veamos, ¿eres arquero? No. Ningún arco. Ningún arma arrojadiza, tampoco. Yo diría que puedo irme sin que me alcances.

- ¿Para tenderme una emboscada más tarde? Temo no poder consentirlo. Esto es un asunto de futura defensa propia.

-Qué pena -dijo Rogis-. Pero correré el riesgo de todas formas.

Se volvió hacia su montura y dio media vuelta con la espada en la mano. Pero el arma de Dilvish ya estaba desenvainada, y el Maldito paró el primer golpe y contraatacó. Rogis lanzó una maldición, evitó otro golpe y atacó. Así siguió el combate, seis pases más, y luego la hoja de Dilvish perforó el abdomen de su rival.

Una mirada de sorpresa cruzó el semblante de Rogis, que soltó su espada para aferrar a la que le hería. Dilvish la arrancó y observó caer al salteador.

-Un día desgraciado para ambos -murmuró Rogis.

-Más para ti, diría yo.

-No escaparás de esto tan fácilmente, ¿sabes?... Soy favorito de la diosa...

-Pues ella tiene un gusto peculiar para elegir favoritos.

-He sido su siervo. Ya verás... -y sus ojos se nublaron y se desplomó con un gemido.

-Black, ¿has oído hablar de esta diosa?

-No -replicó la estatua metálica de su caballo-, pero hay muchas cosas en este territorio de las que no sé nada.

-En ese caso vámonos de aquí.

- ¿Y Rogis?

-Lo dejaremos en el cruce como advertencia de que el mundo es un lugar más seguro. Desataré su caballo y que él mismo encuentre el camino de regreso.

Esa noche, muchos kilómetros más al norte, Dilvish vio perturbado su sueño. Soñó que la sombra de Rogis llegaba al campamento y se arrodillaba junto a él, sonriente, para ponerle las manos en el cuello. Dilvish despertó asfixiándose, y una espectral luz pareció apagarse junto a él.

- ¡Black! ¡Black! ¿Has visto algo?

Silencio en principio.

-Estaba muy lejos -fue finalmente la réplica de la inmóvil estatua-, pero veo señales rojas en tu cuello. ¿Qué ha sucedido?

-Soñé que Rogis estaba aquí, que intentaba estrangularme. Dilvish tosió y escupió.

-Ha sido más que un sueño -decidió.

-Abandonaremos pronto este lugar.

-Cuanto antes mejor.

Al cabo de un rato Dilvish volvió a dormirse. En determinado momento Rogis estaba de nuevo con él. Esta vez el ataque fue muy repentino e incluso más violento. Dilvish despertó dando puñetazos, pero sus golpes iban dirigidos al aire. No le quedó ya duda alguna respecto a la luz, con la espectral silueta de Rogis.

-Black, despierta -dijo-. Debemos desandar el camino, visitar aquel santuario, conjurar a este fantasma. Un hombre tiene que dormir.

-Estoy dispuesto. Estaremos allí un poco después de que rompa el día.

Dilvish levantó el campamento y montó.

El santuario era una baja e irregular construcción de madera apoyada en la roca de la colina, llena de rojizas vetas, cerca de la cumbre. El sol matutino caía sobre su fachada, donde una doble puerta de madera, toscamente tallada, permanecía cerrada. Dilvish desmontó y trató de abrirla. Al comprobar que estaba atrancada, la golpeó con fuerza.

Al cabo de la larga demora, la parte izquierda de la puerta se abrió y un hombrecillo de ojos claros y muy juntos asomó la cabeza. Llevaba una tosca vestidura marrón.

- ¿Quién eres tú para molestarnos a esta hora? -inquirió el hombre.

-Un caballero incordiado por alguien que afirmó tener relaciones especiales con tu diosa. Deseo librarme de cualquier maldición o encantamiento que pese sobre mí.

-Ah, eres tú. Llegas muy pronto. Entra.

El desconocido abrió la puerta de par en par y Dilvish entró. La habitación estaba sencillamente amueblada con algunos bancos y un pequeño altar. Había otra puerta al fondo. Un vacío camastro, desarreglado, se hallaba cerca de una pared, junto a una estrecha ventana.

-Me llamo Task. Toma asiento. -El hombre señaló los bancos.

-Seguiré de pie.

El hombrecillo se encogió de hombros.

-Muy bien. -Se acercó al camastro y plegó las mantas-. Quieres librarte de la maldición, para evitar que el fantasma de Rogis te estrangule.

- ¡Lo sabes!

-Naturalmente. A la diosa no le gusta que asesinen a sus siervos.

Dilvish vio que Task, con diestros movimientos, ocultaba una botella de un raro vino meridional en el interior de la plegada manta. También notó que en cuanto el hombrecillo escondía las manos en la vestidura, otro costoso anillo se esfumaba de sus dedos.

-Tampoco las víctimas de los siervos gozan mucho cuando los asesinan.

-Pse. ¿Has venido aquí para blasfemar o para que te absuelvan?

-He venido aquí para librarme de esta condenada maldición.

-Para eso, debes hacer una ofrenda.

- ¿En qué debe consistir?

-En primer lugar, todo tu dinero, piedras preciosas o metales de valor que lleves contigo.

- ¡La diosa es tan salteadora como sus siervos!

Task sonrió.

-Todas las religiones tienen su lado secular. Los devotos de la diosa no son muchos en esta región escasamente poblada, y las donaciones de los fieles no siempre bastan para cubrir los gastos de mantenimiento.

-Has dicho <<en primer lugar>. En primer lugar quieres todos mis objetos de valor. ¿Y en segundo?

-Bien, es simplemente justo que sustituyas tú mismo la vida que has destruido. Un año de servicio por tu parte sería suficiente.

- ¿Haciendo qué?

-Bien, recaudar tributos de los viajeros, igual que Rogis.

-Me niego -dijo Dilvish-. Pide otra cosa.

-Ninguna otra cosa serviría. Esa es tu penitencia.

Dilvish dio media vuelta. Paseó de un lado a otro. Se detuvo.

- ¿Qué hay detrás de esa puerta? -preguntó de repente, señalando la parte trasera de la habitación.

-Es un recinto sagrado, reservado para los ele...

Dilvish se acercó a la puerta.

- ¡No puedes entrar ahí!

Abrió de golpe la puerta.

- ...¡Y menos con una espada!

Dilvish entró. Había lamparillas de aceite encendidas. Vio paja en el suelo, notó humedad y un olor peculiar que no reconoció; por lo demás, la habitación estaba vacía. Pero una enorme y pesada puerta estaba ligeramente entreabierta en la parte opuesta, y Dilvish creyó oír ruido de arañazos, algo que retrocedía.

Task estaba junto a él cuando avanzó hacia la puerta. Le cogió del brazo pero no pudo detenerle. Dilvish abrió la puerta y miró.

Nada. Oscuridad y una sensación de lejanía. Roca a un lado. Una cueva.

-Es un espacio para almacenamiento.

Dilvish cogió una lamparilla y entró. Al avanzar, el olor se intensificó, igual que la humedad. Task le siguió.

-Este lugar está peligrosamente oscuro. Hay grietas profundas, abismos, podrías resbalar...

- ¡Silencio! ¡O te echaré por el primer agujero que vea!

Task retrocedió varios pasos.

Dilvish avanzó con precaución, sosteniendo en alto la lamparilla. Tras pasar junto a un saliente rocoso, contempló una miríada de chispas. Un estanque, agitado hacía poco.

-Aquí ha venido -dijo Dilvish-, sea lo que sea. -Se acercó al estanque-. Lo esperaré. Sí. Tengo la impresión de que deberá salir, tarde o temprano. ¿Qué es?

-La diosa... -dijo Task en voz baja-. Deberías irte. Acabo de recibir un mensaje. Tu sentencia de un año ha sido anulada. Deja solamente el dinero.

Dilvish se echó a reír.

- ¿Acaso las diosas regatean? -preguntó.

*Algunas veces*, sonó una voz en su mente. *Dejémoslo así*. Un escalofrío recorrió sus extremidades.

- ¿Por qué te escondes? -dijo Dilvish.

*No muchos mortales pueden contemplar a los de mi raza.*

-No me gusta el chantaje, ni humano ni sobrenatural. ¿Y si tirara esta roca a tu estanque?

De pronto, el agua se agitó. El rostro de una mujer salió y contempló al guerrero. Sus ojos eran verdes y muy grandes, su piel sumamente pálida. Espesos bucles de cabello negro cubrían su cabeza igual que un casco. Su barbilla era puntiaguda, y había un rasgo antinatural en la forma de su lengua cuando la diosa habló.

-Muy bien, ya me ves -afirmó-. Tengo intensión de enseñarte más.

Aache siguió saliendo del agua, cuello hombros, pechos, totalmente blanca, y de repente cualquier apariencia humana se desvaneció, porque bajo su cintura había tantas extremidades largas y esbeltas, que Dilvish no pudo contarlas.

Dilvish lanzó un grito y la espalda apareció en su mano. Estuvo a punto de tirar la lamparilla.

-No pretendo hacerte daño alguno -sonó la voz ligeramente insegura-. Recuerda que tu mismo pediste esta audiencia.

-Aache... ¿qué eres? -preguntó él.

-Mi raza es vieja. No hay más que decir. Me has causado problemas.

-Tu siervo trató de matarme.

-Lo sé. Es obvio que se equivocó de víctima. Una pena. Voy a tener hambre.

La espada se revolvió en la mano de Dilvish.

- ¿Qué pretendes decir?

-Como miel.

- ¿Miel?

-Un líquido dulce producido por pequeños insectos voladores en el lejano sur.

-Sé lo que es, pero no lo entiendo.

-Es mi principal exigencia dietética. Necesito miel. No hay flores, no abejas tan al norte. Debo mandar buscarla. Es costoso traerla desde tan lejos.

- ¿Y por eso robas a los viajeros?

-Debo tener dinero, para comprarla. Mis siervos me la traen.

- ¿Por qué te sirven de esta forma?

-Podría decir por devoción, pero seamos sinceros. En algunos casos, puedo controlar desde lejos a los hombres.

-De la misma forma que me enviaste a aquel fantasma?

-No puedo controlarte directamente, como hacía con Rogis. Pero puedo causarte malos sueños.

Dilvish agitó la cabeza.

-Tengo la sensación de que cuanto más me aleje de aquí, menos me afectará ese poder.

-No te equivocas. Así pues, vete. Jamás serías un buen siervo para mí. Quédate el dinero. Déjame.

-Espera. ¿Tienes muchos siervos?

-Eso no es de tu incumbencia.

-No, no lo es. Pero tengo una idea. Hay riqueza mineral en este valle, ¿lo sabías?

-No lo sé. No comprendo a qué te refieres.

-Hace años participé en trabajos de minería. Cuando cabalgaba ayer por el valle, vi indicios de depósitos minerales. Creo que son muy ricos en metal oscuro y que los metalistas del sur lo pagarán bien. Si tienes bastantes siervos para cavar y purificar el metal, estarías mucho mejor que robando a los transeúntes.

- ¿Lo crees realmente?

-Sería muy fácil averiguarlo, si me prestas algunos hombres.

- ¿Por qué haces esto por mí?

-Tal vez para que este rincón del mundo sea un poco más seguro.

-Extraña razón. Vuelve al santuario. Estoy llamando a los siervos y poniéndolos a tus órdenes. Comprueba si es posible hacer esto, luego vuelve a verme... solo.

-Lo haré... Aache.

De repente la diosa desapareció y el estanque chispeó. Dilvish se volvió y encontró la fija mirada de Task. Se marcharon juntos sin pronunciar palabra.

Durante los días que siguieron, extrajeron mineral, construyeron una fundición y el trabajo empezó. Dilvish sonrió al contemplar la transformación del oscuro metal en barras. Aache sonrió también cuando el guerrero se lo comunicó.

- ¿Y hay mucho más? -preguntó ella.

-Una montaña entera. La semana próxima podemos tener bastante para llenar un vagón. Después podremos acelerar el proceso.

Dilvish se arrodilló junto al estanque. Los dedos de Aache salieron, tocaron tentativamente la mano del guerrero. Al ver que él no retrocedía, la diosa sacó el brazo y le acarició la mejilla.

-Casi deseo que fueras de mi raza -dijo, y después desapareció de nuevo.

Ha pasado mucho tiempo desde que esta región era calurosa y podía tener flores y abejas -dijo Black-. Ella debe ser muy vieja.

-Imposible saberlo -respondió Dilvish mientras paseaban por la cima de la montaña y contemplaban el valle donde se alzaba el humo-. Pero si sólo hace falta miel para transformarla en una criatura honrada, vale la pena este pequeño retraso.

- ¿Quiere ella que lleves un cargamento al sur la próxima semana?

-Sí.

- ¿Y después?

-Sus siervos podrán encargarse de todo a partir de entonces.

- ¿Como esclavos?

-No, ella podrá pagarles en cuanto esto marche.

-Entiendo. Una cosa...

- ¿Sí?

-No confíes ene ese sacerdote, Task.

-No. Tiene gustos muy costosos. Creo que se ha metido en el bolsillo parte de... los beneficios.

-De eso nadie sabía nada. Lo he dicho porque lo considero un hombre que teme ser sustituido.

-Pronto tranquilizaré su mente a ese respecto, con mi marcha.

La mañana de la partida era radiante. Tan sólo había unas ráfagas que arrastraban nieve fundente cuando Dilvish inició el descenso. Los siervos habían cantado mientras cargaban el carretón la tarde anterior. Y esa mañana rodearon a Dilvish, dejando ver sus dientes por los que brotaba su alegre respiración, y le dieron palmaditas en hombros y espalda, le cargaron de provisiones y le acompañaron en su chirriante camino.

-No aprecio el trabajo de tiro-comentó Black en cuanto estuvieron fuera del alcance de los oídos del campamento.

-Te lo recompensaré algún día.

-Lo dudo, pero lo recordaré.

Ningún bandido se acercó a Dilvish, porque los bosques ya se habían librado de ellos. Avanzaron con más rapidez en cuanto salieron de la cadena de valles, y por la tarde ya habían recorrido varias leguas. Dilvish comió mientras cabalgaba y Black prosiguió paso regular.

Poco antes del atardecer, oyeron el ruido de un jinete que se acercaba por detrás. Se detuvieron al reconocer a Task a lomos del roano de Rogis. El caballo estaba cubierto de espuma y jadeaba. Casi cayó cuando Task tiró de las riendas junto al carretón.

- ¿Qué ocurre? -preguntó Dilvish.

-Desaparecido. No existe. Cenizas -dijo el sacerdote.

- ¡Habla con sentido!

-El santuario ha ardido por completo. Una lamparilla... con la paja...

- ¿Y Aache?

-Quedó atrapada detrás... no pudo abrir la puerta...

- ¿Muerta?

-Muerta.

- ¿Por qué llegas a la carrera?

-Tenía que alcanzarte, para discutir mi parte del negocio.

-Entiendo.

Dilvish vio que Task lucía todos sus anillos.

-Ahora será mejor acampar. Tu caballo no puede seguir.

-Perfectamente. ¿En aquel campo?

-Servirá.

Esa noche Dilvish tuvo un extraño sueño: abrazaba fuertemente a una mujer, la acariciaba de un modo casi brutal y temía mirarla. Le despertó un grito de horror.

Al incorporarse, vio un fulgor espectral sobre la silueta de Task. La luz ya estaba apagándose, pero él jamás olvidaría su perfil.

- ¿Aache...?

*Duerme, mi único amigo, mi querido amigo*, llegaron de alguna parte las palabras. Sólo he venido a recoger lo que es mío.

No es tan dulce como la miel, pero tendrá que servir...

Dilvish tapó los restos del sacerdote sin mirarlos. Partió la semana siguiente. Cabalgó en silencio el día entero.

# *Una ciudad dividida*

La primavera se abría paso tortuosa, lentamente en el País del Norte, avanzaba y retrocedía por turnos y al final del día conservaba parte de sus conquistas. La nieve aún yacía abundante en los picos más altos, pero durante el día se fundía en las zonas inferiores y los campos quedaban húmedos y los arroyos se hinchaban y corrían velozmente. Ya se veía nuevo verde en los valles, y en días despejados como aquél el sol secaba sendas y el ambiente se calentaba hasta el punto de ser agradable al mediodía. El viajero del extraño caballo negro, que acababa de liberar de nuevo Portaroy tras convocar a sus espectrales legiones, se detuvo en una rocosa elevación y señaló hacia el norte.

-Black -dijo-. Esa colina... a media legua de aquí. ¿No has visto algo peculiar en la cima hace un momento?

Su montura volvió su metálica cabeza y observó.

-No. Tampoco ahora. ¿Qué parecía?

-El perfil de algunas casas. Han desaparecido.

-Tal vez fuera el reflejo del sol en el hielo.

-Tal vez.

Siguieron avanzando, descendieron la pendiente y continuaron. En la siguiente colina que subieron, minutos después, hicieron una nueva pausa y miraron en aquella dirección.

- ¡Allí! -dijo el jinete que raramente sonreía, sonriente.

Black meneó la cabeza.

-Ahora lo veo. Parece el muro de una ciudad...

-Quizá disfrutemos allí de una buena comida... y de un baño. Y esta noche de una cama de verdad. Vamos, apresurémonos.

-Mira tus mapas, por favor. Siento curiosidad por saber cómo se llama el lugar.

-Eso lo sabremos muy pronto. ¡Vamos!

-Compláceme, en consideración a los viejos tiempos.

El jinete guardó silencio y luego metió la mano en la bolsa. Buscó algo hasta encontrar un pequeño pergamino que sacó de su funda, lo desenrolló y lo sostuvo ante él.

-Hum -dijo al cabo de unos instantes. Después, enrolló de nuevo el mapa y lo dejó en la funda.

- ¿Y bien? ¿Cómo se llama el lugar?

-No puedo decirlo. No aparece.

- ¡Ajá!

-Sabes que éste no será el primer error que hemos descubierto en el mapa. El cartógrafo olvidó el lugar o no había oído hablar de él. O la población es nueva.

- ¿Dilvish...?

- ¿Sí?

- ¿Te ofrezco consejo a menudo?

-Frecuentemente.

- ¿Suelo equivocarme?

-Podría citar casos.

-No me gusta la idea de pasar la noche en un lugar que aparece un momento y desaparece al siguiente.

- ¡Absurdo! Era simplemente el ángulo de visión, o una ilusión causada por la lejanía.

-Soy suspicaz...

-Por naturaleza, lo sé. Y yo tengo hambre. Pescado fresco cogido en uno de esos ríos, asado con hierbas...

Black bufó y dejó escapar un jirón de humo, y avanzó.

-De pronto tu estómago es una gran problema.

-También podría haber mujeres.

- ¡Puf!

La senda que subía colina arriba hacia la ciudad no era amplia, y la puerta de entrada permanecía abierta. Dilvish se detuvo ante ella, pero nadie le dio alto. Prestó atención. Los únicos ruidos eran los del viento y los pájaros.

-Adelante -dijo, y Black le llevó al otro lado de la puerta.

Las calles se extendían a derecha e izquierda, siguiendo los ángulos del muro. El camino donde se hallaba Dilvish se prolongaba en línea recta y terminaba en las casas de lo que quizá fuera una plaza. Todas las calles estaban empedradas y bien conservadas. Los edificios eran principalmente de piedra y ladrillo, limpios y de rectos ángulos. Al recorrer la calle que seguía en línea recta, Dilvish notó que ni había ni fluían desechos en la zanja lateral.

-Un lugar silencioso -dijo Black.

-Sí.

Al cabo de quizá cien pasos, Dilvish tiró de las riendas y desmontó. Entró en la tienda que estaba a su izquierda. Un instante después salió.

- ¿Qué hay?

-Nada. Está vacía. Ninguna mercancía. Ni una estaca por mobiliario.

Cruzó la calle y entró en otra casa. Salió meneando la cabeza.

-Lo mismo -dijo mientras montaba de nuevo.

- ¿Nos vamos? Ya sabes lo que pienso.

-Antes echemos un vistazo a la plaza. Hasta ahora no hay indicios de violencia. Podría ser algún día de fiesta.

Los cascos de Black resonaron en los adoquines.

-Una fiesta bastante muerta, en ese caso.

Siguieron avanzando, inspeccionando callejones, galerías y patios. No había actividad visible, ninguna persona en los alrededores. Por fin llegaron a la plaza. Había puestos vacíos a ambos lados, una fuentecilla que no echaba agua en el centro y una gran estatua de dos peces cerca de una esquina. Dilvish se detuvo y contempló el viejo símbolo. El pez de arriba se dirigía a la izquierda, el de abajo a la derecha. Dilvish se encogió de hombros.

-Tenía razón -dijo-. Vamos a...

El aire se estremeció con un tañido, de una campana que oscilaba en una elevada torre, a la izquierda.

-Qué extraño...

Un joven de pelo rubio y rubicundas mejillas, con una alechugada camisa blanca, calzón verde, espada corta y un enorme braguero, salió de detrás de la estatua, sonrió y quedó inmóvil con una mano en la cadera.

- ¿Extraño? -dijo-. Sí, lo es. Pero será más extraño lo que estáis a punto de contemplar, viajero. ¡Observad!

Hizo un gesto, recorriendo la calle con la mano, en el mismo momento que sonaba de nuevo la campana.

Dilvish volvió la cabeza y quedó sin aliento. Con tanto silencio como los gatos, las casas empezaron a moverse alrededor de la plaza. Dieron vueltas avanzaron, retrocedieron. Cambiaron su orden, cambiaron de posición con respecto al resto de los edificios como si

ejecutaran una danza ridícula y ciclópea. La campana sonó otra vez, y otra vez, mientras Dilvish observaba.

- ¿Qué clase de brujería es ésta? -inquirió por fin al joven.

-Lo que veis -fue la réplica-. Brujería, ciertamente... y en curso de cambiar la disposición de la ciudad hasta que adopte la forma de una laberinto a vuestro alrededor.

Dilvish meneó la cabeza con el acompañamiento de otro tañido.

-Me impresiona la exhibición -dijo-. Pero ¿cuál es su finalidad?

-Podéis decir que es un juego -repuso el joven-. Cuando la campana deje de tocar, varios tañidos más, el laberinto estará dispuesto. Dispondréis de una hora hasta que vuelva a sonar. Si por entonces no habéis encontrado la salida de la ciudad y estáis lejos de aquí, la nueva disposición de los edificios os aplastará.

- ¿Y por qué este juego? -preguntó Dilvish, esperando otro tañido hasta que oyó la réplica.

-Eso no lo sabréis nunca, Botas Elfas, tanto si ganáis como si perdéis, porque sois únicamente un elemento del juego. Pero también estoy encargado de advertiros que quizá sufráis ataques en diversos puntos de cualquier ruta que elijáis.

Los edificios siguieron danzando con el sonido de la campana.

-No me interesa este juego -dijo Dilvish, y sacó la espada-. Y tengo intención de divertirme con otro. Acabo de elegirte para que me conduzcas fuera de aquí. Niégate, y perderás la compañía de tu cabeza.

El joven sonrió y, con la mano izquierda levantada, agarró un puñado de su cabello mientras sacaba su espada con la otra mano. Blandió el arma en lo alto y la dejó caer con un rápido y duro golpe sobre su cuello. La espada atravesó la carne.

Su mano izquierda se alzó, sosteniendo la partida cabeza, que todavía sonreía sobre sus hombros. La campana sonó de nuevo. Los labios se movieron.

- ¿Creías que te enfrentabas a mortales, forastero?

Dilvish frunció el ceño.

-Entiendo -dijo. Muy bien. Enfréntate a él, Black.

-Con mucho gusto -replicó Black, y las llamas bailaron en su boca y llenaron las cuencas de sus ojos mientras se encabritaba coincidiendo con otro tañido.

El semblante de la partida cabeza mostró repentina sorpresa mientras el ambiente cobraba un rasgo eléctrico. Los cascos de Black se lanzaron hacia adelante, cayeron en un movimiento impropio de un caballo y golpearon a la silueta acompañados por un infernal tronido que apagó el siguiente campanazo. Un chillido escapó de la criatura antes de que se esfumara en una oleada de fuego.

La campana sonó dos veces más mientras Black recuperaba la estabilidad, y montura y jinete contemplaron los chamuscados adoquines. Luego hubo silencio. Las casas habían dejado de moverse.

-De acuerdo -dijo Dilvish, por fin-. Ya me lo advertiste. Gracias por tu acción.

Black avanzó acto seguido en círculo, y pudieron ver la nueva disposición de las calles que salían de la plaza.

- ¿Alguna preferencia? -inquirió Black.

-Probemos por ahí -dijo Dilvish, señalando un callejón lateral a la izquierda.

-Perfectamente -dijo Black-. A propósito, he visto mejores ejecuciones de ese truco.

- ¿Sí?

-Te lo explicaré en otra ocasión.

Avanzaron por el empedrado. Nada se movía alrededor.

La calle era estrecha y corta. Las casas se apiñaban a ambos lados de Dilvish. Hubo un abrupto giro hacia la derecha, luego hacia la izquierda.

- ¡Psst! ¡Por aquí! -sonó una voz a la izquierda.

-La primera emboscada -murmuró Dilvish. Volvió la cabeza y sacó la espada.

Un hombrecillo de ojos oscuros y agradable sonrisa, con el largo pelo cano recogido en un moño alto, las manos alzadas a la altura de los hombros y con las vacías palmas abiertas, les observaba desde un umbral. Vestía ropa gris muy raída.

-No temas -musitó rápidamente-. No es un truco. Quiero ayudarte.

Dilvish no bajó la espada.

- ¿Quién eres?

-Del otro bando -fue la réplica.

- ¿Qué quieres decir?

-Esto es un juego, tanto si te gusta como si no -dijo el hombrecillo-. Entre dos jugadores. El otro bando quiere que tú mueras aquí. El mío sólo ganará si huyes. El otro bando es el responsable de la ciudad. Yo soy el responsable de burlarlo.

- ¿Cómo sé que dices la verdad? ¿Cómo puedo distinguir ambos bandos?

El desconocido contempló la pechera de su camisa y arrugó la frente.

- ¿Puedo bajar una mano?

-Adelante.

Bajó la mano derecha y la alisó la holgada prenda que cubría su pecho. Con ello se vio el emblema de un pez que nadaba hacia la derecha. El hombrecillo lo señaló.

-El del pez que nada hacia la derecha -dijo- es el que quiere verte a salvo y lejos de aquí. Ahora comprueba mis palabras. Dos esquinas más, y será mejor que te prepares para un ataque desde lo alto.

Dicho esto el hombrecillo se apoyó en la puerta, que cedió. La cerró después de entrar, y Dilvish oyó bajar una barra.

-Vamos -dijo a Black.

No había ruidos aparte de los cascos de Black al doblar la primera esquina. Dilvish siguió cabalgando con la espada desenvainada y los ojos escrutando cualquier abertura.

La segunda esquina continuaba con un arco. Dilvish fue más despacio y lo examinó antes de proseguir. Pasaron bajo el arco y continuaron por la callejuela. Una puerta con enrejado permitía ver un pequeño patio. Dilvish miró abajo y arriba pero no vio nada.

Luego escuchó el ruido de metal arañando piedra en lo alto. Miró hacia arriba.

- ¡Black! ¡Black! -gritó.

Su montura invirtió su movimiento sin volverse, rápidamente, mientras una catarata de humeante aceite caía y salpicaba las piedras delante. Dilvish sólo vislumbró las siluetas en el tejado de la derecha.

Hubo un terrorífico estruendo que produjo ecos y reverberó alrededor. Al volver la cabeza, Dilvish vio que habían arrojado una enorme puerta con barras desde el arco. El charco de burbujeante aceite siguió creciendo, extendiéndose hacia Black.

-No podré mantenerme en pie ahí -dijo Black.

- ¡Esa puerta, a la derecha! ¡Embístela!

Black se volvió y chocó contra la puerta enrejada. La puerta quedó rota, pasaron por el hueco y llegaron a un pequeño patio enlosado con una fuentecilla seca en el centro y una puerta de madera en el extremo opuesto.

- ¡Es un engaño! -sonó una voz en lo alto y a la izquierda-. ¿Te advirtieron?

Dilvish miró hacia arriba.

Allí en un pequeño balcón de un tercer piso, había un hombre de aspecto muy similar al informante de Dilvish, aunque su cabello estaba atado con una cinta azul y en su pechera estaba el emblema de un pez que nadaba hacia la izquierda. En sus manos llevaba una ballesta, que alzó para apuntar a Dilvish.

Dilvish se deslizó hacia la derecha de Black y se acurrucó. Oyó que el dardo golpeaba el metálico costado de su montura.

- ¡Por la otra puerta antes de que pueda cargarla otra vez! ¡Yo iré detrás!

Black salió como una flecha, ni siquiera se detuvo al golpear la puerta. Dilvish corrió detrás.

- ¡Engaño! ¡Engaño! -resonó el grito.

La nueva calle discurría en ambas direcciones.

-A la derecha -dijo Dilvish mientras montaba.

Black galopó en esa dirección. Llegó a una bifurcación. Cogieron el camino de la izquierda, que iba ligeramente cuesta arriba.

-Quizá valga la pena arriesgarse a subir al tejado de una casa alta -dijo Dilvish-. Es posible que pueda ver la salida.

-No es necesario -sonó una voz familiar a la derecha-. Yo puedo ahorrarte tiempo y esfuerzo. Ya has encontrado un atajo... por ahí. No está muy lejos.

Dilvish miró al primer hombre a los ojos, el del moño, con el emblema del pez mirando a la derecha. Estaba en una ventana baja, a sólo un brazo de distancia.

-Pero debes apresurarte. Él ya estaba llevando sus fuerzas a la entrada. Si llega primero, todo habrá terminado.

-Podría haberse limitado a vigilarla desde el principio y aguardar.

-No está permitido. No puede empezar allí. Coge la siguiente a la derecha, la siguiente a la izquierda y dos veces más a la derecha. Pasarás por un callejón y saldrás a un gran patio. La salida estará a la izquierda y abierta. ¡Apresúrate!

Dilvish saludó y Black partió al galope, doblando a la derecha en la siguiente esquina.

- ¿Crees en él? -preguntó Black.

Dilvish se alzó de hombros.

-Debo intentarlo o correr un terrible riesgo.

- ¿A qué te refieres?

-Usar la magia más potente que conozco.

- ¿Una de las Frases Atroces que aprendiste en el Infierno, para el día que te encuentres a tu enemigo?

-Exacto. Una de las doce sirve para arrasar una ciudad.

Black giró a la izquierda, con precaución, y continuó.

- ¿Qué efecto crees que tendría contra una construcción tan mágica como ésta?

-En cuanto a poder bruto, la magia terrenal no puede igualarla...

-Pero no hay avisos. No tendrás una segunda oportunidad si cometes un error.

-No hace falta que me lo digas.

Black se detuvo en la siguiente esquina, atisbó el otro lado, continuó.

-Si el ha dicho la verdad, casi hemos llegado -musitó-. Esperemos haber superado al otro jugador. Y la próxima vez, ¡confía más en tus mapas!

-De acuerdo. Ahí está la esquina. Con cuidado ahora...

Doblaron la última esquina. Había un largo callejón iluminado en el extremo opuesto.

-Hasta ahora parece que él ha dicho la verdad -murmuró Black, yendo más despacio para suavizar el sonido de sus cascos.

Se detuvieron al llegar al final del callejón, y contemplaron un patio.

El hombre que habían dejado en el balcón se hallaba en el centro del patio, sonriéndoles. En su mano derecha empuñaba el asta de una lanza.

-Me has hecho correr -dijo-. Pero mi camino era más corto... como puedes ver.

Miró a la derecha.

-Ahí está la puerta.

Levantó la lanza y golpeó el suelo tres veces con ella. De inmediato las losas que lo rodeaban se alzaron igual que trampas y diversos personajes salieron del suelo. Quizás había dos decenas de hombres. Todos blandían lanzas. Todos levantaron la mano izquierda, se agarraron el cabello y alzaron su cabeza por encima de los hombros. Todos rieron entonces, volvieron a colocarse la cabeza, agarraron las lanzas con ambas manos y avanzaron por el patio.

- ¡Black! -dijo Dilvish-. ¡Nunca lo conseguiremos!

Huyeron por el callejón y giraron a la izquierda. Oyeron detrás a los lanceros.

-Había otras calles que daban a ese patio -dijo Dilvish-. Si pudiéramos dar la vuelta...

-Otra calle...

- ¡A la izquierda!

Black obedeció.

-Otra.

- ¡Derecha!

La calle acababa en una plaza en un cruce, con una fuente en el centro. De pronto varios lanceros llegaron por la izquierda y por el frente. Detrás seguía oyéndose el ruido de la persecución.

Black fue hacia la derecha y siguió en esa dirección tras un breve trecho. Calle arriba, una puerta cayó y les cerró el paso. Doblaron a la izquierda y entraron en larga zona de arcos que bordeaba un jardín.

- ¡Métete por el jardín! -sonó una voz detrás de una hilera de matorrales-. ¡Hay una puerta allí! -El otro hombrecillo se levantó y señaló-. Luego, recuerda, dos veces a la izquierda y una a la derecha, dos veces a la izquierda y una a la derecha... ¡Todo el camino así!

Los cascos de Black destrozaron el jardín cuando se dirigió hacia la puerta. Después se encabritó y se detuvo, en el mismo momento que un tañido de campana vibraba en el aire.

-Oh, oh -dijo el hombrecillo del moño.

Una casa, a la izquierda, giró noventa grados, se estabilizó y se deslizó calle abajo. Una cerca de piedra se alejó rápidamente. Una torre avanzó poco a poco. El segundo hombrecillo llegó a la zona y se situó junto al otro. Estaba risueño. El primero, no.

- ¿Había llegado el momento? -preguntó Black mientras una vivienda pasaba velozmente al lado y cruzaba un arco que se dirigía hacia ellos.

-Me temo que sí -dijo Dilvish. Se irguió y alzó ambos brazos por encima de la cabeza-. *Mabra, brahoring Mabra...*

Descendió un intenso viento, que contenía un gemido. Formó remolinos que solamente afectaron a Dilvish con un escalofrío, y una humeante neblina brotó de las casas.

Mientras Dilvish seguía hablando, se inició un ruido de destrozo y astillamiento, seguido a los pocos instantes por el estruendo de la mampostería que se derrumbaba. En alguna parte, un campanario se tambaleó y se desplomó; un último y estridente retumbo brotó de la campana al caer y destrozarse sobre una tienda o residencia que corría velozmente.

El suelo tembló cuando el gemido se convirtió en un aullido ensordecedor. Las casas desaparecieron en sus mantos de niebla. Luego hubo un crujido como de cien árboles hendidos por rayos, y el viento cesó con la misma brusquedad con que había comenzado.

Dilvish y Black se hallaban en la cumbre de una colina bañada por el sol. Alrededor de ellos no quedaba rastro de la ciudad.

-Felicidades -dijo Black-. Muy bien ejecutado.

-Y yo debo añadir mi felicitación -sonó una voz familiar detrás del jinete.

Tras volver la cabeza, Dilvish notó al hombrecillo del moño, cuyo pez nadaba hacia la derecha.

-Mis más sinceras disculpas -prosiguió-. No tenía la menor idea de que habíamos atrapado a un hermano mago. Ha sido una Frase Atroz, ¿no es cierto? Nunca había visto una ejecutada.

-Sí, lo era.

-Por fortuna llegué rápidamente cerca de la zona protegida. Mi hermano, claro está, ha tenido que desaparecer con su ciudad. Deseo darte las gracias por eso... Muchas gracias.

-Ahora me gustaría una explicación -dijo Dilvish- de lo que ha pasado. ¿No conocíais mejores formas de diversión?

- ¡Ah, buen caballero! -dijo el hombrecillo, frotándose las manos-. ¿No lo has deducido con el parecido? Éramos gemelos... una situación muy desgraciada siendo ambos practicantes de las artes más sutiles. El poder está repartido. Cada uno tenía la mitad de la fuerza que podía tener si...

-Empiezo a comprender -dijo Dilvish-, un poco.

-Sí. Recurrimos a duelos, pero estábamos muy igualados. Por eso, en vez de compartir una debilidad, llegamos a un acuerdo. Uno de nosotros pasaría diez años exiliado en in limbo astral mientras el otro disfrutaba de pleno poder aquí. Al final de dicho tiempo, jugaríamos a este juego para determinar quién pasaría los siguientes diez años en la tierra. Uno de los dos erigiría una ciudad, el otro apoyaría al campeón que se enfrentara al laberinto. Yo estaba bastante deprimido cuando atraje al campeón esta vez, porque la ciudad solía vencer siempre.

Pero tú has sido mi buena suerte, caballero. Debimos sospechar algo al ver tu montura. ¡Pero quién podía sospechar una Frase Atroz! Aprender eso debió ser un infierno.

-Lo fue.

-Naturalmente estoy en deuda contigo, y ahora tengo pleno poder... o casi pleno. ¿Hay alguna forma en que pueda serte útil?

-Sí, -dijo Dilvish.

-Di cuál.

-Estoy buscando a un hombre... no, a un mago. Si tienes conocimiento de su paradero, quiero saberlo. Mencionarle aquí es arriesgado, porque es posible que su atención se haya visto atraída por estos actos recientes de poder. Su fuerza es potentísima, y muy siniestra. ¿Sabes de quién hablo?

-No... no estoy seguro.

Dilvish suspiró

-Muy bien.

Desmontó y, con la punta de la espada, escribió la palabra *Jelerak* en la tierra.

El menudo mago se puso pálido y se frotó las manos otra vez.

- ¡Oh, buen caballero! ¡Buscas tu muerte!

-No, la suya -dijo Dilvish, borrando el nombre con la punta de una bota-. ¿Puedes ayudarme?

El otro hombre tragó saliva.

-Que yo sepa, él tiene castillos en diferentes lugares del mundo. Están defendidos de forma distinta. Él utiliza siervos humanos e inhumanos. Se rumorea que él puede ir rápidamente de una a otra de estas fortalezas. ¿Cómo es que no conoces estos detalles?

-He estado lejos algún tiempo. Ten paciencia conmigo. ¿Dónde están situados esos castillos?

-Creo saber quién eres -dijo el mago. Se arrodilló y trazó rayas en el suelo con su dedo.

Dilvish se agachó junto a él y observó cómo iba cobrando forma el mapa.

-...Éste es el del confín del mundo, que sólo he visto en visiones. Aquí está la Fortaleza Roja... Hay otro muy al sur...

Dilvish grabó las posiciones en su memoria conforme aparecían ante él.

-...El más cercano parece ser pues el que llamas la Torre de Hielo -dijo Dilvish-. A cien leguas al noreste de aquí. He oído rumores de ese lugar. He estado buscándolo.

-Acepta mi consejo, Libertador -dijo el hombrecillo mientras se ponía en pie-. No...

La ciudad se alzaba de nuevo alrededor, pero alterada. Empezaba en un punto más abajo y se extendía colina abajo hasta el límite de la visión.

- ¿No habrás... eh... invocado la ciudad para hacer una bromita, no? -preguntó el mago.

-No.

-Temía que dijeras eso. Ha aparecido con un silencio espantoso, ¿no es cierto?

-Sí.

-Mucho más extensa, además. Strodd y yo jamás habríamos podido construirla así. ¿Y ahora qué? ¿Crees que él quiere que entremos?

Una oscura mole apareció en lo alto del cielo.

-Yo entraría gustosamente, si él estuviera aguardándome dentro.

- ¡No digas eso, amigo! ¡Mira!

Igual que lentos rayos, capas de fuego cayeron del cielo, en silencio sobre la nueva ciudad. Al cabo de unos momentos las casas ardieron. Se olía a humo. Las cenizas flotaban en el aire. Dilvish y el mago no tardaron en verse rodeados por un gigantesco muro de fuego, y oleadas de calor cayeron sobre ellos.

-Una ejecución magnífica - observó el mago, enjugándose la frente con la manga-. Voy a decirte mi nombre, Strodd, en un acto de suma generosidad por mi parte, ya que quizás estemos sentenciados a muerte, de todas formas... y creo que ya he adivinado el tuyo. ¿No es cierto?

-Diría que sí.

Las llamas comenzaron a extinguirse. No había ciudad bajo ellas.

-Sí, una ejecución *magnífica* -comentó Strodd-. Creo que la exhibición está prácticamente terminada, pero me extraña que él no se haya limitado a desviar el fuego hacia nosotros.

Black se echó a reír, con una risa áspera, metálica.

-Hay motivos -dijo.

El fuego fluctuó y desapareció, dejando la soleada colina exactamente igual que hacía un rato.

-Bien, ya está -dijo Strodd-. De pronto estoy ansioso por emprender un largo viaje, por motivos de salud. Uno se debilita un poco con tanto errar por limbos astrales. Sigo debiéndote algo, pero temo la compañía que puedas tener. Preferiría que recurrieras a mí para pequeños problemas, y no para esa gran aventura que temo vas a correr... ¿Me entiendes?

-Lo recordaré -dijo Dilvish, risueño. Montó a Black y volvió la cabeza hacia el noreste.

Strodd se sobresaltó.

-Temía que irías por ahí -dijo-. Bien, de todas formas, buena suerte para ti.

-Y para ti.

Dilvish lanzó un saludo al hombrecillo antes de alejarse.

- ¿La Torre de Hielo? -dijo Black.

-La Torre de Hielo.

Cuando Dilvish volvió la cabeza, la cumbre de la colina estaba vacía.

# *La bestia blanca*

Todo ese día, cruzando el campo de hielo, el jinete del pulido animal negro no se enteró de que lo perseguían. Había vislumbrado la gran forma blanca que corría a medio galope muy lejos, entre la nieve arrastrada por el viento. Luego, con la luz de la luna chispeando en las tersas y níveas sombras y con un viento helado que barría las montañas y la oscurecida llanura, el jinete oyó el primer aullido de su perseguidor.

Pero las montañas ya estaban muy cerca. En algún lugar de la base, quizás habría un hueco, una cueva, un refugio fortificado... un lugar donde poder descansar con roca detrás y al lado, una hoguera delante y la espada en las rodillas.

El aullido se repitió. La gran montura negra avanzó con más lentitud. Enormes rocas yacían dispersas, primero delante, luego a los lados... El jinete prosiguió entre las rocas, con los ojos examinando los taludes en busca de indicios de una posible abertura.

-Allí, delante -sonó la baja voz, debajo y por delante del jinete. Había hablado el animal.

-Sí, la veo. ¿Cabremos?

-En caso contrario, la agrandaré. Es peligroso seguir buscando. Quizá no haya más.

-Cierto.

Se detuvieron ante la boca. El hombre desmontó, y sus botas verdes no hicieron ruido en la nieve. Su negra montura, similar a un caballo, fue la primera en entrar.

-Es más espaciosa de lo que parece, vacía y seca. Entra.

El hombre entró en la cueva, agachando la cabeza bajo el borde exterior. Se arrodilló y buscó leña a tientas.

-Unas ramitas, una rama, hojas...

Hizo un montón y se sentó. El animal seguía detrás. El jinete se quitó la espada y la dejó cerca.

Hubo otro aullido, mucho más cerca.

-Ojalá ese maldito lobo blanco tenga el valor suficiente para atacar. No podré dormir hasta que hayamos resuelto nuestras diferencias -dijo el hombre tras encontrar su pedernal-. Todo el día ha estado acechándonos, siguiéndonos, observando, aguardando...

-Creo que es a mí al que más teme -dijo la oscura silueta-. Presidente que no soy natural, y te protegeré.

-Yo también tendría miedo de ti -dijo el hombre, riendo.

-Pero tu inteligencia es humana. ¿Y la suya?

- ¿Qué quieres decir?

- Nada. De verdad. No lo sé. Come. Descansa. Yo te protegeré.

Las hojas ardieron bajo la lluvia de chispas, despidieron humo.

-Si se arriesga a las llamas, salta rápidamente y me atrapa, podría arrastrarme fuera de aquí... hasta alguna capa de nieve donde alguien de tu peso no podría caminar bien. Así lo haría yo.

-Ahora estás concediéndole demasiada sabiduría.

El hombre echó más leña, sacó sus provisiones.

-Lo veo moverse, entre las rocas. Tiene hambre, pero piensa esperar... el momento oportuno.

El jinete desenvainó su espada.

- ¿Hay alguna forma especial de conocer a una bestia espectral? -preguntó.

-No, salvo si ves que cambia de forma, o la oyes hablar.

- ¡Eh, ahí afuera! -gritó de pronto el hombre-. ¿Hacemos un trato? Compartiré mis provisiones contigo y te irás. ¿De acuerdo?

Sólo el viento respondió.

El jinete cogió un trozo de carne, lo espetó y lo calentó. Luego lo partió por la mitad y dejó un trozo a un lado.

-Están siendo bastante ridículos -dijo su compañero.

El hombre se encogió de hombros y empezó a comer. Fundió nieve para tener agua, la mezcló con un poco de vino, bebió.

Pasó una hora. El jinete estaba sentado envuelto en su capa y en una manta plegada, echando al fuego las últimas ramas. En el exterior, la nívea silueta se aproximó. El hombre vio el reflejo del fuego en aquellos ojos por primera vez, pasando hacia la izquierda y hacia un punto invisible para su negro compañero. No dijo nada. Observó. Los ojos pasaron más cerca... grandes, amarillos.

Por fin los ojos se detuvieron, a poca altura, al otro lado del borde del borde de la boca de la cueva.

- ¡La carne! -sonó un jadeante susurro.

El jinete puso una mano en la pata delantera de su compañero, indicándole que permaneciera quieto. Con la otra mano, cogió el trozo de carne y lo lanzó fuera. La carne desapareció de inmediato, y el hombre escuchó el ruido de la bestia al masticar.

- ¿Eso es todo? -sonó la voz al cabo de un rato.

-La mitad de mi ración, tal como prometí -musitó el jinete.

-Estoy hambriento. Temo que deberé comerte también. Lo lamento.

-Lo sé. Y también yo lo lamento, pero lo que me queda debe servirme de alimento hasta llegar a la Torre de Hielo. Además, tendré que matarte si tratas de capturarme.

- ¿La Torre de Hielo? Morirás allí y habrás desperdiciado las provisiones. Habrás desperdiciado la misma carne de tu cuerpo. El amo de ese lugar te matará. ¿No lo sabías?

-No, si yo lo mato antes.

La bestia blanca jadeó unos instantes.

-Estoy tan hambriento... -repitió-. Dentro de poco tendré que intentar capturarte. Algunas cosas son peores que la muerte.

-Lo sé.

- ¿Puedes decirme tu nombre?

-Dilvish.

-Creo haber oído ese nombre, hace tiempo...

-Es posible.

-Si él no te mata... ¡Mírame! También yo, una vez, traté de matarlo. También yo fui hombre en otro tiempo.

-No conozco el hechizo capaz de liberarte.

-Demasiado tarde. Ya no me preocupa eso. Sólo la comida.

Hubo un sonido de babeo, seguido por una brusca aspiración. El hombre dispuso la espada en su mano y aguardó.

-Recuerdo haber oído hablar de un tal Dilvish hace tiempo, llamado el Libertador -se oyeron las lentas palabras-. Era fuerte.

Silencio.

-Yo soy ese Dilvish.

Silencio.

-Deja que me acerque un poco más... ¡Y tus botas son verdes!

La blanca silueta retrocedió. Los ojos amarillos miraron los del jinete y permanecieron inmóviles.

-Tengo hambre, siempre tengo hambre.

-Lo sé.

-Sólo conozco un ser que sea más fuerte. Tú también lo conoces. Adiós.

-Adiós.

Los ojos desaparecieron. la sombría forma se alejó de la cueva. Más tarde Dilvish oyó un aullido a lo lejos. Luego, silencio.

# *Torre de hielo*

El negro animal con forma de caballo se detuvo en la helada senda. Con la cabeza vuelta hacia la izquierda y hacia arriba, contempló el castillo en lo alto de la fulgurante montaña, igual que su jinete.

-No -dijo por fin el hombre.

La negra bestia siguió cabalgando, y el hielo crujió bajo sus hendidos cascos metálicos y la nieve flotó alrededor de ellos.

-Empiezo a sospechar que no hay camino -anunció el animal al cabo de un rato-. Casi hemos dado media vuelta.

-Lo sé -replicó el embozado jinete de las botas verdes-. Yo podría escalar esto, pero eso significaría dejarte aquí.

-Arriesgado -contestó su montura-. Conoces mi valor en determinadas situaciones... en especial la situación a que vas a exponerte.

-Cierto. Pero si no hay otro remedio...

Siguieron avanzando un rato, haciendo periódicas pausas para examinar la prominencia.

-Dilvish, la pendiente tenía una parte más suave... más atrás, a cierta distancia -anunció el animal-. Con un buen impulso, puedo dejarte bastante arriba. No en la cumbre, pero cerca.

-Si no hay otro remedio, Black, iremos por allí -replicó el jinete. El aliento que humeaba ante él fue arrastrado por el viento-. Pero podríamos seguir buscando antes. ¡Vaya! ¿Qué es...?

Una oscura silueta se precipitaba montaña abajo. Cuando parecía estar a punto de chocar con el hielo delante de Black, extendió unas alas verde claro, similares a las de un murciélago, y se elevó. Dio rápidas vueltas, cobró altura, se precipitó hacia ellos.

De inmediato la espada estuvo en la mano de Dilvish, sostenida verticalmente ante él. Se echó hacia atrás, con los ojos fijos en la criatura que se aproximaba. Al ver el arma, el atacante se desvió, para volver inmediatamente. Dilvish atacó y falló el golpe. La criatura se alejó velozmente otra vez.

-Es obvio que nuestra presencia ha dejado de ser un secreto -comentó Black, volviéndose para quedar frente a la criatura voladora.

El atacante descendió de nuevo y Dilvish asestó otro golpe. La criatura se desvió en el último instante, siendo alcanzada por el filo de la espada. Cayó, revoloteó, se elevó, dio varias vueltas, ascendió a más altura, se alejó. Comenzó a remontar la ladera de la Torre de Hielo.

-Sí, parece que hemos perdido la ventaja de la sorpresa -observó Dilvish-. En realidad, pensaba que él nos habría visto antes.

Envainó la espada.

-Vamos a buscar ese camino... si es que hay alguno.

Prosiguieron su marcha alrededor de la base de la montaña.

Igual que un cadáver, el rostro verde y blanco miraba desde el espejo. Nadie había de pie ante el cristal para proyectar esa imagen. El alto salón de piedra se reflejaba detrás del rostro,

con los raídos tapices de sus paredes, varias estrechas ventanas, la pesada y larga mesa con un candelabro flameando en el extremo más alejado. El viento emitía gemidos en una chimenea cercana, aplanando y alargando las llamas alternativamente en el amplio hogar.

El resto parecía estar contemplando a los comensales: un hombre joven, delgado, moreno y de ojos oscuros, ataviado con una casaca negra de verdes bordes, que jugueteaba con la comida y cuyos nerviosos gestos ponían sus dedos en contacto continuo con un grueso anillo de negro metal que tenía una piedra de color rosa y colgaba de una cadena alrededor del cuello; y una joven, de cabello y ojos iguales que los del hombre, cuyos generosos labios se curvaban de vez en cuando formando raras y breves sonrisas mientras comía con mejor apetito. La joven llevaba sobre los hombros una capa marrón y roja, con las puntas plegadas en su regazo. Sus ojos no eran tan hundidos como los del hombre y no se agitaban tanto.

La criatura del espejo movió sus pálidos labios.

-Se acerca la hora -anunció con voz grave e inexpresiva.

El joven se inclinó y cortó un trozo de carne. La mujer alzó su vaso de vino. Algo pareció agitarse en una de las ventanas.

En alguna parte del alargado pasillo situado a la derecha de la joven, una voz agónica gritó:

- ¡Soltadme! ¡Oh, por favor, no hagáis esto! ¡Por favor! ¡Me hace mucho daño!

La joven sorbió el vino.

-Se acerca la hora -repitió el ser del espejo.

-Ridley, ¿me pasas el pan? -pidió la mujer.

-Ten.

-Gracias.

La joven cortó un trozo y lo mojó en la salsa. El hombre la observó mientras comía, como se ese acto le fascinara.

-Se acerca la hora -repitió la criatura.

De pronto Ridley golpeó la mesa. Los cubiertos resonaron. Gotas de vino cayeron en su plato.

-Reena, ¿no puedes hacer callar a ese maldito? -preguntó Ridley.

-Pero si tú lo llamaste -dijo dulcemente ella-. ¿No puedes agitar tu varita o chasquear tus dedos y decirle las palabras adecuadas?

El joven golpeó de nuevo la mesa, medio levantado de su silla.

- ¡No se burlará de mí! -exclamó-. ¡Hazlo callar!

Reena meneó lentamente la cabeza.

-No es mi estilo de magia -replicó, con menos dulzura-. Yo no bromeo con cosas como esa...

Del pasillo llegaron más gritos.

- ¡Qué daño! ¡Oh, por favor! ¡Duele tanto!

-... O como esa -dijo Reena con más seriedad-. Además, entonces me explicaste que tenía una finalidad útil.

Ridley se dejó caer en la silla.

-No era... yo mismo -replicó en voz baja. Cogió el vaso y lo apuró.

Un individuo con cara de momia y delantal oscuro salió corriendo del sombrío rincón próximo al hogar para llenar de nuevo el vaso.

Muy tenue, y a gran distancia, se produjo un matraqueo, como de cadenas. Una oscura silueta chocó con otra ventana. Ridley manoseó la cadena que llevaba al cuello y siguió bebiendo.

-Se acerca la hora -anunció el cadavérico rostro del espejo.

Ridley le lanzó el vaso. Éste se rompió, pero el espejo permaneció intacto. Quizás una levísima sonrisa asomó en las comisuras de los espectrales labios. El criado se apresuró a traer otro vaso.

Hubo más gritos en el corredor.

-Esto va mal -afirmó Dilvish-. Hemos dado más de una vuelta. No veo ningún camino fácil para subir.

-Ya sabes cómo son los magos. En especial este.

-Cierto.

-Tendrías que haber preguntado al hombre lobo que encontraste hace poco.

-Demasiado tarde. Si seguimos, pronto llegaremos a esa pendiente que has mencionado, ¿no es cierto?

-Por fuerza -replicó Black, sin dejar de andar-. Me vendría bien un cubo de jarabe infernal. Incluso me conformaría con vino.

-Ojalá tuviera vino para mí. No he vuelto a ver a esa criatura voladora.

Dilvish observó el cielo cada vez más oscuro y el lugar donde el castillo, cubierto de nieve y hielo, se alzaba con una ventana iluminada en lo alto.

-A menos que la haya visto volando hacia allí -dijo-.

Difícil asegurarlo, con la nieve y las sombras.

-Qué extraño que él no enviara algo más mortífero.

-He pensado en eso.

Continuaron largo rato. La pendiente de la ladera se suavizó conforme avanzaban y el muro de hielo adoptó una inclinación ligeramente menor. Dilvish reconoció la zona que habían cruzado antes, aunque las huellas de los cascos de Black estaban completamente borradas.

-Estás bastante escaso de provisiones, ¿verdad? -preguntó Black.

-Sí.

-Entonces creo que sería mejor hacer algo... pronto.

Dilvish examinó la pendiente mientras avanzaba por el pie de la montaña.

-Es un poco mejor, adelante -observó Black. Y añadió-: Ese mago que conocimos, Strodd, tuvo una buena idea.

- ¿A qué te refieres?

-Se dirigió hacia el sur. Odio este frío.

-No pensaba que te molestara a ti también.

-Hace mucho más calor donde yo nací.

- ¿Preferirías estar allí?

-Ya que lo mencionas, no.

Varios minutos después bordearon una masa de hielo. Black se detuvo y volvió la cabeza.

-Esa es la ruta que yo elegiría... allí. Desde aquí puedes examinarla mejor.

Dilvish recorrió la pendiente con sus ojos. Tres cuartas partes de la distancia al castillo. Más arriba la pared ascendía abrupta y empinada.

- ¿Hasta dónde crees que podrás llevarme? -preguntó Dilvish.

-Tendré que pararme cuando la montaña sea vertical. ¿Podrás escalar el resto?

Dilvish se protegió los ojos con la mano y observó:

-No lo sé. Tiene mal aspecto. Pero lo mismo pasa con el declive. ¿Estás seguro de poder llegar tan lejos?

Black guardó silencio unos instantes.

-No, no lo estoy -dijo-. Pero hemos dado una vuelta completa y este es el único lugar donde creo que tenemos una posibilidad.

Dilvish bajó los ojos.

- ¿Qué opinas?

-Intentémoslo.

- ¡No entiendo cómo puedes estar tan tranquila comiendo así! -observó Ridley mientras dejaba bruscamente el cuchillo-. ¡Esto es desagradable!

-Hay que conservar la fuerza cuando llegan las calamidades -replicó Reena. Dio otro bocado-. Además, la comida es excepcionalmente buena esta noche. ¿Cuál de ellos la preparó?

-No lo sé. No sé diferenciarlos. Sólo les doy órdenes.

-Se acerca la hora -afirmó el espejo.

Algo chocó de nuevo con la ventana y se detuvo, un oscuro perfil suspendido allí. Reena suspiró, dejó los cubiertos, se levantó. Dio la vuelta a la mesa y se acercó a la ventana.

- ¡No pienso abrir la ventana con un tiempo como este!
-gritó-. ¡Ya te lo había dicho! ¡Si quieres entrar, baja por una chimenea! ¡O no entres, como más te guste!

Escuchó un momento el rápido parloteo al otro lado del vidrio.

- ¡No, ni una vez más! -dijo después-. ¡Te lo advertí antes de que salieras!

Dio media vuelta y caminó airosamente hasta la silla. Su sombra danzó en un tapiz con el flameo de las velas.

- ¡Oh, no!... ¡Por favor, no!... ¡Oh! -llegaron los gritos del pasillo.

Reena se acomodó en la silla una vez más, dio un último bocado, sorbió más vino.

-Tenemos que hacer algo -dijo Ridley mientras acariciaba el anillo de la cadena-. No podemos continuar sentados.

-Yo estoy bastante cómoda -respondió la joven.

-Estás metida en esto tanto como yo.

-Ni mucho menos.

-Él no lo considerará así.

-Yo no estaría tan seguro.

Ridley resopló desdeñosamente.

-Tus encantos no te salvarán del arreglo de cuentas.

El labio inferior de Reena sobresalió formando un fingido puchero.

-Por si fuera poco, insultas a mi femineidad.

- ¡No! -Ridley golpeó la mesa con el puño-. ¡No lo haré!

-Se acerca la hora -dijo el espejo.

El joven se tapó la cara con las manos y bajó la cabeza.

-Tengo... tengo miedo... -dijo en voz baja.

Al verle así, un gesto de preocupación arrugó la frente y entrecerró los ojos de Reena.

-Tengo miedo de... del otro -dijo él.

- ¿Puedes imaginar otra salida?

- ¡Haz algo! ¡Tienes poderes!

-No a ese nivel -dijo ella-. El otro es el único que puede tener una oportunidad, no sé de nadie más.

- ¡Pero él no es digno de confianza! ¡Ya no puedo prever sus actos!

- ¡Pero él no es digno de confianza! ¡Ya no puedo prever sus actos!

-N-no lo sé...

- ¿Quién nos metió en este lío?

- ¡Eso no es justo!

Ridley bajó las manos y levantó la cabeza mientras se producía un estrépito en el interior de la chimenea. Partículas de hollín y argamasa cayeron sobre las llamas.

- ¡Oh, lo que faltaba!

-Ese murciélago loco... -empezó a decir Ridley, volviendo la cabeza.

-Mira, eso tampoco está bien -afirmó Reena-. Al fin y al cabo...

Se esparcieron cenizas cuando un pequeño cuerpo chocó con los llameantes leños, rebotó, saltó en el suelo agitando sus largas alas membranosas y verdes para sacudirse las chispas del pelaje. Tenía el tamaño de un monito, con una cara arrugada, casi humana. Chilló mientras saltaba, y alguno de los sonidos era extraño, como si se tratara de maldiciones humanas. Finalmente se quedó totalmente quieto, encorvado, levantó la cabeza y volvió sus encendidos ojos hacia la pareja.

- ¡Habéis intentado quemarme! -dijo con agudos chillidos.

- ¡Vamos! ¡Nadie ha intentado quemarte! -dijo Reena.

- ¡Has dicho <<chimenea>>! -gritó la criatura.

-Hay muchas chimeneas ahí arriba -contestó Reena-. Es bastante estúpido elegir una con humo.

- ¡No es estúpido!

- ¿Qué otra cosa puede decirse?

La criatura olisqueó varias veces.

-Lo siento -dijo Reena-. Pero podías haber tenido más cuidado.

-Se acerca la hora -dijo el espejo.

La criatura volvió su menuda cabeza, sacó la lengua.

-Mucho sabes tú -dijo-. Él... ¡Él me ha pegado!

- ¿Quién? ¿Quién te ha pegado? -preguntó Ridley.

-El vengador. -Hizo un amplio gesto, hacia abajo, con su ala derecha-. El está ahí abajo.

- ¡Oh, no! -Ridley palideció-. ¿Estás seguro?

-Él me ha golpeado -repitió la criatura. Después fue dando botes por el suelo, batió el aire con sus alas y voló hasta el centro de la mesa.

En algún lugar, tenuemente, resonó la cadena.

- ¿Cómo sabes que es el vengador? -preguntó Ridley.

La criatura salió en la mesa, agarró el pan con sus garras, se metió un trozo en la boca y masticó ruidosamente.

-Mis pequeñas, mis preciosas -cantó al cabo de unos instantes mientras observaba el salón.

- ¡Basta! -dijo Reena-. ¡Responde a su pregunta! ¿Cómo sabes que es él?

El extraño ser alzó las alas hasta sus orejas.

- ¡No grites! ¡No grites! -chilló-. ¡Lo he visto! ¡Lo sé!

Él golpeó... ¡mi pobre costado!... ¡con una espada! -Hizo una pausa para abrazarse con sus alas-. Yo sólo quería verlo de cerca. Mis ojos no son tan buenos... ¡Cabalga en una bestia demoníaca! Da vueltas, da vueltas... ¡a la montaña! Viene, viene... ¡hacia aquí!

Ridley lanzó una mirada a Reena. La joven apretó los labios, después agitó la cabeza.

-A menos que vuele, jamás llegará a la torre -dijo-. No era un animal alado, ¿verdad?

-No. Un caballo -replicó la criatura, y agarró de nuevo el pan.

-Había una cuesta en la faz del sur -dijo Ridley-. Pero no. Ni aun así. Ni con un caballo...

-Un caballo demoníaco.

- ¡Ni con un caballo demoníaco!

- ¡El dolor! ¡El dolor! ¡No puedo soportarlo! -sonó un estridente grito.

Reena alzó su vaso, vio que estaba vacío, lo dejó en la mesa. El hombre con cara de momia salió corriendo de las sombras para llenarlo.

Durante unos instantes la pareja observó cómo comía la criatura.

-No me gusta esto -dijo por fin Reena-. Ya sabes lo tortuoso que puede ser él.

-Lo sé.

-Y botas verdes -chirrió la criatura-. Botas Elfas. Siempre cae de pie. Vosotros me quemasteis, él me pegó... ¡Pobre Meg! ¡Pobre Meg! El también os cogerá...

Saltó y se deslizó por el suelo.

- ¡Mis pequeñas, mis preciosas! -gritó.

- ¡Aquí no! ¡Sal de aquí! -chilló Ridley-. ¡Cambia o vete! ¡Que no se acerquen aquí!

- ¡Pequeñas! ¡Preciosas! -sonó la menguante voz mientras Meg salía por el pasillo en dirección a los gritos.

Reena vertió vino en el vaso, bebió un poco, se lamió los labios.

-La hora ha llegado -anunció de repente el espejo.

- ¿Qué vas a hacer ahora? -preguntó Reena.

-No me siento bien -dijo Ridley.

Al llegar al pie de la pendiente, Black se detuvo y permaneció quieto como una estatua, largo rato, examinando el lugar. La nieve seguía cayendo. El viento arrastraba los copos.

Al cabo de varios minutos, Black avanzó y comprobó el declive; trepó varios pasos, se paró apoyando todo su peso, pateó y escarbó con sus cascos, con la cabeza baja.

Finalmente retrocedió ladera abajo y dio media vuelta.

- ¿Cuál es el veredicto? -inquirió Dilvish

-Quiero intentarlo pese a todo. Mi estimación de las posibilidades no ha variado. ¿Tienes alguna idea de lo que vas a hacer si... o mejor dicho, cuando llegues a hacer si... o mejor dicho, cuando llegues a la cima?

-Buscar problemas -dijo Dilvish-. Defenderme siempre. Golpear al instante si veo al enemigo.

Black se alejó poco a poco de la montaña.

-Casi todos sus hechizos son de tipo ofensivo -afirmó Black-. Y usarlos es terrible, excepto en casos extremos. Deberías tomarte tiempo para aprender otros inferiores e intermedios, ¿sabes?

-Lo sé. Ésta es una buena ocasión para una conferencia sobre la situación del arte.

-Lo que trato de decir es que si te atrapan arriba, sabes cómo acabar con todo el lugar y contigo al mismo tiempo. Pero no sabes ningún hechizo para abrir la cerradura de una puerta...

- ¡Ese hechizo *no es* sencillo!

-Nadie ha dicho que lo fuera. Sólo estoy apuntando tus deficiencias.

-Es un poco tarde para eso, ¿no te parece?

-Temo que sí -replicó Black-. Pues bien, hay tres buenos encantamientos generales de protección contra ataque mágico. Sabes igual que yo que tu enemigo puede superar cualquiera de los tres. Pero los más potentes podrían frenarlo el tiempo suficiente para que tú hicieras algo. No puedo dejarte marchar sin la protección de uno de ellos.

-En ese caso, ejecuta el más potente conmigo.

-Cuesta un día entero hacerlo.

Dilvish meneó la cabeza.

- ¿Con este frío? Demasiado tiempo. ¿Qué me dices de los otros?

-El primero podemos rechazarlo como insuficiente contra cualquier buen practicante del arte. El segundo precisa casi una hora para ejecutarlo. Te ofreceré excelente protección para cerca de medio día.

Dilvish guardó silencio un momento.

-Manos a la obra -dijo por fin.

-De acuerdo. Pero a pesar de todo, habrá criados para ocuparse del lugar. Probablemente te encontrarás superado en número.

Dilvish se encogió de hombros.

-Esa servidumbre puede ser poco importante -dijo-, y no hay necesidad de tener gran protección en un lugar tan inaccesible como éste. Correré el riesgo.

Black llegó al lugar que consideró suficientemente alejado de la pendiente. Dio media vuelta y miró la torre.

-Descansa ahora -dijo- mientras preparo tu protección. Probablemente será la última que tengas durante algún tiempo.

Dilvish suspiró y se inclinó. Black habló con extraña voz. Sus palabras parecieron crepitar en el helado aire.

El último grito cesó con una apagada nota. Ridley se puso de pie y cruzó el salón hasta una ventana. Frotó el empañado vidrio con la palma de la mano, con un rápido movimiento circular. Acercó la cara a la parte que había limpiado, conteniendo el aliento.

- ¿Qué ves? -le preguntó por fin Reena.

-Nieve -murmuró Ridley-, hielo...

- ¿Nada más?

-Mi reflejo -respondió el joven, colérico, apartándose de la ventana.

Paseó de un lado a otro. Al pasar junto al rostro del espejo, los espectrales labios se movieron.

-Ha llegado la hora -dijo el espejo.

Ridley replicó con una obscenidad. Continuó paseando, las manos aferradas a la espalda.

- ¿Crees que Meg vio realmente algo abajo? -preguntó.

-Sí. Hasta el espejo ha cambiado su tonada.

- ¿Qué piensas que es?

-Un hombre con una extraña montura.

-Tal vez no venga hacia aquí. Quizá va de camino a otro sitio.

Reena rió en silencio.

-De camino a la taberna más próxima para echar unos tragos -dijo ella.

- ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡No pienso con claridad! ¡Estoy nervioso! Supongamos, sólo supongamos, que él no llega aquí. Sólo es un hombre.

-Con una espada. ¿Cuán fue la última vez que tuviste una en tus manos?

Ridley se humedeció los labios.

-Y él debe ser bastante fuerte -dijo Reena- para haber llegado tan lejos cruzando estas inmensidades.

-Están los criados. Me obedecen. Puesto que ya están muertos, él tendrá problemas para matarlos.

-Ese será el resultado más lógico. Por otra parte, los criados son algo más lentos y torpes que la gente normal... y es posible despedazarlos.

-No haces mucho para animarme, ¿sabes?

- ¿Y tú seguirás burlándote y lamentándote cuando él me rebane la cabeza? ¡Recuerda que la tuya también rodará!

Reena sonrió.

-No soy responsable en modo alguno de lo que sucedió.

- ¿Realmente crees que él lo verá de esa forma? ¿Que se tomará la molestia de verlo así?

Reena apartó la mirada.

-Tuviste una oportunidad -dijo muy despacio- de ser uno de los grandes. Pero no quisiste seguir los cursos normales del desarrollo. Ansiabas poder. Precipitaste las cosas. Corriste riesgos. Creaste una situación doblemente peligrosa. Pudiste explicar el cierre como un experimento que no resultó. Pudiste disculparte. Él se habría irritado, pero lo habría aceptado. Pero ahora, sin poder remediar lo que hiciste, ni hacer mucho en otro sentido, todo sea dicho, ahora él se enterará de lo que pasó. Sabrá que intentaste multiplicar tu poder hasta el punto incluso de desafiarle. Ya sabes cuál ha de ser su respuesta en estas circunstancias. Casi simpatizo con él. Si yo fuera él, tendría que hacer lo mismo: destruirte antes de que dominaras al otro. Te has convertido en un hombre sumamente peligroso.

- ¡Pero si estoy impotente! ¡No puedo hacer una maldita cosa! ¡Ni siquiera hacer callar a ese simple espejo! -gritó Ridley, señalando el rostro que acababa de hablar otra vez-. ¡En este estado no constituyo amenaza para nadie!

-Aparte de que le has importunado al impedirle el acceso a una de sus fortalezas -dijo Reena-, él tendrá que considerar la posibilidad de que tú continúes aprovechándote... Es decir, que si tú te haces con el control del otro, serás uno de los magos más poderosos del mundo. Siendo su aprendiz... perdón, su ex aprendiz, que al parecer ha usurpado parte de su dominio, sólo puede pasar una cosa: un duelo mágico en el que tú tienes una posibilidad de acabar con él. Ya que ese duelo aún no ha comenzado, él debe suponer que no estás preparado... o que estás recurriendo a cierto juego de espera. Por eso ha enviado un vengador humano, antes de correr el riesgo de que tú hayas transformado este lugar en alguna especie de trampa mágica.

-Todo pudo ser un simple accidente. El también tendría que considerar esa posibilidad...

-En las circunstancias actuales, ¿correrías *tú* el riesgo de suponer eso y aguardar? Ya conoces la respuesta. Enviarías un asesino.

-He sido un buen siervo. Le he cuidado este lugar...

-Asegúrate de pedirle misericordia por eso la próxima vez que lo veas.

Ridley se detuvo y se frotó las manos.

-Tal vez tú podrías seducirlo. Eres muy atractiva...

Reena sonrió de nuevo.

-Me acostaría con él en un iceberg y no me quejaría -dijo-. Si eso nos sacara del apuro, le ofrecería el mejor paseo a caballo de su larga vida. Pero un mago como ese...

-No él. El vengador.

-Ah.

Reena enrojeció de pronto. Luego meneó lo cabeza.

-No puedo creer que alguien que ha viajado tanto se deje disuadir de sus propósitos por un poco de coqueteo, aunque sea con alguien de mis reconocidos encantos. Por no hablar de la idea del castigo a su fracaso. No. Te desvías otra vez del problema real. Sólo hay una salida para ti, y ya sabes cuál es.

Ridley bajó los ojos, manoseó el anillo de la cadena.

-El otro... -dijo-. Si controlara al otro, todos nuestros problemas terminarían...

Miró fijamente el anillo como si estuviera hipnotizado.

-Exacto -replicó Reena-. Esa es la única posibilidad real.

-Pero ya conoces mis temores...

-Sí. También los míos.

-Si no da resultado... ¡si el otro me controla, *a mí*!

-Bien, de cualquier forma estás condenado. Recuerda, un camino es seguro. El otro... Ese camino ofrece todavía una posibilidad.

-Sí -dijo Ridley, que seguía sin mirar a la joven-. ¡Pero tú no conoces el horror de eso!

-Puedo suponerlo.

- ¡Pero no tienes que sufrirlo!

-Tampoco he creado yo esta situación.

Ridley le lanzó una feroz mirada.

-Estoy harto de oírte alegar inocencia simplemente porque el otro no es tu creación. ¡Al principio hablé contigo y te expliqué todo cuanto pretendía hacer! ¿Intentaste disuadirme? ¡No! ¡Viste las ganancias que nos aguardaban! ¡Me apoyaste para hacerlo!

Reena se tapó la boca con las puntas de los dedos y bostezó delicadamente.

-Hermano -dijo-, supongo que tienes razón. Pero eso no cambia nada, ¿verdad? Nada de lo que hay que hacer...

Ridley hizo rechinar los dientes y se volvió de espaldas.

-No lo haré. ¡No puedo!

-Tal vez pienses de otra forma cuando él llame a la puerta.

-Tenemos infinidad de métodos para enfrentados a un solo hombre... ¡aunque sea un espadachín experto!

- ¿Pero no lo entiendes? Aunque triunfaras sólo estarías posponiendo la decisión, no resolviendo es problema.

-Necesito ese tiempo. Tal vez imagine una forma de obtener una pequeña ventaja sobre el otro.

Las facciones de Reena se suavizaron.

- ¿Realmente crees eso?

-Todo es posible, supongo...

La joven suspiró y se levantó. Se acercó a Ridley.

-Ridley, estás engañándote -dijo-. Jamás serás más fuerte que ahora.

- ¡No es cierto! -exclamo él. Continuó yendo de un lado a otro-. ¡No es cierto!

Otro grito sonó en el pasillo. El espejo repitió su mensaje.

- ¡Hazlo callar! ¡Tenemos que hacerle callar! ¡*Después* me preocuparé del otro!

Dio media vuelta y salió impetuosamente del salón. Reena bajó la mano que había alzado hacia Ridley y volvió a la mesa para acabar el vino. El hogar seguía dando quejidos.

Black completó el hechizo. Jinete y montura permanecieron inmóviles un rato.

- ¿Ya está? -preguntó finalmente Dilvish.

-Ya está. Ahora estás protegido hasta el segundo nivel.

-No me siento distinto.

-Así debes sentirte.

- ¿Debiste hacer algo especial para solicitar su defensa, si surge la necesidad?

-No, es totalmente automático. Pero que eso no te impida ejercitar la precaución normal respecto a cosas mágicas. Cualquier método tiene puntos débiles. Pero esto es lo mejor que podía hacer yo en el escaso tiempo disponible.

Dilvish asintió y miró la torre de hielo. Black levantó la cabeza y también la observó.

-Supongo que todos los preliminares están resueltos -dijo Dilvish.

-Eso parece. ¿Estás listo?

-Sí.

Black inició el avance. Mirando hacia abajo, Dilvish observó que los cascos parecían de mayor tamaño, más lisos. Quiso hacer la correspondiente pregunta al respecto, pero el viento sopló con más fuerza conforme Black cobraba velocidad y el guerrero decidió economizar su aliento. La nieve le produjo picor en mejillas y manos. Entrecerró los ojos y se inclinó más hacia adelante.

Todavía en terreno plano, el paso de Black fue aumentando poco a poco, y su casco despidió un sonido casi como de campana al golpear una piedra. Pronto avanzó más velozmente que cualquier caballo. A ambos lados, todo se convirtió en una nívea mancha. Dilvish trató de no mirar al frente, para proteger sus ojos y su cara. Se agarró con fuerza y pensó en el rumbo que había seguido.

Había escapado del mismo infierno, tras dos siglos de tormento. Muchos humanos que había conocido ya habían muerto y el mundo estaba algo cambiado. Pero el que le había desterrado, condenándole al hacer tal cosa, seguía vivo: el viejo mago Jelerak. En los meses siguientes a su regreso, Dilvish buscó a ese ser, una vez libre de la exigencia de una vieja obligación ante los muros de Portaroy. En ese momento, pensó Dilvish, sólo vivía para vengarse. Y aquella torre, aquella torre de hielo, una de las siete fortalezas de Jelerak, era el punto más próximo a su enemigo que había llegado. Del infierno se había llevado una colección de Frases Atroces, hechizos de mortífera potencia, tan mortíferos que el que los pronunciaba podía correr un riesgo tan grande como la víctima si su ejecución era ligeramente menos que perfecta. Dilvish sólo había usado una Frase Atroz desde su regreso, consiguiendo arrasar una ciudad entera. Su escalofrío fue provocado por el recuerdo de aquel día en la cumbre de la colina, no por las heladas ráfagas que le asaltaban.

Un cambio de equilibrio le indicó que Black había llegado a la pendiente e iniciado el ascenso. El viento producía un ruido atronador. Dilvish bajó la cabeza para protegerse de la persistente caída de hielo. Notó el rápido crujido de los cascos de Black, un sonido constante, todos los movimientos extraordinariamente potentes. Si Black resbalaba, Dilvish sabía que todo habría acabado... Adiós otra vez, mundo... Y Jelerak seguiría impune...

Conforme la reluciente superficie volaba bajo él, Dilvish se esforzó en apartar de su mente los pensamientos en Jelerak, muerte y venganza. Mientras escuchaba el viento y los crujidos del hielo, sus pensamientos se libraron del presente, flotaron sobre los días de infortunio, los días de campañas y viajes, y se posaron en una húmeda mañana estival en los bosques de la lejana Tierra Elfa. Él iba de caza cerca del castillo de Mirata. El sol era enorme y dorado, las brisas frescas, y por todas partes... verdor. Dilvish casi olió la tierra, notó la textura de la corteza de los árboles... ¿Volvería a conocer eso alguna vez, tal como había hecho en otro tiempo?

Un grito inarticulado escapó de su garganta, lanzado contra el viento, el destino y la tarea que se había asignado. Dilvish maldijo y se agarró más fuertemente con las piernas; su equilibrio se había alterado otra vez y Dilvish comprendió que la subida era más empinada.

Los cascos de Black golpeaban el suelo quizás un poco más lentamente. Las manos, los pies y la cara de Dilvish estaban entumeciéndose. Se preguntó cuánto habrían ascendido. Se aventuró a mirar al frente pero sólo vio velocísima nieve. Hemos recorrido un gran trecho decidió. ¿Dónde estaría el final?

Evocó sus recuerdos de la montaña vista desde abajo, trató de juzgar su posición. Seguramente estarían cerca del punto medio. Quizás, incluso lo habían pasado...

Contó los latidos de su corazón, contó las veces que caían los cascos de Black. Sí, al parecer la enorme bestia estaba yendo más despacio...

Se arriesgó de nuevo a mirar al frente.

En esta ocasión tuvo un fugacísimo vislumbre de la imponente cuesta alzada y extendida ante él, centelleando en el atardecer, escarpada, cristalina. La montaña ocultaba buena parte del cielo, por lo que Dilvish dedujo que debían estar cerca.

Black continuó avanzando más despacio. El rugiente viento bajó su voz. La nieve golpeó a Dilvish con fuerza ligeramente disminuida.

Dilvish miró hacia atrás por encima del hombro. Vio la gran pendiente extendida detrás, reluciente como los mosaicos de los baños de Ankyra. Hacia abajo, hacia abajo y hacia atrás... *Habían* recorrido una gran distancia.

Black iba más despacio. Dilvish escuchó tanto como vio el crujir de nieve y hielo aplastados bajo los cascos. Se soltó un poco, se echó ligeramente hacia atrás, levantó la cabeza. Allí estaba el último trecho hacia la torre, que relucía oscuramente, mucho más cerca ya.

De pronto, el viento cesó. El monolito debía estar bloqueándolo, decidió Dilvish. La nieve flotaba con más suavidad. El paso de Black se había transformado en un medio galope, aunque se esforzaba con no menos diligencia que hasta entonces. El viaje por el túnel cubierto de blanco estaba próximo a su fin.

Dilvish varió de nuevo su posición, para examinar mejor la elevada escarpa. En este lugar, su superficie se había convertido en un conjunto de texturas. Con el aleteo de las sombras, Dilvish distinguió prominencias, grietas. Roca desnuda sobresalía en numerosos lugares. Rápidamente Dilvish recorrió posibles caminos hacia la cumbre.

Black iba más despacio todavía, casi paseando, pero ya estaban cerca del lugar donde empezaba la escarpadura más abrupta. Dilvish miró alrededor en busca de un punto donde parar.

- ¿Qué te parece ese borde de la derecha, Black? -preguntó.

-No es gran cosa -fue la réplica-. Pero vamos hacia allí. La parte más arriesgada será llegar a la roca. No te sueltes aún.

Dilvish se agarró fuertemente mientras Black salvaba cien metros, cien más.

-Desde aquí parece más ancho que desde abajo -observó.

-Sí. Y también más alto. Agárrate bien. Si resbalamos aquí, hay un largo trecho hasta abajo.

El paso de Black se aceleró un poco con la cercanía del saliente que se alzaba casi hasta la altura de un hombre en la ladera. Estaba encajado ligeramente en la faz de la escarpa.

Black saltó.

Sus cascos traseros golpearon una prominencia de medio metro, un metro, una desnuda arruga de helada roca que se extendía horizontalmente por debajo del saliente. El impulso le permitió continuar. La prominencia se partió y destrozó, pero las patas delanteras de Black ya estaban en el rocoso zócalo y las traseras se enderezaron con un suave brinco. Black se debatió en el saliente y encontró un punto de apoyo.

- ¿Estás bien? -preguntó Black.

-Sí -dijo Dilvish.

Volvieron simultáneamente la cabeza, despacio, y contemplaron las olas de blanco levantadas por el viento, nubes de humo que atravesaban el rutilante paraje. Dilvish extendió la mano y dio unas palmadas en el lomo de Black.

-Bien hecho -dijo-. En algunos momentos, he estado un poco preocupado.

- ¿Piensas que has sido el único?

-No. ¿Podremos bajar otra vez?

Black hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

-Pero tendremos que hacerlo con bastante más lentitud que el ascenso. Es posible que hasta tengas que caminar junto a mí, agarrado. Ya veremos. Este saliente parece prolongarse un poco hacia la montaña. Lo examinaré mientras te dedicas a tus asuntos. Quizás haya un camino de descenso algo mejor. Será más fácil averiguarlo desde aquí.

-De acuerdo -dijo Dilvish, y desmontó por el lado más próximo a la faz de la montaña.

Se quitó los guantes y se frotó las manos, sopló encima de ellas, se las metió bajo las axilas unos instantes.

- ¿Has determinado el lugar para tu escalada?

-A la izquierda. -Dilvish señaló el lugar con la cabeza-. Esa grieta llega casi hasta arriba, y es bastante irregular a ambos lados.

-Parece una buena elección. ¿Cómo llegarás hasta allí?

-Comenzaré a subir por aquí. Estos agarraderos parecen bastante buenos. Llegaré a esa grieta después de la primera raja, esa tan grande.

Dilvish se quitó el cinto con la espada y se lo echó al hombro. Se frotó de nuevo las manos, se puso los guantes después.

-Será mejor que me ponga en marcha -dijo-. Gracias, Black. Ya nos veremos.

-Buen detalle que calces esas botas elfas -dijo Black-. Si tropiezas sabes que caerás de pie... al final.

Dilvish soltó una risotada y extendió la mano hacia el primer agarradero.

Vistiendo un oscuro vestido, envuelta en un mantón verde, la bruja se hallaba sentada en una banqueta en el rincón del recinto subterráneo. Las antorchas llameaban y despedían humo en los dos huecos de la pared, fundiendo las porciones superiores y laterales del barniz de hielo que cubría paredes y techo. Una lamparilla de aceite ardía cerca de sus pies en la roca cubierta de paja del suelo. La bruja canturreó mientras acariciaba una de las hogazas de pan que llevaba en su manto.

Frente a ella había tres pesadas puertas de madera, cerradas con barras de oxidado metal, con ventanillas de rejas en lo alto. Tenues ruidos de movimiento brotaban de del centro, pero la bruja no les prestaba atención. El agua que goteaba del irregular techo de piedra por encima de las antorchas había formado charcos que se extendían por la hierba y perdían sus lindes. El ruido del goteo acompañaba de forma sincopada el canturreo de la bruja.

-Mis pequeñas, mis preciosas -cantaba-. Venid con Meg. Venid con mamá Meg.

Hubo ruido de fuga precipitada en la paja, en el oscuro rincón próximo a la puerta de la izquierda. Apresuradamente la bruja partió un trozo de pan y lo echó en esa dirección. Hubo nuevos crujidos y suaves movimientos. La bruja hizo un gesto de aprobación, se meció en su asiento y sonrió.

En algún punto, tal vez detrás de la puerta central, hubo un tenue gemido. La bruja ladeó la cabeza un instante, pero después sólo hubo silencio.

Lanzó otra miga de pan al mismo rincón. Los ruidos que siguieron fueron más rápidos, más pronunciados. La paja se alzó y descendió. La bruja echó otro trozo, frunció los labios y pronunció un suave ruido de gorjeo.

Lanzó más pan.

-Mis pequeñas -cantó de nuevo, mientras una decena de ratas se aproximaban, saltaban sobre el pan, lo partían y lo tragaban. Más animales salieron de las partes oscuras y se unieron a los primeros, para luchar por la comida. Se produjeron aislados chillidos, con aumentada frecuencia, que poco a poco convergieron en un coro.

La bruja rió entre dientes. Lanzó más pan, más cerca. Treinta o cuarenta ratas se pelearon por las migas.

Tras la puerta central hubo un resonar de cadenas, seguido por otro gemido. Pero la atención de la bruja se centraba en sus pequeñas.

Se inclinó hacia adelante y cambió la lamparilla a una posición próxima a la pared de la derecha. Partió otro trozo de pan y dispersó las migas por el suelo ante sus pies. Numerosos cuerpecillos hicieron susurrar la paja al acercarse. Los chillidos cobraron más fuerza.

Hubo un fuerte resonar de cadenas, un gemido mucho más potente. Algo se movió dentro de la celda y chocó contra la puerta, que se agitó, y otro gemido se alzó sobre los ruidos de las ratas.

La bruja volvió la cabeza en esa dirección, arrugando un poco la frente.

El siguiente golpe en la puerta produjo un retumbo. Durante un segundo, algo similar a un ojo enorme pareció atisbar por las rejas.

El gemido sonó otra vez, casi formando palabras.

- ¡Meg!... ¡Meg!...

La bruja se incorporó en la silla y miró fijamente la puerta de la celda. El siguiente estrépito, el más fuerte hasta entonces, hizo resonar violentamente la puerta. Las ratas estaban ya frotando las piernas de la bruja, levantadas sobre sus patas traseras, danzando. La bruja extendió la mano para acariciar a una, a otra... Les dio de comer en sus manos.

Del interior de la celda brotó de nuevo el gemido, esta vez formando extraños sonidos.

-Mmmmegg... Mmeg...

La bruja levantó la cabeza una vez más y miró en esa dirección. Hizo ademán de levantarse.

En ese instante, empero, una rata saltó a su regazo. Otro animal trepó por su espalda y se posó en su hombro derecho.

-Preciosas... -dijo ella, frotando su mejilla con una y acariciando a la otra-. Preciosas...

Hubo un ruido como de una cadena partiéndose, seguido por un terrorífico golpe en la puerta. Sin embargo la bruja no prestó atención, porque sus preciosas ratas estaban bailando y jugando para ella...

Reena sacó prenda tras prenda de su guardarropa. Su habitación estaba llena de vestidos y capas, embozos y sombreros, abrigos y botas, prendas interiores y guantes. Yacían en la cama, en todas las sillas y en dos banquetas de la pared.

Tras menear la cabeza, Reena describió un lento círculo para examinar el conjunto. En la segunda vuelta, retiró una prenda de los montones y la plegó sobre su brazo izquierdo. Luego cogió una gruesa bufanda de piel de un gancho. Entregó ambas cosas al hombre alto, cetrino y silencioso que estaba de pie junto a la puerta. El arrugadísimo rostro del hombre parecía el del criado que había servido la cena: inexpresivo, de vagos ojos.

El criado recogió las prendas y las plegó. Reena le dio un segundo vestido, un sombrero, unos calzones y ropa interior. Guantes... El hombre recogió dos gruesas mantas que Reena sacó de un estante. Más calzones... Él metió todo en una especie de talego de lona.

Lleva éste... y otro vacío -dijo Reena, y se dirigió hacia la puerta.

Cruzó el umbral y atravesó el pasillo hasta una escalera, que empezó a bajar. El siervo la siguió, sosteniendo el saco junto al cuello con una mano, delante de él. Llevaba otro saco, plegado, bajo el otro brazo, que pendía rígidamente a su costado.

Reena avanzó por diversos pasillos hasta una espaciosa cocina vacía, donde el fuego seguía ardiendo sin llama en un hogar. El viento producía silbidos en la chimenea.

Reena pasó junto al enorme tajadero y se dirigió hacia la habitación auxiliar de la cocina, a la izquierda. Examinó los estantes, recipientes y cajones, deteniéndose sólo para mascar un bizcocho mientras miraba.

-Dame el saco -dijo-. No ése no. El vacío.

Desplegó el saco y comenzó a llenarlo... con carnes secas, trozos de queso, botellas de vino, hogazas de pan. Hizo una pausa, examinó de nuevo las existencias, añadió luego un saquito de té y otro de azúcar. Metió también una olla pequeña y algunos cubiertos.

-Llévate este también -dijo por fin, dando media vuelta y saliendo de la despensa.

Avanzó con más precaución, con el siervo pisándole los talones en silencio, un saco en ambas manos. Reena se detuvo y aguzó el oído en rincones y escaleras antes de proseguir. Pero lo único que escuchó fueron los chillidos que sonaban muy arriba.

Finalmente llegó a una larga y estrecha escalera que bajaba y desaparecía en las tinieblas.

-Aguarda -dijo en voz baja, y alzó ambas manos, las ahuecó ante sus labios, sopló suavemente y las contempló.

Una chispita apareció en sus palmas, se apagó, brotó de nuevo mientras Reena musitaba suaves palabras.

Separó las manos sin dejar de mover los labios. La minúscula luz quedó suspendida en el aire ante ella, agrandándose, aumentando su brillo. Era blanco azulada, y alcanzaba la intensidad de varias velas.

Reena pronunció una última palabra y la luz empezó a moverse, desplazándose hacia abajo por la escalera. La joven la siguió. El criado fue detrás.

Durante largo rato estuvieron bajando. la escalera descendía en espiral sin término visible. La luz parecía guiarlos. las paredes cobraron humedad, frialdad, enorme frialdad y las heladas figuras terminaron cubriéndose de una fina pátina. Reena se tapó más con la capa. Los minutos iban pasando.

Por fin llegaron a un rellano. Distantes paredes eran apenas visibles en la negrura más allá de la luz. Reena se dirigió hacia la izquierda y la luz se desplazó para precederla.

Atravesaron un largo corredor ligeramente inclinado hacia abajo y, al cabo de un rato, llegaron a otra escalera, en un lugar donde las parede se ensanchaban a ambos lados, y el rocoso techo mantuvo su nivel, hasta que desapareció durante el descenso.

Las dimensiones de la cámara en la que entraron no eran discernibles. Parecía más una caverna que una habitación. El suelo era menos regular que en cualquier otro punto anterior y, con mucho, era el lugar más frío que habían recorrido.

Con la capa totalmente cerrada, con las manos bajo ella, Reena entró en la cámara y se desplazó en diagonal hacia la derecha.

Finalmente apareció un gran trineo en forma de caja, con un ceroso trapo colgado de la punta del patín izquierdo. Se hallaba cerca del muro, en la entrada de un túnel donde bramaba un helado viento. La luz quedó encima, suspendida.

Reena se detuvo y se volvió hacia el siervo.

-Ponlos ahí -dijo, señalando-, en la parte delantera.

Suspiró mientras el criado obedecía, y después se inclinó y cubrió los sacos con una piel blanca que estaba plegada en el asiento del vehículo.

-Muy bien -dijo, dando media vuelta-. Será mejor que regresemos.

Apuntó en la dirección por donde habían venido y la luz flotante se movió para seguir la indicación de su dedo.

En la habitación circular de la parte superior de la torre más elevada, Ridley pasaba las páginas de uno de los grandes libros. El viento bramaba como un fantasma por encima del inclinado techo, que de vez en cuando vibraba con la fuerza del aire. La misma torre tenía una oscilación apenas perceptible.

Ridley murmuró algo mientras tocaba la encuadernación de cuero, recorriendo con sus ojos las hojas color crema. no lucía ya la cadena con el anillo. El adorno descansaba en ese momento encima de una pequeña cómoda junto a la pared próxima a la puerta; un alto espejo situado encima reflejaba su imagen, con la piedra brillando pálidamente.

Sin dejar de murmurar, Ridley pasó una hoja, luego otra, y se detuvo. Cerró los ojos un momento y se volvió, dejando el libro en el atril. Se situó en el centro exacto de la habitación y permaneció allí largo rato, en el centro de un diagrama rojo dibujado en el suelo. Prosiguió murmurando.

De pronto dio media vuelta y se acercó a la cómoda. Cogió el anillo y la cadena. Desató la segunda y retiró el primero.

Sosteniendo el anillo entre el pulgar y el índice de la mano derecha, extendió el índice de la otra mano y rápidamente deslizó el anillo en ese dedo. Lo sacó casi de inmediato y respiró profundamente. Contempló su reflejo en el espejo. Se apresuró a ponerse de nuevo el anillo, se detuvo unos segundos, lo retiró con más lentitud.

Dio vueltas al anillo y lo examinó. La piedra parecía brillar un poco más. Se lo puso una vez más, se lo quitó, se detuvo, se lo puso, se lo quitó, se lo puso, se detuvo, se lo quitó, volvió a ponérselo, hizo una pausa más larga, empezó a quitárselo con lentitud, se lo puso otra vez...

De haber mirado el espejo, Ridley habría reparado en que cada manipulación del anillo provocaba un rápido cambio de expresión en su semblante. El joven pasó por ciclos de asombro y placer, temor y satisfacción mientras el anillo entraba y salía en su dedo.

Se lo quitó otra vez y lo dejó encima de la cómoda. Se frotó el dedo. Se contempló en el espejo, bajó los ojos, miró fijamente las profundidades de la piedra. Se humedeció los labios.

Dio media vuelta, dio varios pasos sobre el dibujo, se detuvo. Se volvió y contempló el anillo. Volvió y lo cogió, y lo sopesó en la palma de su mano derecha.

Volvió a ponérselo en el dedo y siguió luciéndolo, todavía aferrándolo fuertemente con los dedos de la otra mano. En esta ocasión apretó los dientes y arrugó la frente.

En ese momento el espejo se empañó y una nueva imagen empezó a tomar forma en el cristal. Roca y nieve...Cierto tipo de movimiento... Un hombre... el hombre se arrastraba por la nieve... No.

Las manos del hombre buscaban asideros. ¡Avanzaba hacia arriba, no hacia adelante! ¡Estaba trepando, no arrastrándose!

La imagen se hizo más clara.

Mientras el hombre subía y localizaba otro apoyo para los pies, Ridley vio las botas verdes. Acto seguido...

Ridley dio una brusca orden. Hubo un efecto en lontananza. El hombre empequeñeció, la faz de la escarpa se amplió y se elevó. Allí, por encima del escalador, se alzaba el castillo, aquel castillo con la luz brillante en la ventana de la torre más elevada.

Tras lanzar una maldición, Ridley arrancó el anillo de su dedo. La imagen despareció al instante, para ser sustituida por la colérica expresión de Ridley.

- ¡No! -gritó, corriendo hacia la puerta y abriéndola-. ¡No!

Abrió la puerta de par en par y bajó como una flecha la escalera de caracol.

Dilvish descansó un rato, espalda y piernas apoyadas en los lados de la chimenea de roca, los guantes en su regazo. Sopló sobre sus manos, se las frotó. La grieta acababa a corta distancia por encima de su cabeza. No habría más descansos hasta que llegara a la cumbre, y luego... ¿quién podía decirlo?

Algunos copos de nieve flotaban alrededor. Dilvish escrutó el oscuro cielo, como había hecho regularmente, previendo el retorno de la criatura voladora, pero no vio nada. La idea de que la criatura le atrapara en posición vulnerable le producía considerable preocupación.

Siguió frotándose las manos hasta notar picor, hasta percibir que recuperaban un poco de calor. Después se puso los guantes para conservar esa calidez. Echó atrás la cabeza tanto como pudo y miró hacia arriba.

Había recorrido dos terceras partes des ascenso por la faz vertical. Buscó y localizó nuevos asideros para las manos. Escuchó los latidos de su corazón, momentáneamente normales otra vez. Poco a poco, cautelosamente, Dilvish siguió subiendo, con los brazos extendidos.

Un último impulso hacia arriba. Tras salir de la chimenea, Dilvish se agarró a un saliente y subió un poco más. Sus pies encontraron un punto de apoyo, y extendió de nuevo una mano. Se preguntó si Black habría descubierto un buen camino para bajar. Pensó en su última comida, fría y seca, que estuvo a punto de congelar su lengua. Recordó mejores alimentos en tiempos pasados y noto que la boca se le hacía agua.

Llegó a un lugar resbaladizo, lo pasó. Le extrañó la extraña sensación que había tenido antes, como si alguien estuviera vigilándole. Había escudriñado el cielo apresuradamente, pero la criatura voladora no estaba por allí.

Tras situarse en una gruesa proyección rocosa, sonrió al comprobar que el muro de piedra se inclinaba hacia adentro. Encontró un punto de apoyo para los pies y trepó.

Avanzó con más rapidez a partir de entonces, y al poco tiempo topó con un abrupto borde que quizá fuera el fin de la escalada. Ascendió penosamente hacia el reborde mientras la pendiente se intensificaba y meditó sus movimientos una vez llegara a la cima.

Trepó cada vez más de prisa, y por fin la pendiente se suavizó y pudo avanzar agachado. Cerca de lo que le pareció la cumbre, trepó más pausadamente hasta quedar tendido a poco menos de dos metros del borde. Aguzó el oído unos instantes, pero no había ruidos aparte del viento.

Con sumo cuidado, los guantes en los dientes, Dilvish sacó el cinto con la espada por encima del brazo y el hombro, y de la cabeza. Desató el cinto y lo bajó. Compuso su ropa, se colocó después el cinto en la cintura.

Avanzó con gran lentitud ante la proximidad del borde. Cuando por fin alzó la cabeza sobre la roca, sus ojos se llenaron del blanco fulgor del castillo, erguido cual obra de pastelero no demasiado lejos.

Pasaron varios minutos mientras Dilvish examinaba el lugar. Nada se movía aparte de la nieve. Buscó una puerta lateral, una ventana baja, cualquier entrada indirecta...

Cuando creyó haber encontrado lo que buscaba, trepó al saliente y prosiguió su avance.

Meg estaba cantando a las bailarinas ratas. Las antorchas tremolaban. La humedad corría por las paredes. La bruja tranquilizó a los animales con migas de pan. Las acarició, las rascó y se rió entre dientes.

Hubo otro fuerte golpe en la puerta central. En esta ocasión la madera se astilló cerca de las bisagras.

-Mmeg... ¡Mmeg!...

Y el gran ojo apareció de nuevo detrás de las rejas.

Meg levantó la cabeza, observó los húmedos y azulados ojos. Una preocupada expresión asomó en su semblante.

- ¿Sí?... -dijo en voz baja.

-¡Meg!

Hubo otro estrépito. La puerta se estremeció. Aparecieron grietas en los bordes. - ¡Meg!

Otro golpe. La puerta crujió y sobresalió del marco, las rajas se ensancharon.

Meg agitó la cabeza.

- ¿Sí? -dijo en voz más alta, con cierta excitación en su tono.

Las ratas saltaron de su regazo, de sus hombros, de sus rodillas y huyeron precipitadamente por la paja.

El siguiente golpe arrancó la puerta de sus goznes, empujándola casi medio metro hacia afuera. Una manaza cadavérica, más bien una garra, apareció en el borde con una cadena colgando de un puño metálico alrededor de la muñeca que resonó al golpear la pared, la puerta...

- ¿Meg?

La bruja se puso en pie, dejando caer el pan restante que llevaba en el chal. Un negro torbellino de peludos cuerpos se agitó alrededor de las migas, y los chillidos apagaron la réplica de la bruja, que se abrió paso entre las ratas.

Otro empujón abrió más la puerta. Una cabeza blanca, gigantesca y calva, con una zanahoria colgante por nariz, se asomó por el borde. El cuello era tan grueso que parecía prolongarse hasta los extremos de los anchos hombros. Los brazos eran tan grandes como muslos, la piel albina y con manchones de grasa. Apartó la puerta con un hombro y salió, con la espalda inclinada en un ángulo anormal, la cabeza echada hacia adelante, moviendo unas piernas como columnas. Vestía los jirones de una camisa y los desgarrados restos de unos calzones que, igual que su propietario, habían perdido por completo el color. Los ojos azules, que parpadearon y se humedecieron con la luz de las antorchas, se centraron en Meg.

- ¿Mack?... -dijo la bruja.

- ¿Meg?...

- ¡Mack!

- ¡Meg!

La bruja corrió a abrazar al cuarto de tonelada de níveos músculos, con los ojos también húmedos mientras él lograba estrecharla con suavidad. Ambos se hablaron con tiernos murmullos.

Finalmente, la bruja le agarró el enorme brazo con su manita.

-Ven. Ven, Mack -le dijo-. Comida para ti. Calor. Estarás libre. Ven.

Le condujo hacia la salida de la cámara, olvidando a sus preciosas ratas.

Ignorado, el criado de apergaminada piel se movía en los aposentos de Reena con silenciosos pies, recogiendo las esparcidas prendas y volviéndolas a poner en cajones y armarios. Reena estaba sentada ante el tocador, peinándose. Al terminar de poner en orden la habitación, el criado se acercó y se paró junto a la joven. Reena alzó la cabeza, miró alrededor.

-Muy bien -dijo-. No tengo más necesidad de ti. Puedes volver a tu ataúd.

La silueta de la oscura librea dio media vuelta y se fue.

Reena se levantó y cogió una palangana de debajo de la cama. Tras llevarla a la mesita de noche, añadió agua de una jarra azul que estaba allí. Volvió al tocador, cogió una de las velas y la colocó a la izquierda de la palangana. Luego se agachó y contempló la húmeda superficie.

Las imágenes corrían en el agua... Mientras Reena observaba, fluyeron hasta unirse, se separaron, se combinaron...

El hombre estaba cerca de la cumbre. Reena se estremeció ligeramente al verlo detenerse para quitarse el cinto que llevaba al hombro y atárselo con la espada a la cintura. Lo vio trepar más, hasta el mismo borde. Lo vio examinar el castillo largo rato. Después, el desconocido subió y avanzó por la nieve... ¿Adónde iba? ¿Dónde buscaría una entrada?

...Hacia el norte y acercándose, hacia las ventanas del sombrío almacén de la parte trasera. ¡Naturalmente! La nieve estaba amontonada a más altura allí, y muy endurecida. El hombre podía alcanzar el alféizar y encaramarse desde allí. Sólo precisaría unos momentos para abrir un agujero cerca del cerrojo con el puño de su arma, meter una mano y abrirlo. Después, varios largos minutos con la espada para astillar el hielo incrustado en el marco. Más tiempo para abrir la ventana. Otros segundos más para localizar la juntura de los postigos interiores, para introducir la hoja entre ambos, levantarla y soltar el pestillo... Luego se hallaría desorientado en una oscura habitación llena de objetos en desorden. Tardaría varios minutos más en superar esa situación...

Reena sopló suavemente sobre la superficie del agua y la imagen desapareció entre escarceos. Tras coger la vela, la llevó al tocador, la dejó en el mismo sitio. Volvió a poner la palangana en su posición anterior.

Se sentó ante el espejo y cogió un pequeño cepillo y una cajita metálica, para añadir un toque de color a sus labios.

Ridley despertó a un criado y lo condujo arriba, para recorrer el pasillo que llevaba a la habitación de donde procedían los gritos. Tras detenerse ante la puerta, buscó la llave adecuada en el aro que llevaba al cinto y la abrió.

- ¡Por fin! -sonó la voz del interior-. ¡Por favor! Ya...

- ¡Cierra la boca! -dijo Ridley, y se volvió. Cogió del brazo al criado y lo condujo hacia la puerta abierta del pasillo.

Empujó al criado para meterle en las sombras de la habitación.

-Ponte a un lado -le ordenó-. Quédate ahí. -Siguió guiándolo-. Ahí... donde no pueda verte nadie que pase cerca, pero donde vigilar a ése. Ahora coge esta llave y escucha con atención. Si viene alguien a investigar estos gritos, debes estar preparado. En cuanto él quiera abrir esa puerta, sales rápidamente por detrás de él, le das un golpe y lo encierras... ¡Pega fuerte! Luego cierras la puerta con llave sin perder un instante. Después puedes volver a tu ataúd.

Ridley lo dejó solo, salió al corredor, vaciló un instante, se alejó en dirección al comedor.

-La hora ha llegado -anunció el rostro del espejo, en el mismo momento que entraba el joven.

Ridley se acercó al cristal, contempló la torva cara. Cogió el anillo y se lo puso.

- ¡Silencio! -dijo-. Has cumplido tu misión. ¡Vete ya!

El rostro desapareció, cuando sus labios empezaban a formar de nuevo las familiares palabras, y Ridley contempló su sombrío reflejo rodeado por el elegante marco.

Sonrió vanidosamente, después su semblante cobró seriedad. Sus ojos se entrecerraron, su imagen osciló. El espejo se empañó y se aclaró. Ridley vio al hombre de las botas verdes de pie en el borde de una ventana, astillando el hielo...

Empezó a dar vueltas al anillo. Lo fue volviendo poco a poco, sin cesar, mordiéndose el labio mientras tanto. Luego, bruscamente, lo arrancó de su dedo y suspiró. La presuntuosa sonrisa volvió a su reflejado semblante.

Ridley dio media vuelta y cruzó la sala. Pasó por un panel corredizo, se metió por una trampa en el suelo y bajó una escalerilla. Avanzando con rapidez, por todos los atajos que conocía, se dirigió una vez más a la habitación de los siervos.

Tras separar los postigos, Dilvish bajó a la habitación. La tenue luz de la ventana le mostró parte del desorden que reinaba allí. Se detuvo unos instantes para memorizar la disposición lo mejor posible, se volvió después y cerró la ventana, aunque no por completo. Los empañadísimos vidrios obstruían buena parte de la luz, pero él no deseaba verse delatado por una chismosa corriente de aire.

Avanzó en silencio, siguiendo el mapa de su mente. Había envainado su larga espada y sólo llevaba una daga en la mano. Tropezó una vez antes de llegar a la puerta (con la pata de una silla que sobresalía) pero avanzaba con tanta lentitud que no hubo ruido alguno.

Abrió ligeramente la puerta, miró a la derecha. Un pasillo oscuro...

Salió y miró a la izquierda. Había luz en esa dirección. Se dirigió hacia ella. Al avanzar, vio que procedía de la derecha: un corredor lateral o una habitación abierta.

El ambiente fue haciéndose más cálido, la sensación más agradable que Dilvish había experimentado en las últimas semanas. Se detuvo, tanto para prestar atención a sonidos delatores como para saborear aquella sensación. Al cabo de unos instantes hubo un tenuísimo ruido al otro lado del rincón. Dilvish se acercó un poco y aguardó. El sonido no se repitió.

Con el cuchillo bajo, avanzó, vio que era la entrada de una habitación, contempló a una mujer sentada en el interior; la mujer estaba leyendo un libro, y había un vaso en la mesita situada a la derecha. Dilvish miró a ambos lados del umbral, comprobó que estaba solo, entró.

-Será mejor que no gritéis -dijo.

Ella bajó el libro y le miró fijamente.

-No lo haré -replicó-. ¿Quién sois?

Dilvish vaciló.

-Llamadme Dilvish -dijo por fin.

-Mi nombre es Reena. ¿Qué deseáis?

Dilvish bajó ligeramente el arma.

-He venido a matar. No os pongáis en mi camino y nada os pasará. Hacedlo, y lo pagaréis. ¿Cuál es vuestra situación en esta casa?

Reena palideció. Escrutó el semblante del guerrero.

-Estoy... prisionera -dijo.

- ¿Por qué?

-Nuestros medios de salida están bloqueados, igual que los medios normales de entrada.

- ¿Cómo?

-Fue un accidente... por así decirlo. Pero no pienso que lo creáis.

- ¿Por qué no? Hay accidentes.

Ella le miró de un modo extraño.

-Eso os ha traído aquí, ¿no es cierto?

Dilvish sacudió lentamente la cabeza.

-Temo no comprenderos.

-Cuando él descubrió que el espejo no podía ya transportarle a este lugar, os envió a matar a la persona responsable, ¿no es cierto?

-No he sido enviado -dijo Dilvish-. He venido por voluntad y deseo propios.

-Ahora soy yo la que no comprende -dijo Reena-. Afirmáis que habéis venido a matar, y Ridley espera que alguien venga a matarle. Lógicamente...

- ¿Quién es Ridley?

-Mi hermano, el aprendiz de mago que atiende este lugar para su maestro.

- ¿Vuestro hermano es aprendiz de Jelerak?

- ¡Por favor! ¡Ese nombre!

- ¡Estoy harto de murmurarlo! ¡Jelerak! ¡Jelerak! ¡Jelerak! Si puedes oírme, Jelerak, ¡ven a verme más de cerca! ¡Estoy preparado! ¡Acabemos con esto! -gritó Dilvish.

Ambos guardaron silencio unos instantes, como si esperaran una réplica y otra manifestación. No pasó nada.

Finalmente Reena carraspeó.

- ¿Vuestra disputa, pues, es enteramente con el maestro? ¿No con su siervo?

-Eso es correcto. Los actos de vuestro hermano no significan nada para mí, mientras no obstruyan mis propósitos. Sin saberlo, tal vez, ya lo han hecho... si es que él ha cerrado a este lugar a mi enemigo. Pero no considero eso como motivo de venganza. ¿Qué es ese espejo de trasporte de que habláis? ¿Lo ha roto vuestro hermano?

-No -replicó Reena-, está físicamente intacto. Pero bien podía haberlo roto. Ha puesto el hechizo de transporte en suspenso, por así decirlo. Es una puerta usada por el maestro. Él lo usaba para venir aquí... y desde aquí podía usarlo igualmente para viajar a cualquier otra de sus fortalezas, y seguramente a otros lugares. Ridley anuló el espejo cuando... no era él mismo.

-Quizá se le pueda convencer para que vuelva a dejarlo como antes. Luego, cuando Jelerak venga a averiguar la causa del problema, yo estaré aguardándolo.

Reena meneó la cabeza.

-No es tan sencillo -dijo. Y agregó-: Debéis estar incómodo, con esa postura encorvada propia de un luchador. Yo sé que es muy incómoda, simplemente viéndoos. ¿No queréis tomar asiento?¿Os apetecerá un vaso de vino?

Dilvish miró por encima del hombro.

-No es nada personal -dijo-, pero preferiría seguir de pie.

Envainó la daga, no obstante, y se acercó al bufete, donde había una botella de vino abierta y varios vasos.

- ¿Bebéis esto?

Reena sonrió y se levantó. Atravesó la habitación para ponerse junto a Dilvish, y cogió la botella y llenó los vasos.

-Servidme uno, caballero.

Dilvish cogió un vaso y se lo dio, con una cortés inclinación de cabeza. La mirada de la joven topó con la de él al aceptarlo. Reena alzó el vaso y bebió.

Dilvish cogió el otro vaso, lo olió, lo probó.

-Muy bueno.

-La provisión de mi hermano -dijo ella-. Le gusta lo mejor.

-Habladme de vuestro hermano.

Reena se volvió un poco y se apoyó en el bufete.

-Lo eligieron aprendiz entre muchos candidatos -dijo-, porque poseía grandes aptitudes naturales para ello. ¿Sabéis que la magia, en sus más elevadas manifestaciones, requiere asumir una personalidad artificialmente construida... cuidadosamente desarrollada, disciplinada, suave como un guante cuando se actúa?

-Sí -replicó Dilvish.

Reena le miró de reojo y prosiguió hablando.

-Pero Ridley siempre ha sido distinto a casi todo el mundo, puesto que ya poseía dos personalidades. Normalmente es amable, ingenioso, interesante. No obstante, de vez en

cuando lo domina su otra naturaleza y se convierte en todo lo contrario: cruel, violento, malicioso. Tras iniciar su trabajo con la magia superior, el otro lado de su personalidad logró confundirse con el lado mágico. Cuando asumía las actitudes mentales y emotivas precisas para su trabajo, el otro lado estaba presente. Había hecho grandes avances para llegar a ser un excelente mago, pero siempre que recurría a la magia se transformaba en otra cosa... muy poco agradable. Sin embargo, la situación no habría sido un gran inconveniente, siempre que mi hermano pudiera desprenderse de su otra personalidad con la misma facilidad con que la asumía... con el anillo que había hecho para tal fin. Pero al cabo de un tiempo, este... otro... se resistió a la restauración. Ridley llegó a creer que el *otro* trataba de *dominarle*.

-He oído hablar de personas así, con más de una naturaleza o carácter -dijo Dilvish-. ¿Qué sucedió finalmente? ¿Qué lado ha dominado?

-La lucha continúa. Él está en su mejor personalidad actualmente. Pero teme enfrentarse al otro... que se ha convertido en un demonio personal para él.

Dilvish asintió y terminó de beber. Reena señaló la botella. El guerrero se sirvió más vino.

-De modo que el otro dominaba -dijo Dilvish- cuando él anuló el hechizo del espejo.

-Sí. Al otro le gusta dejar tareas inacabadas, de forma que mi hermano tendrá que recurrir a él...

-Pero cuando él era... el otro... ¿dijo por qué había hecho eso con el espejo? Eso parece ser algo más que una lucha mental. Debió comprender que estaba provocando problemas peligrosísimos... procedentes de otra parte.

-Él sabía que se hacía -dijo Reena-. El otro es un egoísta extraordinario. Cree estar preparado para enfrentarse al mismo maestro en una lucha por el poder. Privar al espejo de su carácter pretendía ser un reto. En realidad, él me dijo entonces que ese acto pretendía resolver dos situaciones al mismo tiempo.

-Creo que me puedo imaginar la segunda -dijo Dilvish.

-Sí -replicó la joven-. El otro cree que venciendo en esa contienda podrá revelarse como la personalidad dominante.

- ¿Qué opináis vos?

Reena recorrió lentamente la habitación y se volvió hacia Dilvish.

-Que tal vez sí -dijo-, pero no creo que venza.

Dilvish apuró el vaso y lo dejó a un lado. Cruzó los brazos sobre su pecho.

- ¿Existe alguna posibilidad -preguntó- de que Ridley domine al otro antes de que ocurra ese conflicto?

-No lo sé. El lo ha intentado... pero teme que el otro haga lo mismo.

- ¿Y si triunfa? ¿Creéis que eso aumentará sus posibilidades?

- ¿Quién puede decirlo? yo no, ciertamente. Estoy harta de todo esto y odio este lugar. ¡Ojalá me encontrara en algún sitio caluroso, como Tooma o Ankyra!

- ¿Qué haríais allí?

-Me gustaría ser la cortesana mejor pagada de la ciudad, y cuando me hartara de eso, tal vez casarme con un noble. Me gustaría una vida de indolencia, lujo y cordialidad, lejos de las batallas de los expertos.

Reena miró a Dilvish.

-Tenéis una parte de sangre elfa, ¿no es cierto?

-Sí.

-Y parecéis tener conocimientos de estos asuntos. De modo que habéis llegado con algo más que una espada para frente al maestro...

Dilvish sonrió.

-Le traigo un presente del infierno.

- ¿Sois mago?

-Mi conocimiento de estos asuntos es altamente especializado. ¿Por qué?

-Estaba pensando que si fuerais lo bastante experto como para reparar el espejo, yo podría usarlo para marcharme y no ponerme en el camino de nadie.

Dilvish meneó la cabeza.

-Los espejos mágicos no son mi especialidad. Ojalá lo fueran. Resulta un poco penoso haber recorrido tanta distancia en busca de un enemigo y descubrir que su acceso está impedido.

Reena se echó a reír.

- ¿Creéis que una cosa así va a detenerlo?

Dilvish alzó la mirada, dejó caer los brazos, miró alrededor.

- ¿Qué queréis decir?

-El que buscáis estará molesto por la situación, sí. Pero ello difícilmente puede representar una barrera insuperable. Él se limitará a no usar su cuerpo.

Dilvish empezó a pasear de un lado a otro de la habitación.

-En ese caso, ¿qué es lo que lo retiene? -preguntó.

-En primer lugar, necesitará acrecentar su poder. Si llega aquí sin cuerpo, estará en ligera desventaja ante cualquier conflicto que surja. Es preciso que acumule poder para compensar su desventaja.

Dilvish dio media vuelta y miró a la joven, con la espalda apoyada en la pared.

-Esto no me gusta en absoluto -dijo-. Últimamente deseo algo que pueda sufrir heridas. ¡No un espectro sin cuerpo! ¿Cuánto durará esta concentración de poder? ¿Qué opináis? ¿Cuándo llegará él?

-No puedo oír las vibraciones a ese nivel. No lo sé.

-Existe alguna posibilidad de forzar a vuestro hermano a...?

Se deslizó un panel detrás de Dilvish y un criado con cara de momia le golpeó en la nuca con un bastón. Aturdido, el guerrero se tambaleó. El bastón se alzó y cayó de nuevo. Dilvish cayó de rodillas, y por fin se desplomó.

Ridley apartó al criado y entró en la habitación. El portador del bastón y un segundo siervo le siguieron.

-Muy bien, hermana. Muy bien -observó Ridley-, retenerle aquí hasta que nos pudiéramos ocupar de él.

Ridley se arrodilló y extrajo la larga espada de la vaina del costado de Dilvish. La arrojó al otro lado de la habitación. Tras dar vuelta al cuerpo de Dilvish, sacó la daga de la vaina más pequeña y la alzó.

-Hay que acabar de una vez -dijo.

- ¡Eres un necio! -afirmó Reena, que se había acercado y le había agarrado la muñeca-. ¡Ese hombre podía haber sido un aliado! ¡No está buscándote! ¡Quiere matar al maestro! Le tiene un rencor personal.

Ridley bajó la daga. Reena le soltó la muñeca.

- ¿Y tú has creído eso? -dijo-. Llevas aquí demasiado tiempo. El primer hombre que se presenta te hace creer...

Reena le abofeteó.

-No tienes derecho a hablarme así! ¡Él ni siquiera sabía quién eres! ¡Podía haber sido útil! ¡Ahora no confiará en nosotros!

Ridley observó el rostro de Dilvish. Luego se levantó, con el brazo caído. Dejó caer la daga y de una patada la mandó al otro lado de la sala. Reena le soltó la muñeca.

- ¿Quieres su vida? -dijo él-. De acuerdo. Pero si él no va a confiar en nosotros, tampoco nosotros podemos confiar en él. -Se volvió hacia los dos criados, que permanecían inmóviles detrás-. Lleváoslo -les ordenó- y echadlo por el agujero para que haga compañía a Mack.

-Estás agravando tus errores -dijo Reena.

Ridley miró ferozmente a su hermana.

-Y yo estoy harto de tus burlas -dijo-. Te he concedido su vida. Confórmate con eso, antes de que cambie de opinión.

Los criados se agacharon y levantaron la flácida forma de Dilvish entre los dos. Lo llevaron hacia la puerta.

-Tanto si me equivoqué como si acerté con él -dijo Ridley, señalando a los criados-, habrá un ataque. Tú lo sabes. En una forma o en otra. Probablemente pronto. Tengo que hacer preparativos, y no deseo que me molesten.

Se volvió dispuesto a irse.

Reena se mordió el labio antes de responder.

- ¿Te falta mucho para lograr algo así como... un arreglo?

Ridley se detuvo, sin volver la cabeza.

-Menos de lo que pensaba que me faltaría -replicó- en este punto. Ahora creo que tengo una posibilidad de dominar. Pero no por eso puedo permitirme riesgo alguno, y por eso no puedo tolerar más interrupciones o retrasos. Vuelvo a la torre ahora mismo...

Se dirigió a la puerta, por la que acababa de pasar el cuerpo de Dilvish.

Reena bajó la cabeza.

-Buena suerte -dijo en voz baja.

Ridley salió apresuradamente de la habitación.

Los mudos criados llevaron a Dilvish por un corredor débilmente iluminado. Al llegar a una hendidura de la pared, se detuvieron y dejaron el cuerpo en el suelo. Uno de ellos entró en el nicho y abrió una trampa del suelo. Tras acercarse de nuevo al inmóvil cuerpo, ayudó a levantarlo, y ambos criados bajaron a Dilvish, con los pies por delante, por la oscura abertura que había quedado al descubierto. Le soltaron y el cuerpo dejó de verse. Un criado cerró la trampa. Finalmente, los dos se volvieron y se fueron por el corredor.

Dilvish notó que se deslizaba por una superficie inclinada. Durante unos instantes tuvo la visión de que Black había resbalado en el ascenso de la montaña. Estaba deslizándose Torre de Hielo abajo, y cuando llegara a la parte más baja...

Dilvish abrió los ojos. Le asaltó una instantánea claustrofobia. Estaba avanzando en la oscuridad. Al hacer un viraje, había notado la pared muy cerca. Dilvish pensó que si estiraba las manos para agarrarse, se las despellejaría.

¡Los guantes! Los había apretado al cinto.

Los buscó, los sacó, empezó a ponérselos. Se incorporó mientras lo hacía. Parecía haber un débil retazo de luz más adelante.

Extendió ambas manos, y las piernas al mismo tiempo, hacia los lados.

Su talón derecho tocó la pared en el mismo momento que sus manos. Después el izquierdo...

Notando una vibración en la cabeza, Dilvish incrementó la presión en los cuatro puntos. Las palmas de sus manos empezaron a calentarse con la fricción, pero su velocidad disminuyó un poco. Apretó con más fuerza, clavó los talones. La velocidad disminuyó.

Dilvish recurrió a toda su fuerza. Los guantes empezaron a desgastarse. El izquierdo se desgarró. La palma de su mano comenzó a arder.

Por delante, el cuadrado débilmente iluminado aumentó de tamaño. Dilvish comprendió que podría detenerse antes de llegar abajo. Empujó una vez más. Olió a paja podrida, y llegó al lugar.

Cayó de pie y de inmediato se desplomó.

El picor que sentía en la mano izquierda impidió que se desmayara. Respiró profundamente el fétido aire. Aún estaba mareado. En su nuca notaba un enorme dolor. No recordaba qué había sucedido.

Permaneció inmóvil, jadeante, mientras los latidos de su corazón se calmaban. El suelo era frío. Fragmento tras fragmento, los recuerdos volvieron...

Recordó la ascensión al castillo, la entrada... La mujer, Reena... Habían estado conversando...

La cólera ardió en su pecho. Ella le había engatusado. Le había retenido hasta recibir ayuda para enfrentarse a él.

Pero el relato de la joven tenía una construcción excesivamente elaborada, llena de innecesarios detalles... Dilvish se extrañó. ¿Habría algo más que simple traición?

Suspiró.

Todavía no estaba preparado para pensar. ¿Dónde se hallaba?

Suaves sonidos le llegaron a través de la paja. Tal vez una celda... ¿Había otro preso?

Algo corrió por su espalda.

Se incorporó en parte bruscamente, notó que se derrumbaba, se volvió de costado al hacerlo. Vio las menudas y oscuras siluetas en la penumbra. Ratas. Eso era. Observó la mitad de celda que tenía ante los ojos. Nada más...

Dio la vuelta para apoyarse en el otro costado, vio la puerta destrozada.

Se incorporó, ahora con más cuidado que antes. Se frotó la cabeza y parpadeó al ver la luz. Una rata se alejó con esos movimientos.

Dilvish se puso en pie, se limpió la ropa. Avanzó hacia la puerta rota, la tocó.

Apoyado en el marco, contempló la gran habitación de heladas paredes. Llameaban antorchas fijadas en brazos a ambos extremos de la habitación. Había una salida abierta, oscuridad al otro lado.

Dilvish pasó entre la puerta y el marco, sin dejar de mirar alrededor. No había más sonido que los suaves ruidos de las ratas detrás y el goteo del agua.

Observó las antorchas. La de la izquierda era ligeramente mayor. Se acercó y la sacó del brazo. Luego se dirigió hacia el oscuro umbral.

Una fría corriente de aire agitó las llamas cuando Dilvish la cruzó. Se hallaba en otra cámara, más pequeña que acababa de dejar. Vio una escalera al frente. Avanzó hacia ella y empezó a subir.

La escalera sólo tenía un recodo. En la parte superior, Dilvish vio una lisa pared a la derecha, un amplio corredor de bajo techo a la izquierda. Siguió el corredor.

Al cabo de quizá medio minuto, observó lo que parecía ser un rellano, con un pasamano que sobresalía de la pared. Al aproximarse vio que había una abertura de la que salía la baranda. Precavidamente, Dilvish subió al rellano, aguzó el oído unos instantes, asomó la cabeza por el rincón.

Nada. Nadie. Sólo una larga y oscura escalera ascendente.

Se cambió la antorcha, cuyas llamas eran bajas, a la otra mano y comenzó a subir, rápidamente. Esa escalera era mucho más alta que la anterior, ascendía en espiral largo trecho. Dilvish llegó súbitamente al final, se le cayó la antorcha y posó las llamas unos instantes.

Después de pararse en el último escalón, salió al corredor. Tenía una alfombra largada y ornamentos en las paredes. Grandes velas ardían en soportes a lo largo del pasillo. A la derecha había una amplia escalera ascendente. Dilvish se acercó al primer escalón, convencido de haber llegado a una parte más frecuentada del castillo.

Se limpió de nuevo la ropa, se quitó los guantes y volvió a dejarlos en el cinto. Se pasó las manos por el cabello, mientras miraba alrededor en busca de algo que pudiera servir de arma. No encontrando nada apropiado, comenzó a subir.

Al llegar a un rellano, Dilvish oyó un chillido aterrador.

- ¡Por favor! ¡Oh, por favor! ¡Este dolor!

Dilvish permaneció inmóvil, con una mano en la barandilla y la otra extendida hacia una espada que no estaba allí.

Pasó un minuto. Empezó otro. El grito no se repitió. No hubo ningún tipo de ruido en aquella dirección.

Atento, Dilvish continuó subiendo, sin apartarse de la pared, comprobando los escalones antes de apoyar todo su peso en ellos.

Al llegar a la parte superior de la escalera, examinó el corredor en ambas direcciones. Parecía estar desierto. El grito había surgido de algún punto a la derecha. Dilvish se dirigió hacia allí.

Mientras avanzaba, oyó un repentino sollozo, delante y a la izquierda. Se acercó a la puerta ligeramente entornada de la que parecía proceder el sollozo. Se detuvo y acercó un ojo a la enorme cerradura. Había iluminación en el interior, pero nada visible aparte de un fragmento de pared sin ornamentación y el borde de una pequeña ventana.

Tras erguirse, Dilvish se volvió para buscar algún arma.

El fornido criado se había aproximado en total silencio, y se alzaba imponente ante Dilvish, con el bastón cayendo ya.

Dilvish paró el golpe con el brazo izquierdo. Pero el impulso lanzó al criado hacia adelante y chocó con Dilvish, empujándole hacia la puerta, que se abrió de par en par, lanzándole a la habitación.

Dilvish oyó un grito detrás mientras se esforzaba en levantarse. Al mismo tiempo la puerta se cerró de golpe, y el guerrero escuchó una llave que se deslizaba en la cerradura.

- ¡Una víctima! ¡Me envía una víctima cuando lo que deseo es libertad! -Siguió un suspiro-. Muy bien...

Dilvish se volvió en cuanto oyó la voz, y su memoria le llevó al instante a otro lugar.

Cuerpo rojo brillante, piernas largas y delgadas, garras en todos los dedos, orejas puntiagudas, cuernos doblados hacia atrás, ojos rasgados y amarillos... La criatura estaba agazapada en el centro de un pentáculo, sin dejar de mover los pies a uno y otro lado, extendiendo las manos hacia Dilvish...

- ¡Estúpido espectro! -espetó Dilvish, hablando en otra lengua-. ¿Vas a destruir a tu libertador?

El demonio echó atrás los brazos, y las pupilas de sus ojos se dilataron.

- ¡Hermano! ¡No te conocía en forma humana! -respondió en mabrahoring, el idioma de los demonios-. ¡Perdóname!

Dilvish se puso lentamente en pie.

- ¡Estoy pensando en dejarte pudrir aquí, por esta recepción! -replicó Dilvish mientras examinaba la cámara.

La habitación estaba preparada para eso, comprobó Dilvish; todo estaba yerto. En la pared opuesta había un gran espejo con un marco metálico de intrincada talla...

- ¡Perdóname! -gritó el demonio, haciendo una profunda reverencia-. ¡Fíjate cómo me humillo! ¿Realmente puedes liberarme? ¿Lo harás?

-Antes explícame cómo has llegado a esta desgraciada situación -dijo Dilvish.

- ¡Ah! Fue el joven mago de este lugar. ¡Está loco! Todavía puedo verlo en su torre, divirtiéndose con su locura. ¡Es dos personas en una! Un día una debe vencer a la otra. Pero hasta entonces, él empieza tareas y las deja sin acabar... como llamar a mi pobre persona a este lugar maldito, obligarme a ocupar este pentáculo dos veces maldito y privarme de su tres veces maldita presencia sin dejarme marchar. ¡Oh! ¡Ojalá estuviera libre para ajustarle las cuentas! ¡Por favor! ¡Este dolor! ¡Libérame!

-También yo he conocido un poco el dolor -dijo Dilvish-, y tú aguantarás el tuyo mientras te hago más preguntas.

Dilvish señaló el espejo con el dedo.

- ¿Es ese el espejo usado para viajar?

- ¡Sí! ¡Sí, es ese!

- ¿Podrías reparar el daño que ha sufrido?

-No sin la ayuda del ejecutor humano que obró el encantamiento. Es demasiado potente.

-Muy bien. Recita ahora tus juramentos de despedida y yo haré lo preciso para liberarte.

- ¿Juramentos? ¿Entre nosotros? ¡Ah! ¡Comprendo! ¡Temes que envidie el cuerpo que llevas puesto! Quizá seas sensato... Como quieras. Mis juramentos...

-Incluirán a todos los habitantes de esta casa -dijo Dilvish.

- ¡Ah! -aulló el demonio-. ¡Vas a privarme de que me vengue de ese mago loco!

-Todos me pertenecen ahora -dijo Dilvish-. ¡No intentes regatear conmigo!

Una astuta expresión apareció en el semblante del demonio.

- ¿Ah, sí...? -dijo-. ¡Ah! ¡Comprendo! Tuyos... Bien, al menos habrá venganza... son mucho desgarramiento y chillidos, confió. Eso bastará. Sabiendo eso es mucho más fácil renunciar a cualquier derecho. Mis juramentos...

El demonio inició la espeluznante letanía, y Dilvish escuchó atentamente temiendo desviaciones del necesario modelo. No hubo ninguna.

Dilvish pronunció las palabras de despedida. El demonio se acurrucó e inclinó la cabeza.

Tras acabar, Dilvish miró el pentáculo. El demonio había desaparecido de allí, pero seguía presente en la habitación. Se hallaba en un rincón, esbozando una congraciadora sonrisa.

Dilvish ladeó la cabeza.

-Estás libre -dijo-. ¡Vete!

- ¡Un momento, gran señor! -dijo el demonio, encogido de miedo-. Es agradable estar libre y os lo agradezco. Sé también que sólo uno de los grandes de Abajo ha podido obrar esta liberación sin un mago humano. Por eso me humillo y ruego vuestro favor un momento más para advertiros. La carne puede haber embotado vuestros sentidos normales y os hago saber que ahora percibo las vibraciones en otro plano. Algo terrible viene hacia aquí... y a menos que vos seáis parte de sus obras, o él de las vuestras, creo que debéis saberlo, gran señor.

-Ya lo sabía -dijo Dilvish-, pero me complace que me lo hayas comunicado. Revienta la cerradura de la puerta si quieres hacerme un último servicio. Luego puedes irte.

- ¡Gracias! Recordad a Quennel en vuestros días de ira... ¡Y recordad que él os ha servido aquí!

El demonio dio media vuelta y pareció deshacerse como niebla con el viento, acompañado por un sordo bramido. Un momento después se produjo un brusco restallido en dirección a la puerta.

Dilvish cruzó la habitación. La cerradura estaba destrozada.

Abrió la puerta y asomó la cabeza. El corredor estaba desierto. Dudó mientras consideraba ambas direcciones. Luego, tras un ligero encogimiento de hombros, salió y se dirigió hacia la derecha.

Llegó, al cabo de un rato, a un gran comedor; el fuego seguía humeando en el hogar, y el viento silbaba en la chimenea. Dilvish dio una vuelta completa a la sala, pasando junto a las paredes, las ventas, el espejo... Volvió al punto de partida; ningún nicho de las paredes daba acceso a otra parte.

Dilvish salió y retrocedió por el pasillo. Al hacer tal cosa, oyó su nombre pronunciado con un murmullo. Se detuvo. La puerta de la izquierda estaba ligeramente abierta. Volvió la cabeza en esa dirección. Había sido una voz femenina.

-Soy yo, Reena.

La puerta se abrió más. Dilvish la vio de pie, sosteniendo una gran espada. Reena extendió el brazo.

-Vuestra espada. ¡Cogedla! -dijo ella.

Dilvish cogió la espada en sus manos, la examinó, la envainó.

-...Y vuestra daga.

Dilvish repitió el proceso.

-Lamento -dijo la joven- lo sucedido. Me sorprendió tanto como a vos. Fue obra de mi hermano, no mía.

-Creo que deseo creeros -dijo él-. ¿Cómo me habéis localizado?

-Esperé a estar segura de que Ridley había vuelto a la torre. Luego os busqué en las celdas, abajo, pero os habéis ido. ¿Cómo conseguisteis salir?

-Salí.

- ¿Queréis decir que encontrasteis la puerta que hay allí?

-Sí.

Dilvish escuchó la brusca respiración de la joven, casi un jadeo.

-Eso no es nada agradable -dijo Reena-. Significa que Mack anda suelto.

- ¿Quién es Mack?

-El predecesor de Ridley como aprendiz aquí. No sé exactamente qué pasó... si él ensayó algún experimento que no acabó bien, o si su transformación fue un castigo del maestro por alguna indiscreción. Fuese como fuese, Mack se convirtió en una bestia estúpida y hubo que encerrarlo abajo, debido a su enorme fuerza y a que de vez en cuando recordaba hechizos nocivos. Su esposa se volvió loca después de eso. Todavía está aquí. Fue una experta secundaria, en otra época. Tenemos que salir de aquí.

-Quizá tengáis razón -dijo Dilvish-, pero acabad el relato.

-Ah. Os he estado buscando desde entonces. Cuando estaba a punto de lograrlo, noté que el demonio ya no gritaba. Fui e investigué. Comprobé que lo habían liberado. Estaba segura de que Ridley continuaba en la torre. ¿*fuisteis* vos, no es cierto?

-Sí, yo lo liberé.

-Entonces pensé que podíais estar cerca, oí que alguien se movía en el comedor. Por eso me oculté aquí y esperé a ver quién era. Os he traído vuestras armas para demostrar mis buenas intenciones.

-Aprecio el detalle. Me resta decidir qué hacer. Estoy seguro de que tendréis algunas sugerencias.

-Sí. Tengo la impresión de que el maestro vendrá aquí pronto y matará a cuantos seres vivos encuentre bajo estos techos. No quiero estar aquí cuando eso ocurra.

-En realidad, él debe llegar pronto. El demonio me lo dijo.

-Es difícil asegurar que sabéis y qué no sabéis -dijo Reena-, qué podéis hacer y qué no podéis hacer. Es obvio que tenéis conocimientos de las artes. ¿Pretendéis permanecer aquí y hacerle frente?

-Esa era mi finalidad al recorrer tanta distancia -replicó Dilvish-. Pero quiero hacerle frente en carne y hueso y, si no lo encuentro aquí, es mi intención usar cualquier medio de transporte mágico presente para buscarlo en otras de sus fortalezas. Desconozco cómo le afectarán mis especiales presentes separado de la existencia corporal. Sé que mi espada no servirá.

-Seríais prudente -dijo Reena mientras lo cogía del brazo-, muy prudente, si seguís viviendo para combatir otro día.

-En especial si vos necesitáis mi ayuda para salir de aquí...
-contestó Dilvish.

Reena asintió.

-Desconozco qué clase de rencor podéis guardarle -dijo la joven, apoyándose en Dilvish-, y sois un hombre extraño, pero no creo que esperéis vencerle aquí. Él habrá acumulado enorme poder, temiendo lo peor. Llegará con precaución... ¡Con suma precaución! Conozco una posible salida, si vos colaboráis. Pero debemos apresurarnos. Él puede llegar ahora mismo. Él...

- ¡Cuán astuta eres, querida muchacha! -sonó una voz seca y gutural al final del pasillo, por donde Dilvish había llegado.

Al reconocer la voz, Dilvish se volvió. Una silueta con una oscura capucha se hallaba al otro lado de la puerta del comedor.

-Y tú -prosiguió el extraño-, ¡Dilvish! Es muy difícil librarse de una persona como tú, retoño de Selar, aunque ha transcurrido mucho tiempo desde las batallas.

Dilvish sacó la espada. Una Frase Atroz quiso salir de sus labios, pero se abstuvo de pronunciarla, inseguro respecto a si lo que veía representaba en realidad una presencia física.

- ¿Qué nuevo tormento puedo idear para ti? -preguntó el otro-. ¿Una transformación? ¿Una degeneración? ¿Una...?

Dilvish avanzó hacia él, haciendo caso omiso de sus palabras.

-Volved -oyó musitar a Reena detrás.

Siguió avanzando hacia la silueta de su enemigo.

-Yo no hice nada para que tú... -empezó a decir.

-Interrumpiste un rito importante.

-...Me arrebataras la vida y la echarás a perder. Me infligiste una terrible venganza con la misma naturalidad con que un hombre se deshace de un mosquito.

-Estaba enojado, igual que un hombre con un mosquito.

-Me trataste como si fuera un objeto, no una persona. Eso no puedo perdonarlo.

Una suave risita brotó de la capucha.

-Y tal parece que ahora debo tratarte igual para defenderme.

La figura alzó la mano, apuntando a Dilvish con los dos dedos.

Dilvish reaccionó precipitadamente, alzó la espada, recordó el hechizo de protección de Black... y seguía detestando tener que iniciar su propio hechizo.

Los dedos extendidos parecieron fulgurar un instante y Dilvish notó algo similar al viento. Eso fue todo.

- ¿Eres una simple ilusión de este lugar? -preguntó el otro. Había empezado a retroceder, y por primera vez había en su voz un ligero, pero perceptible, temblor.

Dilvish arremetió con la espada pero no encontró nada. La figura ya no estaba ante él. Se hallaba entre las sombras del extremo opuesto del comedor.

- ¿Es tuya esta criatura, Ridley? -le oyó preguntar Dilvish de pronto-. Si es así, debo alabarte por evocar algo que no tenía deseo alguno de recordar. Pero eso me apartará del asunto que tengo entre manos. ¡Déjate ver, si te atreves!

Dilvish escuchó ruido de deslizamiento a la izquierda, y se abrió un panel. Vio salir la delgada figura de un hombre joven, con un brillante anillo en el dedo índice de la mano izquierda.

-Muy bien. Prescindiremos de estos efectos teatrales -sonó la voz de Ridley. Parecía faltarle el aliento y hacer esfuerzos para dominarse-. Soy dueño de mí mismo y de este lugar -prosiguió. Miró a Dilvish-. ¡Tú, criatura! Me has servido bien. No tienes absolutamente nada más que hacer aquí, porque ahora todo está entre nosotros dos. Te concedo autorización para irte y adoptar tu forma natural. Puedes llevarte a la joven como pago.

Dilvish vaciló.

- ¡Vete, he dicho! ¡Ahora mismo!

Dilvish salió de espaldas de la habitación.

-Veo que has dejado de lado la compasión -oyó decir a Jelerak- y que has aprendido la necesaria dureza. Esto va a ser interesante.

Dilvish vio brotar una baja pared de fuego entre ambos rivales. Escuchó risas en el comedor... ¿De quién? Él no estaba seguro. Luego hubo un crujido y una oleada de peculiares olores. De repente, la habitación se convirtió en una llamarada de luz. Con la misma brusquedad, se sumió de nuevo en las tinieblas. Las risas continuaban. Dilvish oyó caer baldosas de las paredes.

Se volvió. Reena continuaba en el mismo sitio donde la había dejado.

-Lo ha conseguido -dijo la joven en voz baja-. Ha dominado al otro. Lo ha conseguido...

-Nada podemos hacer aquí -afirmó Dilvish-. Ahora todo queda, como ha dicho él, entre ellos.

- ¡Pero su nueva fuerza podría no ser suficiente!

-Supongo que Ridley lo sabe, y que por eso desea que os lleve conmigo.

Bajo ellos, el suelo se estremeció. Un cuadro cayó de una pared cercana.

-No sé si puedo abandonar así a mi hermano, Dilvish.

-Tal vez esté entregando su vida por vos, Reena. Quizás haya usado sus nuevos poderes para reparar el espejo, o para huir de este lugar por otro medio. Le habéis oído plantear las cosas. ¿Vais a despreciar su regalo?

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

-Es posible que Ridley no sepa nunca -dijo- cuánto he deseado que triunfara.

-Tengo la impresión de que lo sabe -dijo Dilvish-. Bien, ¿cómo vamos a salvarnos?

-Venid por aquí -dijo Reena cogiéndole del brazo, mientras un espantoso grito sonaba en el comedor, seguido por un tronido que pareció hacer temblar el castillo entero.

Luces multicolores centellearon detrás mientras Reena guiaba a Dilvish por el pasillo.

-Tengo un trineo -dijo la joven- en una caverna muy profunda. Está lleno de provisiones.

- ¿Cómo...? -empezó a decir Dilvish, y se detuvo y levantó la espada que tenía desenvainada.

Una anciana se hallaba ante ellos junto a la escalera y miraba coléricamente al guerrero. Pero los ojos de Dilvish habían ido más allá de la vieja, para contemplar la enorme y pálida mole que poco a poco subía los últimos escalones con la cabeza vuelta en dirección a los dos.

- ¡Ven, Mack! -chilló de pronto la anciana-. ¡El hombre que me atacó! ¡Me hirió el costado! ¡Aplástalo!

Dilvish dirigió la punta de su espada al cuello de la criatura que se aproximaba.

-Si él me ataca, lo mataré -dijo-. No deseo hacerlo, pero la elección no está de mi mano. Está en la vuestra. Él puede ser grande y fuerte, pero no es tan rápido. Le he visto moverse. Le haré un enorme agujero, y del agujero saldrá mucha sangre. Tengo entendido que en otro tiempo le amasteis, señora. ¿Qué pensáis hacer?

Olvidadas emociones flamearon en las facciones de Meg.

- ¡Mack! ¡Detente! -gritó-. No es él. ¡Me había equivocado!

Mack se detuvo.

- ¿No... es... él? -dijo.

-No. Estaba... confundida.

Meg volvió los ojos hacia el pasillo, donde fuentes de fuego fulguraban y se esfumaban y donde resonaban multitud de gritos, como de dos ejércitos enfrentados.

- ¿Qué -dijo Meg, señalando- es eso?

-El joven maestro y el viejo maestro están luchando -dijo Reena.

- ¿Por qué seguís temiendo pronunciar su nombre? -preguntó Dilvish-. Él está al final del corredor. Es Jelerak.

- ¿Jelerak? -Nueva luz apareció en los ojos de Mack mientras señalaba la impresionante sala-. ¿Jelerak?

-Sí -replicó Dilvish, y la pálida criatura se apartó de él y arrastró los pies hacia allí.

Dilvish buscó a Meg, pero la vieja había desaparecido. Luego oyó un grito, <<¡Jelerak! ¡Muere!>> en lo alto.

Levantó la cabeza y vio a la criatura de alas verdes que le había atacado - ¿cuánto tiempo hacía?-, volando en la misma dirección.

-Seguramente va hacia la muerte -dijo Reena.

- ¿Cuánto tiempo creéis que han esperado una oportunidad como ésta? -dijo Dilvish-. Estoy seguro de que ellos saben que perdieron hace mucho tiempo. Pero tener la oportunidad ahora es vencer, para ellos.

-Mejor ahí dentro que con vuestra espada.

Dilvish se volvió.

-No estoy tan seguro de que *él* no *me* hubiera matado -contestó-. ¿Por dónde vamos?

-Por aquí.

Reena le condujo escalera abajo y por otro corredor que llevaba casi hacia el extremo norte del edificio. Todo el lugar empezó a temblar a su alrededor mientras avanzaban. Se volcaron muebles, las ventanas se hicieron añicos, cayó una viga. Luego hubo otra vez quietud unos momentos. Reena y Dilvish aceleraron el paso.

Cuando se acercaban a la cocina, el lugar tembló de nuevo con tal violencia que ambos cayeron al suelo. Fino polvo flotaba por todas partes y habían aparecido grietas en las paredes. En la cocina, ardientes brasas habían sido arrancadas de la chimenea y yacían en el suelo diseminadas, humeantes.

-Parece que Ridley está defendiéndose pese a todo.

-Sí, así es -dijo Reena, sonriente.

Potes y cazuelas resonaban y chocaban entre sí cuando salieron de la cocina, dirigiéndose hacia la escalera. Los cubiertos danzaban en los cajones.

Se detuvieron ante la entrada de la escalera, en el mismo momento que un gemido inhumano recorría el castillo entero. Pocos instantes después hubo una helada corriente de aire. Una rata, en dirección a la cocina, pasó precipitadamente junto a la pareja.

Reena indicó a Dilvish que se detuviera y, apoyada en la pared, ahuecó las manos delante de su cara. Pareció susurrar algo y, un momento más tarde, creció un minúsculo fuego que se agitó y aumentó ante la joven. Reena movió las manos hacia adelante y la llama flotó hacia la escalera.

-Venid -dijo a Dilvish, y empezó a bajar.

Dilvish la siguió, y de vez en cuando las paredes crujieron siniestramente alrededor. Cuando tal cosa ocurría, la luz danzaba un instante, y algunas veces se apagaba brevemente. Mientras bajaban, los ruidos iban haciéndose más tenues. Dilvish se detuvo una vez, para apoyar la mano en el muro.

- ¿Está lejos? -preguntó.

-Sí. ¿Por qué?

-Sigo notando las vibraciones con mucha fuerza -dijo Dilvish-. Debemos estar muy por debajo del nivel del castillo... metidos en la montaña.

-Cierto -replicó Reena, dando otra vuelta.

-Al principio he temido que nos echaran del castillo en la cabeza...

-Seguramente destruirán el castillo si esto dura mucho más -dijo la joven-. Estoy muy orgullosa de Ridley... a pesar de las inconveniencias.

-No me refería exactamente a eso -dijo Dilvish, mientras continuaban la huida hacia abajo-. ¡Eh! ¡Esto empeora! -Extendió una mano para conservar el equilibrio mientras la escalera temblaba con una pasajera onda de choque-. ¿No os parece que toda la montaña está temblando?

-Sí, así es -Replicó Reena-. Debe ser cierto.

- ¿El qué?

-Oí decir que hace siglos, en la cumbre de su poder, el ma... Jelerak creó esta montaña con un conjuro.

-¿Y?

-Si él está suficientemente arraigado en este lugar, supongo que podrá recurrir a esos viejos hechizos suyos para obtener más fuerza. En cuyo caso...

-La montaña podría derrumbarse igual que el castillo.

-Existe la posibilidad. ¡Oh, Ridley! ¡Buena suerte!

- ¡No será tan buena si seguimos debajo!

-Cierto -dijo Reena, que de pronto avanzó más deprisa todavía-. Puesto que él no es vuestro hermano, entiendo vuestra opinión. Sin embargo, debéis estar complacido viendo a Jelerak tan apremiado.

-Así es -admitió Dilvish-, pero debéis prepararos para cualquier contingencia.

Reena guardó silencio unos instantes.

- ¿La muerte de Ridley? -preguntó por fin-. Sí. Hace tiempo que comprendí que había grandes posibilidades de esto, fuera cual fuese la naturaleza de su encuentro. De todas formas, desaparecer con tanto estrépito... Eso también impresiona, ¿sabéis?

-Sí, -replicó Dilvish-. Yo también lo he pensado muchas veces.

De pronto llegaron al rellano. Reena lo cruzó inmediatamente y condujo a Dilvish hacia un túnel. El rocoso suelo tembló bajo sus pies. La luz danzó de nuevo. En alguna parte hubo un lento ruido rechinante que duró tal vez diez segundos. Entraron corriendo en el túnel.

- ¿Y vos? -dijo Reena, mientras se adentraban presurosos en el túnel-. Si Jelerak sobrevive, ¿continuaréis buscándole?

-Sí -dijo Dilvish-. Sé con certeza que él tiene como mínimo otras seis ciudadelas. Conozco la localización aproximada de varias. Las buscaré igual que busqué este lugar.

-Yo he estado en tres -replicó Reena-. Si sobrevivimos a esto, os explicaré algo de ellas. Tampoco será fácil asaltarlas.

-Eso no importa -dijo Dilvish-. Nunca pensé que fuera fácil. Si él vive, iré a visitarlas. Si no consigo localizarle, las destruiré una a una hasta que él tenga que verme por fuerza.

El ruido rechinante se produjo otra vez. Fragmentos de roca cayeron alrededor de la pareja. Mientras esto ocurría, la luz flotante desapareció.

-Quedaos quieto -dijo Reena-. Haré otra.

Varios instantes después otra luz brilló entre las manos de la joven.

Siguieron avanzando, y los ruidos de la roca cesaron un rato.

- ¿Qué haréis si Jelerak muere? preguntó Reena.

Dilvish guardó silencio unos momentos.

-Visitaré mi patria -dijo por fin-. Ha pasado mucho tiempo desde que me fui. ¿Qué haréis vos si conseguimos salir de aquí?

-Tooma, Ankyra, Blostra -replicó Reena-, como ya he dicho, si encuentro algún caballero deseoso de escoltarme hasta alguna de esas ciudades.

-Creo que eso podría arreglarse -dijo Dilvish.

Al acercarse al final del túnel, un intenso temblor recorrió la montaña entera. Reena se tambaleó; Dilvish la sujetó y fue arrojado contra el muro. A través de los hombros, notó las potentes vibraciones de la roca. Detrás de la pareja se inició un constante estruendo al caer piedras.

- ¡Deprisa! -dijo Dilvish, empujando a la joven.

La luz avanzó ebriamente ante ellos. Llegaron a una fría caverna.

-Este es el lugar -dijo Reena, señalando con el dedo-. El trineo está allí.

Dilvish vio el vehículo, cogió del brazo a Reena y se dirigió hacia él.

- ¿A qué altura de la montaña estamos? -preguntó.

-Dos tercios del camino, más o menos -dijo Reena-. Estamos un poco por debajo del punto donde la pendiente se hace muy escarpada.

-De todas formas la pendiente no será suave -dijo Dilvish. Se detuvo junto al vehículo y apoyó una mano en el borde-. ¿Cómo proponéis sacarlo fuera?

-Ésa será la parte difícil -replicó la joven. Metió la mano en su corpiño y sacó un pergamino doblado-. He arrancado esta hoja de uno de los libros de la torre. Cuando ordené a los criados que construyeran este trineo, sabía que necesitaría algo fuerte para arrastrarlo. Se trata de un encantamiento bastante complejo, pero hará venir a un animal demoníaco que obedecerá nuestras órdenes.

- ¿Puedo verlo?

Reena le dio la hoja. Dilvish la desdobló y la sostuvo cerca de la luz flotante.

-Este hechizo requiere preparativos bastante largos -dijo instantes después-. No creo que nos quede tanto tiempo, a juzgar por la forma en que tiembla y se desmorona todo.

-Pero es la única posibilidad que tenemos -dijo Reena-. Necesitaremos estas provisiones. Yo no podía saber que la maldita montaña iba desmoronarse. Tendremos que arriesgarnos a esa demora.

Dilvish sacudió la cabeza y le devolvió la hoja.

-Aguardad aquí -dijo-, ¡y no iniciéis ese hechizo todavía!

Dilvish dio media vuelta y se abrió paso por el túnel, donde soplaban heladas ráfagas. Cristales de nieve yacían en el suelo. Tras doblar un breve recodo, vio la amplia boca de la cueva, débilmente iluminada. El suelo tenía una gruesa capa de nieve encima del hielo.

Dilvish se acercó a la entrada, asomó la cabeza, miró hacia abajo. Era posible pasar el trineo por el borde del saliente hasta un punto no muy alto a la izquierda. Pero luego el vehículo simplemente caería como un cohete, alcanzando una velocidad suicida mucho antes de llegar al pie de la montaña.

Dilvish avanzó hasta el mismo saliente, miró hacia arriba. Una proyección rocosa le impidió ver más arriba. Avanzó cinco pasos a la izquierda, observó miró alrededor. Luego se aproximó al extremo derecho del saliente y volvió a mirar, protegiendo sus ojos de la ráfaga de helados cristales con una mano.

- ¿Qué era aquello...?

- ¡Black! -gritó Dilvish a un retazo de sombra más oscuro situado más arriba y a un lado-. ¡Black!

La sombra pareció agitarse. Dilvish ahuecó las manos a ambos lados de su boca y gritó de nuevo.

- ¡Diiil... viish! -La respuesta bajó la pendiente hacia el guerrero, en cuanto se apagó su grito.

- ¡Aquí abajo!

Agitó las manos por encima de su cabeza.

- ¡Ya... te... veo!

- ¿Puedes llegar hasta aquí!

No hubo réplica, pero la sombra se movió. Bajó del saliente donde estaba e inició un lento descenso con las patas rígidas hacia Dilvish, que siguió donde estaba, bien visible, y agitando los brazos.

La silueta de Black no tardó en aclararse entre los remolinos de nieve. Avanzaba con paso firme Pasó por la mitad del recorrido, continuó.

Al llegar junto a Dilvish, Black irradió calor varios segundos y la nieve se fundió y goteó a ambos lados.

-Están ocurriendo asombrosas brujerías en lo alto -dijo Black-. Vale la pena observarlas.

-Mucho mejor que lo hagamos de lejos -replicó Dilvish-. La montaña entera podría venirse abajo.

-Sí, se vendrá abajo -dijo Black-. Algo que hay arriba está recurriendo a viejos encantamientos muy elementales incrustados por todo el lugar. Es muy instructivo. Monta y te llevaré abajo.

-No es tan sencillo.

- ¿Ah, no?

-Hay una mujer... y un trineo, en la cueva.

Black apoyó las patas delanteras en el saliente y tras tomar impulso se situó junto a Dilvish.

-Entonces será mejor echar un vistazo -dijo-. ¿Cómo te ha ido arriba?

Dilvish se encogió de hombros.

-Todo eso habrá sucedido igualmente sin estar yo, seguramente -dijo-, pero al menos he tenido el placer de ver a alguien poner en apuros a Jelerak.

- ¿Está él arriba?

Se adentraron en la cueva.

-Su cuerpo está en otro sitio, pero la parte que muerde ha rendido visita.

- ¿Con quién está peleando?

Con el hermano de la dama que estás a punto de conocer. Por aquí.

Doblaron el recodo y entraron en la cueva más espaciosa. Reena seguía de pie junto al trineo. Se había cubierto con una piel. Los cascos metálicos de Black resonaron en la roca.

- ¿Deseabais un animal demoníaco? -le dijo Dilvish-. Black, esta es Reena. Reena, os presento a Black.

Black inclinó la cabeza.

-Encantado -dijo Black-. Vuestro hermano me ha proporcionado considerable diversión mientras aguardaba fuera.

Reena sonrió y extendió una mano para tocarle el cuello.

-Gracias -dijo la joven-. Me complace conocerte. ¿Puedes ayudarnos?

Black se volvió y observó el trineo.

-Detrás -dijo al cabo de unos instantes. Y agregó-: Enganchado detrás del trineo, podría sujetarlo un poco y dejar que me precediera montaña abajo. Pero los dos tendréis que caminar... junto a mí, agarrados. No creo poder hacerlo si os ponéis en el trineo. Incluso así será difícil, pero considero que es la única forma.

-En ese caso será mejor que lo saquemos y partamos -dijo Dilvish mientras la montaña temblaba de nuevo.

Reena y Dilvish agarraron el vehículo por ambos lados. Black se apoyó sobre la parte trasera. El trineo empezó a moverse.

En cuanto llegaron a la nieve del suelo de la cueva, el avance se hizo más fácil. Finalmente dieron vuelta al vehículo en la boca de la gruta y engancharon a Black a los arreos.

Con cuidado, suavemente después, pasaron la parte trasera del vehículo por la saliente en la zona no muy elevada de la izquierda mientras Black avanzaba despacio, manteniendo la tensión en los arreos.

Los patines golpearon la nieve de la pendiente, y Black dejó caer el trineo hasta que reposó totalmente en el terreno. Luego fue detrás cautelosamente, dando rígidos tirones hacia arriba para sujetar el trineo tras dar el último salto.

-Muy bien -dijo-. Ahora bajad y agarraos a mí, uno a cada lado.

Dilvish y Reena lo siguieron y ocuparon sus respectivas posiciones. Black inició lentamente el avance.

-Difícil -dijo mientras descendían-. Un día inventarán hombres para las propiedades de los objetos, como la tendencia de un objeto a moverse en cuanto está en movimiento.

- ¿De qué servirá eso? -preguntó Reena-. Todo el mundo sabe ya que eso es lo que sucede.

- ¡Ah! Pero pueden aplicarse números a la cantidad de materia aplicada y a la cantidad de empuje requerido, y obtener prodigiosos y útiles cálculos.

-Parece demasiado problemático para tan escaso provecho
-dijo la joven-. Idear magia es mucho más fácil.

-Quizá tengáis razón.

Descendieron firmemente; los cascos de Black aplastaron la helada corteza. Más tarde, cuando por fin llegaron a un lugar desde donde se divisaba el castillo, vieron que la torre más elevada y otras no tan altas habían caído. Mientras lo observaban, una porción de muro se desmoronó. Los fragmentos rodearon por el borde, y por fortuna bajaron la ladera muy a la derecha del grupo.

Debajo de la nieve, la montaña temblaba constantemente, y llevaba ya largo rato así. Rocas y trozos de hielo rebotaban de vez en cuando junto a los tres fugados.

Siguieron descendiendo durante lo que les pareció un tiempo interminable. Black movió el trineo hacia abajo, poco a poco, paso a paso, mientras Reena y Dilvish arrastraban sus ateridos pies junto a la montura.

Al llegar cerca del pie de la ladera, un terrible estruendo reverberó alrededor del grupo. Tras levantar la cabeza vieron cómo se desmoronaban y menguaban los restos del castillo, que se plegaba sobre sí mismo.

Black apretó el paso arriesgadamente mientras los fragmentos caían alrededor.

-Cuando lleguemos abajo -dijo-, desatadme inmediatamente, pero poneos al otro lado del trineo mientras lo hacéis. Lo pondré de través cuando lleguemos allí. Después, si podéis engarme delante son perder tiempo, hacedlo. Pero si la lluvia de fragmentos es demasiado fuerte, agazapaos al otro lado del trineo. Yo me situaré delante para servir de escudo. Pero si podéis engancharme delante, subid enseguida y mantened agachada la cabeza.

Bajaron patinando buena parte del trecho final, y por un instante pareció que el trineo iba a volcar mientras Black lo manejaba. Tras incorporarse, Dilvish empezó a desenganchar rápidamente el arnés.

Reena se puso detrás del trineo y miró hacia arriba.

- ¡Dilvish! ¡Mirad! -gritó.

Dilvish levantó la cabeza mientras terminaba de soltar los arreos y Black se apartó. El castillo había desaparecido por completo y habían surgido grandes figuras en la ladera. En la cumbre de la montaña, dos columnas de humo, una oscura y otra clara, se erguían inmóviles pese al viento que debía azotarlas.

Black se colocó entre los arreos. Dilvish comenzó a engancharlo otra vez. Más fragmentos descendían por la ladera, a la derecha del grupo.

- ¿Qué es eso? -dijo Dilvish.

-La columna oscura es Jelerak -replicó Black.

Dilvish siguió observando de vez en cuando mientras enganchaba a Black, y de pronto vio que las columnas se movían, despacio, una hacia la otra. No tardaron en entrecruzarse, aunque sin confundirse, retorciéndose y enredándose como un par de serpientes en plena pelea.

Dilvish terminó de poner los arneses.

- ¡Subid! -gritó a Reena mientras otra porción de la montaña se desmoronaba.

- ¡Tú también! -dijo Black, y Dilvish se colocó junto a la joven.

No tardaron en correr, cobrando cada vez más velocidad. La parte alta de la masa de hielo reventó y pese a ello los ondulantes rivales siguieron girando en el cielo.

- ¡Oh, no! ¡Ridley está debilitándose! -dijo Reena mientras continuaba la huida.

Dilvish vio que la columna oscura llevaba a la otra hacia el corazón de la desmoronada montaña.

Black apretó el paso, aunque todavía resbalaban. Al poco tiempo, los humeantes rivales desaparecieron en lo alto. Black más velozmente, hacia el sur.

Tal vez pasó un cuarto de hora sin cambios en el panorama que dejaban atrás, aparte de que iba menguando de tamaño. Pero Dilvish y Reena, agazapados bajo las pieles, siguieron observando. Una sensación de premonición parecía brotar del paisaje.

Cuando se produjo la conmoción, la tierra tembló y lanzó el trineo de un lado a otro, y los temblores continuaron mucho tiempo.

La cumbre de la montaña reventó, salpicando el cielo con una oscura nube expansiva. Luego la negra mancha quedó marcada con rayas, ensanchada por el viento, y algunas

pociones se alargaron hacia el oeste como dedos lentamente extendidos. Al cabo de un rato una potente onda de choque alcanzó al grupo.

Mucho más tarde, una solitaria nube, apagada y de bordes irregulares, la nube oscura, se separó de la confusión. Arrastrando rasgadas humaredas, sacudida por el viento, avanzó igual que un viejo tambaleante, huyendo hacia el sur. Pasó muy a la derecha del grupo y no se detuvo.

-Ese es Jelerak -dijo Black-. Está herido.

Contemplaron la turbulenta nube hasta que desapareció de pronto muy hacia el sur. Luego de nuevo volvieron la cabeza hacia las ruinas del norte. Siguieron observando hasta que el lugar dejó de verse, pero la columna blanca no se alzó.

Finalmente Reena bajó la cabeza. Dilvish le pasó un brazo por los hombros. Los patines del trineo cantaban suavemente al deslizarse por la nieve.

# *El diablo y la bailarina*

La luna flotaba redonda y soplaban fríos vientos cuando Oele danzó para Diablo, con las huellas de sus pies trazados en fuego ante el vacío altar de piedra. En las tierras cercanas ya era primavera, pero allí, en las montañas, la noche hablaba de invierno. Sin embargo, ella danzaba descalza, vistiendo simplemente una frágil prenda gris ceñida con una cinta plateada que ponía al descubierto más que ocultaba su elástica figura mientras levantaba las llamas formando antiguas configuraciones, con su largo cabello rubio flotando alrededor de sus hombros.

La tierra se convirtió en un fulgurante tapiz, y sin embargo Oele no se quemaba. Mucho más abajo, en la ladera septentrional, un espectral palacio se estremecía bajo la luz de la luna; las torres se esfumaban hasta el punto de ser transparentes y recuperaban parcial solidez momentos después, las paredes se desplazaban para unirse con las sombras y huían de ellas, las luces se hacían cerosas y se debilitaban detrás de las elevadas ventanas. La voz del viento era áspera y estridente, pero Oele tampoco sentía el frío.

La oscuridad se hizo más densa en el altar hasta que finalmente empañó las estrellas. Mientras ello ocurría, el viento se calmó y cesó. Las llamas brincaron más alto, pero la gran mancha que estaba encima de la piedra no se iluminó. Era un perfil enorme, de toscas alas, con una gran cabeza, y ondeaba. Casi parecía un agujero en el espacio, y Oele recibía la impresión de enormes profundidades internas en cuanto sus ojos giraban hacia allí.

Ella había danzado así, en determinadas temporadas, durante muchos años, más allá del recuerdo de cualquier morador de la vecindad. Todos la llamaban bruja, y también ella se consideraba como tal. El único que la conocía más le daba un título distinto, pero la distinción había ido deshilachándose con los años desde que una bailarina asesinara a su amante en aquel mismo lugar para obtener los poderes que sólo él, entre todos los hombres, poseía. Sacerdote había sido él, el último adorador en vida de un antiguo dios que, por ello, lo tenía en alta estima. Oele era la última adoradora, y ni siquiera conocía el nombre del dios. Ella lo llamaba Diablo y el dios le concedía deseos en respuesta a sus coreográficos actos de devoción, que Oele consideraba encantamientos. Una bruja que invocaba a un diablo, un dios que respondía a un devoto... En parte, era un asunto de perspectiva, pero sólo en parte. Porque las cosas que Oele pedía estaban más en armonía con sus nociones personales, y sus relaciones distaban mucho de las que había mantenido el dios con sus primeros adoradores hacía mucho tiempo.

Pese a todo, el vínculo entre ambos era fuerte. El dios obtenía fuerza con la danza de Oele, con ese último contacto con la tierra. Y ella también ganaba muchas cosas.

Por fin, los movimientos de la bailarina cesaron y Oele quedó en medio de su dibujo, mirando a la oscura forma que ocupaba el altar de piedra. Durante largos instantes, una pesada quietud flotó entre ambos, hasta que finalmente Oele habló:

-Diablo, te ofrezco mi danza.

La figura pareció asentir y aumentar ligeramente.

-Eso me complace -dijo por fin en voz profunda y lenta.

Oele aguardó, un silencio prolongado según el ritual, y luego le habló de nuevo:

-Mi palacio se esfuma.

Otra vez la pausa, luego las palabras <<Lo sé>>, seguidas por el gesto de un desigual miembro parecido a un ala de la insondable sombra, hacia el lugar de la ladera ocupado por la oscilante estructura.

-Observa, sacerdotisa, es firme una vez más.

Oele miró y vio que ello era cierto. A la luz de la luna, el palacio se alzaba rígido y sólido, sus luces brillaban uniformemente y sus rampas se perfilaban cual proas en la noche y las estrellas.

-Lo veo -replicó finalmente Oele-. Pero ¿cuánto tiempo seguirá así? Mis siervos desaparecen uno tras otro, vuelven a la tierra de la que brotaron.

-Están contigo una vez más.

-Pero ¿cuánto tiempo? -repitió Oele-. Es la tercera vez que te invoco para restaurar el orden... en menos de un año.

La figura guardó silencio más tiempo que el período acostumbrado.

- ¡Dímelo, Diablo!

-No lo sé con certeza, sacerdotisa -respondió la sombra-. Cada vez soy más débil. Es precisa considerable energía para manteneros, a ti y a tú establecimiento, durante períodos largos... más energía que la que puedo obtener transformando tu danza.

- ¿Qué debe hacerse?

-Podrías elegir una forma de vida más sencilla.

- ¡Necesito magnificencia!

-Pronto me faltará la fuerza para sustentarla.

- ¡En ese caso precisas algo más potente que mi danza!

-Yo no exijo esto.

-Pero lo aceptas cuando es necesario.

-Lo acepto.

-Pues tendrás sangre humana suficiente para recobrar tus poderes, y para aumentar los míos.

Hubo silencio.

-Empiezo ahora la danza de clausura -dijo Oele.

Y al moverse de nuevo, las llamas fueron apagándose con los pasos que trazaba, el viento sopló alrededor y la figura del altar menguó y desapareció, restituyendo un puñado de estrellas.

Cuando terminó, Oele dio media vuelta y se dirigió al palacio sin mirar atrás. Era el momento de preparar un viaje, al territorio de las llanuras, a una población costera donde se aseguraba que podía encontrarse cualquier cosa que se deseara.

La mujer que montaba la yegua gris de negra crin vestía calzones de cuero de color canela, un jubón y una capa marrón y roja. Su cabello, igual que sus ojos de largas pestañas, era oscuro y su ancha boca parecía a punto de esbozar, tenue, quizás inconscientemente, una sonrisa. Lucía un anillo de jade en el dedo corazón de la mano izquierda, otro de ónice en la derecha. Una espada corta pendía de su cinto.

Su compañero vestía calzones negros, jubón verde y botas del mismo color. Su capa era negra, con bordes verdes, y llevaba una espada y una daga al cinto. Iba a lomos de una negra criatura con forma de caballo cuyo cuerpo parecía de metal.

Los dos conducían tres caballos de carga por las sendas de la montaña en el ambiente fresco y claro de la tarde. El ruido del agua que corría llegaba a sus oídos desde algún punto cercano.

-El tiempo mejora día tras día -observó la mujer-. Después de las regiones que hemos recorrido, esto parece casi veraniego.

-En cuanto salgamos de estas alturas -replicó el hombre-, las cosas serán más agradables todavía. Y cuando lleguemos a la costa... eso podría ser como un bálsamo. Te llevaremos a Tooma en una buena época del año.

La mujer desvió la mirada.

-Ya no estoy tan ansiosa de llegar a ese lugar...

Moviéndose hacia la derecha, salvaron un promontorio rocoso. La montura del hombre emitió un extraño ruido. Tras volver la cabeza, el jinete observó la senda.

-No estamos solos -observó.

La mujer siguió su mirada; un hombre estaba sentado en una roca, un poco más adelante y a la derecha. Su cabello y su barba eran de color blanco puro, e iba vestido con pieles. Mientras lo miraban, el desconocido se levantó, apoyado en un bastón que era más alto que él.

-Hola -saludó.

-Saludos -dijo el jinete de las botas verdes, deteniéndose ante él-. ¿Cómo os va?

-Bastante bien -replicó el otro-. ¿Viajáis muy lejos?

-Sí. A Tooma, como mínimo.

El hombre sintió.

-No saldréis de las montañas esta noche.

-Lo sé. He vislumbrado un castillo a cierta distancia. Quizá nos permitan dormir dentro de sus muros.

-Tal vez sí. Porque la señora del castillo, Oele, siempre ha mostrado buena disposición con los viajeros, y le gusta cualquier relato que ellos puedan contar. Yo, en realidad, me dirijo hacia allí, para participar de la hospitalidad del lugar... aunque me han dicho que la señora está de viaje actualmente. Ese animal que montáis tiene un aspecto poco usual, caballero.

-Así es, ciertamente.

-...Y vos tenéis aspecto, familiar, si me permitís decirlo. ¿Puedo saber vuestro nombre?

-Soy Dilvish, y ésta es Reena.

La mujer asintió y sonrió.

-No es un nombre vulgar, el vuestro. Hubo un Dilvish hace mucho tiempo...

-No creo que ese castillo existiera en aquellos tiempos.

-A decir verdad, no. El territorio era entonces el hogar de una tribu de las montañas, lógicamente satisfecha con sus ganados y su dios... cuyo nombre ha sido olvidado desde ente entonces. Pero las ciudades crecieron en la llanura y...

-Taksh’mael -dijo Dilvish.

- ¿Cómo?

-Taksh’mael era su dios -respondió Dilvish-, guardián de los ganados. Un amigo y yo hicimos una ofrenda en su altar cuando pasábamos por allí... hace mucho tiempo. Me pregunto si aún existirá el altar.

-Oh, existe, se halla donde siempre ha estado... Definitivamente sois miembro de una minoría, ya que conserváis recuerdos. Quizá sería preferible que no os detuvierais en el castillo... Ver la región en tan malos tiempos deprimiría a una persona como vos. Después de pensarlo dos veces, yo diría, seguid cabalgando y apartad ese pobre lugar de vuestra mente. Recordadlo tal como fue en otros tiempos.

-Gracias, pero hemos viajado mucho -replicó Dilvish-. No parece valer la pena un nuevo esfuerzo simplemente para no herir susceptibilidades. Iremos al castillo.

Los claros ojazos del hombre le miraron fijamente, se desviaron bruscamente después. Con una mano buscó algo bajo su tosca vestimenta. Luego avanzó renqueando y extendió esa mano hacia Dilvish.

-Tomad esto -murmuró-Debéis tenerlo.

- ¿Qué es? -preguntó Dilvish, alargando automáticamente el brazo.

-Una fruslería -dijo el otro-. Un viejo objeto que poseo desde hace algún tiempo, una muestra del favor y la protección del dios. Una persona que recuerda a Tksh’mael debe tenerlo por estos contornos.

Dilvish lo examinó, un fragmento de roca gris con vetas rosas donde aparecía rayada la imagen de un carnero. Estaba agujereada en un extremo con una gastada hebra de lana pasada por la abertura.

-Gracias -dijo Dilvish mientras metía la mano en su bolsa-. Me gustaría daros algo a cambio.

-No -dijo el anciano, retrocediendo-. Es un obsequio hecho libremente, y de nada me serviría una fruslería de la ciudad. Y en realidad no es gran cosa. Los dioses más recientes pueden permitirse más lujos, estoy seguro.

-Bien, que él guarde vuestros pasos.

-A mi edad, dudo que eso importe. Que os vaya bien.

El viejo se marchó entre las rocas y pronto se perdió de vista.

-Black, ¿qué opinas de esto? -preguntó Dilvish, inclinándose para balancear el amuleto ante su montura.

-Tiene cierto poder -replicó Black-, pero su magia está viciada. No estoy muy seguro de que yo confiaría en alguien que luce un objeto como éste.

-Primero nos dice que hagamos un alto en el castillo, luego nos dice que pasemos de largo. ¿En qué parte del consejo debemos desconfiar de él?

-Déjame verlo, Dilvish -dijo Reena.

Dilvish dejó caer el amuleto en las manos de la mujer y ésta lo examinó largo rato.

-Cierto, es tal como dice Black... -empezó a comentar por fin.

- ¿Lo conservo o lo tiro?

-Oh, quédatelo -replicó la joven, devolviéndoselo-. La magia es como la miel. ¿A quién le importa de dónde procede? Es el uso que haces de ella lo que importa.

-Eso sólo es cierto si puedes controlar el uso -dijo Dilvish-. ¿Quieres hacer un alto en el castillo? ¿O viajamos tanto como podamos esta noche?

-Los animales están cansados.

-Cierto.

-Creo que ese hombre estaba un poco loco.

-Seguramente.

-Una cama de verdad sería muy agradable.

-En ese caso, visitaremos el castillo.

Black guardó silencio cuando prosiguieron la marcha.

Lamparillas de aceite, velas y un gran hogar iluminaban la taberna donde Oele danzaba. Marineros, comerciantes, soldados y bribones y ciudadanos de diversas especies bebían y comían en las pesadas mesas de madera. Esa noche Oele lucía su vestido azul y verde, y dos músicos acompañaban sus enérgicos movimientos en la parte despejada de la sala principal. El negocio había mejorado considerablemente desde su llegada a la ciudad hacía dos semanas, y aunque había recibido tres propuestas de matrimonio y muchas otras clases de ofertas, Oele no se había comprometido con nadie. Y la falta de un fornido compañero no le creaba grandes problemas. Una mirada fija y un simple gesto imperioso ponían fin a las indeseadas atenciones de los más inoportunos, haciendo que un hombre cayera sin sentido al suelo. Era obvio que ella no deseaba los abrazos de los borrachos clientes del lugar, aunque sus ojos escrutaban hasta el último rostro en el transcurso de la noche. Y en ese momento había caras nuevas. Esa tarde había llegado una caravana procedente del oeste, y un barco había arribado de aguas meridionales. El gentío de esa noche era más ruidoso que de costumbre.

Un alto hijo del desierto atrajo su atención... un hombre de pausados movimientos, moreno y aguileño. La suelta vestimenta no ocultaba su cuerpo fuerte y bien proporcionado. Estaba descansando cerca de la entrada, sorbiendo vino y fumando con un complicado artefacto que había dejado en la mesa ante él. Otros hombres de similares atavíos estaban sentados ante la misma mesa, conversando en su sibilante lengua. Los ojos del hombre alto no se desviaban de Oele, y la sacerdotisa empezó a pensar que esa podía ser la noche esperada. Había indicios de gran vitalidad incluso en los movimientos más ligeros del desconocido.

Un grupo de marineros llegó mientras pasaba la noche, pero Oele no les prestó atención. Por entonces estaba bailando únicamente para el hombre elegido. Y era patente, por la luz de sus ojos, su sonrisa y las palabras que había pronunciado a la bailarina al pasar cerca de él, que estaba cautivado. Le serviría. Una hora más y ella se lo llevaría de allí...

-Venid hacia aquí, señora. Me gusta.

Oele miró a la derecha, al hombre que había hablado, y vio unos ojos azules bajo unas revueltas greñas cobrizas, un pendiente de oro, dientes muy blancos, un pañuelo rojo: uno de los marineros recién llegados. Era difícil juzgar su corpulencia, inclinado como estaba hacia adelante.

Oele se acercó mientras lo examinaba. Interesante cicatriz en su mentón... Diestras manazas en la mesa ante él...

Oele esbozó con los labios una suave sonrisa. Aquel hombre estaba más animado que el otro, y ciertamente tan lleno de vida... ¿No sería preferible...?

La sacerdotisa oyó un ruido detrás y se volvió sin perder el compás. El comerciante estaba de pie, mirando coléricamente al marinero. Sus hombres también estaban levantándose. Oele siguió sonriendo y se alejó. La música cesó de pronto. La bailarina escuchó un juramento, muy audible con el repentino silencio.

-Eres muy vivo -dijo el marinero, poniéndose en pie-. Espero que valgas la pena.

Al instante la sala entera pareció cobrar movimiento: mesas y sillas fueron apartadas. Marineros y comerciantes se aproximaron, con armas parecidas en sus manos casi por arte de magia. Los demás clientes se escabulleron hacia lugares protegidos o salieron del establecimiento por la puerta más próxima. Sin mostrar miedo, Oele se apartó varios pasos para hacer sitio para el combate.

El marinero que ella vigilaba avanzó agachado, con un puñal en la mano derecha. El comerciante alto blandía un arma blanca curvada más larga. Mientras sus hombres peleaban alrededor, los dos rivales se abrieron paso hasta un lugar despejado próximo al centro de la sala, como si se hubieran puesto de acuerdo para ello. De un rincón salió despedida una jarra hacia la nuca del comerciante. Oele hizo un brusco ademán y la jarra se desvió y se hizo añicos en la pared.

El marinero esquivó el primer tajo del arma del otro y replicó con un golpe de arriba abajo que hirió levemente el bíceps de su rival. No logró evitar el contragolpe, no obstante, aunque sí pararlo con su arma. Se apartó de un brinco después, incapaz de responder dada la mayor longitud del cuchillo del otro hombre. Empezó a dar vueltas alrededor del comerciante, arrastrando los pies y pateando. Su espalda quedó un momento delate de la reyerta general, y un comerciante de escasa estatura se lanzó hacia él. Oele hizo otro gesto y pareció como si el hombrecillo hubiera sido agarrado por una mano gigante y lanzado al otro lado de la sala. Oele sonrió, se humedeció los labios.

Mientras daba vueltas, el pie del marinero topó con una banqueta. De una patada la lanzó hacia su rival. A pesar de su larga vestimenta, empero, el comerciante evitó la banqueta con un rápido movimiento y atacó de nuevo la cabeza del otro. Pero el marinero había sacado una cabilla de su cinturón y la usó para parar el golpe; reaccionó con rapidez lanzó un tajo al estómago del comerciante.

El atacado logró recobrarse y esquivar el golpe a tiempo, pero con ello quedó en mala posición muy cerca de su rival. La cabilla le alcanzó la sien. Retrocedió, claramente aturdido, mientras su arma describía un amplio movimiento circular, y la porra le dio de nuevo, en el pómulo izquierdo. Se tambaleó y la cabilla subió y bajó dos veces más en rápida sucesión. Quedó tendido en el suelo, inmóvil, con la ropa desarreglada. El marinero se acercó y de una patada le quitó el arma de la mano extendida. Pese a ello, el comerciante no se movió. Jadeante el marinero se enjugó el sudor de la frente y sonrió a Oele mientras metía la cabilla en el cinturón.

-Buen trabajo -dijo la bailarina-. Casi terminado.

El marinero contempló su puñal, sacudió la cabeza después.

-Está terminado -replicó-. No pienso apuñalarlo para vuestra diversión.

Puso el arma en la funda que llevaba en la bota derecha. La pelea entre marineros y comerciantes continuaba, aunque con algunas muestras de lentitud, perdiendo fuerza. Tras una rápida mirada en esa dirección, el marinero inclinó la cabeza ante Oele.

-Capitán Reynar -dijo-, a vuestro servicio. Amo de mi propio barco, la *Pata de Tigre*. Creo que podríais disfrutar navegando por las aguas del sur.

Oele aceptó su brazo y ambos se alejaron.

-Creo que no -dijo ella-. Porque también soy ama en mi casa, que no pienso abandonar. ¿Evitamos nuevas heridas a estos pobres sujetos?

Hizo un amplio gesto circular hacia los restantes combatientes y todos cayeron sin sentido al suelo.

-Un truco magnífico -dijo el capitán-, y que no me importaría conocer.

Oele hizo otro gesto mientras seguían andando y la puerta se abrió de par en par ante ellos.

-Tal vez os lo enseñe -respondió la bailarina al salir-. Pero mis aposentos están más cerca que vuestro barco y sin duda menos atestados... aunque los dejaremos por la mañana para viajar a las montañas.

El marinero sonrió.

-Haría falta mucho para convencer a un capitán de que abandone su barco... sin descortesía alguna a vuestros evidentes encantos.

-Ahuecad vuestras manos.

Reynar le soltó el brazo y obedeció. Oele tapó las manos del hombre con las suyas y algo empezó a resonar. Momentos después el marinero puso tensos los brazos ante el inesperado peso. Oele levantó las manos y las del capitán estaban llenas de relucientes monedas. Siguieron cayendo más, que resbalaron y cayeron al suelo.

- ¡Basta! ¡Basta! ¡Se están cayendo! -exclamó Reynar.

Oele rió, y el sonido de su risa no era distinto del del oro, pero el diluvio de dinero concluyó. Reynar guardó las monedas en diversos lugares de su persona. Se arrodilló y recogió el dinero caído. Lo examinó. Mordió una moneda.

¡Auténticas! ¡Son auténticas! -dijo.

- ¿Qué me decíais de un capitán y su barco?

-No tenéis la menor idea de cuán miserable puede ser la vida en el mar. Siempre he deseado vivir en las montañas. -Se tocó la frente y ofreció de nuevo su brazo-. ¿En qué dirección? -preguntó.

El sol había pasado detrás de la montaña, creando largas sombras, aunque el día aún se extendía en el territorio de las llanuras cuando Dilvish y Reena se acercaron al castillo que habían divisado horas antes.

Se detuvieron y contemplaron el lugar. Los estandartes aleteaban en las almenas y torres y parecía haber luz en todas las ventanas. El rastrillo se levantó y un sonido de música brotó del interior.

- ¿Qué opinas? -dijo Dilvish.

-Estaba comparándolo con el castillo que fue mi hogar -replicó Reena-. Me parece magnífico.

Atisbaron por la entrada. Una mujer que aguardaba en las proximidades cruzó la puerta y los saludó.

- ¡Viajeros! Sed bienvenidos si buscáis cobijo.

Dilvish señaló los adornos de los muros, la alargada alfombra extendida al otro lado de la entrada.

- ¿Cuál es el motivo -preguntó- de este ornamento?

-Nuestra señora ha estado fuera -replicó la mujer-. Regresará esta noche con su nuevo cónyuge.

-Debe ser una mujer notable, para mantener un castillo como éste aquí.

-Ciertamente lo es, caballero.

Dilvish observó un instante más.

-Tengo intención de quedarme aquí -dijo por fin.

-Y yo un cuerpo que agradecerá un poco de descanso
-comentó Reena.

-Entremos.

Avanzaron hasta llegar donde estaba la rechoncha mujer morena que los había saludado. Sus manos eran grandes, sus movimientos pausados; su rostro estaba salpicado de pecas. Sonrió enseñando sus grandes dientes y condujo a los viajeros al interior.

Dilvish contó otros cinco sirvientes -dos mujeres y tres hombres- dedicados a diversas tareas en el patio. Algunos estaban colgando nuevos adornos. La mujer que los había recibido llamó a uno de los hombres.

-El se ocupará de vuestros caballos -dijo. Luego volvió la cabeza y miró a Black-. Excepto éste. ¿Qué deseáis que se haga con él?

Dilvish miró hacia un rincón a la izquierda.

-Si es posible, lo dejaré allí -dijo-. No se moverá.

- ¿Estáis seguro?

-Lo estoy.

-Perfectamente. Hacedlo. Sacad las cosas que habéis traído y os ayudaré a llevarlas a vuestras habitaciones. Más tarde cenaréis en la mesa de la señora.

-En ese caso, quiero eso -dijo Reena, señalando un fardo, mientras Dilvish y Black se alejaban hacia el rincón elegido.

-Me preocupa vagamente -dijo Black- nuestro encuentro con aquél viejo. No saldré de este cuerpo mientras esté aquí. Si me necesitas, llámame y vendré.

-De acuerdo -dijo Dilvish-, aunque lo dudo que sea necesario.

Black bufó y se quedó inmóvil, convirtiéndose en la estatua de un caballo. Dilvish desmontó, cogió sus cosas y siguió a las mujeres hacia el interior.

La mujer que los había recibido, cuyo nombre era Andra, los condujo a una habitación del tercer piso con vistas al patio.

-Cuando la señora y su esposo lleguen, os llamaremos a cenar y a gozar de la diversión -dijo-. Mientras tanto, ¿hay algo que necesitéis?

Dilvish meneó la cabeza.

-No gracias. Pero siento curiosidad por averiguar cómo sabéis exactamente cuándo llegará ella. Estáis a bastante distancia de cualquier lugar.

Andra reflejó confusión.

-Ella es la señora -replicó-. Nosotros lo sabemos.

En cuanto se hubo ido, Dilvish señaló la puerta con la cabeza.

-Extraño... -dijo.

-Tal vez no -replicó Reena-. *Hay* una sensación peculiar en este lugar. Yo puedo reconocerla mejor que nadie, aunque no es tan fuerte como en mi hogar. Creo que esta dama, Oele, podría ser una adepta menor. Hasta sus criados parecen poseer la sensibilidad apagada de las personas dominadas.

- ¿Pero no habías oído hablar de ella, o de alguien de esta región, como hermana del arte?

-No. Pero hay tantos practicantes menores que es imposible conoce a todos. Sólo los actos de los grandes ofrecen temas generales para los chismes.

- ¿Como los de tu antiguo patrón?

Reena se volvió hacia él, con los ojos entrecerrados.

- ¿Tienes que recordar en todas las conversaciones a tu enemigo y tu venganza? -dijo-. Yo también lo odio, y sé que te hizo mucho daño. ¡Además mató a mi hermano! ¡Pero estoy harta de oír hablar de él!

-Lo... lo siento -replicó Dilvish-. Supongo que me he vuelto un poco testarudo...

Reena se echó a reír.

- ¿Un poco? -dijo. ¿Vives para otra cosa? ¿Recapacitas alguna vez? Por la forma en que él controla todos tus pensamientos, todos tus actos, ¡podrías estar hechizado por él! Si logras destruirlo, ¿qué harás después? ¿Queda otra cosa en tu vida? Tú...

Reena se interrumpió y se volvió de espaldas.

-Lo lamento -dijo-. No he debido hablar de nada de esto.

-No -replicó Dilvish, sin mirarla-. Tienes razón. Nunca me había dado cuenta. Pero tienes razón. ¿Creerías que me educaron para ser cortesano..., que interpretaba música y cantaba, que escribía poemas?... Hice otras cosas después debido a las circunstancias, pero mi cuna era noble. Sólo por casualidad adquirí ciertas dotes militares, y sólo por necesidad progresé en esa carrera. Yo siempre había deseado... otra cosa. Ahora... ¡Qué lejano parece todo eso! Has dicho algo que es verdad. Me pregunto...

- ¿Qué?

-Qué *haría* si todo terminara. Volver a mi patria, tal vez, tratar de resolver viejos agravios contra nuestra casa...

- ¿*Otra* venganza?

Dilvish se echó a reír, algo que Reena raramente oía.

-Más bien un asunto de aburridas legalidades. *Voy* a pensar en ello, y en muchas otras cosas, ahora. Incluso esa enorme... laguna en mi vida se ha alterado un poco, de la pesadilla al sueño. Sí, de vez en cuando me preocuparé de otros asuntos.

- ¿Por ejemplo?

-Qué hacer hasta la hora de cenar, por ejemplo.

-Te ayudaré a pensar en algo -le dijo Reena, aproximándose.

Las antorchas llameaban y chisporroteaban y la música sonaba por todas partes cuando Reynar y Oele entraron en el patio, cabalgando sobre la gran alfombra adornada con las flores arrojadas por los criados en el momento en que la pareja cruzó la entrada. Oele asintió y sonrió y las sombras danzaron y culebrearon. Luego su expresión se enfrió cuando su mirada topó con una oscura silueta en un lejano rincón, con metálicos toques de luz en su superficie. Oele tiró de las riendas y señaló la silueta.

- ¿Qué es eso? -preguntó en voz alta.

Andra corrió junto a ella.

-Pertenece a un invitado, señora -afirmó-, un hombre llamado Dilvish que llegó antes. Le ofrecí hospitalidad, como vos habríais deseado.

Oele desmontó y entregó las riendas a Andra. Atravesó el patio y se detuvo ante Black. Luego dio la vuelta a la estatua, sin dejar de observarla. Finalmente extendió su enjoyada mano y le dio una palmada en el cuello. Se echó hacia atrás, volvió después con Andra.

- ¿Cómo -dijo- ha transportado una estatua de caballo a través de las montañas? ¿Y por qué?

-Bien, es una estatua ahora, señora -replicó Andra-, pero él entró cabalgando en ella. Dijo que no se movería cuando la dejó aquí. Y no se ha movido.

Oele miró de nuevo a Black. Mientras tanto, Reynar había desmontado y se había aproximado a ella.

- ¿Qué ocurre? -preguntó.

Oele le cogió de la mano y lo condujo por el patio hacia la entrada principal.

-Esa... cosa -dijo, señalándola bruscamente con la cabeza.. trajo a su amo.

- ¿Cómo es posible? -preguntó Reynar-. Me parece bastante rígida.

-Obviamente nuestro invitado es un mago -replicó ella-. Esto me resulta bastante embarazoso.

- ¿Por qué?

-Nos apresuramos a volver hoy porque esta noche la luna estará llena en lo alto del cielo y debo actuar para asegurarme el poder del que te hablé.

- ¿Para concederme poderes como los tuyos?

Oele sonrió.

-Naturalmente.

Subieron una escalera y llegaron a un gran recibidor. Sonaba más música, en alguna parte a la izquierda. Reynar olió exóticos perfumes.

- ¿Y este mago...? -inquirió.

-No me gusta la idea de tener por aquí a alguien de su ralea precisamente ahora. Su llegada es curiosamente inoportuna.

Reynar sonrió mientras Oele le llevaba hacia una escalera.

-Quizá yo disponga la hora de su partida para satisfacerte.

Oele le dio una palmadita en el brazo.

-No nos apresuremos tanto. Cenaremos con ese hombre y nos formaremos rápidamente una opinión de él.

Oele le llevó escaleras arriba y entraron en sus aposentos, donde llamó a un sirviente. Una mujer parecida a Andra, aunque más alta y corpulenta, respondió a la llamada.

- ¿Cuándo estará preparada la cena? -le preguntó Oele.

-Tan pronto como deseéis, señora. Son platos que se pueden comer ahora o más tarde. La carne ha estado haciéndose a fuego lento desde hace un rato.

-Cenaremos dentro de una hora. Di al invitado que nos acompañe.

-Sólo a él, señora? ¿No a su mujer?

-No sabía que hubiera dos invitados. Dime sus nombres.

-El se llama Dilvish, y la señora Reena.

-He oído ese nombre anteriormente -dijo Reynar-. Dilvish... Me ha parecido conocido cuando la otra mujer lo ha mencionado en el patio. ¿Un guerrero, tal vez?

-No lo sé -respondió la mujer.

-Naturalmente dirás lo mismo a Reena -dijo Oele-. Vete y hazlo ahora mismo.

La criada se fue y Oele preparó su ropa para la noche: una prenda gris sorprendentemente sencilla y una correa de plata. Se puso detrás de un biombo, donde aguardaban agua y toallas, y al poco rato Reynar oyó ruido de salpicaduras.

- ¿Qué sabes de este hombre? -gritó por fin Oele.

Reynar, que se había acercado a la ventana y contemplaba el patio, se volvió.

-Creo que se distinguió en un lugar llamado Portaroy -respondió-, en esas interminables guerras fronterizas entre el Este y el Oeste. Algo de que cabalgaba en un caballo metálico y que resucitó a un ejército de muertos. Pero no recuerdo detalles. No sé nada de la mujer.

-Él está muy lejos de Portaroy -dijo Oele-. Me pregunto qué estará haciendo aquí.

Reynar se acercó al tocador, donde se peinó y se limpió las uñas. Encontró un trapo y se frotó las botas con él.

-Eh... si él está aquí para hacer algo que contraríe tus planes para esta noche -dijo-, ¿podrás hacer frente a... eso?

-No te preocupes -replicó Oele-. No carezco de recursos. Me ocuparé de tí.

-Nunca lo he dudado -dijo Reynar, sonriente mientras daba brillo a la hebilla de su cinturón.

Reena se había puesto un largo vestido escotado de bordes negros y mangas abombadas, y Dilvish una blusa marrón y una chaqueta de cuero color verde claro, con los pantalones negros ceñidos con un cinto igualmente verde. Oyeron música en el comedor cuando bajaron la escalera: instrumentos de cuerda y una flauta, sonando lentamente. Los olores de la cocina no tardaron en llegar hasta ellos.

-Estoy ansioso por conocer a nuestra anfitriona -dijo Dilvish.

-Confieso que yo estoy más ansiosa porque me presenten una comida caliente -dijo Reena-. ¿Cuánto tiempo desde la última posada? Más de una semana...

Risueña, Oele se levantó cuando entraron los invitados. Reynar se apresuró a imitarla. Las presentaciones fueron breves, y la anfitriona rogó a Dilvish y Reena que tomaran asiento. Los criados se dispusieron a traer el primer plato y a servir vino. Un fuego crepitaba en el hogar, en frente de Dilvish, detrás de Reena. Los músicos se hallaban en el extremo opuesto de la sala.

Llevaban comiendo varios minutos cuando Dilvish vio que había otro comensal, no en su compañía. En la mesita situada a un lado de la chimenea había un anciano vestido con pieles,

con el bastón apoyado en la pared. Parecía ser el mismo hombre que habían conocido anteriormente en la senda. Cuando sus miradas se encontraron, el viejo sonrió y saludó con una inclinación de cabeza. Se señaló el cuello y Dilvish tocó el amuleto que llevaba bajo la camisa y devolvió el saludo.

-No había reparado en ese anciano -observó Dilvish.

-Oh, ha estado aquí otras veces -dijo Oele-. Cuida ganados. Pasa por aquí de vez en cuando. Reynar me dice que cree recordar vuestro nombre relacionado con un lugar llamado Portaroy. ¿Está en lo cierto?

Dilvish asintió.

-Combatí allí.

-He empezado a recordar relatos que oí -dijo Reynar-. ¿Es cierto que el animal metálico que montáis es realmente un demonio que os ayudó a huir del infierno y que un día os llevará a la tumba?

-Me lleva a la tumba casi todos los días -dijo Dilvish, sonriente-, y me ha ayudado de muchas formas... y yo a él.

-...Y hay rumores sobre una estatua. ¿Es cierto que en un tiempo fuisteis una... como el animal ahora mismo?

Dilvish se miró las manos.

-Sí -dijo en voz baja.

-Extraordinario -observó Oele-. ¿Puedo preguntar qué lleva a un hombre de vuestro... pasado... tan lejos del escenario de sus triunfos?

-Venganza -dijo, y siguió cenando-. Estoy buscando a alguien que a mí y a gran número de personas nos ha causado infinidad de problemas.

- ¿Quién puede ser? -pregunto Reynar.

-No deseo que caiga una maldición sobre este lugar mencionando su nombre. Es un mago.

-Parece que encontráis malos enemigos -dijo Reynar. Tenemos eso en común. Hace tiempo maté a un mago, en las Islas Orientales. El maldito estuvo a punto de asfixiarme antes de que pudiera acabar con él. Me había dejado sin respiración. Por fortuna, yo tenía cierta experiencia como buscador de perlas...

Dilvish centró de nuevo su atención en la cena. Una nueva pregunta de vez en cuando mantenía al marino hablando de sus viajes. Por el rabillo del ojo, Dilvish vio muestras de creciente exasperación por parte de Oele, pero ella parecía contenerse siempre que él la veía preparada para hacer callar al capitán. Luego Dilvish dedujo de la dirección de sus sonrisas que Reena parecía escucharle con creciente fascinación, incluso olvidando su cena; y las sonrisas del marino obtenían respuesta. Dilvish miró a Oele y ella enarcó una ceja. Dilvish encogió de hombros.

De pronto todos los rasgos de Oele eran sumamente bellos y deseables. Mucho más que instantes antes. Dilvish reconoció la sensación, aunque el conocimiento no desmereció lo más mínimo la impresión. Hechizo. Él lo había experimentado antes en su patria. Ella estaba realzando su atractivo natural mediante medios mágicos. Sin embargo el hechizo sólo duró un momento, se apagó y dejó a la mujer igual que antes. ¿Cuál era su propósito?, se preguntó Dilvish. ¿Una promesa? ¿Una invitación?

Cuando terminaron de cenar, Oele se puso en pie y clavó los ojos en Dilvish.

-Venid a bailar conmigo -dijo.

Dilvish se levantó y caminó junto a la mesa hacia la parte despejada en el extremo de la sala próxima a los músicos. Mientras andaba, vio que Reena y Reynar se ponían igualmente de pie.

Cogió a Oele de la mano y empezó a seguir el ritmo, majestuoso, lento. Era una variación de una música que había aprendido hacía tiempo, y rápidamente captó el ritmo. Oele se movía con enorme gracia, y siempre que le miraba, sonreía, y parecía estar un poco más cerca.

-Vuestra esposa es muy encantadora -dijo Oele.

-No es mi esposa -replicó Dilvish-. Estoy escoltándola hasta una ciudad del sur.

- ¿Y después?

-Me dedicaré al asunto que he mencionado antes. No tengo deseo alguno de exponer a otra persona al peligro.

-Interesante -dijo Oele, alejándose otra vez. La siguiente vez que estuvo de cara a Dilvish, agregó-: Deduzco que no os gusta mucho hablar de estas cosas, pero ¿sois cazador de demonios? ¿Podéis dominarlos?

Dilvish escrutó el rostro femenino, pero no dedujo nada.

-Sí -dijo por fin-. Tengo cierta experiencia en ese campo.

Tras algunos compases más, Dilvish preguntó:

- ¿Por qué?

-Si lograrais vincular a vuestra voluntad a un demonio realmente fuerte -dijo ella-, ¿no os podría hacer un buen servicio en esta lucha contra vuestro mago?

-Posiblemente -replicó Dilvish, levantando y bajando la mano de su pareja.

Oele le rozó con el cuerpo.

-Sería preferible -prosiguió ella- dominar a ese demonio a que él os dominara a vos, darle órdenes sin tener que pagar antes... ¿no os parece?

Dilvish asintió.

-Lo mismo ocurre con la mayoría de siervos y servicios, ¿no lo creéis así? -dijo Dilvish.

-Naturalmente -convino Oele. Y añadió-: Tengo a un demonio de esas características...

- ¿Aquí? ¿En el castillo? -Dilvish estuvo a punto de pararse.

Oele meneó la cabeza.

-Cerca.

- ¿Y queréis que yo lo someta?

-Sí.

- ¿Conocéis su nombre?

-No. ¿Es importante saberlo?

-Es esencial. Había supuesto que sabíais algo de estos asuntos...

- ¿Por qué?

-Tenéis algo que revela cierta relación con fuerzas de esa naturaleza.

-Pago por mis poderes, pero no los comprendo. Estoy harta de pagar. Si averiguo el nombre, ¿dominaréis al diablo y os quedaréis conmigo?

- ¿Y Reena?

-Habéis dicho que ella no es importante, que pronto os despediréis de ella...

-No he dicho que ella no es importante. ¿Qué me decís de Reynar?

-Él no es importante.

Dilvish guardó silencio durante varios compases.

-Si solamente deseáis libraros de vuestro demonio, quizá pueda conseguirlo sin saber el nombre -dijo finalmente Dilvish.

-No deseo librarme de él. Deseo tener total control sobre él.

-No estoy muy seguro de que vuestro demonio sea tan beneficioso para mí, pero si supierais el nombre podríais convencerme para que me quede un poco más de tiempo y vea qué puedo hacer por vos.

Oele estuvo apretada a él un instante.

-Me encantaría convenceros -dijo-. Quizá mañana mismo.

Sus manos se alzaron y cayeron de nuevo. Dilvish miró a Reena y Reynar. Parecían estar hablando, pero no consiguió oír lo que decían.

Al incorporarse tras una reverencia siguiendo el compás, Reena observó la dirección de la mirada de su pareja y sonrió.

- ¡Ah, señora! Estáis a punto de estallar en ese vestido

-dijo él-. Es una pena que no estemos solos en alguna parte, donde el asunto podría proseguirse hasta su adecuada conclusión.

- ¿Desde cuándo conocéis a Oele? -preguntó Reena, todavía sonriente.

-Desde hace algunas semanas.

-Los hombres raramente son modelos de lealtad -dijo Reena-. Pero aún así, es poco tiempo para apasionarse...

-Bien, la verdad es que... -La expresión de Reynar cobró seriedad. Apartó los ojos de los pechos de Reena y miró a Oele-. No tengo motivo para mentir a una desconocida. Ella es encantadora y vivaracha, pero me causa un poco de miedo. ¿Sabéis que es hechicera?

-Absurdo -dijo Reena-. Ella no ha respondido a ninguno de los signos de reconocimiento comunes en la profesión cuando los he hecho ante sus ojos.

- ¿Vos? -dijo Reynar, con los ojos muy abiertos-. ¡No lo creo!

Reena hizo un gesto y la sala desapareció. Estaban bailando en fosforescentes cavernas, con impresionantes estalagmitas alzándose como columnas por todas partes. Momentos después estaban dando vueltas en blancas arenas del verde fondo de un océano, con brillantes corales y más brillantes peces en todos los rincones. También esta escena se esfumó en un instante, siendo sustituida por la oscuridad salpicada de estrellas del espacio exterior, lejos de cualquier habitación humana. Igual que gigantes, igual que dioses, Reena y el marino recorrieron las constelaciones en silencio, siguiendo los omnipresentes compases del baile. La mano de la mujer pasó como un lento y fulgurante cometa ante los ojos de Reynar. Habían vuelto a la sala iluminada por el fuego del hogar y las velas, seguían bailando sin haber perdido el ritmo un solo instante.

-Afirmo que vuestra esposa no es una hechicera -dijo Reena-. Yo lo habría sabido.

-Entonces ¿qué es? -preguntó el marino-. Sé que ella dispone de ciertos poderes. Ha dejado sin sentido a varios hombres con un solo gesto. Ha llenado mis puños de oro cuando no había oro en ningún sitio.

-Ese oro se convertirá en piedras y polvo -dijo Reena.

-En ese caso me alegra haberlo gastado rápidamente -replicó Reynar-. Será mejor que eluda a ciertas personas la próxima vez que pase por allí. Pero si eso no es magia, ¿qué es?

-La magia -replicó Reena- es un arte. Requiere considerable estudio y disciplina. En general hay que esforzarse un período bastante largo incluso para obtener el nivel relativamente modesto que yo poseo. Pero hay otras rutas para alcanzar el poder mágico. Una persona puede nacer con aptitudes naturales y crear muchos efectos sin instrucción. Pero esto es brujería muy sencilla, y tarde o temprano, a menos que se tenga mucha fortuna o se muestre gran cuidado, esa persona se encuentra en dificultades por falta de conocimientos de las leyes propias de los fenómenos. Pero no creo que éste sea el caso de vuestra esposa. Un mago suele llevar una señal identificadora visible para otros compañeros de profesión.

- ¿Cuál, pues, es su secreto?

-Quizás extraiga su poder directamente de un ser mágico al que ella domina o sirve.

Los ojos de Reynar se abrieron desmesuradamente y miraron de nuevo a Oele. El marino se humedeció los labios y asintió.

-Creo que es eso -dijo. Y agregó-: Decidme, ¿es transferible ese poder? ¿Puede compartirse?

-Sí, por supuesto -respondió Reena-. Es posible. El otro también será un siervo... o compartirá el dominio, esas son las posibilidades.

- ¿Hay algún riesgo en ello?

-Bien... tal vez. Hay tantos detalles que no entiendo en esa situación... Pero ¿por qué querría ella compartir su poder? Yo no lo haría.

Reynar desvió la mirada.

-Tal vez tenga una opinión demasiado elevada sobre mí mismo
-dijo por fin-. ¿Cuánto tiempo estaréis aquí?

-Nos iremos por la mañana.

- ¿Adónde os dirigís?

-Hacia el sur.

- ¿Es vuestra misión de venganza?

Reena hizo un gesto negativo con la cabeza.

-No es mi misión. Es la de él. Yo iniciaré una nueva vida, quizás en Tooma. Él continuará. No creo que pueda convencerlo para que no lo haga... o de lo contrario lo haría.

-En otras palabras, ¿seguiréis vuestro propio camino dentro de poco?

La comisura derecha de los labios de Reena se estrechó.

Así parece.

-Supongamos -dijo Reynar-, supongamos que los dos abandonamos a nuestra pareja y huimos juntos. Tengo un barco, y me dirigiría hacia el sur si partiera de repente. Hay muchos puertos extraños e interesantes. Habría excitación, nuevas comidas, baile... y por supuesto mi estupenda compañía.

Reena se sorprendió al notar que se ruborizaba.

-Pero si acabamos de conocernos -dijo-. Apenas os conozco. Yo...

-Los dos estamos en el mismo caso, y admito que soy un diablo impulsivo. Pero siempre me he portado bien con mis mujeres, mientras hemos estado juntos.

Reena se echó a reír.

-Es un poco repentino, pero gracias de todas formas. Además
-dijo Reena, me asusta bastante el mar.

Reynar meneó la cabeza.

-Tenía que intentarlo, ya que sois lo más encantador que he visto en mi vida. Si cambiáis de opinión mientras todavía estéis en situación de hacer algo al respecto, recordad que estoy titubeando aquí debido a mi miedo. Vuestra decisión será la mía.

-Me siento halagada -dijo Reena-, y eso podría ser divertido durante algún tiempo, pero no. Tendréis que tomar vuestra decisión solo.

-En ese caso, pretendo dejar seguir las cosas -dijo Reynar- y ver qué pasa. Las ganancias podrían ser grandes pese a todo.

-Puedo imaginar esas cosas -contestó Reena- y os deseo suerte. ¿Cuándo?

-Reynar miró hacia la ventana, donde era visible un pálido fulgor.

-La luna está saliendo -replicó.

-Lo sospechaba.

- ¿Cómo?

-Por vuestros actos, vuestras emociones.

-Bien, ¿hay algún consejo que podáis ofrecerme, ya que estáis familiarizada con estos asuntos?

Reena le miró a los ojos.

-Marchaos -le dijo-. Volved a vuestro barco, al mar. Olvidad esto.

-He llegado muy lejos -respondió el marino.

Reena extendió la mano y rozó con las puntas de los dedos la frente de Reynar mientras la música acercaba a ambos.

-La marca de la muerte empieza a asomar ya en vuestra frente. Haced lo que os digo.

Reynar sonrió maliciosamente.

-Sois una dama encantadora, y quizás un poco celosa de vuestros poderes... o teméis que yo pueda obtener algunos. Como he dicho, he llegado muy lejos, y tengo un buen viento a favor. Es la disposición de las velas lo que más me preocupa.

-En ese caso -replicó Reena-, sólo puedo ofreceros un consejo general: recelad de lo que os ofrezcan de comer o de beber.

- ¿Eso es todo?

-Sí.

Reynar sonrió de nuevo.

-Después de una cena como ésta, eso no será problema. Os recordaré, y tal vez nos unamos pese a todo.

Reena se sonrojó por segunda vez y desvió la mirada.

Más tarde, cuando la música cesó, Reynar la cogió de la mano y la llevó a la mesa para una dulce y última ronda de vino.

Cuando terminaron y se retiraron, Dilvish notó un tirón de manga mientras seguía a los otros fuera del comedor. Al volverse vio que era el viejo que había estado sentado junto al fuego.

-Buenas noches -dijo Dilvish.

-Buenas noches, caballero. Decidme, ¿vais a partir ahora?

Dilvish respondió negativamente con la cabeza.

-Pasaremos la noche aquí y partiremos por la mañana. ¿Deseabais viajar con nosotros?

-No, simplemente repetir mi advertencia.

- ¿Qué sabéis que yo no sepa? -preguntó Dilvish.

-No soy filósofo, para responder a esa pregunta -afirmó el anciano. Cogió su bastón, dio media vuelta y salió renqueando hacia la cocina.

... Allí estaba Jelerak, inclinando sobre el sacrificio. Dilvish avanzó hacia él, espada en mano, dando patadas a artilugios mágicos, maldiciendo, corriendo en socorro de la víctima. Pero ya no estaba corriendo. Notó que sus extremidades se hacían más pesadas, y sus movimientos más lentos. Al mirar los ojos llenos de odio de la sombría silueta que se cernía ante él, vio su propio puño cerrado, de un blanco anormal, convertido en algo similar a piedra en respuesta a las secas palabras que habían invocado las fuerzas que caían sobre él como un torrente, constriñendo sus entrañas, disminuyendo los latidos de su corazón... Dilvish se tambaleó, se detuvo y quedó totalmente entumecido... con excepción de su columna vertebral, que parecía estar en llamas. Algo estaba retorciendo su conciencia, y una suave voz parloteante le llegó a la cabeza entre un sonido igual que el del viento enfurecido. Era como si estuvieran arrancándole de su cuerpo...

Estaban sacudiéndole. Dilvish alzó las manos y las bajó otra vez. El pánico comenzó a ceder cuando comprendió que se hallaba en la cama.

-No pasa nada -estaba diciendo Reena-. Un sueño, un mal sueño... No pasa nada.

-Sí -dijo por fin Dilvish, frotándose los ojos-. Sí...

Bajó las manos, dio una palmada en el muslo de Reena.

-Gracias -dijo-. Siento haberte despertado.

-Vuelve a dormir -respondió la joven.

- ¿Qué es eso?

- ¿Qué?

-A la derecha -dijo Dilvish en voz baja-. Mira la puerta.

Hubo una larga pausa.

-No la veo...

-Yo tampoco.

Dilvish bajó los pies al suelo, se levantó y cruzó la habitación. Se detuvo cerca del lugar donde debía estar la puerta. Extendió la mano y tocó la pared, la apretó. Pasó las puntas de los dedos por la piedra. Fue de un rincón al otro.

-No es una ilusión de la oscuridad -dijo-. No hay puerta.

- ¿Magia? -dijo Reena-. ¿Obra de albañilería?

-No puedo saberlo, y no tiene importancia -replicó Dilvish-. De todos modos, estamos prisioneros. Levántate. Prepara tus cosas.

- ¿Por qué?

- ¿Por qué? Voy a intentar salir de aquí.

Cruzó la habitación hacia la estrecha ventana.

- ¡Espera! ¿Estás seguro de que eso sería prudente, aunque descubras una forma?

-Sí -replicó él-. Cuando alguien me hace su prisionero, estoy seguro de que es preferible no seguir siéndolo.

-Pero nadie ha intentado causarnos daño...

-Todavía no -dijo Dilvish-. No comprendo tus intenciones.

-Podría ser más peligroso salir que estar aquí.

- ¿Por qué dices eso?

-Algo está pasando afuera esta noche. Algo peligroso, lo deduzco de... mi conversación con Reynar. Me siento segura aquí. ¿Por qué no aguardamos... hasta que amanezca?

-Nadie va a controlarme -afirmó Dilvish- si puedo hacer algo al respecto.

Asomó la cabeza por la estrecha ventana.

- ¡Black! -gritó-. ¡Te necesito! ¡Estamos encerrados en esta habitación! ¡Acércate!

Hubo movimiento en el pozo de sombra situado abajo, a la derecha. Con la luz de la luna convirtiendo sus ojos en fuego, la oscura silueta de caballo dio varios pasos y se detuvo. De pronto echó hacia atrás la cabeza y emitió un gemido que obligó a Dilvish a alejarse de la abertura.

- ¡Black! ¡Qué ocurre! ¿Cuál es el problema? -gritó.

-Me he quemado -sonó la réplica-. Alguien me ha rodeado. ¿Puedes librarme de eso desde allí?

-No lo creo. Espera un momento.

Dilvish volvió la cabeza hacia la cama.

-Alguien ha cercado a Black... -empezó a decir.

-Lo he oído -repuso Reena-. Yo no puedo liberarlo desde aquí.

-Perfectamente.

Dilvish encontró su ropa y comenzó a vestirse.

- ¿Qué piensas hacer?

-Va a ser un estrujón, pero creo que podré salir por esa ventana.

-Hay losas ahí abajo.

Dilvish cogió una manta y la anudó al pilar más próximo de la cama.

Disponemos de suficientes sábanas para llegar bastante abajo y saltar. Coge la palangana y mójalas todas. Así serán más resistentes. Pero no creo que la cama pueda moverse... No, no puede moverse.

Terminó de atar las sábanas y se echó al hombro el cinto con la espada. Levantó la mojada cuerda y la lanzó por la ventana.

-Bien. Me voy ahora -dijo. De una patada acercó una banqueta a la ventana y se subió encima-. Prepárate. Volveré pronto a buscarte.

- ¿Pero cómo...?

-Hazlo.

Dilvish ya estaba introduciéndose poco a poco por la ventana. Tuvo que detenerse para quitarse la espada del hombro. Sostuvo el arma en una mano y la cuerda de sábanas en otra. Se detuvo de nuevo, sacó aire de sus pulmones y siguió impeliéndose hacia la izquierda, poco a poco, notando el roce de la piedra en su espina dorsal. Tras expeler más aire, continuó deslizándose hacia un lado y su esternón también rozó muy despacio la parte más estrecha de la ventana. Un frío viento nocturno acometió su cara cuando salió y volvió a ponerse la espada al hombro. Cogió la cuerda con ambas manos e inició el descenso.

Sus botas elfas encontraron puntos de apoyo en lugares donde otro calzado habría resbalado. Muy inclinado, con los brazos en tensión, se apoyó en la pared mientras bajaba. Se detuvo para enjugarse las manos una a una, ya que su peso arrancaba humedad de la tirante ropa. Miró hacia arriba una vez, hacia abajo en varias ocasiones. la luna, que ascendía hacia el centro del cielo, creaba una lechosa película en el silencioso patio y el granuloso muro que estaba descendiendo.

Su intención al llegar al extremo de la cuerda era quedar suspendido con los brazos estirados antes de soltarse para saltar el resto de la distancia. No obstante, sus manos resbalaron antes de poder llegar a esa posición. Al caer de espaldas, notó un tirón que enderezaba su cuerpo, cambiando su posición respecto al suelo; sus botas encantadas recurrieron a las fuerzas necesarias para asegurar una caída de pie.

Dilvish dobló las rodillas. Se lanzó hacia adelante para dar vueltas en cuanto se produjo el contacto, pero aun así sus tobillos sufrieron un fuerte estremecimiento al tocar la dura superficie.

Se levantó rápidamente y se colocó el cinto de la espada en una forma más tradicional. Miró alrededor, atento durante unos instantes a cualquier indicación de eminente peligro. Aparte del viento y de su jadeante respiración, empero, no oyó nada. Como tampoco vio nada extraordinario.

Atravesó el patio raudamente y se detuvo ante Black.

- ¿Quién lo ha hecho? -preguntó.

-No lo sé. Ni siquiera me di cuenta de que estaba inmovilizado hasta que traté de moverme. De haber sabido lo que pasaba, no habría aguardado a que ellos completaran la trampa. Puedo refrescarte la memoria si no recuerdas el procedimiento de liberación...

-Precisa demasiado tiempo -dijo Dilvish-. Dado que yo puedo hacer algunas cosas que tú no puedes, me limitaré a romper el círculo y sacarte de ahí.

-Será doloroso. Es muy fuerte.

Dilvish se echó a reír en voz baja.

-Pase lo que pase, me he sentido peor otras veces.

Dilvish avanzó, sintiendo primero un cosquilleo, luego un fuerte dolor al acercarse a su montura. Se detuvo un momento y el dolor alcanzó un angustioso máximo, como si todo su cuerpo ardiera por dentro y por fuera, y la cabeza le dio vueltas. Después, la angustia comenzó a ceder. Dilvish extendió los brazos y tocó a Black con ambas manos.

-He disipado la parte peor -dijo, y montó-. ¡Vamos!

Black empezó a moverse. Hubo una sensación de cosquilleo, y después se encontraron cruzando el patio, en dirección a la entrada principal. Momentos más tarde la había atravesado.

- ¡Sube esa escalera! -Dijo Dilvish, y Black se lanzó hacia adelante, haciendo resonar sus cascos-. Cuando llegues arriba, a la derecha. Luego subes por la otra escalera.

Grandes candelabros flamearon al pasar Black, los tapices se agitaron, las armas colgadas resonaron en las paredes de piedra.

-Gira a la derecha aquí... en lo alto de la segunda escalera. Gira otra vez... a la derecha. Despacio ahora... Cerca del centro del corredor. ¡Para!

Dilvish desmontó y se acercó a la pared. Apoyó las palmas en ella.

-Era aquí -dijo-. Justo aquí... la puerta. ¡Reena!

-Sí -dijo alguien, débilmente, al otro lado de la pared.

-No sé que han hecho con la puerta -dijo Dilvish-. Pero necesitamos otra.

-Tengo la impresión -dijo lentamente Black- de que la original continúa aquí, en alguna parte... que estabais atrapados por una ilusión. Pero sólo es una impresión, y ahora no puedo detectarla. De modo que partiremos de la nada, por así decirlo.

Black se encabritó, formando una sombra gigantesca. Al hacerlo, se produjo el primer silencio desde la entrada en el edificio. En medio del silencio, más allá de él, Dilvish creyó oír voces y pasos, en las cercanías de la escalera. Pero no se veía a nadie, y momentos más tarde el silencio más cercano quedó roto: las patas de Black descendieron para golpear la pared.

Dilvish se apartó, ya que fragmentos de piedra salieron volando por el pasillo. Black estaba ya empinándose otra vez. Su segundo golpe arrancó chispas de la piedra. La tercera vez que arremetió contra la pared apareció una grieta.

Un grupo de criados, con bastones en las manos entró en el pasillo. Se detuvieron mientras Black se erguía y golpeaba de nuevo.

La mujer, Andra, se adelantó y habló con Dilvish.

- ¡Dijisteis que el animal metálico no se movería! -exclamó.

-...Y hablaba en serio... hasta que fui hecho prisionero -respondió Dilvish.

Black se lanzó de nuevo contra la pared. La piedra se destrozó y cayó. Apareció un agujero del tamaño de una cabeza.

Al cabo de unos instantes de vacilación, los sirvientes, cuatro hombres y dos mujeres, siguieron acercándose. Dilvish sacó la espada. El siguiente asalto de Black a la pared triplicó el tamaño de la brecha.

Dilvish avanzó hacia los criados. Bajó la punta de la espada y la arrastró por el suelo.

-Haré pedazos a la primera persona que cruce esta línea -afirmó.

Detrás de él hubo otro estruendo y el ruido de más piedras que caían.

Los que avanzaban dudaron, se detuvieron. El siguiente golpe de Black pareció hacer temblar el castillo entero.

-He acabado -dijo lacónicamente Black, apartándose del boquete.

- ¿Reena? -inquirió Dilvish, sin apartar los ojos de sus murmurantes adversarios.

-Sí. -La voz de la mujer era clara y próxima.

-Monta -dijo Dilvish-. Nos vamos de aquí.

-Sí.

Dilvish oyó los movimientos detrás de él. Luego la sombra de Black se deslizó hacia adelante. Dilvish volvió la cabeza y montó rápidamente detrás de Reena.

- ¡Será mejor que os apartéis de nuestro camino! -anunció-. ¡Vamos a pasar por en medio!

Blandió la espada.

-Llévanos fuera -dijo Black, y el caballo metálico avanzó.

Las seis figuras se apretaron a la pared para dejar pasar a Black. Tenían sus armas dispuestas pero no hicieron tentativa alguna de usarlas. Todos tenían un semblante inexpresivo y contemplaban el pasillo lleno de polvo. Dilvish también miró atrás, cuando Black hizo el primer giro hacia la escalera. La puerta había reaparecido, medio metro más allá de la nueva abertura en la pared.

Momentos más tarde estaban bajando la escalera. Nada obstruía su camino. Salieron de la fortaleza y encontraron el patio vacío. Al cruzarlo, vieron que el rastrillo estaba levantado.

-Qué extraño... -observó Dilvish, señalando la entrada.

-Tal vez -dijo Reena mientras Black apretaba el paso para atravesar la entrada-. He traído tu capa...

-Quédatela hasta que estemos más lejos. Black, cuando llegues a la senda de ayer, gira a la izquierda.

-Los caballos... -dijo Reena-. Las demás cosas...

-No pienso volver a por ellas.

Black inició el ascenso, bajo la luna llena. Los fríos vientos azotaron al grupo, y muy lejos una criatura ladró, aulló y guardó silencio. Reena volvió la cabeza hacia el castillo una sola vez, se estremeció y reposó en el círculo de los brazos de Dilvish.

-Vas a morir, ¿sabes? -dijo-. Él te matará. No tienes ninguna posibilidad.

- ¿Quién? -dijo Dilvish.

-Jelerak. Es imposible que puedas destruir a alguien como él.

-Seguramente -dijo Dilvish-. Pero he de intentarlo.

- ¿Por qué?

-El ha hecho mucho daño y hará más amenos que alguien lo detenga.

Llegaron a la senda y Black fue hacia la izquierda, todavía subiendo.

-Siempre ha existido mal en el mundo y siempre existirá. ¿Por qué has de ser tú quién lo purgue?

-Porque he visto la malicia de él mucho más cerca que cualquier ser viviente.

-Y yo también. Pero sé que no se puede hacer nada.

-Diferimos -replicó Dilvish.

-No creo que te impulse el deseo de que el mundo sufra un buen cambio. Es odio y venganza.

-También es eso.

-Sólo eso, creo yo.

Dilvish guardó silencio unos instantes.

-Tal vez tengas razón -dijo por fin-. Me gusta creer que hay algo más que eso. Pero supongo que podrías tener razón.

-Eso te pervertirá y te destrozará, suponiendo que él no acabe contigo. Quizá lo ha hecho ya.

-De momento necesito eso. Me sirve. Es un estímulo. Cuando la finalidad desaparezca, ese impulso desaparecerá también.

-Mientras tanto, tienes pocas oportunidades de cualquier otra cosa... como amor.

Dilvish se irguió ligeramente.

-Tengo oportunidades de experimentar otras sensaciones, pero de momento debo subordinarlas a lo principal.

-Si te pidiera que te quedaras conmigo, ¿lo harías?

-Algún tiempo, supongo.

- ¿Pero sólo algún tiempo?

-Eso es lo único que cualquier persona puede prometer.
-Supongamos que te pido que me lleves contigo.
-Diría que no.
- ¿Por qué? Podría ser de cierta ayuda.
-No te pondría en peligro. Como he dicho, puedo experimentar otras sensaciones.
Reena apoyó la cabeza un momento en el bíceps de Dilvish.
-Aquí tienes la capa -dijo por fin-. Hace frío. Debemos estar muy lejos...
-Para, Black. Para un momento.
Black aflojó el paso.

Había visto danzar a Oele ante Diablo con una creciente sensación de pánico, allí ante el oscuro montón de piedras con la daga de plata en lo alto, con la copa aferrada en su mano, observando el brillante dibujo que aparecía en el suelo alrededor de la bailarina, sintiendo el frío viento.

-Bébelo todo -le había dicho ella-. Es parte del ritual.

Las palabras de Reena reaparecieron en su mente al contemplar la humeante copa. La había levantado y había fingido beber mientras Oele giraba y giraba siguiendo su danza. La había olido. Parecía vino calentado, con azúcar y especias, pero tenía un aroma peculiar. Había tocado el húmedo borde con la lengua y percibió un amargo sabor. Cuando Oele miró en dirección a él, echó atrás la cabeza y alzó la copa fingiendo que la apuraba. Cuando Oele desvió la mirada, tiró el líquido por encima del hombro, en la oscuridad.

<<¡La intrigante bruja! -pensó Reynar-. Ella no piensa ofrecerme nada. Mi encantadora Reena tenía razón. Apuesto a que soy el sacrificio para algo que ella desea. Fingiré que adormezco y veremos que ocurre. ¡Bruja!>>

Dejó la copa en el suelo y se inclinó sobre el altar, observando la creciente complejidad del brillante diseño. La forma de moverse de la bailarina era casi hipnótica. Otro hombre habría dado media vuelta y huido, tras haber llegado a la misma conclusión que el marino, pero Reynar se había bastado en todas las ocasiones peligrosas en el curso de una vida muy activa. Sonrío mientras observaba la silueta de Oele que fluía bajo la ligera vestimenta gris, y se acordó de bostezar cuando ella le miraba. Qué triste... Oele le había gustado más que otras mujeres.

Después comenzó el pánico. Un escalofrío, totalmente falto de relación con el viento y la noche, recorrió el cuello y los hombros de Reynar. Era como si alguien estuviera detrás de él, observándole fijamente. El marino consideró que podía coger la daga al mismo tiempo que se volvía y defenderse adecuadamente, con el altar entre su cuerpo y su repentina compañía. Sin embargo... Jamás se había sentido objeto de escrutinio con tan intensos acompañamientos. La mera contemplación de un desconocido jamás le había producido picor en las manos, retortijones de estómago, absoluta certidumbre de otra presencia. La debilidad invadió sus extremidades cuando trató de apartar su mirada de los últimos movimientos de Oele para dar media vuelta y juzgar al visitante.

*Pretendes defraudar a la sacerdotisa*, sonaron estas palabras como gotas de sangre en la mente de Reynar, *y haciendo eso me engañas*.

*¿Quién eres?*, preguntó sin hablar el marino, dirigiéndose al otro.

*Eso nunca lo sabrás.*

Se apoyó con fuerza en el altar, recurriendo a toda su fuerza para volverse en parte hacia la presencia, y el borde de algo absolutamente negro entró en su campo de visión. Una fuerza que parecía emanar de la negrura le aferró con mayor firmeza en ese momento, impidiéndole volverse por completo. Reynar comprendió que nunca podría coger la daga del altar... y que, aunque pudiera, de poco le serviría frente a la criatura que le dominaba.

Se tambaleó como si estuviera totalmente agotado, con la mano izquierda aferrada al borde de la piedra, la derecha suelta en su costado. Al inclinarse más vio que Oele se movía más despacio, que los pasos tal vez finales de la danza iban acercándola a él. La luna, había visto Reynar, estaba casi encima mismo de su cabeza. Seguía percibiendo la presencia al otro

lado del altar, pero la atención de aquel ser no era tan intensa, ni mucho menos, que momentos antes. El marino se preguntó si la presencia estaba comunicándose con Oele.

Al inclinarse un poco más, mantuvo los ojos centrados en la silueta femenina que se aproximaba. Finalmente Oele se detuvo, a tan sólo unos pasos de distancia. La danza había concluido. Reynar dejó que sus párpados se cerraran, y su respiración se intensificó. Pero Oele no estaba prestándole atención. Todo el interés de la bailarina parecía estar dirigido a algo que estaba detrás del marino.

Reynar aguardó, preguntándose hasta qué punto estaba dominado, temeroso de comprobarlo. El pánico anterior había pasado, reemplazado por la controlada tensión, el renovado estado de alerta que siempre le sobrevenía en momentos de crisis.

Oele parecía estar hablando, aunque él no logró oír las palabras, y después hizo una pausa como si escuchara algo, pero el marino tampoco oyó réplica alguna. Finalmente Oele avanzó, pasó ante Reynar sin apenas mirarle, extendió la mano y cogió la daga de la pétrea superficie.

Después la sacerdotisa se volvió hacia él, y su mano izquierda se movió como si quisiera agarrarle el cabello.

- ¡Bruja! -dijo en un siseo el marino.

Su mano derecha sacó el cuchillo de la funda que llevaba en la bota y lo extendió y levantó mientras se erguía, a pesar de sentir que la frígida fuerza del otro lado del altar pugnaba por dominarle de nuevo.

La expresión del semblante de Oele fue de sorpresa. Su grito fue breve y la sacerdotisa se desplomó casi al instante, mientras la daga del sacrificio resbalaba de sus dedos.

Reynar la cogió mientras caía, se volvió y dejó el cadáver en el altar.

- ¡Aquí está tu sangre! -espetó-. ¡Cógela y sé maldito por siempre!

Sostuvo el cuchillo ante él y dio un paso atrás, esperando una represalia sobrenatural en cualquier momento. No hubo tal. La oscura presencia permaneció al otro lado de la forma de su sangrante amante y Reynar percibió su escrutinio, pero el extraño ser no hizo esfuerzo alguno para dominarle o atacarle.

Al notar que su fuerza le acompañaba de nuevo, Reynar dio otro paso atrás y miró alrededor en busca del camino más seguro de huida.

-Marino, marino -sonó la voz que parecía audible en la ventosa noche-. ¿Adónde vas?

- ¡Lejos de este lugar maldito! -respondió Reynar.

- ¿Para qué viniste?

El capitán hizo un gesto con su arma.

-Ella prometió poderes como los suyos.

-Entonces ¿por qué huyes?

-Ella me mintió.

-Pero yo no. Aún puedes tener esos poderes.

- ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué pretendes decir?

-Dos caminos hay ante mí, y no me había dado cuenta de lo reacio que soy a dejar este mundo. No me complace enteramente esto, pero así son las cosas. Vuelve la cabeza hacia el castillo que has dejado. Es tuyo si lo quieres, y todo lo que contiene. O, si me lo pides, se desvanecerá un instante después y yo erigiré otro según tus deseos... o no lo haré, como desees. Puedes tener lo que ella tenía... cualquier cosa que desees y que pueda ofrecerte... porque estoy necesitado de ti.

- ¿En qué forma?

-Ella era mi vínculo con este plano de existencia. Requiero un devoto aquí para centrar mis energías en este mundo. Ella era la última. Ahora mi presencia se debilitará aquí hasta que deba retirarme a los parajes de los Antiguos. A menos que encuentre un nuevo devoto.

- ¿Yo?

-Sí. Sírveme, y yo te serviré.

Hubo una pausa.

-No intentaré detenerte. Quizá ya estaba consumido en este lugar hace mucho tiempo y me aferré a él ahora sólo debido a ciertas percepciones que me ofrece. No trataré de detenerte.

Reynar se echó a reír.

-Bien, con tantas cosas que deseo, sería un necio si rechazara tu oferta, ¿no? Acabas de adquirir un acólito, un sacerdote, un devoto... lo que sea preciso. Lo que digo es que me concedas los poderes que poseía esa homicida y que me des rápida instrucción sobre los artículos de la fe. Hay una potranca que voy a montar antes de que acabe la noche.

-En ese caso deja tu arma, marino, y acércate al altar...

Ya desmontados, Dilvish y Reena estaban poniéndose ropa de más abrigo cuando el primero vio una silueta que se aproximaba por la ladera de una colina, delante, a su derecha.

-Alguien viene -dijo Reena, que inmediatamente volvió la cabeza en dirección al castillo.

-No. Por allí -dijo Dilvish, señalando-. Será mejor que prosigamos.

Terminó de atar el fardo de sus pertenencias y ayudó a Reena a montar.

- ¡Eh! ¡Dilvish! -llegó el grito de la silueta que avanzaba-. ¡Reena!

Ambos dudaron mientras atisbaban en la noche. Luego la luz de la luna tocó a la forma que se acercaba.

- ¡Aguardad un poco! ¡Tenemos algo que discutir!

Black volvió la cabeza.

-No me gusta esto -dijo-. Vámonos.

Dilvish dio una vuelta en torno a su montura.

-No temo a Reynar -respondió.

Durante un instante observó al hombre que bajaba con rapidez la ladera.

- ¿De qué se trata? -dijo después-. ¡Qué deseáis?

Reynar se detuvo, quizás a veinte pasos de distancia.

- ¿Desear? Sólo a la mujer. Sólo a Reena -respondió el marino-. Amenos que queráis ser una estatua otra vez. Tenemos un acuerdo.

Dilvish miró hacia atrás.

- ¿Es cierto? -preguntó.

-No... sí... no... -respondió Reena.

-Parece que tenemos una pequeña confusión en este punto -dijo Dilvish a Reynar-. No comprendo la situación.

-Preguntadle que pasó con la puerta -dijo el otro.

Dilvish miró de nuevo a la joven. Reena desvió la mirada.

- ¿Bien...? -dijo Dilvish-. Me gustaría saberlo.

-Fue obra mía -afirmó por fin Reena-. Uno de mis mejores hechizos. Para cualquier otra persona, la puerta se había esfumado. Yo podía haberla cruzado.

- ¿Por qué? ¿Y cómo se ha enterado él?

-Bien... le dijo que iba a hacerlo. En realidad, acababa de ejecutar el encantamiento cuando despertaste. Eso me impidió ejecutar el segundo.

- ¿El segundo? ¿De qué clase?

-Un hechizo adormecedor. Para mantenerte allí mientras yo hacía lo que decidiese hacer.

-Temo continuar perdido. ¿Qué debías decidir?

-Huir conmigo -dijo Reynar-. Enseñarme a usar correctamente mis nuevos poderes.

-En ese caso yo soy un estorbo -dijo Dilvish-. ¿Por qué no me lo habías explicado? No tengo derecho alguno sobre ti. Yo...

- ¡He dicho que debía decidir! -replicó Reena casi gruñendo-. ¡Habría sido tan fácil si hubieras continuado dormido!

-La próxima vez no seré tan tonto.

- ¡Pero he decidido! Nada de esto debía haber surgido. No quiero ir con él. Quiero continuar como estábamos.

Dilvish sonrió.

-Entonces no hay problema. Lo lamento, Reynar. Reena ha tomado su decisión. Vámonos, Reena.

-Aguardad -dijo Reynar en voz baja-. la decisión, ¿sabéis?, me corresponde tomarla a mí.

Dilvish vio a aparecer una brillante chispa en el cielo, en lo alto de la colina. Voló hacia la extendida mano derecha de Reynar, creciendo al aproximarse. Al llegar, el marino sostuvo una bola de fría luz azul que levantó por encima del hombro.

-Vos -dijo a Dilvish- sois ahora un fardo innecesario.

El globo huyó de su mano. Dilvish trató de esquivarlo, pero la bola volvió para seguirle. Le golpeó en pleno pecho, rebotó y cayó al suelo a más de dos metros a la izquierda, donde explotó formando una brillante fuente de chispas y dejando un humeante agujero en la tierra.

Dilvish avanzó rápidamente. Reynar alzó ambas manos e hizo gestos con ellas.

Dilvish notó como si se hubiera librado por muy poco de una bofetada. Fue igual que si una serie de ráfagas de ventarrón azotaran todo cuanto le rodeaba... y prosiguieron. Siguió ladera arriba y logró distinguir la confusa expresión del semblante del marino.

-Diablo me ha mentido -dijo-. Ya deberíais estar muerto.

La mirada de Dilvish fue más allá de Reynar, hacia el bajo perfil del altar con el cuerpo de Oele encima, menudo y pálido bajo la luz de la luna.

- ¡Black! -gritó mientras iba comprendiendo-. ¡Destruye ese altar!

Momentos después oyó el sonido de cascos metálicos. Reynar se volvió señalando a Black, y una línea de llamas brotó de su extendido dedo. El fuego alcanzó a Black en la parte izquierda del cuello mientras pasaba junto a los dos hombres. La zona se tiñó de rojo. Pero Black prosiguió su curso sin detenerse, y nada en sus movimientos indicaba que hubiera percibido el efecto.

Reynar se volvió para encararse con Dilvish, y se agachó para volver a erguirse con su arma en la mano.

-Si la magia no puede con vos -dijo-, aquí tengo algo mejor.

El arma de Dilvish, cuatro veces más larga que la de su rival, emitió un susurro al quedar desenvainada en su mano. Dilvish avanzó para entrar en combate.

Los dedos de Reynar se retorcieron, y su mano izquierda describió un amplio gesto circular.

La espada huyó del puño de Dilvish, dio vueltas en lo alto y se perdió de vista.

-De modo que sólo vuestra persona resiste a mi poder... -dijo Reynar mientras arremetía contra él.

Dilvish levantó la capa ante él, al mismo tiempo que doblaba el brazo izquierdo por detrás. La hoja desgarró el tejido veinte centímetros por debajo del brazo. En ese momento Dilvish movió la capa hacia adelante y hacia abajo, y simultáneamente sacó su cuchillo con la mano derecha y arremetió contra su adversario.

Reynar se recuperó con rapidez. Soltó su arma mientras la daga de Dilvish le alcanzaba en el hombro y astillaba el hueso antes de retirarse. Agachados, ambos hombres empezaron a das vueltas. La mano izquierda de Reynar describió un rápido movimiento circular, y Dilvish notó de nuevo un fuerte viento, aunque sólo la suelta punta de la capa se agitó. Notó el calor en el pecho, y algo apareció bajo sus ojos.

Dilvish miró abajo un instante. Allí, encima de su camisa, brillaba tenuemente el amuleto que le había dado el anciano. Agitó la capa con el nuevo ataque del marino, frustrando el golpe y respondiendo de inmediato, aunque sólo acuchilló el aire, porque su rival se había retirado ágilmente. A lo lejos se oyó el primer golpe violento de Black contra el altar.

Los ojos de Reynar se habían abierto mucho en el momento de posarse sobre el reluciente amuleto, como si cierta sospecha naciera en ese instante. Pero los entrecerró después al desplazarse con rapidez, hacia la izquierda de su adversario. Dilvish había previsto en parte el tropezón y la rápida recuperación que siguieron. Cuando aquella mano izquierda se movió de nuevo, no fue magia sino un puñado de tierra lo que voló hacia su cara.

Reacio a bajar la capa, Dilvish se protegió los ojos con el brazo derecho y se desplazó hacia un lado, sabiendo que se produciría un ataque inmediatamente. El cuchillo de Reynar rozó sus costillas en el costado izquierdo. Con la mano en alto todavía, incapaz de adaptar a tiempo una posición segura, Dilvish bajó el puño de su espada hacia el hombre que había herido antes. Oyó un brusco jadeo de su rival y trató de agarrar al marino. Pero Reynar le

apartó de un empujón y retrocedió de un brinco, cambió la daga de mano y embistió y atacó con ella.

Dilvish notó la herida en el dorso de su mano mientras oía el nuevo golpe de Black a las piedras del altar. Respondió, pero Reynar estaba ya fuera de su alcance. Las miradas de ambos hombres se desviaron momentáneamente hacia una tenue luz rojiza en la cumbre de la colina que rodeaba con un halo a Black y el altar.

Reynar alzó la mano derecha, apuntando a Dilvish igual que había hecho con Black momentos antes. La llama saltó hacia el pecho de Dilvish, le alcanzó cerca del reluciente amuleto y rebotó como si se reflejara en un espejo. Reynar reaccionó de inmediato con otro golpe de cuchillo.

Se abalanzó sobre su rival y atacó por lo bajo. Dilvish bajó su arma. Reynar se irguió de pronto en ese instante y su mano derecha se extendió bruscamente para asir el amuleto y tirar con fuerza de él.

La cuerda se partió y Reynar retrocedió, llevándose el amuleto.

Más arriba, el fulgor rojo cobró brillo mientras Black se empinaba de nuevo, muy despacio, como si luchara con una fuerza opuesta.

- ¡Veamos cómo os va ahora! -exclamó Reynar, y las llamas danzaron en las puntas de sus dedos, se extendieron y se unieron en una espada de fuego.

Cuando avanzó otra vez, la luz fluctuó y se apagó en la cumbre de la colina, acompañada por un estruendo. Las rocas cayeron y rebotaron junto a los contendientes mientras Dilvish retrocedía, agitando la capa, con el cuchillo bajo.

El ataque de Reynar abrió un gran rasgón en el material. Dilvish siguió retrocediendo, y en el momento que su rival alzaba la llameante espada, ésta empezó a apagarse, fluctuó una vez... dos veces... y desapareció.

-La historia de mi vida -observó Reynar mientras meneaba la cabeza-. Todo lo bueno parece fundirse siempre.

-Demos por terminada la maldita pelea -dijo Dilvish-. Vuestro poder está destruido.

-Tal vez tengáis razón -respondió Reynar, bajando el arma que le quedaba y dando un paso al frente.

Se hallaba colina arriba respecto a Dilvish, y de pronto cayó al suelo y resbaló hacia abajo. Su pie izquierdo trabó el tobillo de la extendida pierna derecha de Dilvish y su pie derecho golpeó a su rival por debajo de la rótula. Se enderezó, empujó.

Mientras Dilvish caía de espalda, Reynar ya estaba levantándose. Saltó hacia adelante en cuanto estuvo de pie, con el arma en alto, y se abalanzó sobre el otro hombre, que estaba en posición supina.

Dilvish sacudió la cabeza para vencer el aturdimiento mientras Reynar atacaba, dio una vuelta de costado y se encogió. Se defendió con el brazo derecho mientras ponía en posición el izquierdo. Notó la rigidez del marino al caer al suelo junto a él, empalándose en la hoja que Dilvish había cambiado de mano. Sostuvo la mano de Reynar que blandía la daga hasta que la fuerza la abandonó. Luego se apoyó en una rodilla y puso al marino de espaldas.

La cara de Reynar se retorció a la luz de la luna.

-Saltar sin mirar otra vez... -murmuró el marino-. Finalmente lo he pagado... ¡Oh! ¡Esto quema! No saquéis el cuchillo... hasta que yo muera, por favor.

Dilvish meneó la cabeza.

- ¡Lamento haberla conocido!

Dilvish no preguntó a quién se refería.

-No sé... por qué me concedió el poder..., vos teníais la protección...

-Conocí a un hombre no hace mucho tiempo -replicó Dilvish- que poseía dos mentes distintas en el mismo cuerpo. Y he oído hablar de otros. Si ello es posible en un hombre, ¿por qué no en un dios?

-Diablo -afirmó Reynar.

-Quizá la distinción entre los dos no sea tan clara como los hombres piensan... en especial cuando los tiempos de hacen difíciles. Conocí este lugar hace mucho tiempo. Era diferente.

- ¡Al diablo con todos, Dilvish el maldito! ¡Al diablo con todos!

Algo se escapó de él y Reynar se desplomó. Su semblante se suavizó por fin.

Dilvish sacó la daga y la limpió. Sólo entonces miró a Black, que se había acercado en silencio y estaba observando. Reena se hallaba más lejos, llorando.

-Tu espada cayó por allí -dijo Black, volviendo la cabeza hacia atrás, hacia la derecha-. La vi al bajar.

-Gracias -dijo Dilvish, poniéndose en pie.

-...Y el castillo ha desaparecido. También lo vi al bajar.

Dilvish volvió la cabeza y miró.

-Me pregunto qué habrá sido de nuestros caballos.

-Están vagando abajo. Puedo cogerlos.

-Hazlo, pues.

Black se alejó.

Dilvish se acercó a Reena.

-No puedo excavar aquí -dijo-. Tendré que usar piedras.

Reena asintió. Dilvish extendió la mano y le apretó el hombro.

-No podías prever todo esto.

-He visto más de lo que sabía -dijo la joven-. Ahora deseo haber sabido más... o haber visto menos.

Reena se apartó y la mano de Dilvish resbaló de su hombro. Dilvish fue a buscar la espada.

Habían viajado esa noche hasta llegar a un rocoso mirador libre de los vientos, cerca del borde de la nieve, por encima del punto donde la senda iniciaba su sinuoso descenso hacia las llanuras y el tiempo primaveral. En ese lugar encontraron cobijo y durmieron, los caballos atados detrás de las rocas, Black tan inmóvil como un fragmento del lejano paisaje.

Dilvish se desperezó cuando el cielo iba tiñéndose de rosa por el este. Sus heridas latían sordamente, pero se sentó y se calzó las botas. Ni Reena ni Black se movieron cuando Dilvish pasó junto a ellos, en dirección a la figura vestida con pieles y apoyada en un bastón a la derecha de la senda.

-Buenos días -dijo en voz baja.

El anciano asintió.

-Deseo daros las gracias por el amuleto. Me ha salvado la vida.

-Lo sé.

- ¿Por qué lo hicisteis?

-Vos hicisteis una ofrenda a Taksh’mael en cierta ocasión.

- ¿Es eso tan importante?

-Sois el último que recordáis su nombre.

- ¿Y vos?

-Yo no puedo calificarme devoto, salvo en el sentido más narcisista.

Dilvish le observó de nuevo. Su figura parecía más alta, más noble, y había algo en sus ojos que obligaba a desviar la mirada al instante... una sensación de profundidad sobrenatural, un poder.

-Me voy ahora -continuó el anciano-. No fue fácil librarme de este lugar. Venid, caminad conmigo un trecho.

Dio media vuelta y avanzó cuesta arriba sin volver la cabeza. Dilvish le siguió hacia los bordes de la nieve, con el aliento humeando ante él.

- ¿Vais a un buen lugar?

-Me gusta pensar que sí. Os oí hablar antes. Es cierto que cualquiera puede tener... dos mentes. Ahora sólo tengo una, y merecéis mis gracias por eso.

Dilvish sopló sobre sus manos y se las frotó mientras el paisaje iba cobrando blancura.

-De momento, poseo más poder del que necesito. ¿Hay algo que pueda ofreceros?

- ¿Podrías ofrecerme la vida de un mago llamado Jelerak?

Por delante de él, Dilvish vio que el paso del anciano vacilaba un instante.

-No -fue la réplica-. No sé nada de ese mago, pero lo que pedís no sería cosa fácil. Precisaría más de lo que yo puedo dar. No es sencillo enfrentarse a él.

-Lo sé. Se afirma que es el mejor.

-Sin embargo existe al menos una persona que podría destruirle en su propio terreno.

- ¿Y quién puede ser esa persona?

-El hombre del que hablasteis antes. Ridley es su nombre.

-Ridley ha muerto.

-No. Jelerak lo derrotó pero no tuvo fuerza suficiente para destruirlo. Por eso lo aprisionó bajo la caída Torre de Hielo, donde planeaba volver cuando recuperara su fuerza, para acabar la tarea.

-Eso no me parece muy prometedor.

-Pero él no puede hacerlo.

- ¿Por qué no?

-El conflicto de ambos atrajo la atención de los demás grandes magos del mundo. Durante siglos habían buscado un arma contra Jelerak. Cuando él partió sin lograr destruir a su enemigo, combinaron sus fuerzas para tender una barrera mágica alrededor de la destrozada torre, una barrera que ni siquiera Jelerak puede atravesar. Ahora ese magos disponen de la seguridad que deseaban. Si él los importuna demasiado, amenazarán con levantar la barrera para liberar a Ridley.

- ¿Y Ridley destruirá a Jelerak la próxima vez?

-No lo sé. Pero él tendría más posibilidades que los demás.

- ¿Podría yo liberar a Ridley, sin ayuda?

Lo dudo.

- ¿Podríais vos?

-Temo que debo irme ahora. Lo siento.

El anciano señaló hacia el este, donde el sol iniciaba su ascenso. Dilvish miró en la misma dirección; el astro separaba las nubes como si fueran cortinas escarlatas. Cuando desvió la mirada, el anciano estaba ya muy arriba, y trepaba con asombrosa velocidad y agilidad por la chispeante superficie de nieve. Mientras Dilvish lo contemplaba, rodeó un saliente rocoso y lo perdió de vista.

- ¡Esperad! -gritó-. ¡Tengo más cosas que preguntar!

Haciendo caso omiso de sus diversos dolores, Dilvish inició el ascenso, siguiendo el rastro del anciano. Al poco tiempo, notó que las irregulares pisadas iban separándose cada vez más, auque de forma paradójica iban haciéndose menos profundas. Y al rodear el saliente, Dilvish sólo encontró una huella, muy tenue.

La tarde siguiente salieron de las montañas. Dilvish no habló de Ridley con Reena.

En el elevado paraje, cuando la luna está llena, los fuegos mágicos se alzan y el espíritu de Oele danza ante el destrozado altar, aunque ningún diablo se presenta. Pero a veces hay la forma de otro que observa en las sombras. Cuando la última piedra caiga, él llevará al mar ese espíritu.

# *Jardín de sangre*

Ganándose el pasaje y la paga como explorador, Dilvish cabalgaba por delante de la caravana ese día, comprobando la viabilidad de las sendas montañosas e investigando nuevos caminos en previsión de posibles peligros. El sol había llegado al medio día cuando Dilvish descendió por el otro lado de la poco alta cordillera Kalgani y avanzó por las estribaciones hacia el valle que iba ensanchándose en dirección al bosque y a las llanuras.

-Un recorrido singularmente normal -comentó Black al hacer una pausa en lo alto de una colina para contemplar la sinuosa senda que conducía a los distantes árboles.

-En mis tiempos -dijo Dilvish-, las cosas habrían sido distintas. Esta región estaba llena de bandas de salteadores. Seguían el sol. Despojaban a los viajeros. De vez en cuando hasta se reunían para asaltar algún pueblo de los alrededores.

- ¿Pueblos? -dijo su gran y oscura montura, cuya piel relucía como el metal-. No he visto ningún pueblo.

Dilvish meneó la cabeza.

- ¿Quién sabe lo que puede haber pasado en doscientos años? -Señaló el valle-. Creo que había uno ahí abajo. No muy grande. Se llamaba Tregli. Pasé la noche en su posada en varias ocasiones.

Black miró en esa dirección.

- ¿Vamos a ir hacia allí?

Dilvish observó el sol.

-Es hora de comer -comentó-, y aquí los vientos son fuertes. Vayamos un poco más lejos. Comeré ahí abajo.

Black se inclinó hacia adelante y comenzó a bajar la pendiente. Aumentó su velocidad conforme iba nivelándose el terreno, volviendo a la senda. Dilvish miró alrededor mientras avanzaban, como si buscara rasgos sobresalientes.

- ¿Qué son esos destellos de color? -le preguntó Black-. A cierta distancia de aquí.

Dilvish observó una zona azul, amarilla y blanca, con ocasionales destellos rojos, que acababa de aparecer al otro lado de un lejano recodo.

-No lo sé -dijo-. Podríamos echar un vistazo.

Varios minutos más tarde, llegaron a los restos cubiertos de enredaderas de un bajo muro de piedra. Por delante había piedras dispersas que formaban dibujos vagamente evocadores del perfil de los cimientos de una construcción. En diversos puntos, conforme avanzaban, vieron depresiones a ambos lados, dispuestas de tal forma que parecían indicar la anterior existencia de sótanos, llenos de escombros y cubiertos de hierba en ese momento.

-Detente -dijo Dilvish. Señaló a la izquierda, hacia un lugar donde todavía se alzaba una porción de pared-. Ésa es la fachada de la posada que te he mencionado. Estoy seguro. Creo que nos encontramos en la calle principal.

- ¿De verdad?

Black empezó a excavar la hierba con su afilado y hendido casco. Momentos después centelleó una chispa al golpear un adoquín. Black ensanchó el agujero, dejando al descubierto más adoquines unidos.

-Esto parece haber sido una calle -dijo.

Dilvish desmontó y se acercó a la ruinosa porción de pared, la pasó y prosiguió por la zona situada detrás.

Al cabo de varios minutos regresó.

-El viejo pozo aún se ve detrás -dijo-. Pero el techo se desplomó y se pudrió, y está completamente cubierto de arbustos.

- ¿Podría sugerir que guardes tu sed para ese arroyo que cruzamos en las montañas?

Dilvish enseñó una cuchara.

-...Y he encontrado esto medio enterrado en donde estaba la cocina. Tal vez haya comido con ella yo mismo, hace años. Sí, ésta es la posada.

-Era -sugirió Black.

La sonrisa se desvaneció y Dilvish movió la cabeza.

-Cierto.

Lanzó la cuchara por encima del hombro y montó.

-Ha cambiado tanto...

- ¿Te gustaba el lugar? -preguntó Black mientras continuaban su marcha.

-Era un agradable sitio de paso. La gente era cordial. Gocé de buenas comidas.

- ¿Qué crees que pudo pasar? ¿Esos salteadores que mencionaste?

-Parece una buena suposición -replicó Dilvish-. A menos que hubiera alguna enfermedad.

Siguieron por el camino cubierto de maleza. Un conejo pasó ante ellos cuando se dirigían al otro extremo del pueblo.

- ¿Dónde quieres comer? -inquirió Black.

-Lejos de este lugar muerto -dijo Dilvish-. Tal vez en ese campo. -Respiró profundamente-. Parece tener un olor agradable.

-son las flores -dijo Black-. Abundan. Fue su color lo que vimos desde arriba. ¿No estaban ahí... en los viejos tiempos?

Dilvish meneó la cabeza.

-No. Había algo... No recuerdo exactamente qué. Una especie de parquecillo por estos parajes.

Cruzaron una arboleda, llegaron al claro. Grandes flores similares a amapolas, azules, blancas, amarillas, ocasionalmente rojas... se movían casi a la altura del cuello de Black, oscilaban en lo alto de unos pilosos tallos del grosor de un dedo. Estaban encaradas al sol. Sus penetrantes perfumes flotaban en el aire.

-Hay un rincón despejado, a la sombra, al pie de ese árbol tan alto... a la izquierda -observó Black-. Incluso parece haber una mesa para tu uso.

Dilvish miró en esa dirección.

- ¡Ajá! -dijo-. Ahora recuerdo. Esa losa de piedra no es una mesa. Bueno... en cierta forma lo es. Es un altar. El pueblo de Tregli adoraba al aire libre... a Manata, diosa de las cosas que crecen. Dejaban pasteles, mieles y otras ofrendas en el altar. Bailaban aquí. Cantaban aquí, al atardecer. Yo presencié uno de los servicios. Tenían una sacerdotisa... He olvidado su nombre.

Llegaron bajo el árbol, donde Dilvish desmontó.

-El árbol ha crecido y el altar está hundido -observó, apartando unos escombros de la piedra.

Se puso a canturrear una tonada sencilla y repetitiva, mientras buscaba comida en una alforja.

-Nunca te había oído cantar, silbar o canturrear -comentó Black.

Dilvish bostezó.

-Sólo trato de recordar la canción que oí aquella tarde, cuando estuve aquí. Creo que algo parecido.

Se sentó con la espalda apoyada en el tronco del árbol y empezó a comer.

-Dilvish, hay algo extraño en este lugar...

-A mí me parece extraño sólo en virtud de que ha cambiado tanto -replicó él, partiendo un trozo de pan.

El viento cambió. Los olores de las flores llegaron con más intensidad.

-No me refiero a eso.

Dilvish dio un bocado y contuvo otro bostezo.

-No lo entiendo.

-Ni yo.

Black bajó la cabeza y dejó de moverse.

Dilvish miró alrededor y aguzó el oído largo rato. Los únicos sonidos, empero, eran los susurros de la hierba, las flores, las hojas del árbol, agitadas por el viento.

-No parece haber nada raro por aquí -dijo en voz baja.

Black no replicó.

Dilvish observó a su montura.

- ¿Black?

Con sumo cuidado preparó su espada y recogió los pies. Varió el equilibrio de su almuerzo hacia la losa.

- ¡Black!

La criatura siguió inmóvil, muda, igual que una enorme estatua negra.

Dilvish se puso en pie, se tambaleó, volvió a recostarse en el árbol. Tenía dificultades para respirar.

- ¿Eres tú, mi enemigo? -preguntó. ¿Por qué no te dejas ver?

No hubo réplica. Dilvish observó de nuevo el campo, respirando el embriagador perfume de las flores. Su visión comenzó a fallar mientras miraba, manchando los colores y distorsionando los perfiles.

- ¿Qué está pasando?

Dio un paso al frente, y otro, tambaleándose en dirección a su montura. Cuando estuvo junto a Black, le pasó un brazo por el cuello y se apoyó con fuerza. De pronto levantó su camisa con la mano izquierda y apretó la cara en la tela.

- ¿Será un narcótico...? -dijo, y acto seguido se desmayó y se deslizó en parte hacia el suelo.

Black no se movió pese a todo.

Había gritos en la oscuridad y recias voces que daban órdenes. Dilvish se hallaba a la sombra de unos árboles. Un gigante, un hombre de corpulenta figura y rizada barba, se encontraba inmóvil junto a él. Los dos miraban en dirección a las fluctuantes luces.

-El pueblo entero parece estar ardiendo -sonó la grave voz del hombre más corpulento.

-Sí, y parece que los que siguen al sol están asesinando a los habitantes.

-No podemos hacer nada aquí. Son demasiados. Podríamos acabar despedazados, además.

-Cierto, y yo ansiaba una tarde tranquila. Bordeemos el lugar y sigamos nuestro camino.

Se adentraron en las sombras y se alejaron des escenario de la carnicería. Los chillidos eran más escasos, ya que aumentaba el número de muertos. Muchos hombres estaban amontonando el producto del saqueo y bebiendo en botellas cogidas en la llameante posada. Algunos continuaban formados junto a las mujeres que quedaban, todas desgreñadas, con los ojos muy abiertos y la ropa desgarrada. Al otro lado, un techo se hundió de repente, y una fuente de chispas se alzó hacia el cielo nocturno.

-Pero si algún borracho se cruza en nuestro camino -observó el hombre del cabello rizado mientras avanzaban-, lo cogeremos por los talones y lo destriparemos, para saldar cuentas con los dioses.

-Mantén los ojos abiertos. Tal vez tengas suerte.

El otro contuvo la risa.

-Jamás sé cuando bromeas -dijo al cabo de unos instantes-. Quizá no lo haces nunca. Eso también puede ser divertido... para otros.

Avanzaban por un rocoso declive cubierto de arbustos paralelo a la ciudad. A la izquierda, los gritos iban apagándose.
Esporádicas llamaradas hacían danzar las sombras que les rodeaban.

-No estaba bromeando -dijo Dilvish un poco más tarde-. Tal vez he olvidado cómo hacerlo.

El otro le tocó el hombro.

-Adelante. El claro... -dijo.

Se detuvieron.

-Sí, recuerdo...

-Hay algo ahí.

Siguieron avanzando, con más lentitud. Una luz que fluctuaba de forma regular, quizá la de varias antorchas, brillaba al otro lado del campo en las proximidades de un gran árbol de gruesas ramas.

Al acercarse más vieron un grupo de hombres ante el pequeño altar de piedra. Uno de ellos estaba sentado encima y bebía una botella de vino. Otros dos conducían por la hierba a una mujer rubia con un vestido verde, con las manos atadas a la espalda. Iba hablando, pero sus palabras eran imperceptibles. Se debatía, y los dos hombres la empujaban. Después cayó al suelo, y la levantaron.

-Conozco a esa mujer -dijo Dilvish-. Es Sanya, la sacerdotisa. Pero...

Se llevó las manos a la cabeza y se las apretó a las sienes.

-Pero... ¿qué ha sucedido? ¿Cómo he llegado aquí? Creo haber visto a Sanya hace tiempo, mucho tiempo...

Volvió la cabeza y miró la cara de su compañero mientras lo cogía del brazo.

-Tú -dijo-, amigo mío... Creo conocerte desde hace siglos y sin embargo... Perdóname... No recuerdo tu nombre.

La frente del otro se arrugó al mismo tiempo que sus ojos se entrecerraban.

-Yo... Tú me llamas Black -dijo de repente-. Sí... ¡y esta no es mi forma normal! Empiezo a recordar... Era de día, y este campo estaba lleno de flores. Creo que nos dormimos... ¡Y el pueblo! Apenas eran restos...

Meneó la cabeza.

-No sé qué ha pasado... ¿Qué hechizo, qué poder nos ha traído a este lugar?

-Pero tú tienes poderes propios -dijo Dilvish-. ¿No pueden ayudarnos? ¿Puedes usarlos todavía?

-Yo... no lo sé. Creo que he olvidado... algunas cosas.

-Si morimos aquí... en este sueño, o lo que sea... ¿moriremos realmente? ¿Puedes conjeturarlo?

-Nosotros... Lo estoy viendo más claro ahora... Las flores del campo quieren nuestras vidas. Las rojas son las que tienen viajeros asesinos. Te drogan con su perfume, después se enrollan en tu cuerpo y te arrancan la vida. Pero algo ha obstaculizado su tentativa con nosotros. Esto no es un sueño. Estamos presenciando lo que ocurrió realmente. No sé si podemos cambiar lo que ya sucedió. Pero debemos estar aquí por algún motivo.

- ¿Y podemos morir aquí? -repitió Dilvish.

-Estoy convencido de que sí. Incluso yo, si caigo en este lugar... aunque preveo toda clase de intrigantes problemas teológicos.

- ¡Al infierno con ellos! -dijo Dilvish, y avanzó, abriéndose paso entre las sombras del borde del claro en dirección al otro lado-. Creo que pretenden sacrificar a la sacerdotisa en el altar de su propia diosa.

-Sí -dijo Black, moviéndose en silencio detrás-. No me gustan, y ambos estamos armados. ¿Qué opinas? Hay bastantes en la piedra y dos con la mujer... Pero podemos llegar muy cerca sin ser vistos.

-De acuerdo. ¿Sabes usar esa espada... aunque tenga una forma rara?

Black contuvo la risa.

-No es totalmente rara -replicó-. Los dos de la derecha nunca sabrán cómo han llegado al infierno. Sugiero que te ocupes del que está a un lado mientras los pongo en camino. Luego

líbrate del que está a la izquierda. -Sacó una larga y pesada espada que sostuvo con una sola mano-. Quizá estén todos un poco borrachos, además -añadió-. Eso ayudará.

Dilvish sacó su espada. Ambos se aproximaron.

-Di cuándo -musitó.

Black alzó su arma.

- ¡Ahora!

Black era poco más que una mancha bajo la fluctuante luz. Mientras Dilvish caía sobre un hombre para matarlo, una sangrienta cabeza rebotó cerca de su pie, la segunda víctima de Black ya estaba cayendo.

Un gran grito brotó de los otros mientras Dilvish arrancaba la espada del cuerpo del hombre que había matado y se volvía para enfrentarse a otro. El arma de Black descendió de nuevo, cortando el codo de un espadachín, y su pie izquierdo salió disparado, alcanzando al hombre en la base de la región lumbar. Dilvish creyó oír el crujido de la espina dorsal cuando el atacado cayó al suelo.

Pero ya había espadas en las manos de los restantes hombres, y al otro lado del campo, en dirección al pueblo que ardía en llamas, brotaron gritos. Por el rabillo del ojo Dilvish vio varias siluetas que se abalanzaban sobre ellos, armas en mano.

Hizo retroceder varios pasos al segundo hombre, superó su guardia, le dio una patada en la rodilla y le cortó el cuello con un violento golpe.

Se volvió para atacar a otro que venía corriendo hacia él, y reparó en que Black había roto la cabeza a un hombre contra el altar y espetado a otro más con su larga espada, levantándolo del suelo con la fuerza arremetida. En ese momento había gritos por todas partes.

Dilvish se puso al alcance de un nuevo rival y usó la guarda de su arma para machacarle el mentón. Le dio una patada mientras caía y hundió la punta de su espada en la guarda de otro hombre, partiéndole varios dedos. El herido chilló y soltó la espada. tras esquivar un ataque, Dilvish lanzó un golpe bajo y cortó la rodilla de otro, paralizándolo. Luego retrocedió ante dos nuevos atacantes y dio rápidas vueltas para que ambos se obstruyeran. Golpeó, arremetió, pararon su golpe, paró él las réplicas, acometió de nuevo, superó una parada y tajó una muñeca. Escuchó el bramido de Black en alguna parte, un sonido en parte humano, en parte animal, seguido momentos después por diversos chillidos.

Dilvish tiró al herido y le dio una patada, alcanzó al otro en el estómago con su espada, notó picor en el hombro, vio sangre, se volvió para encararse con otro atacante...

Se deshizo de él con una serie de movimientos prácticamente de ensueño. Otro hombre, que venía corriendo hacia él, resbaló en un charco de sangre recién derramada y Dilvish lo remató antes de que pudiera levantarse.

Una estaca le golpeó en el costado. Se encogió un momento y retrocedió moviendo de un lado a otro la espada. Vio cerca a Black, que seguía derribando atacantes con una esgrima casi temeraria. Se dispuso a gritarle, para decirle que podían ponerse espalda contra espalda y defenderse mejor...

Un agudo grito sonó y los atacantes vacilaron. Las cabezas se volvieron en dirección al altar y el movimiento se paralizó un instante.

La sacerdotisa Sanya yacía en la piedra, sangrando. Un hombre alto y de cabello rubio acababa de retirar el arma de su pecho. Los labios de Sanya seguían moviéndose, bien maldiciendo o bien rezando, pero las palabras eran inaudibles. Los labios del hombre rubio también se movían. Al otro lado del campo, otro grupo de hombres llegaba desde el pueblo. Un goteo rojo comenzó en la comisura izquierda de los labios de Sanya y su cabeza se ladeó de pronto, con los ojos todavía abiertos, sin ver. El hombre rubio irguió la cabeza.

- ¡Ahora traedme a esos dos! -exclamó, levantando la espada una vez más y apuntándola hacia Dilvish y Black.

Con ese gesto, la manga del hombre rubio cayó hacia atrás dejando al descubierto varios tatuajes en su brazo derecho. Dilvish había visto estas marcas en otras ocasiones. Diversos chamanes de las tribus de las montañas se tatuaban de esa forma; cada marca representaba una victoria sobre un vecino y aumentaba el poder del que la lucía. ¿Qué hacía un hombre como

aquel con esa banda de andrajosos degolladores, obviamente en calidad de jefe? ¿Había aniquilado a su tribu? ¿O...?

Dilvish respiró profundamente.

- ¡No te preocupes! -gritó-. ¡Voy hacia allí!

Se abalanzó hacia el hombre rubio.

Su espada topó con la del otro en el altar, fue rechazada. Dilvish empezó a dar vueltas. Lo mismo hizo el chamán.

- ¿Te expulsó tu gente? -preguntó Dilvish-. ¿Por qué crímenes?

El hombre le lanzó una fugaz mirada colérica, luego sonrió y con un visible gesto detuvo a los salteadores que corrían en su ayuda.

-Éste es mío -afirmó. Vosotros ocuparos del otro.

Movió el brazo izquierdo, que también estaba cubierto de tatuajes, sobre su pecho y lo acercó a la espada.

-Reconoces lo que soy -dijo- y sin embargo me desafías. Eso es imprudente.

Brotaron llamas en la espada que sostenía. Dilvish entrecerró los ojos para protegerlos de la repentina llamarada.

El arma trazó confusas líneas de fuego al moverla el hombre rubio. Sin embargo, Dilvish paró la primera acometida, notando un momentáneo calor en la mano. Por detrás, sonó el grito de batalla de Black y el reanudado estruendo de las armas. Un hombre lanzó un chillido.

Dilvish propinó un golpe que fue parado por la llameante espada, y notó el creciente calor de esa arma en su muñeca al parar a su vez y buscar una brecha en la guardia del otro.

Se alejaron del altar y del árbol, poniendo a prueba las respectivas defensas en terreno despejado. Por los ruidos, detrás de él en ese momento, Dilvish dedujo que Black seguía resistiendo. ¿Pero cuánto tiempo podía continuar así?, se preguntó. Pese a su gran fuerza y agilidad, había muchos hombres enfrentados a Black...

La manga de Dilvish empezó a humear con el intercambio de golpes. El chamán, comprobó, era un buen espadachín. A diferencia de sus hombres, además, estaba totalmente sobrio... y no jadeaba tanto como Dilvish.

¿Cuál era el propósito de todo aquello?, se preguntó Dilvish. Lanzó un tajo a la cabeza que sabía no iba a superar la guardia del otro, retrocedió y paró el golpe en el pecho que se produjo con gran fuerza. Fingió tambalearse y recobrarse, con la esperanza de que su adversario se sintiera confiado en exceso. ¿Por qué estaban allí? ¿Cuál era el motivo de la transformación de Black, de que los dos se hallaran en el escenario de la antigua masacre?

Dilvish siguió retrocediendo, dando muestras de fatiga, sólo en parte fingidas, estudiando el estilo de su rival, parpadeando frente al resplandor de la otra espada, con la mano derecha dolorida como si hubiera estado en un horno. ¿Por qué había acudido en ayuda de una mujer ya condenada, y con tan escasas posibilidades?

Una visión cruzó de pronto su mente... Otra noche, hacía tiempo, otra mujer a punto de ser sacrificada por otro mago, las consecuencias de su acto... Dilvish sonrió al pensar que había hecho lo mismo otra vez y que volvería a hacerlo si la situación se presentaba de nuevo... porque era algo que se había preguntado durante los largos días de dolor. En ese fugaz instante, vio algo de su propio ser: el temor de que las duras pruebas sufridas hubieran roto algo en su interior, algo que en ese momento comprendió que permanecía inalterado.

Ensayó otro tajo a la cabeza. Había habido cierto detalle en la última respuesta del chamán...

¿Acaso una deidad de amable disposición había previsto el acto de Dilvish, considerando algún uso incomprensible del mismo en aquella batalla? ¿Acaso esa deidad le había concedido esa breve visión de su carácter como favor en el momento de la muerte? ¿O bien...?

¡Sí! ¡La respuesta llegaba con fuerza de nuevo! Si él retrocedía y movía la espada con rapidez por debajo...

Dilvish empezó a planear la maniobra mientras cedía terreno y fingía otra vez que daba un traspié.

Oyó el juramento que lanzaba Black, a la derecha, y otro hombre chilló. Aunque logre matar al chamán, se preguntó Dilvish, ¿cuánto tiempo duraremos los dos con los hombres que quedan en el campo y los que llegarán del pueblo en llamas?

Pero en ese instante, Dilvish no pudo asegurar si fue por el efecto de la llameante espada en sus humedecidos ojos, todo cuanto tenía ante él pareció ondularse y agitarse. Todo pareció paralizado en ese momento: su quite, la mueca burlona en el semblante cubierto de sudor del chamán... En esa esquirla de infinitud, Dilvish vio su oportunidad.

Lanzó un tajo a la cabeza.

Su adversario paró el golpe, y el llameante arco de la respuesta centelleó hacia su pecho.

Retrocedió, moviendo rápidamente la espada hacia abajo, en círculo y hacia arriba. La punta de la flamígera espada desgarró la manga de su jubón por encima del bíceps derecho.

Se revolvió y se cogió la quemada muñeca derecha con la otra mano, con la espada horizontal y apuntando al pecho de su rival. Ya desequilibrado por el movimiento, se lanzó hacia adelante y vio que su arma atravesaba al chamán mientras ambos caían. Durante un instante notó la ardiente hoja de su adversario en su muslo derecho.

Después, de nuevo la agitación, un latido eterno, prolongado.

Dilvish se echó hacia atrás y sacó su espada. Muchos colores, ígneos, marrones, verdes, rojos brillantes... comenzaron a manchar su visión. La flamígera espada llameó, perdió brillo, se apagó en el suelo. Luego se convirtió en un mero tiznajo oscuro en un lienzo cambiante. Los sonidos del conflicto cesaron en la posición de Black.

Dilvish se puso en pie, con el arma dispuesta y el brazo tensado para moverla. Pero nadie más se acercó.

En el extremo del campo, en dirección al altar donde yacía muerta la sacerdotisa, parecía estar sonando una voz... femenina y un poco estridente. Dilvish miró hacia allí y de inmediato desvió sus aún lacrimosos ojos, porque sólo había luz, que cobraba brillo, latido tras latido.

-Escuché mi himno, Libertador -resonaron las palabras- y cuando miré, vi que podía confiar en tu ser. Un viejo agravio no puede repararse, pero he guardado largo tiempo este castigo, el de los que siguen al sol.

Alrededor, como si fueran vidrio empañado, Dilvish vio las erguidas siluetas de muchos de los hombres que habían venido a atacarles. Fluctuaron y sus perfiles se hicieron borrosos mientras él los contemplaba. Pero uno de ellos parecía haber brotado, en silencio, a la izquierda...

La voz se dulcificó:

-...Y para ti, que te preocupaste por este lugar, aunque sólo fuera brevemente, ¡mi bendición!

El hombre parecía estar ya muy cerca, con la espada levantada, bamboleándose con lentos movimientos. Los demás se habían transformado en manchas de color entre un brillo cada vez más intenso... y también el que se acercaba pareció cambiar cuando Dilvish alzó su espada.

La flor cayó.

Dilvish extendió la mano en busca de algo donde apoyarse, no encontró nada y usó la espada a modo de bastón. Escuchó un ruido de pateo, después silencio. Alrededor de él, el lugar rebosaba de sol vespertino. Entre las altas hierbas había flores arrancadas y pisoteadas, cerca y lejos. las que aún se erguían estaban encaradas al sol, cimbreantes.

- ¿Black?

- ¿Sí?

Dilvish volvió la cabeza. Black estaba sacudiendo la suya.

-Extrañas visiones... -empezó a decir.

-Pero no un sueño -terminó Black, y Dilvish dedujo que ello era cierto por el temblor de su enrojecida mano y la sangre que todavía brotaba de sus numerosas heridas.

-Manata -dijo-, terminaré la tarea, por lo que me has mostrado.

Mientras subían las estribaciones montañosas, Black reanudó la conversación.

-Ha sido magnífico luchar a tu lado en esa forma. Me pregunto si no podría aprender ese encantamiento...

-Ha sido magnífico tenerte allí -replicó Dilvish mientras se adentraban en las sombras cada vez más largas-. Maravilloso.

-Ahora podrás decir a los jefes de la caravana que el camino está libre.

-Sí. ¿Lo oíste tú también?

Black guardó silencio unos instantes.

-Las flores no chillan -dijo por fin.

Por debajo y por detrás, el humo seguía alzándose y flotaba en el menguante día.

# *Dilvish, el Maldito*

Dilvish había salido hacía tres días de Golgrinn, donde había trabajado dos semanas con el equipo que reparaba los muros de la ciudad, dañados durante el infructuoso cerco de una bandada de proscritos. había sido una tarea dura y polvorienta, pero los trabajadores disfrutaban de buena comida, y él había ganado suficientes monedas para llenar la bolsa después de casi duplicar el importe de sus pagas jugando en la taberna. Con provisiones en sus alforjas, Dilvish se dirigía hacia el sur en un soleado atardecer, recorriendo un territorio montañoso y arbolado en dirección a las montañas Kannai. Siempre hacia las Kannai a partir de entonces. Dilvish había planeado ese rumbo hacía un mes, cuando el poeta y adivino ciego, Olgric, le dijo que encontraría allí lo que buscaba. En un viejo castillo que algunos llamaban Eterno...

Cabalgando sin dejar de pensar en ello, Dilvish pasó un recodo y vio su camino obstruido por un hombre que blandía una espada.

- ¡Viajero, ten las riendas! -gritó el desconocido-. ¡Voy a quedarme con tu bolsa!

Dilvish miró rápidamente a ambos lados del camino. El hombre parecía no tener compañeros.

- ¡Eso ya lo veremos! -dijo acto seguido, y desenvainó su espada.

Su enorme montura negra no aflojó el paso, sino que se dirigió directamente hacia el desconocido. Cuando la mirada de éste se posó en el pulido costado de Black, el asaltante se apartó de un brinco y lanzó un tajo a Dilvish.

Dilvish paró el golpe pero no lo devolvió.

-Un aficionado. No te detengas -dijo a Black-. Que derroche su sangre con otro.

Detrás, el salteador lanzó el arma al suelo.

- ¡Mierda! -exclamó-. ¿Por qué no has atacado?

-Detente, Black -dijo Dilvish.

Black se detuvo, y Dilvish se volvió y miró hacia atrás.

-Perdóname. Pero has despertado mi curiosidad - ¿*Querías* que te diera un tajo?

- ¡Cualquier viajero decente me habría atacado!

Dilvish meneó la cabeza.

-Creo que precisas más instrucción en los principios del latrocinio armado -dijo-. La idea es enriquecerse a expensas de otros sin sufrir daños personales. Si tiene que haber daños, debe sufrirlos el otro bando.

-Eso ya lo veremos -dijo el desconocido. Un fulgor de astucia apareció en sus ojos. Después se agachó rápidamente y recogió la espada. Se abalanzó hacia Dilvish, blandiendo en alto el arma.

Sin haber envainado su espada, Dilvish se limitó a esperar. Cuando el otro atacó, dio un fuerte golpe. La espada voló de la mano del salteador y cayó en el camino a varios pasos de distancia.

Dilvish desmontó de inmediato y corrió. Puso un pie sobre el arma antes de que el otro pudiera recogerla.

- ¡Has vuelto a hacerlo! ¡Maldita sea! ¡Has vuelto a hacerlo!
-Los ojos del hombre se habían humedecido-. ¿Por qué no has respondido?

De pronto se abalanzó hacia adelante y trató de empalarse en la hoja de Dilvish.

Dilvish apartó la punta y cogió por el hombro al desconocido. Era un hombrecillo con una barba oscura y estrecha y ojos negros, y llevaba un arco de plata en la oreja izquierda. Visto de cerca era más viejo que al principio, con una red de arrugas alrededor de los ojos.

-Si necesitas algunas monedas o un trozo de pan
-dijo Dilvish- yo te lo daré. no me gusta ver tanta desesperación... y además estúpida, la verdad sea dicha.

- ¡No me interesa! -exclamó el otro.

Dilvish apretó su presa, ya que el desconocido había empezado a debatirse.

-Bien, ¿qué es lo que pretendes, pues?

- ¡Quería que me mataras!

Dilvish suspiró.

-Lo siento, pero no te complaceré. Soy muy escrupuloso con la gente que mato. No me gusta que me fuercen a hacer esta clase de cosas.

- ¡Suéltame, pues!

-No pienso seguir con este juego. Si estás ansioso de morir, ¿por qué no lo haces tú mismo?

-Soy cobarde para eso. He querido hacerlo varias veces, pero el valor me falla siempre.

-Tengo la impresión de que debería haber seguido cabalgando
-Dijo Dilvish.

Black, que se había aproximado y estaba examinando atentamente al hombrecillo, asintió.

-Sí -dijo en un siseo-. Déjalo sin sentido y sigamos nuestro camino. Hay algo extraño aquí. Un sentido que había olvidado poseer está empezando a funcionar.

-Habla... -dijo en voz baja el hombrecillo.

Dilvish alzó el puño, se detuvo después.

-No será nocivo escuchar su historia -dijo.

-Ha sido la curiosidad lo que te ha hecho detenerte -le recordó Black-. Triunfa sobre ella esta vez. Golpéalo y abandónalo al destino que se merezca.

Pero Dilvish vaciló ante el cenagal de una victoria moral. Meneó la cabeza.

-Quiero saber -afirmó.

-Maldita curiosidad de mono -dijo Black-. ¿De qué puede servirte ese conocimiento?

-Si es por eso, ¿qué daño puede causarme?

-Podría especular durante horas, pero no lo haré.

-Habla -repitió el hombrecillo.

- ¿Por qué no haces tú lo mismo? -dijo Dilvish-. Explícame por qué estás tan ansioso de morir.

-Tengo un problema tan terrible que ésa es la única salida.

-tengo la sensación de que además es una larga historia
-comentó Black.

-Moderadamente larga -dijo el hombrecillo.

-En ese caso, es hora de cenar -dijo Dilvish, y extendió la mano hacia una alforja. Aflojó su presa sobre el hombro del salteador-. ¿Me acompañas? -le preguntó.

-No tengo hambre.

-Es mejor morir con el estómago lleno, diría yo.

-Quizá tengas razón. Llámame Fly -dijo el hombrecillo.

-Curioso nombre.

-Escalo paredes. -Fly se frotó el hombro-. Entro en los lugares más infernales.

Dilvish envainó la espada y sacó carne, pan y una bota de vino de la alforja. Black se situó sobre la caída arma de Fly.

-Dilvish -dijo Black-, hay algo que no es normal en este lugar.

Dilvish avanzó hacia un pequeño claro junto al camino, llevando la comida. Miró a Fly.

- ¿Puedes ilustrarnos al respecto? -inquirió.

Fly asintió.

-No hay problema -dijo-. Se han retirado. Están confundidos por ti y por eso... -señaló a Black-. Pro no puedo esquivarlos eternamente.

- ¿Quiénes son?

Fly sacudió la cabeza y tomó asiento en el suelo.

-Será más comprensible si me dejas explicarlo tal como sucedió.

Dilvish cortó la comida con su daga, partiéndola. Abrió la bota.

-Prosigue.

-Robo cosas -empezó Fly-. Oh, no como lo he intentado contigo. Nunca a punta de espada. Voy a un sitio y averiguo qué objetos valiosos guardan allí. Pienso cómo conseguirlos. Me voy de prisa después y me desembarazo de las cosas a buena distancia de los lugares donde las conseguí. A veces me pagan para robar un objeto particular. Otras veces actúo por cuenta propia.

-Arriesgada forma de vida -comentó Black, acercándose-. Me sorprende que haya durado tanto.

Fly se encogió de hombros.

-Es un medio de vida -dijo.

Hubo un susurro en los árboles, como de un cuerpo enorme que recorría la maleza. Fly se puso en pie de un salto y miró en esa dirección. Permaneció observando un rato, pero el ruido se repitió. Se alejó unos pasos después, metió la mano en un hueco de un árbol caído y sacó una pequeña mochila marrón.

-Sigue aquí -dijo mientras la cogía de un tirón-. Cuánto deseo que no estuviera.

Observó el bosque de nuevo, volvió después con Dilvish y Black, llevando la mochila.

-Has robado algo, y esta vez están siguiéndote el rastro -sugirió Dilvish.

Fly dio un largo trago de vino.

-Eso es parte del asunto -dijo.

-Y nosotros podemos estar en peligro si continuamos aquí -dijo Dilvish.

-Tal vez. Pero de una forma que es imposible que la imagines.

-Vamos, Dilvish -dijo Black-. No seamos necios con esto. Él no está hablando de seres humanos. ¿Verdad que no, Fly?

Fly tardó un momento en responder, ya que se había llenado la boca de carne y de pan.

-Bueno, sí y no -dijo por fin.

Una nube disminuyó la luz solar y una ola de frígido aire recorrió la arboleda.

-Están acercándose otra vez -dijo Fly-, cobrando fuerza. Pero no creo que os causen daño. Es a mí al que buscan. El problema sólo os lo pueden crear los otros.

-Tenemos que saberlo ahora -dijo Dilvish-. ¿Qué demonios robaste?

Fly desató la mochila y metió la mano. Algo centelleó en su puño, y luego sacó y desenrolló una larga y ancha cinta de blando cuero marrón tachonado con un deslumbrante conjunto de piedras preciosas. Se acercó, sosteniendo la cinta entre las manos, y la mostró.

-el cinto fantasma de Cabolus -dijo.

Dilvish extendió una mano y cogió un extremo. La arboleda seguía oscureciéndose y las piedras parecían brillar con el contraste más todavía.

-Vaya colección -dijo mientras acariciaba el cuero entre el pulgar y el índice, tocando las correas de las puntas.

No había hebilla-. Un objeto antiguo. ¿Quién es Cabolus y por qué hablas de un cinto fantasma?

-Cabolus es uno de esos dioses con escasos partidarios que en otro tiempo fueron más numerosos -replicó Fly-. El centro de la fe es una población llamada Kallusan, al oeste de aquí.

-La he visto en el mapa, quizás a medio día de distancia.

-Más o menos. Él es una especie de recadero e intermediario para otros dioses. Asegura buenas cosechas para sus devotos, les echa una mano en la batalla. Cosas así. tiene un hermano con el que no se lleva bien, Salbacus es dios de la fragua. Los súlvaros son mineros y metalistas. Ambos descienden de...

-Admiro tu investigación. Pero ¿hasta qué punto es preciso todo esto?

-Perdóname. Me estoy apartando del tema. Tuve que aprender estas cosas para poder ser converso.

- ¿De la fe de Cabolus?

-Sí. Era la forma más sencilla de conocer la disposición del templo principal de Kallusan.

- ¿y el cinto...?

-En la estatua dorada del templo, ceñido a la cintura.

- ¿Cuándo lo cogiste?

-Ayer.

- ¿Qué sucedió después?

-Nada al principio. Salí corriendo de la población. Con estos dioses tan oscuros nunca sabes si en una farsa mantener en acción a los sacerdotes, o si hay algo de verdad en ello.

-Deduzco que hay algo de verdad con éste...

Fly asintió y dio otro trago. Dilvish comió otro trozo de carne. La arboleda parecía haberse enfriado varios grados. Las ramas resonaron al levantarse el viento.

-Nada sucedió en las primeras horas -continuó Fly-. Hasta es posible que nadie notara el robo al principio. O tal vez pensaron que algún viejo sacerdote estaba limpiando el cinto. En fin, yo tenía una buena ventaja inicial. Pero finalmente advirtieron el robo y uno de los sonámbulos me buscó y me encontró...

- ¿Sonámbulos?

-Sí. Uno de los sacerdotes está siempre en trance, vigilando la tierra fantasma. Lo hacen por turnos. Con drogas al principio, pero al cabo de un tiempo se supone que pueden entrar en el lugar sin ellas. Los primeros días pensé que era simplemente una forma de pasar el tiempo más a gusto. Pero ahora sé que es más que eso.

- ¿La tierra fantasma? -preguntó Dilvish mientras una extraña depresión brotaba en la tierra al otro lado de los árboles, triangular y con pequeños agujeros a lo largo de la base-. ¿Qué es eso de la tierra fantasma?

Fly comió más deprisa, masticó y tragó, se atiborró.

-Otro plano de existencia -logró decir con la boca llena de pan- contiguo a éste, eso dicen. Se entrelaza con el nuestro en diversos puntos. Fluctúa un poco. Es el reino de Cabolus, en cierto sentido. Lo atraviesa cuando hace recados para otros. Lleno de asquerosas presencias aunque dejan en paz a los sacerdotes... incluso aceptan órdenes de éstos, con cierta persuasión, eso dicen. Los sonámbulos se introducen en esa tierra y aprenden muchas cosas. y pueden ver nuestro mundo desde allí. Deben haberme localizado de esa forma...

Dilvish vio formarse otra huella, aparte de la primera.

-Los seres de ese plano ¿pueden manifestarse en éste?
-preguntó.

Fly asintió.

-el viejo sacerdote Inrigen lo hizo. Apareció ante mí en el camino y me ordenó devolver el cinto.

- ¿Y...?

-Yo sabía que me matarían si lo hacía, y él dijo que enviarían a las bestias fantasmas en mi busca si no lo hacía. En cualquier caso, yo perdía.

-Por eso decidiste que era mejor desaparecer rápidamente.

-No al principio. Pensé que podía huir. Mira, fueron los sacerdotes de Salbacus los que me pagaron para conseguir el cinto, para dar predominio de su dios. De haber podido llegar hasta ellos, me habrían protegido. En cuanto hubieran tenido el cinto, habrían emprendido la guerra con Kallusan. Hay partidas que se dirigen hacia aquí para encontrarme y luego continuar hacia Kallusan en cuanto Salbacus se ponga el cinto. Pero aún no han llegado y las bestias me han alcanzado. Sé que ahora no puedo conseguirlo, y que van a matarme de una forma horrible.

- ¿Cómo sabes que te han localizado si son seres inmateriales?

-El poseedor del cinto ve en ese plano.

-En ese caso sugiero que mires hacia allí -dijo Dilvish, señalando el lugar del suelo donde acababan de aparecer otras dos peculiares huellas- y me digas si ves algo especial.

Fly dio media vuelta bruscamente. Casi al momento alzó el cinto como si fuera un escudo.

- ¡Atrás! -gritó-. ¡En nombre de Cabolus! ¡Os lo ordeno!

Se formó otra huella, más cerca.

- ¿Y si renunciaras al cinto? -preguntó Dilvish, disponiendo la espada en su mano-. ¿Y si lo tiraras?

-De nada serviría -respondió Fly-. Les han ordenado que busquen también al poseedor del cinto.

Apareció otra huella, más cerca.

Fly volvió la cabeza de pronto y miró fijamente a Dilvish. Se humedeció los labios, miró otra vez hacia las huellas.

- ¡Mirad! -gritó súbitamente-. ¡Entrego el cinto a este hombre! ¡Se lo entrego! ¡Es suyo ahora!

Lo lanzó a Dilvish y el cinto cayó en el hombro de éste. De inmediato creyó estar contemplando el mundo a través de una neblina crepuscular. Y luego, en el centro de la arboleda...

Ruidosamente, la forma de Black se interpuso entre Dilvish y la visión. Dilvish oyó los espantosos chillidos de Fly junto a ruidos de trituración, masticación y sonidos de movimiento.

Tras levantarse, tiró el cinto al suelo y miró por encima del cuerpo de Black. Fly yacía en tierra, y le faltaba el brazo izquierdo. Mientras Dilvish miraba, el brazo derecho, el hombro y una porción del pecho se esfumaron tras otro ruido de masticación; la sangre oscureció la tierra entre unos nuevos sonidos repugnantes.

- ¡Pongamos pies en polvorosa! -dijo Black-. ¡Esa criatura es enorme!

- ¿La ves?

-Vagamente, ahora que funciono en el nivel adecuado. ¡Monta!

Dilvish obedeció. Mientras lo hacía, la cabeza, el cuello y el resto del pecho de Fly desaparecieron.

Black dio media vuelta, en el mismo instante que cuatro hombres a caballo y con las espadas desenvainadas entraban en la arboleda para impedirle el paso.

- ¡Por Salbacus! -gritó el primero, embistiendo a Dilvish con el arma en alto.

- ¡El cinto! -exclamó otro, siguiéndole.

Los otros dos se dispusieron a tomar posiciones laterales. Black cargó contra el primer jinete y Dilvish hizo una finta y atacó, alcanzándolo en el vientre. Al segundo jinete lo hirió en cuello con la punta de su espada.

Black se encabritó después, y sus cascos metálicos golpearon al tercer jinete. Dilvish oyó caer jinete y caballo mientras se volvía para parar un golpe del restante caballero. Su ataque fue parado. Atacó de nuevo con el mismo resultado.

-Entregadme el cinto y salvaréis la vida -dijo el jinete.

-No lo tengo. Está en el suelo. Más atrás -respondió Dilvish.

El desconocido volvió la cabeza y Dilvish se la arrancó de los hombros. Black dio media vuelta y se empinó, lanzando fuego por la boca y el hocico. Una enorme flor de fuego se desplegó ante él. Se produjo un siseo que creció hasta convertirse en un silbido y estalló en una serie de pitidos que cesaron después, como si algo retrocediera en el bosque.

Cuando las lamas y sus imágenes consecutivas desaparecieron, Dilvish vio que sólo quedaba el pie derecho de Fly en el lugar empapado de sangre donde había caído, que gran número de marcas triangulares estaban impresas alrededor del charco y que un rastro de esas marcas se perdía entre los árboles.

Dilvish oyó una risa en el suelo. El hombre al que había herido en el vientre estaba sentado, encogido, agarrándose las entrañas. Pero sus ojos estaban alzados y en su semblante aparecía una tensa mueca.

- ¡Oh, fantástico, fantástico! -dijo-. Arrojar fuego para ahuyentarlos. Matarnos a todos.

Después movió la pierna y bajó la mano para coger algo. Un objeto centelleó, y el moribundo alzó la mano. Dilvish vio que el herido había estado encima del cinto, que en ese momento aferraba con fuerza y sostenía ante él, con la cara empapada de sudor.

- ¡Pero los míos vendrán a por él! ¡Los sacerdotes de Salbacus están atentos! ¡Huid! Las bestias volverán, os seguirán aunque el día decaiga! Coged el cinto de la mano de un muerto si os atrevéis... ¡Y os ganaréis mi maldición! ¡Será nuestra a pesar de todo! Mis compañeros celebrarán un festín en Kallusan dentro de poco, ¡y harán arder la ciudad antes de terminar! ¡Huid, maldito seáis! ¡Que Salbacus os maldiga y que se me lleve ahora!

El desconocido se desplomó, con el brazo extendido ante él.

-No ha sido un mal discurso de despedida -observó Black-. Contiene todos los elementos clásicos: la amenaza, la maldición, la correspondiente bravata, la invocación de la deidad...

-Magnífico -reconoció Dilvish-. Pero si guardas la crítica literaria para más tarde, me gustaría saber algo más práctico: ¿acabas de hacer retroceder a una criatura invisible de solidez suficiente para devorar a Fly?

-Lo ha devorado casi por completo.

- ¿Volverá?

-Probablemente.

- ¿Para buscarme, o para coger el cinto?

-Para buscarte, sí. No creo que su naturaleza le permita coger el cinto. Ese cinto parece coexistir aquí y en el plano fantasma, y creo que su contacto sería doloroso, si no fatal, para los habitantes de ese lugar. Se trata de un nexo de peculiares energías.

-En ese caso yo estaría en mejores condiciones cogiendo el cinto que abandonándolo. Podría ofrecerme un poco de protección.

-Sí, eso es cierto. Pero también te convertiría en objeto de caza para las tropas sulváreas.

- ¿Cuánto tenemos que huir para librarnos de las bestias fantasmas?

-No sabría decirlo. Tal vez puedan perseguirte prácticamente a cualquier parte.

-Eso no me deja mucha elección, entonces.

-Creo que no.

Dilvish suspiró y desmontó.

-De acuerdo. Llevaremos esto a Kallusan, explicaremos lo sucedido y lo entregaremos a los sacerdotes de Cabolus. Esperando que nos den oportunidad de explicarlo, claro está.

Recogió el cinto fantasma.

-Qué demonios -dijo, se lo puso a la cintura y lo ató.

Miró hacia arriba y se tambaleó. Extendió una mano.

- ¿Qué ocurre? -preguntó Black.

El mundo estaba lleno de una luz plateada que se filtraba a través de una nebulosa calina. Y no tenía los mismos rasgos que hasta entonces. Dilvish seguía viendo la arboleda, los cadáveres, a Black y los árboles del borde del claro. Pero también había árboles donde él no recordaba haber visto ninguno: ejemplares delgados y oscuros, uno de ellos alzado entre Black y él. El terreno parecía más elevado, apartó de eso, con su visión doble, como si él se hallara hundido hasta la rodilla en un montecillo gris. El horizonte estaba oculto por las brumas. Había una roca negra a la izquierda. Detrás de ella formas como dibujadas al carbón parecían agitarse en la penumbra. Dilvish extendió el brazo hacia el árbol fantasma que había a su derecha. Lo notó, pero su mano lo atravesó, como si fuera agua en movimiento y sin salpicaduras. Estaba frío.

Black repitió su pregunta.

-Estoy viendo doble... nuestro mundo, y supongo que ese otro plano mencionado por Fly -replicó Dilvish.

Desató el cinto y se lo quitó. Nada cambió.

-No desaparece -dijo.

-Todavía sostienes el cinto. Mételo en la alforja y monta. Será mejor que nos movamos.

Dilvish obedeció.

-Todo igual -dijo.

-La proximidad, en ese caso -replicó Black.

- ¿Te afecta a ti, ahora que lo llevas encima?

-Así sería si yo lo permitiera. No obstante, estoy bloqueando ese plano. No puedo permitirme el riesgo de correr con una visión doble. Pero mientras continuamos echaré un vistazo de vez en cuando.

Black empezó a moverse en la dirección donde según Fly se hallaba Kallusan, y se adentró en una parte del bosque sin caminos.

-Será mejor que consultes tu mapa para ir a Kallusan -dijo-. Busca la ruta preferible.

Dilvish apartó la mirada de la vertiginosa escena y sacó el mapa de un bolsillo de la otra alforja.

-Ve en línea recta -dijo- hasta que llegues al camino por donde vinimos, más allá del recodo. Será más fácil si retrocedemos un poco. Llegaremos a una parte de campiña más despejada.

-De acuerdo.

Black dio media vuelta. Al poco rato encontraron el camino. En ese momento Dilvish pensó que estaba lejos e iluminado a media luz. Se dio cuenta de que se agachaba para evitar ramas que no eran más que brisas en su cara. Cada vez era más difícil mantener separados los dos mundos. Trató de cerrar los ojos un rato, pero en seguida le asqueó el vértigo que ello producía.

-No hay ninguna forma de que tapes la visión para mí, ¿me equivoco? -dijo mientras atravesaban al galope lo que parecía un sólido peñasco, con sensaciones idénticas a las de cruzar un túnel de hielo.

-Lo siento -respondió Black-. Esa habilidad no parece ser preferible.

Dilvish maldijo y continuó agachado. Al cabo de un rato, llegaron a una bifurcación del camino que habían pasado con anterioridad y siguieron por la senda de la izquierda: bien señalada, bastante llana y descendiendo ligeramente. Estaban cabalgando con el ocaso y la luz del sol poniente servía para enturbiar en parte, aunque no todas, las agitadas visiones que flotaban alrededor: los amenazadores árboles de apariencia consciente cuyas ramas oscilaban como huesudos dedos, con un tacto frío, flojo y molesto; las criaturas grisáceas que daban vueltas y que de vez en cuando se lanzaban hacia Dilvish y se apartaban de los tajos de su espada; los seres tentaculares que se deslizaban detrás de Black, con las extremidades extendidas pero incapaces de seguir el paso del animal metálico, y el viento helado que parecía más que viento, lleno de veloces escamas y franjas negras, con olor a sepultura... En cuanto a los ocasionales ruidos de animales que oía, Dilvish no supo de qué versión de la realidad procedían.

Conforme el sol descendía por el oeste y las sombras se alargaban, el otro mundo y su constante luz plateada iba predominando en el duelo por dominar los sentidos de Dilvish. Si acaso, el mundo fantasma parecía más brillante, aunque sus nieblas eran proporcionalmente más densas. Dilvish se sintió agobiado por la posibilidad de que los objetos de aquel plano pudieran cobrar densidad con respecto a él mientras el día decaía en su mundo.

Algo de elefantinas proporciones se aproximaba por la izquierda de forma amenazadora. Avanzaba con rapidez para su tamaño, pero no podía igualar el paso de Black y pronto quedó atrás y se perdió de vista. Dilvish suspiró y miró al frente. Zarzillos, sólo en parte palpables, fustigaron sus calzones y mangas.

Cuando Black aflojó el paso para doblar un recodo del camino, Dilvish notó un peso repentino en la espalda y garras que se clavan en sus hombros.

Tras revolverse y extender las manos, agarró un cuello bajo una grotesca cabeza con pico que se proyectaba hacia la suya. La fuerza del impacto y los movimientos le forzaron a soltarse de la silla. Al caer del lomo de Black, el mundo fantasma se desvaneció. La criatura similar a un ave y del tamaño de un perrillo, dejó escapar un grito agudo y gorjeante, agitó sus membranosas alas al tocar el suelo, pero Dilvish la agarró con fuerza y se revolvió para caer encima de ella.

El extraño animal dio la vuelta debajo de Dilvish nada más caer, trató de alejarse dando tirones y agitó las alas contra la cabeza del hombre. Tras liberar su cuello de otro tirón, dio un

salto atrás y miró alocadamente en todas direcciones. A continuación se lanzó al aire y planeó hacia la derecha de la senda hasta desaparecer entre los árboles.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Dilvish, acercándose a Black.

-Has logrado transportar a esa criatura del plano fantasma al nuestro -replicó Black-. La habías cogido cuando perdiste el contacto con el circuito del cinto, y la has tirado al suelo contigo. Felicidades. Tengo la impresión de que eso no ocurre muy a menudo.

-Vámonos de aquí antes de que vuelva -dijo Dilvish mientras montaba-. La sensación de éxito está bastante embarullada. ¿Qué hará ese animal en nuestro mundo, de todas formas?

-Probablemente seguirte para intentarlo otra vez -respondió Black-. Pero apuesto a que no durará demasiado. No sabe mucho de nuestro mundo y los predadores olerán la diferencia perfectamente. Algo acabará liquidándolo. -Black prosiguió la marcha-. Aunque será muy interesante -añadió en tono meditativo- si se topa con algún pollo.

- ¿Por qué? -inquirió Dilvish.

-Conozco a ese animal por mis viajes en el otro plano, hace mucho tiempo -dijo Black-. Si uno de ellos llega aquí y encuentra gallinas, al poco tiempo hay nidadas de basiliscos. Les gusta comprobar con gallinas, y ése es el resultado normal. -El camino era recto y Black apretó de nuevo el paso-. Por fortuna, los basiliscos tampoco duran mucho en este plano.

-Es agradable saberlo -dijo Dilvish, agachándose bajo una rama fantasma, mientras su visión se adaptaba al otro plano.

La luz diurna huyó del mundo normal, y las formas de éste se volvieron sombrías e inmateriales. El otro plano cobró mayor brillantez, más apariencia sólida. Para comprobarlo, Dilvish extendió la mano y arrancó una alargada hoja, aserrada y oscura, de un árbol que se agitó con el paso de Black. De inmediato la hoja se enrolló en la mano y sus puntas horadaron la piel con la sensación de una infinidad de picaduras de insecto. Dilvish maldijo mientras se la arrancaba y la tiraba.

-Curiosidad otra vez -observó Black-. No atormentes a las plantas, son muy sensibles.

Dilvish replicó con una obscenidad y se frotó la mano.

Siguieron cabalgando varias horas, a velocidad mayor que la que cualquier caballo puede mantener. Dejaron atrás grandes y amenazadoras criaturas; otras más pequeñas y más rápidas las eludieron o se enzarzaron brevemente con ellas. Dilvish sufrió picaduras en el muslo izquierdo y en el brazo derecho.

-Eres muy afortunado, no se hallan entre los ejemplares venenosos -había comentado Black.

- ¿Por qué no me siento afortunado? -había replicado Dilvish.

Finalmente llegaron a una elevación del terreno en el otro mundo, aunque el camino continuaba recto y llano. Hasta entonces habían encontrado declives y descensos en su plano, creando la impresión de cabalgar por el aire sobre el brillante paisaje, pero en ese momento Dilvish pensó por primera vez que iba a meterse en la ladera de la colina.

- ¡Despacio, Black! ¡Despacio! -gritó Dilvish, en el mismo instante que una silueta humana salía de la grieta de una roca situada a la derecha para tomar posición en la senda ante ellos-. ¿Qué...?

-Lo veo -dijo Black-. He estado haciendo comprobaciones. Puedo mencionar que el paraje no es famoso por su habitación humana.

La figura, la de un viejo con una oscura capa, hizo un gesto con el bastón como si les rogara que se detuvieran.

-Paremos y veamos que desea -dijo Dilvish.

Black se detuvo. El anciano sonrió.

- ¿Qué deseáis? -preguntó Dilvish. El viejo levantó una mano. Respiraba con dificultad.

-Un momento -dijo-. Debo recuperar el aliento. he estado proyectándome por todas partes, tratando de localizarlos. Duro trabajo.

-El cinto -dijo Dilvish.

El otro asintió.

-El cinto -convino-. Estáis llevándolo en mala dirección.

- ¿Sí?

-Sí. Por esto no recibiréis nada de los kallusanos, ni siquiera las gracias. Son un pueblo bárbaro.

-Entiendo -dijo Dilvish-. Apuesto a que sois sacerdote de Salbacus, en Sulvar.

- ¿Cómo podría negarlo? -preguntó el hombre-. Por desgracia, no poseo poder de transportar un objeto como el cinto de un plano a otro ni de un lugar a otro. Por tanto, es precisa vuestra cooperación. Quiero aseguraros que seréis bien recompensados por ello.

- ¿Qué deseáis, exactamente, que haga yo?

-Desde este plano, observamos el hurto del cinto -respondió el anciano-. Previendo el robo, nuestro ejército ya estaba movilizado. Nuestros oficiales empezaban a trasladarlo en esta dirección cuando Fly se apoderó del cinto. Nuestro ejército prosigue su marcha, pero los kallusanos lo saben y se han movilizado. También ellos vienen hacia aquí, desde el oeste.

- ¿Pretendéis decir que estoy entre dos ejércitos movilizados?

-Exactamente. Bien, también tenemos destacadas fuerzas de ataque y grupos de exploración. Hay uno a menos de media hora en este camino. Lleva la estatua del templo de Salbacus. Sería más sencillo que vos dierais media vuelta y fuereis a su encuentro. Devolveríais el cinto y el oficial del grupo os daría un salvoconducto para ir a Sulvar. Seríais un héroe allí, y os pagarían bien. Por otra parte, también hay gente nuestra que pretende acabar con vos...

-Esperad un momento -dijo Dilvish-. Ser un héroe y recibir un buen pago siempre es agradable, pero ¿qué me decís de este plano y de las bestias que veo ahora mismo y que se acercan de nuevo?

El sacerdote se echó a reír.

-El primer sacerdote de Salbacus que tenga ese cinto en sus manos anulará la maldición, no temáis. ¿De acuerdo?

Dilvish no replicó.

- ¿Qué opinas, Black? -musitó.

-Parece menos costoso matarte que recompensarte -respondió Black-. Por otro lado, los kallusanos se alegrarán de recuperar lo que les pertenece, y saben que tú no fuiste el primero en cogerlo porque conocen al ladrón.

-Cierto -dijo Dilvish.

- ¿De acuerdo? -repitió el sacerdote.

-Creo que no -replicó Dilvish-. El cinturón *es* de los otros.

El sacerdote meneó la cabeza.

-No creo que alguien que cabalga por la campiña haga cosas como ésta simplemente porque piensa que es correcto -dijo-. Es perversidad, eso es. Ese cinto ha sido robado y recuperado tantas veces que hemos perdido el rastro del principio de las cosas. no defendáis espectrales nociones de honor, dando vueltas como un molino de viento y sin llegar a ninguna parte. Sed razonable.

-Lo lamento -dijo Dilvish-. Pero así va a ser.

-En ese caso -dijo el otro-, las tropas lo recogerán de vuestros restos.

Bajó su bastón de tal modo que la punta quedó extendida, como una lanza, hacia Dilvish. Al instante, Black se encabritó y el fuego danzó en sus ojos y el humo ondeó en su hocico.

En ese momento, un hombre bajito y regordete que vestía una capa marrón y también llevaba un bastón, salió de la grieta de la roca.

-Un momento, Izim -dijo, volviendo el bastón hacia el otro.

- ¡Maldita sea! ¡Precisamente cuando acababa mi turno!
-observó el sacerdote de Salbacus.

-Forastero, sigue cabalgando -dijo el recién llegado-. Soy sacerdote de Cabolus. Una fuerza de Kallusan se dirige hacia aquí, llevando la estatua de Cabolus. En cuanto el cinto ciña se cintura, las cosas se resolverán satisfactoriamente.

El sacerdote de Salbacus atacó con el bastón al segundo hombre, que paró el golpe, respondió y saltó a un lado. De inmediato, apuntó la punta de su bastón hacia el otro hombre y brotó una oleosa llama. El sacerdote llamado Izim bajó su báculo y de la punta salieron

chorros de vapor que mojaron la llama del otro. Atacó de nuevo con el bastón y el otro paró el golpe.

- ¡Se me ha ocurrido una duda -gritó Dilvish- con respecto a la identificación! Con tantas tropas y dioses avanzando por la campiña, ¿cómo se distingue la estatua de Cabolus de la de Salbacus?

- ¡Cabolus tiene la mano derecha levantada! -gritó el sacerdote bajito mientras golpeaba en el hombro al otro.

- ¡Si cambiáis de opinión -exclamó Izim mientras hacía tropezar al otro-, Salbacus tiene la mano izquierda levantada!

El sacerdote de inferior estatura rodó en el suelo, se levantó y golpeó al otro en el estómago.

-Sigamos cabalgando -dijo Dilvish, y Black se adentró en la ladera y se hizo la oscuridad.

Dilvish perdió la noción del tiempo con la claustrofobia que siguió. Luego, vagamente, su mundo apareció como si lo viera a través de una nube de humo. Miró hacia atrás por encima del hombro y vio que había salido la luna.

-Espero que al menos hayas aprendido a no entablar conversación con personas que tratan de robarte -dijo Black.

-Bien, debes admitir que ese hombre tenía un relato interesante.

-Estoy seguro de que Jelerak dispone de fascinantes relatos, si de eso se trata.

Dilvish no respondió. Miró fijamente el lugar donde una lucecita había aparecido entre los árboles.

- ¿Fuego de campamento? -dijo por fin.

-Yo diría que sí -replicó Black.

-Kallusanos o sulváreos, me pregunto...

-No creo que hayan puesto un letrero.

-Afloja el paso. Yo diría que se impone la clandestinidad.

Black obedeció y sus movimientos se hicieron silenciosos. Dilvish continuaba experimentando la sensación de estar bajo tierra, de que su mundo normal era un paraje en sombras alrededor de él mientras se desplazaban a un lado del camino, dejaban éste y se adentraban en el bosque. Black siguió hacia la izquierda y hacia adelante, describiendo una trayectoria circular en dirección al fuego. Dilvish esperaba no salir pronto de la colina fantasma, para no confundirse con imágenes dobles.

El bosque que recorrían parecía espectral; todos los sonidos se confundían y árboles y piedras tenían un rasgo apagado, como en un sueño. Las ráfagas de un apenas perceptible viento ponían en movimiento las ramas de los árboles que, como gestos en lo alto, se percibían a ambos lados. Dilvish creyó oír un aleteo detrás de él en un momento dado, se detuvo, aguardó, observó y no vio nada más. Nada surgió para desafiarle. Prosiguieron después por el oscurecido paisaje, hasta que Dilvish olió la hoguera y escuchó tenues sonidos de voces masculinas.

-Será mejor que continúe a pie -dijo Dilvish-. Las botas elfas son magníficas para acechar.

Black se detuvo.

-Me tomaré tiempo y te seguiré en silencio -dijo-. Si me necesitas de repente, estaré allí en seguida.

Dilvish desmontó. Al separarse de Black y del cinto de la alforja, la noche perdió en parte su característica espectral, como si el mundo se destapara poco a poco. El olor a moho y tierra mojada se hizo más intenso. El volumen de los sonidos nocturnos aumentó. Las voces del campamento también parecían más fuertes, el fuego más brillante.

Dilvish avanzó agachado entre los árboles protectores, y caminó a gatas e hizo más lentos todos sus movimientos al acercarse al borde del campamento. Finalmente se detuvo y observó. Al cabo de un rato Black llegó despacio junto a él y se quedó totalmente inmóvil.

Había allí una decena de hombres, recostados o yendo de un lado a otro del campamento, todos ellos portando armas y ataviados como para la guerra. Diversos caballos estaban atados contra el viento. La tierra estaba muy pisada y en algunos puntos parecía removida. Había ramas diseminadas por todas partes, tal vez para alimentar la hoguera. Más allá de ésta y hacia

la izquierda había una litera de plataforma. Asegurado y atado encima de ella había algo similar a una estatua, por lo que Dilvish pudo ver. Su visión estaba obstruida en parte por los dos hombres que se encontraban conversando ante la estatua.

- ¡Moveos, maldita sea! -dijo en voz baja Dilvish.

Pero transcurrieron varios minutos antes de que ello sucediera. Cuando los hombres se apartaron por fin, empero, Dilvish suspiró.

-Muy bien -musitó a Black-. El brazo derecho está levantado. Puedo devolver el cinto a la banda de Cabolus y quedar fuera del juego.

Se levantó, retrocedió, abrió la alforja y sacó el cinto.

-Aguardaré aquí -dijo Black-, preparado.

-Perfectamente -dijo Dilvish, y avanzó.

Se abrió paso por una pantalla de ramas y se quedó inmóvil. Jamás era buena práctica entrar corriendo sin previo aviso en un campamento militar, decidió. Un instante después el hombre, al que había considerado oficial, se volvió hacia él. Varios soldados próximos a la hoguera repararon también en su presencia y se levantaron con las manos extendidas hacia sus armas. Dilvish alzó su vacía mano derecha.

- ¿Habéis recibido un mensaje -preguntó- relacionado con el cinto?

El hombre que había supuesto estaba al mando del grupo permaneció inmóvil un instante y luego asintió. Avanzó.

-Sí -dijo-. ¿Lo tenéis vos?

Dilvish levantó la mano izquierda y dejó que el cinto se desenrollara como una impetuosa cascada.

-Lo cogí al hombre que lo robó -afirmó-. Él murió.

Avanzó, extendiendo el cinto.

-Cogedlo -dijo-. Lo aguardábamos desde la última visita de nuestro sacerdote. Nosotros...

Dilvish se detuvo; había notado debajo del pie algo blanco de un matorral de altas hierbas. Se agachó de pronto, cogió un objeto y lo levantó.

Lo que sostenía era una mano de hombre.

- ¿Qué es esto? -exclamó mientras la soltaba. Saltó hacia un lado y sacó la espada.

Hundió la punta del arma en un lugar donde la tierra estaba removida. Era una tumba poco profunda. Un movimiento de barrido dejó al descubierto un fragmento enterrado de pierna.

El oficial se abalanzó hacia él con el rostro contorsionado, pero Dilvish agitó la espada en posición de guardia. El otro se detuvo al instante y levantó una mano para detener a sus hombres, que avanzaban hacia ellos.

Una patrulla de sulváreos nos atacó aquí antes -explicó-. Los superamos y les ofrecimos un entierro decente... más de lo que ellos habrían hecho por nosotros, estoy convencido.

-Y luego actuasteis para eliminar cualquier indicio del conflicto...

- ¿A quién le gustarían semejantes recuerdos siniestros alrededor del campamento?

-En tal caso, ¿por qué taparlos donde cayeron, estorbando? ¿Por qué no trasladarlos a cierta distancia? Hay algo extraño aquí...

-Estábamos cansados -dijo el oficial- después de marchar durante un día entero. Dejadlo así, forastero. Entregadme el cinto ahora y os libraréis de vuestra carga.

Extendió una mano y dio un paso al frente.

-A menos que...

El soldado dio otro paso y el arma de Dilvish se agitó hacia él.

-Un momento -dijo Dilvish-. Se me acaba de ocurrir otra explicación.

- ¿Qué sería...? -preguntó el oficial, deteniéndose de nuevo.

-Supongamos que fuerais los sulváreos. Supongamos que hubierais caído sobre este destacamento de kallusanos, que los hubierais matado a todos... y luego, tras haber recibido el mensaje de que yo venía hacia aquí, os apresurasteis a limpiar todo esto y esperasteis para reclamar el cinto...

-Eso es mucho suponer -dijo el oficial-, y al igual que muchas historias descabelladas, no sé ninguna forma de refutarla.

-Bien, tal como yo lo entiendo, el bando del dios que luce el cinto es que tiende a ganar estos conflictos. -Dilvish dio un paso hacia la izquierda, se puso de lado, sin dejar de mantenerse en guardia y retrocedió hacia la estatua-. Por tanto, voy a devolver el cinto a Cabolus y seguiré mi camino.

- ¡Alto! -exclamó el oficial mientras desenvainaba su
espada-. ¡Sería sacrílego que vuestras manos no sagradas realizaran ese acto!

Dilvish ladeó la cabeza al oír un silbido extrañamente familiar que surgía del bosque.

-Lo he llevado encima muchas horas -dijo-, y por lo tanto el daño ya debe estar hecho... y aquí no veo a nadie que tenga un aspecto particularmente sacerdotal... Correré el riesgo.

- ¡No!

El oficial se lanzó hacia él, con la espada en alto. Dilvish paró el golpe y contraatacó. Oyó un ruido de cascos, y una silueta negra con apariencia de caballo salió del bosque y cayó sobre los otros hombres que corrían hacia Dilvish.

Black aplastó a varios soldados con su ímpetu inicial. Después dio media vuelta, se empinó y atacó con los cascos... y Dilvish supo que el fuego estaba ardiendo en su montura.

Dilvish se deshizo de su rival con un tajo en el cuello y continuó retrocediendo ante el ataque de otros tres hombres.

Dilvish cayó apoyado en una rodilla y acometió con la espada una maniobra que el soldado más cercano no había previsto. Pero los otros dos se separaron y trataron de cercarle.

Al otro lado del claro, brotaron las llamas de Black, y Dilvish oyó los gritos de los que caían ante ellas.

Dilvish esquivó al soldado que estaba a su derecha y se abalanzó sobre el otro, y trabó combate con él. En cuanto las espadas chocaron, no obstante, comprendió que había cometido un error. El hombre era rápido, en cuanto a destreza, por encima de la media. No parecía haber forma de acabar con él rápidamente o hacerlo retroceder para enfrentarse con el otro, que en ese mismo momento debía estar preparándose a saltar sobre Dilvish. Éste, casi frenéticamente, empezó a dar vueltas, con la esperanza de colocar a su adversario entre él y el segundo soldado. Sin embargo su rival se opuso a la maniobra, haciendo más lento su retroceso en diagonal. Y por el rabillo del ojo Dilvish vio que Black estaba demasiado lejos para acudir a tiempo en su ayuda.

Escuchó de nuevo el silbido, y el batir de alas. Reconoció a su némesis del plano fantasma, que volaba hacia él entre los árboles.

Dilvish paró el golpe de su adversario, saltó hacia atrás y se lanzó agachado ante el segundo soldado, con la espada en alto, en posición de guardia.

La deslizante sombra había virado hacia él mientras saltaba. Ya muy cerca, la criatura abrió las alas pero no logró detenerse a tiempo. Chocó con la espalda del segundo soldado, que cayó entre Dilvish y el otro. El caído se revolvió y atacó a la bestia con su espada. El animal saltó por debajo de la hoja, le hirió en el hombro y le buscó la cara con las garras.

Todavía agachado, Dilvish atacó la corva del otro hombre, que chilló ante el impacto. Tras levantarse, vio la oportunidad de asestar un golpe definitivo y lo ejecutó.

Al volverse, Dilvish vio que el ave fantasma acababa de perforar con su pico el cuello del hombre caído y estaba apartándose de la roja fuente que de allí brotaba, con sus oscuros ojos fijos en él. Batió con fuerza las alas y saltó hacia Dilvish.

La espada centelleó y la cabeza de la criatura voló hacia la derecha mientras el cuerpo continuaba avanzando, despidiendo un fluido azul claro por el muñón del cuello. Dilvish se apartó y el cuerpo pasó junto a él y siguió corriendo sin rumbo después de tocar el suelo.

Dilvish comprobó que no había atacantes lanzándose hacia él; Black continuaba pateando cuerpos. Envainó la espada y desandó el camino de la lucha en busca del cinto, que había caído durante la pelea. Se agachó por fin y lo recogió cerca del cadáver del primer atacante.

Lo limpió de tierra y se volvió hacia la estatua.

-Aquí está, Cabolus -anunció mientras avanzaba-. Voy a devolverte el cinto. Apreciaría mucho que despidieras a las bestias del plano fantasma y anularas mi visión del lugar. Lamento que mis manos no estén limpias, pero han tenido que pasar por ahí.

Se arrodilló y colocó el cinto alrededor de la cintura de la estatua. De inmediato notó que se suavizaba la luz en las proximidades, y las facciones toscamente talladas que tenía ante él le parecieron más naturales aunque menos humanas. Retrocedió acto seguido mientras brotaba la luz de las cuencas oculares y en la mano alzada.

- ¡Muy bien! ¡Oh, muy bien! -Sonó una voz detrás.

Dilvish dio media vuelta y se encontró ante la figura poco menos que sólida del grueso sacerdote que había conocido con anterioridad. El ojo izquierdo del recién llegado estaba cerrado por la hinchazón y en la frente tenía una herida. Se apoyaba con fuerza en su bastón.

-Los combates astrales parecen tan duros como los normales -observó Dilvish.

-Tendrías que ver al otro sacerdote -dijo el visitante-. Habéis hecho un buen trabajo, forastero -y en este instante el sacerdote señaló el campamento-, con un excelente sacrificio de sangre para calentar el corazón del viejo Cabolus.

-La razón ha sido un poco más temporal que espiritual
-observó Dilvish.

-No importa, no importa... -musitó el sacerdote-. Os habéis granjeado la buena voluntad de Cabolus. Puesto que el equilibrio ha vuelto a romperse, pronto celebraremos un festín en Sulvar, y habrá ejecuciones, incendios y excelente botín. Seréis recompensado por vuestra colaboración.

-Ya que habéis recuperado el cinto, ¿por qué no limitarse a dar por concluido el asunto y volver al hogar?

El sacerdote enarcó una ceja.

-Estáis bromeando -dijo-. Ellos empezaron. Necesitaban una lección. De todos modos es nuestro turno. Ellos han hecho lo mismo con nosotros en vida mía. Y además, las tropas ya están en marcha. Imposible hacerlas regresar en este momento sin alguna acción, habría problemas. No, esa es la esencia del asunto. En realidad, algunos soldados llegarán aquí dentro de poco. Podéis uniros a nuestro bando. Será un honor combatir por Cabolus... y tendréis una parte del botín.

Mientras tanto, Black se había acercado en silencio y estaba escuchando.

-Me pregunto -dijo por fin la negra montura- si habrá encontrado alguna gallina mientras estaba por aquí... -Estaba contemplando la cabeza caída del ave fantasma.

-Gracias por vuestra oferta -dijo Dilvish a la imagen del sacerdote-. Pero me espera un largo viaje y no deseo demorarme. Renuncio a mi parte del botín. -Montó a Black-. Buenas noches, sacerdote.

-En tal caso, el templo reclamará vuestra parte -dijo el sacerdote, sonriente-. Buenas noches pues, y que la bendición de Cabolus os acompañe.

Dilvish se estremeció antes de saludar con una inclinación de cabeza.

-Pongamos pies en polvorosa -dijo Black-, y evitemos cualquier tipo de batalla.

Black se volvió hacia el sur y se adentró en el bosque, dejando en el claro manchado de sangre la reluciente estatua del brazo levantado y al nebuloso sacerdote del ojo hinchado. La descabezada ave fantasma fue dando tumbos por el claro una vez más, y cayó después, agitando las alas y derramando fluido, cerca de un cadáver y de la hoguera. En lontananza sonaban las vibraciones de una tropa de caballería en pleno avance. La luna flotaba más alta, pero las sombras eran claras y vacuas. Black bajó la cabeza y todo desapareció dando vueltas.

La tarde siguiente, en otro camino que serpenteaba hacia el sur del bosque, una mujer joven salió corriendo de los árboles y se acercó a los viajeros.

- ¡Buen caballero! -gritó a Dilvish-. ¡Mi amado yace herido en lo alto de esta colina! ¡Unos salteadores nos atacaron hace poco! ¡Por favor, venid y ayudadlo!

-Alto, Black -dijo Dilvish.

-Claro -dijo Black en un siseo casi inaudible-. Es uno de los juegos más viejos del libro. Tú la sigues y un par de hombres armados te tienden una emboscada. Los derrotas y la mujer te dará una cuchillada en la espalda. Incluso hay baladas con este tema. ¿No aprendiste nada ayer?

Dilvish contempló los hinchados ojos de la joven, observó cómo retorcía sus manos.
-Pero ella podría estar diciendo la verdad, compréndelo -dijo en voz baja.
- ¡Por favor, caballero! ¡Por favor! ¡Venid en seguida! -gritó la mujer.
-Aquel primer sacerdote tenía bastante razón, diría yo -observó Black.
Dilvish le dio una palmada en el cuello y hubo un tenue sonido metálico.
-Maldito si lo dices, maldito si no lo dices -comentó Dilvish mientras desmontaba.

FIN